JACQUELINE WINSPEAR

UNA VENGANZA IMPERFECTA

Una investigación de
MAISIE DOBBS



MAEVA | NOIR

JACQUELINE WINSPEAR

UNA VENGANZA IMPERFECTA



Una investigación de

MAISIE DOBBS

Traducción:
Ana Belén Fletes Valera



MAEVA | NOIR

Índice

Dedicada a mis padres, Albert y Joyce Winspear, con todo mi amor «De todos los regalos que una persona puede hacerle a otra, los más valiosos y duraderos son el amor fuerte y transparente, y el regalo de narrar.»

The Gift of Story: A Wise Tale About What is Enough CLARISSA PINKOLA ESTÉS

«Cuando se ofende a un hombre, debe hacerse de modo que le sea imposible la venganza.»

NICOLÁS MAQUIAVELO, (1469-1527)

«No hay venganza más perfecta que el perdón.»

JOSH BILLINGS, humorista estadounidense (1818-1885)

Prólogo

Principios de septiembre, 1931

LA ANCIANA DESCANSABA en los escalones de entrada a su casa, un carromato-caravana apartado de los que ocupaba el resto de su familia, su tribu. Sacó una pipa de barro del bolsillo, inspeccionó los restos de tabaco que quedaban en la pequeña cazoleta, se encogió de hombros y encendió una cerilla frotándola contra el borde de un tonel de agua sujeto con una cuerda a un lateral de su hogar itinerante. Encendió la pipa con habilidad presionando el extremo de la larga boquilla con los labios estriados, y absorbió el sabor del escaso contenido que quedaba. Un perro parecía dormir tumbado al pie de los escalones, aunque la anciana sabía que el animal tenía una oreja levantada y un ojo abierto, atento a todo lo que hacía ella.

La tía Beulah Webb, como la llamaban en su tribu gitana, donde la costumbre era llamar «tía» a las mujeres importantes, aspiró una calada y entrecerró los ojos mientras observaba los campos cercanos, y después dirigió la mirada hacia las plantaciones de lúpulo que se extendían a lo lejos. Los tallos ya habían crecido, hileras e hileras de espigas de flores de color verde oscuro y aroma especiado a la espera de la cosecha, que llevaban a cabo con manos ágiles hombres, mujeres y niños, la mayoría de ellos llegados de Londres para la recogida a finales de verano. Otros eran gitanos como ella, y el resto, payos de los pueblos circundantes. Payos. Más gente que vivía en casas fijas, más gente que no era gitana.

Se mantenían apartados, ocupándose de sus asuntos sin crear problemas. La tía Beulah confiaba en que las familias de mercheros no se acercaran por la granja ese año. Los *roma* —palabra romaní que significa «gitano»— se fiarían de cualquiera antes que de un mestizo, mitad gitano, mitad payo. En su opinión, eran ellos los que siempre andaban buscando problemas, esperando con impaciencia a que se produjeran. Se les estaban olvidando las viejas costumbres y algunos de ellos dejaban basura y restos tras de sí cuando abandonaban un lugar, en esos carromatos-caravana tirados por enormes camiones en vez de por caballos. La mujer miró el carromato del hombre al que ella llamaba simplemente Webb. Su hijo. La hija de su hijo, Boosul, era merchera, esa era la verdad, pero con el pelo y los ojos negros como el azabache que tenía, era evidente que pesaba más su herencia gitana.

Beulah sacó cuatro recipientes de hojalata de debajo del carromato, el *runcalí* en la lengua gitana, para realizar las tareas de la mañana. Uno de los recipientes era para fregar los utensilios que usaba para comer, otro para lavar la ropa, el tercero para el agua con que se lavaba el cuerpo y, por último, el que utilizaba para limpiar el carromato. Tras completar aquellas tareas e ir a buscar leña al bosque para hacer fuego y calentar el agua, puso el hervidor esmaltado sobre las ascuas y esperó a que hirviera para el té. Inquieta cuando no tenía nada que hacer, Beulah empezó a atar con un cordón los ramilletes de flores que vendía por las casas, los colocó en una cesta y volvió a subirse al carromato.

Sabía que los payos del pueblo, los que salían de casa para hacer recados, se darían media vuelta cuando la vieran por la calle para evitar sus ojos negros y su piel oscura arrugada por los años. Apartarían la vista para no quedarse mirando fijamente los aros de oro que llevaba en las orejas, el pañuelo alrededor de la cabeza, y la amplia y raída falda de lana morada que indicaba que era gitana. A veces, los niños se burlaban de ella.

—¿Adónde vas, trapacera? ¿Es que no oyes, gitana?

Pero lo único que tenía que hacer para que la dejaran en paz era mirarlos sin pestañear, señalarlos con el dedo ennegrecido de trajinar con el fuego y emitir alguna palabra en su dialecto surgida de lo más hondo de su garganta; sonidos guturales que asustaban incluso al matón más valiente.

Las mujeres eran las primeras que se daban la vuelta, aunque siempre había alguna, las suficientes para que le mereciera la pena aguantarlo, que aceptaban las flores y le daban enseguida una moneda tratando de no rozarle la mano. Beulah sonrió. Pronto las vería. Al anochecer oiría el chasquido de una rama bajo los pies de un visitante que se acercaba sigilosamente a su carromato. El perro levantaría la cabeza y de su garganta brotaría un gruñido insondable. Beulah alargaría el brazo y le pondría la mano en la cabeza susurrando: «Calla, *chuquel.*» Esperaría a que los pasos se acercaran más y ya no pudiera sujetar al animal, y entonces gritaría: «¿Quién va?». Y, tras uno o dos segundos una voz, tímida a veces, contestaría: «Vengo a que me echen la buenaventura».

Beulah sonreiría mientras descubría una bola de cristal que había dejado preparada sobre la mesa un rato antes.

La bola de cristal no servía para nada, pero era lo que se esperaba de ella. Puede que no fuera una mujer letrada, pero conocía el negocio. No le hacían falta bolas de cristal, trozos de amatista, hojas del té aún húmedas en el fondo de una taza o una pata de conejo para ver el futuro. No, esas tontunas eran para los clientes, para aquellos que querían verla utilizar algo físico porque la idea de que pudiera

adivinar el futuro como por arte de magia los ahuyentaría. Y no había que espantar al dinero.

Beulah escuchó un chillido procedente de la tienda instalada junto al carromato de su hijo; la pequeña Boosul acababa de despertarse. La gente empezaba a removerse y a encender el fuego para iniciar el día. Los verdaderos gitanos nunca dormían dentro de sus impolutos carromatos, decorados con relucientes utensilios de latón y delicada porcelana en las paredes. Al igual que ella, vivían en tiendas hechas con una lona resistente amarrada a una estructura de madera de abedul o fresno. Los carromatos los reservaban para las ocasiones especiales. Beulah observó el sol naciente y volvió a mirar hacia los campos mientras la neblina húmeda del rocío que iba entibiándose se levantaba para saludar al nuevo día. A ella le daba igual la gente de aquel pueblo, Heronsdene. Veía la oscura sombra que envolvía a cada hombre y cada mujer mientras se entregaban a sus tareas diarias. Había fantasmas en aquel pueblo, fantasmas que no dejaban descansar a los vecinos.

LA ANCIANA ALARGÓ la mano para verter el agua hirviendo en la tetera, y el rostro se le arrugó como un acordeón al sentir el dolor punzante y la luz cegadora que le sobrevinieron, una sensación que conocía de sobra. Volvió a dejar el hervidor entre las ascuas y se apretó fuerte la cabeza con los nudillos mientras cerraba los ojos para protegerse de las llamaradas que se elevaban por debajo de sus párpados. «Fuego. Otra vez.» Intentó respirar mientras el calor le subía por los pies hasta la cintura, humedeciéndole las viejas piernas; sentía las manos sudorosas y agarrotadas.

Y ahí estaba de nuevo, la joven que emergía de entre las llamas; aún no la conocía, pero sabía que no tardaría en hacerlo. Ya no faltaba mucho. Se acercaba el momento, estaba segura. Era una mujer alta y bien vestida, con el pelo negro, no muy largo, pero tampoco tan corto como había visto que lo llevaban algunas payas en los últimos años. Beulah se apoyó contra el carromato y el perro se colocó junto a su ama, ofreciéndole su flaco cuerpo a modo de sostén. Aquella mujer que caminaba entre las llamas de su imaginación sabía lo que era la pena, había convivido con la muerte. Y aunque en ese momento caminaba sola, la tristeza comenzaba a aligerarse. Beulah la veía disiparse como las nubes de la mañana, alejarse para dejarla en paz. Aquella mujer que se le aparecía en sueños era fuerte y… Beulah negó con la cabeza. La visión comenzó a desvanecerse. La mujer se dio la vuelta, se internó de nuevo en las llamas y desapareció.

La matriarca se llevó una mano a la frente sin apartarse del

carromato. Abrió los ojos despacio y miró a su alrededor. Habían sido solo unos segundos, pero le habían bastado para saber que se avecinaban problemas para ella. Creía que la mujer, a la que esperaba, sería su aliada, aunque no podía decirlo con seguridad. De lo que sí estaba segura era de tres cosas: que el fin de sus días estaba cerca, que antes de que exhalara su último suspiro una mujer a la que no había visto jamás acudiría a ella y que, pese a que esa mujer se consideraba una persona normal y corriente, intrascendente en el ancho mundo, seguía a la muerte en sus rondas. En eso consistía su profesión, su trabajo, la herencia recibida de payos y gitanos. Y Beulah Webb sabía que allí, en ese pueblo llamado Heronsdene, recibirían la visita de la muerte sin tardar mucho, y poco podía hacer ella para evitarlo. Lo único que estaba en su mano era tratar de proteger a su gente por todos los medios.

El sol estaba alto ya. Los gitanos se quedarían allí tres días más y después se dirigirían hacia un claro apartado de la granja, donde aparcarían sus carromatos e instalarían sus tiendas lejos de los londinenses que acudían a trabajar también en la recogida del lúpulo, pero se alojaban en cabañas encaladas y cantaban canciones subidas de tono alrededor del fuego todas las noches. Y, aunque siguiera ocupándose de sus asuntos, Beulah estaría esperando: esperando a la mujer de la ropa moderna y el pelo arreglado; a la mujer cuya visión interior era tan potente como la suya.

1

MARTA JONES OBSERVÓ a sus alumnos. Contempló el estudio de altos techos y la enorme cantidad de madejas de hilados de colores que colgaban de unos tendederos levantados con ayuda de unas poleas y fijados a la pared, y los seis telares de madera colocados muy juntos entre sí, ya que el espacio se vendía caro. Su escritorio, una mesa de madera de roble muy castigada situada junto a la puerta, estaba lleno de papeles, libros y dibujos, y a su derecha, frente a la clase, había una *chaise longue* antigua cubierta con una vieja colcha de terciopelo rojo para ocultar los zurcidos y los desgarrones de la tapicería. Había varias ruecas colocadas contra la pared de la izquierda de la estancia, junto a una caja en la que guardaba la lana que recogía en sus excursiones al campo de los domingos. Compraba la lana sin tratar directamente con sus proveedores, por supuesto, pero le gustaba recoger los mechones que se les enganchaban a las ovejas en los espinos y las zarzas cuando se pegaban a ellos para rascarse, y en los que dejaban buena parte de su pelaje.

Se había mostrado reticente a aceptar alumnos. Aunque el alquiler del estudio cerca del Royal Albert Hall era bastante económico gracias a una antigua ley de arrendamiento que amparaba a los artistas, los encargos habían disminuido, por lo que se había visto obligada a buscar ingresos adicionales. Así las cosas, había puesto un breve anuncio en el periódico y había escrito a los clientes que le habían comprado alguna pieza para decirles que estaba aceptando un «pequeño número de alumnos que quisiera aprender el arte del tapiz tradicional». En general, su alumnado formaba un grupo abigarrado y pudiente, eso seguro; la clase obrera apenas tenía para comer, como para gastar dinero en frivolidades. Había dos damas de Belgravia a las que les había parecido que podría «ser divertido» dedicar la tarde del sábado a charlar, mientras pasaban la lanzadera hacia delante y hacia atrás siguiendo el dibujo que tenían debajo del conjunto de hilos que formaban la urdimbre y la trama del tejido.

Se habían apuntado también dos amigas con recursos que estudiaban en la Escuela de Bellas Artes Slade y buscaban una clase que se saliera del currículo establecido, y un poeta que pensaba que trabajar con el color mejoraría el ritmo y el pulso de su poesía. Y por último estaba la mujer poco habladora, que había acudido al estudio

después de leer el anuncio. Observándola con detenimiento, Marta se sintió fascinada con aquella alumna en particular, y se fijó en los cambios que se habían operado en ella desde el comienzo de las clases. La mujer le había explicado que acababa de entrar en contacto con el mundo del arte —lo había dicho como quien habla de un país desconocido—, y que quería hacer «algo artístico», ya que su trabajo estaba muy lejos de tales placeres. Después sonrió y explicó que jamás había pintado, ni siquiera de pequeña, y que estaba segura de que no sabría dibujar, pero los tapices le parecían interesantes, le atraía la posibilidad de intercalar color y textura, un arte en el que la imagen final no se veía de inmediato, sino que había que echarse hacia atrás un poco para observar los avances del día y así la imagen comenzara a tomar forma. «Es un poco como pasa en mi trabajo», había dicho. Y cuando ella, Marta, le había preguntado a qué se dedicaba, la mujer había guardado silencio un momento y seguidamente le había entregado una tarjeta en la que se leía:

Maisie Dobbs
Psicóloga e investigadora

Marta se dio cuenta de que la tarde que dedicaba aquella mujer a trabajar con el telar era el único momento de distracción que se permitía, pero con cada clase, algo en ella parecía cambiar de manera casi imperceptible. Aunque para Marta, como profesora, el efecto le resultaba extraordinario. Había empezado a vestir ropa más colorida y se mostraba más atrevida en la manera de combinar los hilos a medida que ganaba confianza. La tarde que tocó teñir la lana que habían hilado la semana anterior al introducir las madejas en cubos de tinte y ponerlas después a escurrir sobre los lavaderos que había dentro del propio estudio, la joven se remangó y se rio cuando el agua coloreada le salpicó en la cara. Las damas de Belgravia la miraban con el ceño fruncido y el poeta parecía azorado, pero la mujer, que tan reticente se había mostrado al principio, tan pausada y comedida en sus interacciones con sus compañeros, se había convertido en el eje alrededor del cual giraba toda la clase, y sin apenas decir nada.

Marta pensaba también que se le daba muy bien dibujar historias. Esa misma tarde, con solo dos preguntas que le había hecho mientras trabajaba en su telar, pasando hilos de color morado, magenta y amarillo con sus ágiles dedos, había reconstruido la historia completa de la profesora, que había llegado a Inglaterra desde Polonia cuando era niña. De hecho, al responder a las preguntas que Maisie Dobbs le hacía, el resto de la clase se enteró de que su padre había insistido en que sus hijos aprendieran inglés para poder encajar en la sociedad y que no los señalaran por ser extranjeros. Su madre, por su parte, se

había asegurado de que la familia se vistiera de modo que no destacara entre sus nuevos amigos, para quienes eran los Jones, el más británico de los apellidos, adoptado nada más desembarcar en el puerto de Southampton.

Marta sonrió mientras observaba a Maisie en su telar y cogió la tarjeta de nuevo. Psicóloga e investigadora. Era evidente que aquella mujer debía de ser muy buena en su trabajo si, sin ningún esfuerzo, había conseguido que seis personas le contaran más cosas sobre su vida de lo que jamás se les habría ocurrido, y todo ello sin revelar gran cosa sobre sí misma, más allá de su reciente atracción por el color.

JAMES COMPTON CAMINABA a buen paso hacia el Albert Hall aprovechando la cálida tarde de septiembre. Como habría dicho su colega y mano derecha de la oficina de Toronto, estaba que echaba humo por culpa de una compra de terreno que estaba causándole muchos problemas. Le daba igual estar de nuevo en Londres, por muy prometedora que le hubiera parecido la idea en un principio. Pero la mansión que su familia tenía en Ebury Place estaba cerrada, y alojarse en el club de su padre y pasar todas las noches entre viejos rancios que se empeñaban en relatar historias de desastres económicos y revivir recuerdos empezando con la frase «en mis tiempos…» no se correspondía con su idea de pasárselo bien.

La vida en Toronto no era solo cerveza y jugar a los bolos, por supuesto; a fin de cuentas, tenía una empresa con diversas áreas de negocio que dirigir, pero siempre se podía ir a navegar al lago y a esquiar a Vermont, al otro lado de la frontera. Y el frío allí era diferente, no le atravesaba las heridas de guerra como en Inglaterra.

Se acordó de los hombres que había visto en las oficinas de empleo, en los comedores sociales o, simplemente, recorriendo Londres de cabo a rabo en busca de trabajo, cojeando muchos de ellos, con heridas que les removían los recuerdos cada día, como quien se levanta una costra que aún no está seca.

Pero Toronto tendría que esperar un poco más. Lord Julian Compton, su padre, quería descargar más responsabilidad en él, y ya hablaba de que James lo sustituyera como presidente de Compton Corporation. Y eso no era lo único que le preocupaba, pensó mientras leía la dirección garabateada en un papel tras hablar aquella misma mañana con Maisie Dobbs. Su madre, la antigua empleadora y benefactora de Maisie durante muchos años, siempre había animado a su marido y a su hijo a que contaran con la investigadora en cualquier asunto que pudiera ser adecuado para ella, por lo que fue la primera

persona a la que llamó ante el primer indicio de problemas con la transacción inmobiliaria.

—¡Maldita sea! —dijo James al pensar de nuevo en la oficina de su padre, en la City londinense.

—¡James!

Levantó la cabeza con el ceño fruncido. Pero enseguida sonrió y se le formaron unas arruguitas en las comisuras de los ojos al ver que era Maisie quien le hacía gestos con el brazo desde el otro lado de la calle. Arrugó el papelito y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta mientras cruzaba para saludarla.

—Pero ¡si es Maisie Dobbs! ¡Estaba tan abstraído que no te había visto! —Hizo una pausa cuando ella le tendió la mano—. ¿Qué diantres has estado haciendo, Maisie?

Ella se miró las manos y sacó los guantes del bolso que llevaba colgado al hombro.

—Es tinte. No he sido capaz de quitarme la mancha de las manos y tendría que haberme puesto los guantes nada más salir, aunque tampoco puedo hacer mucho con las salpicaduras de la cara hasta que llegue a casa. —Miró a los ojos al hijo de sus antiguos empleadores y enlazó el brazo con el suyo—. ¿Cómo estás, James?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, ya no voy a casarme, eso es nuevo para ti. Y, como ya sabes, he venido a Inglaterra por negocios: la obligación me llama en la oficina londinense de Compton Corporation. —Consultó la hora—. Oye, Maisie, ya sé que te dije que esto no me iba a llevar más de lo que tarda uno en tomarse una taza de té, pero me muero de hambre y me preguntaba si no tendrías un hueco para cenar conmigo. Llevo dándole vueltas a este follón…

—¿Follón?

—Disculpa, olvidaba dónde estoy. Empezaré de nuevo. Estoy tan enfrascado, y preocupado, sinceramente, en esa transacción de la que te hablé que no he comido nada en todo el día.

—Entonces será mejor que le pongamos remedio, ¿no crees? Yo también tengo hambre.

James se giró y paró un taxi.

—Vamos a un restaurante italiano pequeño y acogedor que conozco. Está a la vuelta de la esquina, en Exhibition Row.

—ESTÁS DIFERENTE, MAISIE. —James alcanzó un panecillo, lo abrió y untó una buena capa de mantequilla sobre él.

—Es por el tinte —respondió ella levantando la mirada de la carta con una gran sonrisa—. Tú no has cambiado nada, James.

—Bueno, ya no soy tan rubio; han empezado a salirme canas en las sienes, pero gracias a Dios no se notan mucho. Si sigo caminando tan erguido como mi padre cuando llegue a su edad podré darme con un canto en los dientes —contestó él sirviéndose vino, y se reclinó en la silla—. Tú pareces más… no sé, te veo… más ligera.

—Te aseguro que no es así.

—No, no me refiero a eso. Es tu actitud. Me da la impresión de que te sientes más ligera por dentro, como diría la señora Crawford.

La miró. Contempló su melena negra justo por encima de los hombros, paralela a la línea de la mandíbula, y el flequillo, que le rozaba las cejas negras y parecía acentuar aún más el azul violáceo de sus ojos. Vestía una falda de cheviot de un color morado intenso que le llegaba a media pierna, blusa roja y chaqueta azul, que se notaba que no era nueva, pero estaba bien cuidada, hasta medio muslo. Llevaba unos sencillos zapatos negros de piel con una tira que se abrochaba a un lado con un botón. Completaba el atuendo un reloj de enfermera de plata prendido en la solapa.

—Ay, la señora Crawford. ¿Quién te va a dar galletas de jengibre ahora que tu cocinera favorita se ha jubilado?

James se rio y estuvieron hablando unos minutos sobre el pasado, sin rehuir la pérdida de Enid, la compañera que había trabajado con Maisie en casa de los Compton tantos años atrás; James y Enid se habían enamorado, pero ella falleció en una explosión en la fábrica de munición en la que había empezado a trabajar en 1915.

—Y dime, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó Maisie mirando la hora al tiempo que dirigía la conversación hacia el motivo de su encuentro. No quería llegar demasiado tarde a su piso de Pimlico, ya que aún le quedaba trabajo por hacer.

Mientras cenaban, James le describió la operación comercial que tantos problemas le estaba dando, pero que también le había supuesto la oportunidad de recurrir a ella.

—Hay una propiedad bastante grande en Kent que quiero comprar, a las afueras de un pueblo llamado Heronsdene. Se encuentra a unos quince kilómetros de Tumbridge Wells, no muy lejos de Chelstone, de hecho. Se parece bastante a muchas otras propiedades de la zona, ya sabes a lo que me refiero: una casa solariega de gran tamaño, de estilo georgiano en este caso, con agricultores arrendatarios que trabajan la tierra y tienen licencias de caza. Pero esta tiene algo que me interesa en particular: un ladrillar. Un pequeño negocio. Produce el tipo de ladrillos que se utilizan en esas casas tan distinguidas de estilo neotudor que están construyendo en las nuevas zonas residenciales a las afueras de Londres. Y fabrican también tejas como las que se ponían antiguamente en todos esos edificios que se ven por Kent y Sussex cuando había que hacer alguna reparación en un tejado.

Maisie dejó los cubiertos sobre el plato y cogió la servilleta.

—Y te interesan los ladrillos por el repunte que se está produciendo en la construcción, pese a que no hay indicios que señalen mejoras en la economía.

—Exacto. Ahora es el momento de comprar, de prepararse para ganar un dineral cuando recuperemos la estabilidad, antes incluso si mejora la producción. —James sacó una pitillera de plata del bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Te importa?

Maisie negó con la cabeza.

—De modo que a pesar de las presiones que está recibiendo Ramsay MacDonald para formar un gobierno de unidad nacional que nos ayude a salir de esta —continuó James—, y a los rumores fundados de que Gran Bretaña abandonará el patrón oro cualquier día de estos, sigue habiendo cabida para el optimismo… Y yo quiero adelantarme.

—Entonces, ¿qué te detiene y cómo puedo ayudarte? —le preguntó Maisie, que agitó la mano delante de la cara con toda la diplomacia que pudo para apartar el humo del cigarrillo.

—Tengo dudas sobre el propietario, un hombre llamado Alfred Sandermere. Es el hijo pequeño, pero heredó la finca cuando su hermano, Henry, murió en la guerra. Yo conocí a Henry, por cierto, un buen tipo, un hombre excelente, mientras que el hermano no ha hecho más que gastarse el dinero que genera la finca hasta dejarla al borde de la quiebra, lo que por supuesto significa que voy a sacarle una buena rentabilidad a la inversión. Es como una venta de liquidación por incendio.

—¿Y?

James Compton apagó el cigarrillo aplastándolo en el cenicero de cristal, y después lo apartó a un lado para que no molestara a Maisie.

—Han estado pasando cosas muy raras en esa finca y si hay algo que le gusta a Compton Corporation son las operaciones comerciales limpias. Puede que sepamos movernos con celeridad en circunstancias como estas, pero no nos ensuciamos las manos.

—¿Y qué es lo que ha estado pasando?

—Sobre todo faltas leves, según parece. Actos de vandalismo en la casa y la fábrica de ladrillos. Los agricultores no han denunciado nada, y los habitantes del pueblo, muchos de los cuales trabajadores de la fábrica, no dicen ni una palabra sobre el tema.

Maisie frunció el ceño.

—Eso no es extraño. Estamos hablando de una zona rural como es Kent, no lo olvides.

—No, esto es diferente. Los del pueblo guardan silencio, nadie quiere señalar a nadie. Y ya sabes que eso sí es extraño, sobre todo teniendo en cuenta que hay mercheros en la zona.

—¿Mercheros o gitanos? No es lo mismo, James.

—Está bien, gente que viaja en caravanas. Me da igual lo que sean; los del pueblo enseguida les echan la culpa de todo, o a ellos, o a los temporeros que viajan desde Londres.

Maisie comprendió y asintió con la cabeza.

—¿Te refieres a los que van a la recogida del lúpulo?

—El año pasado sí. Claro que la policía de Tumbridge Wells no pudo hacer casi nada; suelen dejar que esas cosas sigan pasando en los pueblos. Tampoco es que fueran unos daños permanentes. Pero no me gusta lo que me cuentan, Maisie. Si seguimos adelante, tengo que estar seguro de que la fábrica va a rendir al máximo desde el primer día. Continuaremos la expansión desde ahí. Y, teniendo en cuenta la dependencia de mano de obra local, es primordial que exista buena voluntad y no haya vandalismo. Seguirá habiendo arrendatarios, por supuesto, no tengo intención de cambiar eso.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Quiero que investigues el asunto, que averigües si hay algo raro en el pueblo que pueda afectar a nuestra compra de la finca Sandermere. Tienes tres semanas, puede que un mes, para recopilar todos los datos y hacerme un informe. Ese es todo el plazo que tengo, que no es mucho en lo que respecta a una propiedad de este tipo. —Se sirvió más vino y dejó la botella en la mesa. Maisie negó con la cabeza y tapó el borde de su copa con la mano—. Sé que no es el tipo de caso al que estás acostumbrada, pero eres la primera persona que me ha venido a la cabeza.

Ella asintió y se llevó la copa de vino a los labios. Bebió un sorbo y después la dejó en la mesa mientras metía la otra mano en el bolso y sacaba una libreta. Anotó varias cosas y, tras rodear con un círculo un número, arrancó la hoja y se la entregó a su acompañante.

—Supongo que mi tarifa te parecerá aceptable.

Era más una afirmación que una pregunta.

James Compton sonrió.

—Esa es otra cosa que ha cambiado, señorita Maisie Dobbs. Creo que te has convertido en una astuta mujer de negocios.

Maisie ladeó la cabeza mientras James sacaba un talonario de cheques del bolsillo.

—Un anticipo para los gastos —dijo él escribiendo una cantidad en el cheque, que entregó a Maisie—. Te va a costar lo tuyo. La recogida del lúpulo está a punto de empezar y la zona está a rebosar de forasteros.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces es el momento perfecto, James, el momento perfecto. Tendrás tu informe listo en un mes como máximo.

MÁS TARDE, EN su piso de Pimlico, Maisie observó el cheque sentada en su sillón favorito y suspiró aliviada. El negocio seguía funcionando, pero no con tan buen ritmo como antes. Apenas había tenido trabajo durante el verano y agradecía que su ayudante, Billy Beale, tuviera intención de tomarse dos semanas de vacaciones para ir a recoger lúpulo él también. Al fin y al cabo, era una tradición entre los habitantes del East End londinense. Ella no tendría que pagarle el sueldo esas dos semanas, pero Billy ganaría dinero, y le sentaría bien alejarse de la ciudad y pasar unos días en el campo con su mujer y los niños. Les hacía falta, ya que la familia seguía llorando la pérdida de la pequeña Lizzie, que había muerto de difteria a principios de año. Desde luego, James había llegado en el momento oportuno; era la respuesta a sus plegarias. De hecho, una de las razones por las que se había permitido el capricho de ir a las clases de Marta Jones era para hacer algo diferente y dejar de preocuparse por la falta de clientela. Para equilibrar el gasto había decidido reducir el uso del coche, consciente de que la frugalidad era importante en esos tiempos inciertos. Y también tenía que pensar en la hipoteca del piso.

Sin embargo, a pesar de las presiones de ser propietaria única, Maisie sabía que la niebla oscura de su pasado empezaba a levantarse. Eso no quería decir que lo hubiera olvidado, ni que se hubieran acabado las pesadillas, ni que hubiera dejado de ver escenas de la guerra con toda nitidez cada vez que cerraba los ojos, pero desde hace tiempo sentía que pisaba un terreno más firme en vez de estar a merced de las arenas movedizas de los recuerdos.

Miró el reloj, observó la carpeta que tenía en las rodillas y decidió que era hora de irse a la cama. Al alargar la mano hacia el cordón para bajar las persianas venecianas se acordó de un sueño que había tenido dos veces esa semana. Siempre prestaba atención a los sueños que se repetían en más de dos ocasiones, y aunque no era un sueño aterrador, pensó en él preguntándose qué podría significar. En el sueño caminaba por un bosque y llegaba a un claro bañado por la luz que se colaba entre las ramas. Al entrar en el claro, veía restos de brasas de un fuego, pero allí no había nadie, ningún viajero ni vagabundo preparándose para pasar la noche. Lo único que se veía era un ramillete de margaritas de otoño a un lado de la hoguera, encima de un árbol caído.

2

MAISIE DOBBS ESTABA sentada junto a Billy Beale en la mesa situada delante de las ventanas que abarcaban de suelo a techo en la oficina de Fitzroy Square. Habían hecho una pausa en la conversación mientras se intercambiaban documentos y una nota que les había entregado un mensajero procedente de la oficina de James Compton.

—Entonces lo que quiere que haga yo, señorita, es un reconocimiento del pueblo para hacerme una idea de la situación y contarle qué está pasando allí.

—Sí, para empezar. Encajarás a la perfección, puesto que eres uno más de los temporeros londinenses que han ido a la recogida del lúpulo.

—Todo eso está muy bien, pero nos quedaremos en la granja de un agricultor a unos kilómetros, no está en el pueblo. No puedes presentarte allí para trabajar en el lúpulo en la primera granja vieja que te encuentras, no funciona así.

Maisie se volvió hacia su ayudante.

—De acuerdo. ¿Me explicas cómo funciona?

Billy se inclinó hacia delante y empezó a garabatear un croquis a lo largo del pliego de papel que tenían sujeto a la mesa. Los pliegos eran restos que le sobraban a un pintor y decorador amigo de Billy, a los que ellos daban la vuelta como base sobre la que realizaban el mapa del caso de cada nuevo encargo, un diagrama creado con lapiceros de colores en el que incluían pistas, corazonadas y cualquier pequeño dato que pudiera servirles para hacer avanzar la investigación. Hasta el momento, el pliego estaba sin tocar.

—Uno se apunta a trabajar en una granja en la que ya lo conocen, normalmente por haber participado en la recogida el año anterior. Mi familia lleva recogiendo lúpulo desde que mi abuelo era niño. El agricultor sabe qué familias quiere que regresen al año siguiente porque son buenos trabajadores. Después, en primavera o por ahí, recibes un sobre marrón con una carta en la que te confirman que vas a ir de tal a tal día para la recogida del lúpulo y que tienes tu caseta, en la que vivirás durante ese tiempo. De manera que, cuando uno sube al tren con toda la familia y los enseres que puedan necesitar, desde sábanas hasta el hervidor de agua de hojalata, sabe que ya tiene trabajo y un techo bajo el que vivir al llegar a destino.

Maisie guardó silencio un momento.
—¿Conoces a alguien que vaya a… —se detuvo a consultar sus notas— a la granja de Dickon, en la hacienda Sandermere? ¿No podrías intercambiar tu puesto con otra familia?
Billy negó con la cabeza.
—No, así de primeras no conozco a nadie. —Se frotó la barbilla en silencio—. Pero ¿sabe lo que voy a hacer? Hablaré con algunos de los que conozco, por si pudiera hacerse. Aunque no es lo normal. A los agricultores no les gusta que la gente ande cambiando el lugar que se le ha asignado.
—Eres un buen hombre —dijo Maisie sonriendo mientras alargaba la mano hacia una carpeta—. Anda, mira, con esto pasa como con la línea doce de autobús: siglos sin que pase uno y luego llegan tres seguidos. Las desgracias nunca vienen solas, ¡aunque ya era hora!
—¿Más trabajo?
—Sí. Ayer por la tarde vine a la oficina y había dos postales y un telegrama, todos ellos encargos de trabajo. Ya he concertado las citas correspondientes con los posibles nuevos clientes. No son asuntos importantes, pero es buena señal y significa que, junto con mis clientes privados, es muy probable que tengamos trabajo hasta Navidad.
—Ha estado preocupada por eso, ¿verdad, señorita?
—Sí, un poco —respondió ella abriendo la carpeta del caso Compton de nuevo—. Tengo ganas de terminar la planificación de este caso, Billy, así que voy a decirte lo que quiero que hagas hoy, cuando termines con las notas del caso Jacobsen, para que pueda redactar el informe y la factura. Quiero que averigües lo antes posible si vas a poder quedarte en la hacienda Sandermere. —Hizo una pausa—. No dejaré que el caso te quite tiempo de tus vacaciones, y obviamente te pagaré por el trabajo que hagas mientras estés allí, así que asegúrate de llevar el registro de las horas. Quiero que me des tu impresión inicial de la situación sobre las dudas que me ha expuesto James Compton. Después querré verlo en persona. Iré a recoger lúpulo con tu familia si es necesario.
Bily se rio.
—No me cabe en la cabeza, señorita. Usted es una mujer de ciudad y nunca ha ido a recoger lúpulo a Kent.
En otro tiempo Maisie hubiera cortado de raíz esas libertades y no habría alentado contestaciones agudas como esa un lunes laborable por la mañana temprano, pero desde que conocía a Billy habían visto muchas cosas juntos, en especial en aquel primer y breve encuentro, el día que lo llevaron a la Estación de Evacuación de Heridos en la que trabajaba como enfermera en 1916. Entonces le salvó la vida el que había sido su primer amor, un joven médico militar llamado Simon

Lynch, y el hombre que después se había convertido en su ayudante jamás olvidó a ninguno de los dos. Los caminos de Billy y Maisie volvieron a cruzarse cuando ella alquiló su oficina en Warren Street, donde él trabajaba como portero. La reconoció al instante. Tras ayudarla en un caso bastante importante, Maisie le pidió que fuera su ayudante, trabajo que aceptó agradecido. Ahora se sentían cómodos en su relación, y aunque Billy le hacía alguna que otra broma, nunca se tomaba demasiadas confianzas.

—No, nunca he ido a la recogida del lúpulo, Billy, pero mi padre sí lo hizo de niño. He visto las matas crecer, he visto a los hombres preparando los cordeles por los que trepan los brotes, y a las mujeres separando y entutorando los brotes alrededor de los cordeles a finales de la primavera. Pero en realidad no sé nada del negocio de la recogida del lúpulo. —Hizo una pausa al recordar algo—. En su lugar, nosotros pasábamos una semana en verano con los padres de mi madre, cuando vivían cerca de Marlow. El abuelo era quien manejaba la esclusa. Antes había trabajado durante años como lanchero en el Támesis manejando una barcaza de las que se utilizaban para trasladar la carga desde los barcos hasta el muelle, pero mi abuela deseaba vivir fuera de la ciudad y, como los dos querían estar cerca del agua, terminó aceptando el trabajo en la esclusa. No había quien lo mantuviera alejado del río, aun cuando ya debería haberse jubilado.

—¿Y tu abuela? ¿Ella era londinense?

Maisie negó con la cabeza.

—No, no, ella estaba hecha de otra pasta. —Alcanzó una hoja de papel y cambió de tema—. El caso es que después de esta época un poco más tranquila, me alegro de que tengamos trabajo a la vista.

BILLY Y SU familia se marcharon de Londres ese mismo fin de semana a bordo de uno de los «trenes del Lúpulo». Billy había conseguido cambiar su puesto con otro temporero y su familia, y, tras un rápido intercambio de postales y telegramas entre los hombres y los agricultores, los Beale se encontraban cómodamente instalados en una caseta de una de las habitaciones en la granja Dickon. Por su parte, Maisie se dispuso a estudiar el caso con más detalle.

Las notas de James Compton incluían el mapa de la hacienda, un terreno de una extensión importante situada en mitad de una zona de verdes prados y bosques conocida como el Weald de Kent. Heronsdene colindaba con la hacienda por el sur, donde el pueblo pegaba con el perímetro de la granja Dickon, que Tom Dickon había heredado de su padre, y este del suyo. Y así desde hacía varias generaciones. Gracias al contrato de carácter prácticamente perpetuo, el agricultor

consideraba la tierra como si fuera suya y la mantenía dentro de la familia.

El ladrillar estaba en la parte este de la granja y, tal como había dicho James, funcionaba bien. En la carpeta había más información sobre Alfred Sandermere y también una fotografía. «No muy favorecedora», pensó Maisie mientras evaluaba al hombre, de unos treinta o treinta y un años. Le pareció bastante corriente, aunque no se detuvo en los ojos, que tenía entornados y enmarcados por unas cejas gruesas, y el pelo peinado hacia atrás con una exagerada cantidad de cera fijadora a juzgar por el desafortunado brillo que mostraba la fotografía. Sonreía al mostrar los dientes a la cámara, y Maisie se fijó en que sostenía un puro a medio fumar en la mano. «Nada inusual.» Sin embargo, se le antojó indecoroso, y había algo en su aire desgarbado que sugería arrogancia y cinismo. Sabía que tendría que conocer a Sandermere en algún momento y no tenía ninguna gana de que ese intercambio llegara.

Había también una lista bastante larga de los delitos cometidos en la zona en los tres últimos años, sobre todo delitos contra la propiedad. Ventanas rotas en el ladrillar, robo de herramientas, un incendio en las cuadras; por fortuna, no habían tenido que lamentar víctimas entre los caballos ni entre los mozos. Maisie se fijó en que algunos de los incidentes habían tenido lugar a mediados de septiembre de cada año, época en la que la población aumentaba con la presencia de los temporeros llegados de Londres, y también una pequeña cantidad de gitanos. Claro que eso no significaba nada. Como el propio James había observado, los visitantes eran un chivo expiatorio de lo más oportuno para los vecinos que delinquían.

Había una relación más breve de pequeños incendios ocurridos en el pueblo, también en septiembre. No parecía que se hubieran registrado quejas de los lugareños ni indicación alguna sobre el origen de tales fuegos. «A lo mejor es solo una coincidencia, señorita» había comentado Billy. Pero justo a continuación ambos habían dicho al unísono: «Las coincidencias son mensajes enviados por la verdad».

Las palabras del mentor y antiguo jefe de Maisie, el destacado psicólogo, filósofo y experto en ciencias forenses, el doctor Maurice Blanche, salían a relucir con frecuencia, aunque el feo desgarrón que había sufrido la relación entre ambos no estaba, ni muchos menos, reparado, pese a las breves conversaciones que mantenían de vez en cuando. La desavenencia se había producido un año antes, en Francia, cuando Maisie comprendió hasta dónde habían llegado las actividades encubiertas de Maurice durante la guerra. El secretismo de este unido a su aparente intromisión en un caso en el que estaba trabajando Maisie le demostraron que su maestro no confiaba en ella, lo que desembocó en una agria discusión. Maisie había sufrido una especie

de crisis nerviosa durante su visita a Francia, un profundo malestar producido por una neurosis de guerra a la que no le había prestado atención. Pese a que la profunda desavenencia entre Maurice y ella la había empujado a ser más independiente y amoldar su negocio a lo que ella quería que fuera, a veces echaba de menos sus consejos. Pero lo ocurrido el año anterior seguía sin resolver.

Maisie escribió la palabra «incendio» en el mapa del caso. Había algo en los incendios, por pequeños que fueran, que hacía que resultaran más perturbadores que cualquier otro delito de calibre similar. Una cerilla que se tira sin pensar sobre la yesca puede convertirse en un fuego voraz, y unas chispas pueden terminar envolviendo una mansión entera si no se controlan. Y los fuegos que se provocan por el mero hecho de hacer daño apelan a lo más hondo del miedo individual y colectivo, porque ¿acaso no es en el fuego donde habita el diablo?

Por si tuviera poco con la pequeña pero creciente inquietud que le producía el caso, Maisie se preguntaba por qué James Compton le había encargado la investigación. ¿Habría sido su madre, lady Rowan Compton, que en otro tiempo había apoyado y financiado su educación, la que le había sugerido que contactara con ella para investigar los problemas que presentaba la última operación inmobiliaria de su hijo? Extremadamente independiente, Maisie sentía desde hacía tiempo que el mecenazgo de la antigua sufragista la alentaba e incomodaba a la vez. La diferencia de posición social de ambas influía, como es natural, en esos sentimientos, aunque a muchas personas les costaba trabajo ubicarla cuando se referían a ella, puesto que les parecía más la hija de un clérigo que la de un vendedor de frutas y verduras ambulante de Lambeth. Pero Frankie Dobbs ya no vendía verduras en una carreta tirada por un caballo, sino que vivía en Chelstone desde la guerra. Cuando llamaron a filas a los mozos de cuadras de lady Rowan, esta lo contrató para que se ocupara de sus caballos y a ello se dedicaba todavía, y seguía viviendo con la casita que iba unida al puesto.

Maisie decidió sencillamente seguir trabajando en vez de preocuparse por cómo le había llegado el encargo. Continuó con sus notas hasta que el teléfono negro que tenía sobre la mesa empezó a sonar. Al principio se quedó mirándolo sin responder, preguntándose quién podría ser. Después de todo, la mayoría de la gente seguía utilizando las cartas, las tarjetas postales y los telegramas para informar o pedir cualquier cosa. Al final alcanzó el auricular.

—Fitzroy cinco…

—Por el amor de Dios, Maisie, no hace falta que me recites el número entero que acabo de marcar.

—¡Priscilla! ¿Dónde estás? —Maisie se levantó para hablar con su

vieja amiga.

—En Londres, después de instalar por fin, y uso la palabra un poco a la ligera, a mis tres demonios en su nuevo colegio. Lo hemos pensado largo y tendido, Maisie, y seguimos preguntándonos si hemos hecho lo correcto. Estaban asilvestrados en Biarritz. Y necesitan un poco de disciplina, o vete tú a saber en la clase de hombres que se convertirán. Y después de una larga reunión con el director, porque el mayor ya se ha metido en una pelea por defender a su hermano, te aseguro que lo que necesito es un buen *gin-tonic*. ¿Me acompañas? Estoy en el Dorchester.

—¿El Dorchester?

—Sí, es mi última ocurrencia: probar un hotel nuevo cada vez que venga. Este lleva abierto seis meses y es verdaderamente espectacular: con teléfono en las habitaciones y todo. Lo mismo pongo fin a mi búsqueda después de este. Estoy disfrutando mucho, un broche perfecto para un día en el que he tenido que dar algún que otro coscorrón. No literal, ya sabes, aunque si llego a poder estar cinco minutos con ellos a solas…

Maisie consultó la hora.

—Llegaré lo antes posible. Tengo que terminar un par de cosas en la oficina y después necesito pasar por casa a cambiarme. ¿Nos vemos a las seis y media?

—Perfecto. Mientras tú haces todo eso yo voy a darme un baño caliente a ver si se me pasan las ganas de beberme un buen trago de ginebra.

—Hasta entonces.

Maisie se dio prisa en terminar lo que estaba haciendo, y se disponía a salir de la oficina cuando llegó una postal por correo especial. Era de Billy.

Querida señorita:
Tiene que venir a la granja. Es urgente.
La llamo el martes desde una cabina que hay aquí cerca, en carretera. A las ocho.
Billy

Maisie sacudió la tarjeta contra la palma de la mano izquierda. «Hoy es martes.» Miró el reloj. Una hora más o menos con Priscilla le daría tiempo suficiente para ponerse al día y volver a la oficina para hablar con Billy. Lo conocía lo bastante bien como para saber que no le habría enviado aquella nota si la situación no fuera urgente. Y, según el mapa que le había proporcionado James Compton, había un buen paseo hasta la cabina de teléfonos desde la granja, que estaba más cerca del siguiente pueblo, por lo que no podía describirse como «aquí cerca». De hecho, le supondría una buena excursión después de

un largo día de trabajo.

SIEMPRE QUE MAISIE quedaba en alguna parte con Priscilla, lo único que tenía que hacer era buscar un corrillo de personas para localizarla. No era que su amiga incitara a conversar, ni siquiera hacía falta que conociera a nadie, pero ocurría que las personas gravitaban hacia ella, se situaban cerca mientras charlaban o esperaban a alguien. Y aquella noche no fue una excepción. Priscilla estaba sentada en un taburete en la barra tomando un cóctel con un puñado de huéspedes pululando a su alrededor, mirándola de soslayo de vez en cuando.

Vestía un conjunto de noche más apropiado posiblemente para una cena en la terraza de su casa en Francia. La túnica de color crema con un fajín ancho ciñéndole las caderas atraía la atención hacia la piel bronceada que se había puesto de moda, y los pantalones de seda con vuelta de color azul marino acentuaban su esbelta figura. Llevaba unos zapatos de fina piel del mismo color, y un pañuelo blanco y largo con un vivo azul marino alrededor del cuello. Aunque el clima de finales de verano permitía vestir prendas más ligeras, Priscilla era la única huésped que no desentonaría a bordo de un barco en climas tropicales.

—Dios mío, Maisie, querida, pareces una imagen navideña. Creo que no te había visto nunca vestida de color, a menos que fuera algo mío e insistiera en que te lo pusieras. ¿Un vestido rojo? He de decir que te favorece. —Era efusiva en sus muestras de afecto hacia Maisie, a quien quería mucho, y que la quería de igual modo, aunque ese cariño no le impedía dar consejos que nadie le había pedido—. Lo único que te falta es un sombrero negro con una banda roja, unos zapatos rojos atrevidos y, si yo fuera tú, un cinturón negro que te realce la cintura. La cintura marcada vuelve, Maisie, a pesar de lo que se ve por ahí.

Maisie puso los ojos en blanco.

—A mí me gusta así, Pris. Qué alegría verte. No intentes organizarme el armario, por favor.

—¿Qué armario? No sé cómo te las apañas con tan pocas prendas. Por cierto, ¿la has teñido tú?

Maisie se sonrojó.

—Francamente, no podía justificar la compra de un vestido nuevo, así que, sí, he teñido uno viejo. He aprendido a teñir.

—Mmm, me parecía que ya había visto ese corte. Te ha quedado bien, ¿sabes?

Un camarero se les acercó y Maisie se decantó por un jerez, mientras que Priscilla pedía otro *gin-tonic*.

—Cuéntame cómo están los niños. ¿En qué colegio los has matriculado? En la última carta me decías que en St. Anselm. ¿Has cambiado de opinión?

—No, no he cambiado de opinión, pero aún puedo hacerlo. Tendremos que ver cómo les va. —Bebió un sorbo y dejó la copa en la mesa baja que tenían al lado mientras negaba con la cabeza—. Tres chicos, triple problema. Los cambiaría por tres chicas ahora mismo, aunque mis padres tuvieron tres chicos y una chica, y siempre decían que yo les causaba más preocupaciones que ellos tres juntos.

Maisie sonrió. Hubo un tiempo en que Priscilla no podía hablar de sus hermanos, porque perdió a los tres en la guerra. Su amiga, al igual que ella, también había servido en la guerra, pero conduciendo una ambulancia. Aquello, unido a la pérdida, la había marcado durante años.

—Como ya sabes, tanto Douglas como yo hemos estado dándole largas al asunto de la educación de los niños. Han sido muy felices en Biarritz, ya lo viste; al colegio por la mañana y a la playa por la tarde. Han vivido toda clase de aventuras en total libertad. Saben comportarse y ser unos perfectos caballeros, por supuesto, pero cualquier don en el área académica o intelectual que puedan albergar permanece oculto, te lo aseguro. —Cogió la copa e hizo girar el solitario cubito de hielo en el líquido frío sin llevársela a los labios—. Parte de mí quería que tuvieran la formación y la educación que tuvieron mis hermanos. Ya sabes, ese mundo de peleas de hombrecitos, volviendo a la casa del campo los fines de semana y llevando amigos allí para celebrar grandes meriendas a la antigua usanza a base de tostadas con mermelada y té con leche, que era más leche con azúcar que otra cosa. Pero después del desastre de la semana pasada…

—¿Qué pasó?

Priscilla suspiró.

—Pasa que son los chicos nuevos del colegio. Además, aunque vivan con sus padres ingleses y una niñera escocesa (sí, Elinor sigue viviendo con nosotros, aunque ahora mismo está en Brecon con su familia), hablan con acento casi francés y suelen hablar en ese idioma entre ellos para contarse secretos, como si tuvieran un club propio y exclusivo. No hace falta que te diga que eso no les ha gustado mucho a los demás chicos y se meten bastante con ellos. —Se detuvo y bebió un sorbo—. Admito que aprender a navegar en aguas hostiles puede fortalecer la personalidad. Sin embargo, todo tiene un límite. Estaban dándole una paliza a Tarquin Patrick después de sacar las mejores notas en clase de conversación en francés. Lo empujaron, él no hizo caso, volvieron a empujarlo, seguía sin hacer caso, y otra vez, aunque ahí ya sí respondió poniéndole el ojo morado al otro chico. Su gancho

de izquierdas se lo debe a las enseñanzas a escondidas por parte del ex de Elinor, un estibador vasco y púgil en sus ratos libres. Tres de los matones se le echaron encima, llamándolo gabacho de mierda y franchute cobarde cuando llegó Timothy Peter, que es igual de habilidoso en el área pugilística gracias al amigo vasco de Elinor. Por un lado, y menos mal, es una suerte tener hermanos mayores cuando te están dando una paliza, pero por otro, han mandado a tres chicos a la enfermería, uno de ellos con la nariz rota.

Maisie asintió con la cabeza. Había conocido a los chicos y siempre la conmovía oír a Priscilla referirse a sus hijos por su nombre compuesto, ya que le había puesto a cada uno el nombre de uno de sus hermanos. Pero parecía alarmada ante la naturaleza de sus hazañas.

—¿Qué vas a hacer?

—Aún no estoy segura. Douglas está ahora mismo cerrando la villa, pero volverá a Evernden Place en cuanto pueda. Hemos abierto la antigua casa de mis padres. Me emocionaba mucho imaginar a los chicos correteando por los campos verdes, construyendo fuertes en los árboles y viviendo el mismo tipo de aventuras en las que nos embarcábamos mis hermanos y yo, pero esto me ha caído como un jarro de agua fría, y el panorama no me parece tan halagüeño. ¿Cómo pueden ser tan crueles unos niños?

—La gente suele sentirse amenazada ante aquello que no conoce, Priscilla, y los niños no son una excepción. Como tú misma has dicho, son hombrecitos. El hecho de que Tarquin no se defendiera al primer empujón, que era la reacción que los otros esperaban, encendió los ánimos. A ver, es posible que los acontecimientos posteriores hayan elevado la posición de tus hijos. Siento decirlo, pero los puñetazos conforman un camino universalmente aceptado hacia el poder en las aulas.

Maisie era consciente de que carecía de experiencia en el campo de la crianza de los hijos, por lo que sus comentarios respondían al hecho de que comprendía bien lo que era ser diferente, que te trataran con suspicacia y te mirasen con inquietud, tanto por su trabajo como por el ambiente en el que se había criado.

Priscilla la miró de nuevo.

—La verdad es que, aprovechando que estoy lanzada, hay otra cosa de la que quería hablar contigo, que no tiene nada que ver con los chicos. En realidad, tiene que ver contigo.

—¿Conmigo? ¿De qué quieres hablar conmigo?

Maisie notó el cambio de actitud de su amiga, la forma en que cuadró los hombros y se reclinó levemente hacia atrás, como si estuviera preparándose para darle una mala noticia y quisiera apartarse un poco para no recibir el golpe.

—He llamado a varias amistades antes de bajar. Una de esas amistades era Margaret Lynch.

Maisie apretó los labios y se dio cuenta de que estaba imitando la postura de su amiga. «Sí, Priscilla tenía que reunir fuerzas para sacar el tema, las mismas que necesito yo para oír lo que tenga que decirme», pensó Maisie. La honorable Margaret Lynch era la madre de su amado Simon, que vivía en una residencia especial en Richmond desde la guerra. Tras el bombardeo que sufrió la Estación de Evacuación de Heridos en la que trabajaban juntos, su mente había quedado reducida a una concha hueca. Maisie también había resultado herida, aunque el pelo le ocultaba una de las cicatrices que le habían quedado. Las otras, si bien ya no estaban amoratadas ni le dolían, permanecían encerradas en su alma.

—¿La señora Lynch?

—Quiere verte. Has conseguido evitar cruzarte con ella todos estos años, y lo mismo ella contigo. A las dos os costaba demasiado, ¿verdad? Pero creo que es por su edad y…

—¿Y qué?

—Simon está apagándose. Sabe Dios qué lo habrá mantenido con vida desde la guerra. Pero los médicos han empezado a notar cambios por primera vez en todo este tiempo y creen que es solo cuestión de tiempo.

—Oh… Yo… Priscilla, estuve con él hace dos semanas. Nada había cambiado. Me fijé en él detenidamente. He sido enfermera, no vi nada que sugiriese…

—Han pasado dos semanas desde entonces. —Alargó las manos y tomó las de su amiga—. Sé que me consideras una persona atolondrada, Maisie, pero escucha lo que voy a decirte. No puedes seguir aferrándote a él para siempre. Sí, sé que estuviste mucho tiempo sin ir a verlo; Margaret lo entiende muy bien, pero llevas dos años acudiendo religiosamente a la residencia a ver a un hombre que no te reconoce y con quien no puedes mantener una conversación. Un hombre que no está vivo, que solo respira y come, nada más. —Le acariciaba las manos mientras hablaba—. Ve a ver a Margaret, y no tardes mucho, Maisie. No tiene mala opinión de ti, ¿sabes? Admito que por lo general tú eres la inteligente y la que entiende lo que piensa la gente, pero yo también sé sentir algo de empatía. Necesita saber que alguien quiere a su hijo tanto como ella misma. Tú fuiste la última persona que habló con él antes de que la guerra nos lo arrebatara, eres el punto de conexión entre el Simon de entonces y el de ahora. El mero hecho de estar en contacto contigo la ayudará, os ayudará a las dos, a sobrellevar el fallecimiento.

—¿El fallecimiento? Priscilla, yo…

—Maisie. Mírame. Se está muriendo. No hay manera suave de decir

esto. Simon se muere. Su padre está muerto. Su madre está sola. Eres la única persona aparte de ella que va a verlo, y llevas enamorada de él desde la noche que os conocisteis, aunque hayas salido con otros hombres. Y, por mucho que hubiera querido algo mejor… —Priscilla cerró los ojos un segundo y empezó a disculparse—. Ay, Dios, no quería decir eso, Maisie. Ha sonado muy mal, lo sé. Lo que quería decir es que…

Pero Maisie ya se había levantado y mantenía una postura que parecía más audaz por el vestido rojo y los ojos con los que miraba a Priscilla, que seguía sentada.

—Me aceptó en su casa porque estábamos en guerra. Fue amable, cortés, pero no creas que no sabía bien que, en cualquier otro momento, mis orígenes habrían sido un tema de discusión en la familia. ¿Qué hubiera pasado al terminar la guerra, Priscilla? ¿Eh? Jamás pude aceptar la proposición de Simon porque no veía un futuro para los dos. —Tomó aire antes de continuar—. No solo porque en el fondo de mi alma sabía que iba a ocurrir algo terrible, sino porque percibía la disconformidad de esa mujer, aunque sus palabras mostraran aceptación. —Recogió el abrigo y añadió—: Escribiré a la señora Lynch, Priscilla. También iré a la residencia en cuanto pueda. Pero no me hago falsas ilusiones sobre lo que se dijo de mí a mis espaldas hace años.

Se dio media vuelta y abandonó el hotel. Priscilla pidió otro cóctel y se puso la copa fría en la sien mientras se mordía el labio deseando no haber dicho nada. No era propio de Maisie dar muestras de mal carácter ni revelar ninguna emoción. Pensó en el arrebato de su amiga y se le ocurrió que tal vez no fuera malo, aunque confiaba en que se reconciliaran pronto. «Está claro que he tocado una fibra sensible», se dijo para sí mientras dejaba la copa en la mesa. Recogió su cartera de mano y subió a su habitación.

Más tarde, con una bata larga de seda, se sentó junto a la ventana que daba a Park Lane, y pensó que debería haber comprendido que algo había cambiado. Ese vestido rojo lo decía todo. Y otra cosa. Cuando Maisie le había dicho que no veía un futuro para ellos, que sabía que algo terrible iba a ocurrir, había levantado la mano, pero no se había tocado el ojo, que era el acto reflejo que cualquiera hubiera esperado. Maisie se había tocado el centro de la frente.

DE REGRESO EN la oficina, Maisie lanzó el abrigo sobre la mesa, agarró uno de los cojines del sillón, se subió el vestido por encima de las rodillas y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. «Relájate, relájate, relájate…» Repitió el mantra una y otra vez. Estaba

horrorizada consigo misma, disgustada por el arrebato que había tenido. Tal vez elevara el tono de voz a veces cuando hablaba sobre su trabajo, y luego estaba la discusión que había tenido con Maurice el año anterior, cómo olvidarlo, pero nunca, jamás, se había tomado un comentario tan a pecho. Era evidente que Priscilla no pretendía insultarla. La confianza de su amiga en la amistad que mantenían le permitía hablar con franqueza, aunque se había dado cuenta de su error y se había disculpado de inmediato. «¿Por qué me ha afectado tanto?», se preguntó mientras inspiraba hondo, decidida a recuperar la compostura antes de hablar con Billy.

El teléfono sonó en ese mismo instante, como si su ayudante hubiera estado esperando su turno. Maisie se levantó, se sacudió el vestido y alcanzó el auricular.

—¿Billy?

—¿Es usted, señorita? —preguntó Billy a través de las interferencias de la línea.

—Pues claro que soy yo.

—Perdone, es que como no ha dicho el número al contestar… Me ha pillado por sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría poder contárselo todo, pero menuda la que se ha armado, y como esto siga así…

—¿Como siga así el qué?

—Dos muchachos de Shoreditch, dos temporeros, los han trincado por robo y vandalismo en la casa grande de la hacienda. Dicen que estaban fuera de la verja tratando de subirse a los castaños de Indias a por castañas, pero como había ventanas rotas y faltaban unos objetos de plata, se los han llevado detenidos. Todos los temporeros londinenses han puesto el grito en el cielo. El señor Dickon solo quiere que se recoja el lúpulo, y todos creen que los culpables han sido esos malditos gitanos, lo cual no nos pone las cosas fáciles a Doreen y a mí.

—No te sigo.

—No llevábamos ni cinco minutos aquí cuando Doreen se cruzó con una gitana que iba con una niña muy pequeñita, como nuestra Lizzie, por no mencionar que tenía el mismo pelo negro y rizado. Así que, aunque Doreen no entiende casi nada de lo que dice la mujer, se para a hablar con ella cuando van a por agua a la fuente y le sujeta a la niña en brazos. Baljisí, se llama; ¿qué clase de nombre es ese? El caso es que les ha caído bien a los gitanos. No tiene nada de malo, pero ahora los de mi propia raza nos llaman gitanos.

—*Baljisí* significa «hermosa». Es una especie de jerga, la palabra se ha ido deformando a lo largo de los años.

—¿Cómo sabe usted eso, señorita?

—Ya lo había oído antes. ¿Qué más ha ocurrido?

—Los lugareños son gente rara, sin duda. Conozco bien ese tipo de cosas, pero esta gente es harina de otro costal. Los del pueblo que vienen a la recogida dicen que no han visto nada, pero nos señalan a nosotros, al mismo tiempo que dicen que no quieren a esos sucios vagabundos en su granja.

—Menudo follón tienen montado. Y el malestar entre tribus rivales no ayuda mucho que digamos.

—Cualquiera diría que ya lo habíamos superado cuando se fueron los vikingos —dijo Billy y calló un momento—. Y es peor de lo que imagina, señorita. A esos chicos podría caerles un año o más de cárcel. Ese tal Sandermere está pidiendo la pena máxima, para dar ejemplo, según dice. Y también ha dicho que han recibido amenazas, de manera que la policía anda dando vueltas por aquí todo el tiempo. Creo que debería venir, señorita. No hay nadie aquí que vele por esos chicos. Son muy jóvenes, demasiado para soportar la cárcel. Usted puede hablar con los abogados y con la policía, ayudarlos en su defensa, y además es londinense. Confiarán en usted.

Maisie suspiró. Esperaba que el encargo de James Compton fuera más fácil, pero por lo que se veía las complicaciones habían empezado antes de que se hubiera secado la tinta del contrato. Meditó sobre el hecho de que, en su trabajo, los casos que al principio parecían más sencillos solían ser todo lo contrario.

—Está bien. Iré en el coche directamente hacia la granja mañana por la mañana. Puedo quedarme con mi padre en Chelstone unas cuantas noches, está a solo tres cuartos de hora de Heronsdene.

Colgaron. Maisie depositó el auricular en su sitio y volvió a sentarse sobre el cojín. Decidió que antes de salir de Londres al día siguiente por la mañana, pasaría por el hotel y le dejaría una nota a Priscilla en la recepción para disculparse por su arrebato. Y también escribiría a Margaret Lynch, aunque tendría cuidado al redactar el texto. Hechos los planes, cerró los ojos y se le apareció su abuela en la mente, igual que mientras hablaba con Billy. Se acordó de su madre riéndose mientras su padre la sacaba de la carreta tirada por un caballo en la que habían ido desde la estación de tren hasta la casa que tenían sus abuelos junto a la esclusa del canal. Su abuela llevaba el pelo canoso, en otro tiempo tan negro como el suyo o el de su madre, recogido en una larga trenza. Y aunque vestía ropas muy similares a las de otras mujeres de la época, se ponía aros de oro en las orejas y se llenaba los dedos de anillos que Maisie buscaba en cuanto su abuela la cogía en brazos, siempre repitiendo lo mismo: «Ay, mi pequeña *baljisí*, ven a ver a la vieja tía».

3

A MAISIE LE encantaba conducir, le encantaba sentir el viento en el pelo cuando hacía bueno y podía echar hacia atrás la capota del MG, como ese día. A lo mejor podía percibirse ya la llegada del otoño en la brisa por la mañana temprano, pero las horas centrales del día eran suaves, agradablemente cálidas con el sol bajo en el cielo que hacía brillar los campos recién segados de camino a Heronsdene.

Tomó la carretera que iba desde Tunbridge Wells hasta Lamberhurst y después giró al llegar a la señal que indicaba Heronsdene. Redujo la velocidad al entrar en el pueblo, la carretera flanqueada por diversos tipos arquitectónicos, desde cabañas medievales hasta hileras de casas adosadas construidas en la época victoriana. A la izquierda, los travesaños de madera de la fachada frontal otorgaban a la posada del pueblo un aspecto cálido y acogedor, y un poco más adelante, a la derecha, se alzaba una iglesia normanda azotada por el viento que subía desde Horsmonden. Había varios comercios pequeños, una carnicería, una tienda de ultramarinos, una ferretería y, en mitad de la calle, cerca de la iglesia, un monumento conmemorativo de la guerra. Habían tenido que dividir la carretera y modificar el trazado para integrar el monumento, erigido en memoria de los hombres y los chicos del pueblo que habían perdido la vida entre 1914 y 1918.

A la izquierda había un hueco en una hilera de edificios adosados donde Maisie habría esperado encontrar otra casa, o una tienda, pero la parcela estaba cubierta de malas hierbas y margaritas de otoño. Esas flores abundaban en aquella época del año, crecían a lo largo de las vías del tren y en terrenos sin cultivar, aportando color a un rincón del pueblo que de otro modo no tendría nada de particular. La carretera se cruzaba en ese punto con la señal que indicaba el camino hacia la granja Dickon, a la izquierda.

Maisie continuó hacia allí y pasó por delante de plantaciones de lúpulo recién recogido a su derecha. Los cables suspendidos a cierta altura, de los que colgaban los cordeles atados en primavera para que los tallos jóvenes del lúpulo treparan por ellos hasta crear una densa capa de vegetación, estaban desnudos en ese momento, quizá se hubiera quedado algún tallo solitario enredado a alguno. Los tallos del lúpulo ya recogido se iban depositando en altos montones antes de que los cosechadores pasaran a la siguiente plantación.

Entró en la propiedad de la granja, aparcó el coche a un lado del irregular camino de tierra y continuó a pie. Solo le faltaba que se le estropearan los bajos de su preciado coche y tener que gastar dinero en reemplazar alguna pieza costosa. En previsión se había puesto una falda de lino grueso con tablones por delante y por detrás perfecta para poder caminar, una blusa de algodón de color nuez moscada y unos zapatos recios. Llevaba también una mochila con unos sándwiches, una chaqueta de lana, un taco de fichas para notas sujetas con un cordel, un cuaderno y una pluma. Había metido también en el compartimento delantero de la mochila una bolsita que se ceñía con un cordón, y que contenía varias herramientas de pequeño tamaño, y la navaja Victorinox estaba a buen recaudo en el bolsillo de la falda.

Continuó por el camino y se detuvo al llegar al secadero. Estaban descargando un contenedor hasta arriba de costales llenos de lúpulo y trasladándolos uno por uno al horno para su secado antes de empaquetarlo de nuevo y llevarlo a las cervecerías. Flotaba en el aire el fuerte olor que desprendía la mezcla de las flores frescas en proceso de secado y el azufre, y Maisie se quedó mirando unos minutos antes de dirigirse a uno de los hombres.

—Disculpe. ¿Podría indicarme por dónde se va a las plantaciones que se están recogiendo en estos momentos?

El hombre se enderezó antes de responder, se quitó la gorra y se secó el sudor de la frente con un pañuelo lleno de manchas de lúpulo.

—Hoy están en las de las vías y el Capricho, todas las plantaciones tienen nombre. La primera corre paralela a las vías del tren, como podrá imaginar. Siga por este camino unos ochocientos metros, luego atraviese el campo sin recoger que encontrará a su izquierda y la verá. La del Capricho está al otro lado del camino. Tiene que pasar las dos primeras que encontrará a la derecha, la que busca es la tercera. —Volvió a ponerse la gorra mientras evaluaba a Maisie y añadió—: ¿Quiere ver a alguien en particular?

—Así es. Busco a la familia de Billy Beale.

—¿Pelo claro tirando a pelirrojo y una leve cojera?

—El mismo.

—En las vías. Está trabajando con otros londinenses en la parte de arriba. Los gitanos están en la parte de abajo, así que mire bien por dónde va.

Maisie iba a responder, pero se acordó de lo que habían estado hablando Priscilla y ella el día anterior, y se lo pensó mejor.

—No tengo nada que temer, pero gracias. Seguro que encuentro a los Beale sin problema.

El hombre se encogió de hombros y negó con la cabeza mientras Maisie se alejaba levantando el rostro para recibir la suave tibieza del sol. Encontró fácilmente la plantación de lúpulo de las vías, ayudada

en su caso porque en ese momento pasaba un tren. Las nubes de vapor de carbón que se elevaban por encima de los árboles le indicaron el camino, y al poco ya avanzaba junto a una hilera de temporeros, familias enteras alrededor de un contenedor alargado hecho de arpillera cosida a unas varas gruesas de madera como una parihuela, que empujaban según recogían. En condiciones normales habría esperado oír risas, alguna voz que dijera: «¿Os sabéis esta?» iniciando una de las canciones que se cantaban para pasar el tiempo.

Se acordó de las historias de cuando su padre era pequeño que solía contarle cuando los dos estaban sentados junto a la cocina de hierro el día que Maisie tenía la tarde libre, reconfortada por la calidez de la voz de su padre y las ascuas. Le había contado aquellas historias en los meses siguientes a la muerte de su madre y de repente se preguntó si hablar de su niñez había sido para él un ancla a la que aferrarse o lo habría hecho para que aflorasen los años de inocencia de su hija, que ya con trece trabajaba demasiadas horas en el servicio de la mansión de lord Julian Compton y su mujer, lady Rowan, en Ebury Place. Le había contado los chistes que se contaban mientras recogían el lúpulo y se había reído recordando lo que pensaba tal o cual sobre lo que ocurría en el mundo, o algún comentario gracioso interrumpido por el llanto de un niño que acababa de despertarse de la siesta tumbado encima de un abrigo tendido sobre unas matas viejas.

Allí, sin embargo, la jovialidad de los trabajadores parecía apagada. Maisie permaneció un momento al borde del campo observando, pensando y evaluando la situación, pues notaba el roce de su enfado, como si su abatimiento fuera algo sólido, una nube de hormigón. Echó a andar. Se detuvo en dos ocasiones para preguntar por Billy, y en las dos le dijeron que estaba cerca, que se encontraba en aquella misma hilera, y alguien con un dedo manchado le señaló la dirección.

Por fin los vio: a Billy y a Doreen inclinados sobre su contenedor mientras recogían los conos florales con rapidez y destreza, y a la madre de Billy, una mujer ya mayor, retirando las hojas de un racimo con los dedos deformados por la artritis y echando las flores limpias en el contenedor. Los chicos, Billy y Bobby, echaban las que recogían en una vieja cesta de la colada, que volcaban una vez llena en el interior del contenedor grande. Toda ayuda era poca, sobre todo en una tarea que se realizaba a destajo. Billy se subió la manga y consultó el reloj, y después le dijo algo a su mujer, que miró a su alrededor. Conforme se acercaba a ellos, Maisie oyó una voz grave que resonó en toda la plantación: «¡Contenedores preparados!». Ante aquel aviso, cada familia aumentaba aún más la velocidad de recogida mientras ordenaban a los niños que sacaran las hojas que hubieran caído al contenedor, ya que el agricultor no aceptaría el lúpulo que no estuviera limpio.

—¡Señorita! —Billy levantó la cabeza cuando Maisie estaba ya cerca —. En un minuto estoy con usted. El asentador viene hacia aquí y me parece que los chicos han echado más hojas dentro que fuera del contenedor.

—Os ayudo —dijo ella dejando la mochila en el suelo y remangándose. Saludó a Doreen con una sonrisa y le puso la mano en el brazo un segundo, consciente del vínculo que se había creado entre las dos desde la muerte de la pequeña Lizzie. Y se puso manos a la obra. Ahora eran seis los pares de brazos que hurgaban en el contenedor en busca de las hojas rasposas que les valdrían la reprimenda del agricultor.

Cuando el asentador estaba haciendo el recuento a dos contenedores de distancia de ellos, Billy dijo:

—Muy bien, creo que las hemos sacado todas.

Y se apartó hacia un lado para mirar la hilera y contar en silencio moviendo solo los labios. Maisie se inspeccionó las manos, manchadas después de solo unos minutos de trabajo, y a continuación observó al asentador.

—Uno, dos, tres… —decía mientras hundía un celemín en el contenedor que sacaba lleno de abultados conos de flores verdes recién cosechadas y los vertía en un costal que mantenía abierto otro hombre—, … cuatro, cinco…

Maisie vio que a medida que se acercaba el asentador no solo Billy, sino todos los presentes observaban y seguían el recuento, para asegurarse de que no se le contara de menos a nadie; que el asentador no solo contaba sin favorecer a unos llenando menos el celemín, sino que apuntaba la cantidad correcta en el registro de la familia. Y terminado el recuento, avanzaba hasta el siguiente contenedor. Cuando llegó al de Billy, Maisie cerró los ojos, envuelta en una nube de olor especiado mientras este comenzaba, agitando el polen y el polvo hasta hacer desaparecer casi por completo el estado de ánimo que se había apoderado de ella al entrar en la plantación un rato antes.

—Buena recogida la de hoy, señor Beale, muy buena —dijo el asentador devolviéndole el registro a Billy antes de seguir hacia el siguiente contenedor, abriéndose camino entre la marea de temporeros—. Uno, dos…

—Venga, señorita, vamos a tomarnos un té. Pero antes quiero que conozca a alguien. —Le hizo a Doreen un gesto de asentimiento con la cabeza y esta se lo devolvió, y a continuación echó a andar entre los otros temporeros. Maisie lo siguió con la mochila al hombro. Billy se detuvo delante de un contenedor al borde de la plantación y llamó al hombre de la familia—: George, acércate. Vamos a charlar un momento con la señorita Dobbs, la dama de la que te he hablado.

George se tocó la visera de la gorra a modo de saludo.

—Ahora mismo voy.

Maisie se fijó en las ojeras del hombre en un momento que debería ser de tranquilidad más bien. Le recordó a su padre con la camisa remangada por encima del codo, el chaleco de alegre color y el pañuelo rojo al cuello. Pero su comportamiento revelaba preocupación, inquietud y una melancolía que indicaba derrota. A Maisie no le gustaba nada percibir esa clase de emoción.

Billy hizo las presentaciones y los tres se dirigieron hacia las casetas, donde Billy puso rápidamente agua a hervir en el hornillo de queroseno para preparar el té. Maisie se sentó fuera, en una vieja silla, a esperar mientras observaba el interior de la caseta. Consistía en una pequeña habitación con una cama al fondo y otra en un lateral. Imaginó que el niño más pequeño, Bobby, dormiría con Billy y Doreen, mientras que el mayor, Billy, lo haría con su abuela. Enfrente de la segunda cama había un lavamanos con una palangana y un aguamanil de porcelana, y en el centro una mesa pintada de blanco con un mantel bordado y un jarrón de margaritas de otoño. El interior de la caseta estaba limpio y ordenado, con los muebles que los Beale sacaban del sótano y pintaban cada año antes de salir de Londres hacia Kent.

—George, cuéntale a la señorita Dobbs lo que les pasó a Arthur y a Joe.

El hombre se quitó la gorra y la apoyó en la rodilla mientras tomaba la taza de hojalata llena del té fuerte y abrasador que le había dado Billy. Sopló y dejó la taza en el suelo, justo a sus pies. Maisie sabía solo con verlo que trataba de ganar tiempo, para recomponer la historia y así tratar de demostrar la inocencia de sus hijos; daba por hecho que los chicos eran hijos suyos.

—Ocurrió el lunes. Llevábamos aquí solo tres días. Terminamos la faena a las cuatro en punto, después del último recuento, y vinimos a lavarnos y a preparar algo para cenar. —Señaló un edificio de ladrillo de poca altura con una chimenea en un extremo que cortaba la hilera de casetas—. Mi mujer, Audrey, y yo estábamos en las cocinas. Nosotros ya nos habíamos echado un agua para quitarnos el polvo de la cara y las manos, y dejamos que los chicos hicieran lo mismo. Son buenos chicos, pero se habían pasado todo el día hablando de los castaños que hay a este lado de la valla que rodea la hacienda Sandermere. Ya sabe cómo son los chicos cuando hablamos del juego de la castaña[1]. Solo piensan en conseguir la más grande, pulirla, meterla en el horno para endurecerla, pulirla de nuevo y ver cuántos golpes puede soportar de la castaña del otro. —Cogió la taza, volvió a soplar y dio un sorbito. Después bebió unos buenos tragos antes de seguir con su relato sin dejar de mirar a Maisie—. Mi señora los llamó

para la cena. No contestaron. Volvió a llamarlos. Así que fui a buscar a esos dos cabezas de chorlito. Tienen doce y trece años, ya han dejado la escuela y están trabajando, pero da igual, siguen siendo unos críos. —Se enderezó, extendió una mano con la palma hacia arriba para hacer énfasis y continuó—: Cuando quise darme cuenta estaba debajo de un árbol cuajado de castañas y ahí estaban ellos, esposados, con dos policías que decían que se los llevaban al trullo por allanamiento de morada, robo y daño intencionado. Los pobrecillos estaban llorando, pero no les sirvió de nada. Y ahí estaba ese maldito Sandermere, tan importante él, diciendo que pasar unos años entre rejas les serviría de lección. —Tiene que presionarse el pecho antes de volver a hablar—. Mi Audrey había salido y cayó de rodillas cuando le conté lo que había pasado. Lo único que queremos ahora mismo es regresar a la ciudad, lejos de todo esto, pero nos hace falta el dinero y no podemos irnos dejando a los chicos en el talego.

Maisie asintió con la cabeza en silencio principalmente para ordenarse las ideas, pero también para dar tiempo al hombre por si quería añadir alguna otra cosa. Cuando tomó la palabra, adoptó una voz suave y un tono sobrio y lento.

—George, no pretendo ofenderle, pero tengo que preguntárselo. ¿Qué pruebas tiene de que no lo hicieron sus hijos y qué pruebas tiene la policía de que sí?

—¡Yo conozco bien a mis hijos, señorita! —exclamó el hombre levantándose de un salto y derramando el té en el acto.

—Tranquilízate, George. La señorita Dobbs tiene que preguntártelo, tiene que tantear el terreno para poder ayudarte, ya lo sabes —dijo Billy, que recogió la taza y la rellenó hasta la mitad.

El hombre se calmó.

—Tienes razón. Será mejor que le cuente todo. Tienen un abogado de aquí, que han traído para representarlos, pero parece que no le importa un comino lo que les ocurra —dijo sentándose de nuevo. Se bebió el té de un trago y tiró los posos a un lado en el suelo de tierra reseco por el sol—. Cuando los trincaron, los registraron y encontraron un pisapapeles de plata en el bolsillo de Joe y un guardapelo en el de Arthur.

—¿Qué dijeron los chicos? —preguntó Maisie sacando una libreta de la mochila para tomar notas.

—Que se encontraron las dos cosas debajo del castaño.

—¿Y la policía?

—Dice que los chicos tenían un cómplice al otro lado de la valla, pero que no pudieron resistir la tentación de llevarse algo de lo que habían robado y que se inventaron lo de que estaban buscando castañas cuando se dieron cuenta de que los habían pillado.

—Entiendo —dijo Maisie asintiendo con la cabeza. Tomó la taza

que había dejado a los pies mientras escribía—. ¿Y usted qué piensa, George?

—¿Yo? —El hombre la miró primero a ella y después a Billy, que lo animó con un gesto de la cabeza—. Yo creo que han sido esos malditos vagabundos. Son chusma, eso es lo que son. —Y volviéndose de nuevo hacia Billy añadió—: Será mejor que te andes con cuidado, amigo, ahora que tu señora es uña y carne con esa tal Webb.

—Es por el bebé, George —respondió Billy, que se había puesto rojo —. Le recuerda a nuestra Lizzie. Me rompe el corazón, te lo digo de verdad. —Y apartó la mirada.

—Todos sabemos lo que habéis pasado, es cierto, pero nada bueno puede salir de esa clase de amistades, hazme caso. —George lo señalaba con un dedo, pero inmediatamente después se dirigió de nuevo a Maisie, que no había abierto la boca mientras ellos hablaban —. He visto a ese tipo, el que no tiene nombre como es debido, todos lo llaman Webb. He visto a ese condenado gitano mirando la mansión de Sandermere desde lo alto de la loma. Se queda ahí parado sin más, observando. Y también lo he visto dar vueltas por la zona, siguiendo la valla. Si quiere saber quién entró a robar en la mansión, ahí es donde tiene que preguntar. Los de la policía creen que no tienen pruebas, dicen que no pueden meter en el trullo a ese Webb ni echar a los gitanos porque no le hacen daño a nadie —dijo cruzándose de brazos mientras daba un puntapié a una piedra.

Maisie terminó de anotar algo y asintió con la cabeza al tiempo que subrayaba una palabra. Acto seguido se enderezó y los miró.

—En casos como este hay que pensar bien las cosas y no entrar como un elefante en una cacharrería, por decirlo de alguna manera. Es mejor andarse con cuidado, aunque el tiempo es algo primordial, por supuesto. ¿Dónde tienen retenidos a los chicos?

—En la prisión de Maidstone. Pero son solo unos niños, rodeados de todos estos rufianes.

—No se preocupe. Imagino que no estarán con el resto de los prisioneros, sino que los habrán metido en celdas provisionales. No serán cómodas, pero tampoco son lo peor. Y ¿dónde han acampado los gitanos?

Billy se giró en redondo y señaló con el dedo.

—Tiene que salir de esta plantación y regresar al camino agrícola. Pasará junto a otras cuatro plantaciones más y un prado donde pastan las vacas, y verá las caravanas en lo alto de la loma, cerca del bosque. Hay una especie de claro entre los árboles donde hacen una gran hoguera. Se sientan alrededor por la noche y cantan todos juntos. El tal Webb toca el violín, él y un par de hombres más, y forman una buena jarana cada noche.

—¿Y quién es la mujer de respeto?

—¿La qué? —preguntaron los dos al tiempo.

—La mujer de más edad que se ha ganado el respeto de la comunidad. Lo más probable es que su carromato se encuentre un poco apartado del resto.

—¿La más mayor de las señoras Webb, la madre de ese cochino ladrón? Yo me andaría con ojo con esa si fuera usted. No iría a husmear por allí.

Maisie sonrió y guardó sus cosas.

—Iré a Maidstone mañana, George. Y hoy pasaré a visitar a esa mujer. ¿Sabe cómo se llama o todos la llaman «tía» sin más?

Billy y George se miraron y a continuación la miraron a ella. Fue Billy quien habló.

—Puedo preguntarle a Doreen, pero no creo que lo sepa. La mujer de la bebé, a la que llaman Baljisí, se llama Paishey, diminutivo de Paciencia, creo.

—Sí, tiene toda la pinta —dijo ella mientras se levantaba y le devolvía la taza a Billy—. Los gitanos suelen ponerse nombres casi bíblicos. Suele haber muchas Caridad, Paciencia, Fe y cosas por el estilo. —Después, se volvió hacia George y le puso una mano en el hombro—: También hablaré con el señor Sandermere, aunque no estoy muy segura de cómo presentarme. Llegaremos al fondo de este asunto sin tardar mucho. Mañana te veo, Billy. Me pasaré por aquí temprano.

Los dos la observaron mientras se alejaba y se detenía para orientarse antes de tomar el camino de vuelta a la granja.

—¿Seguro que se portará bien con mis chicos, amigo?

Billy asintió.

—Te lo aseguro. Si alguien puede averiguar qué fue lo que pasó, es la señorita Dobbs.

Aunque de lo que no estaba tan seguro era de que ir a hablar con una tribu de gitanos fuera la mejor manera de hacerlo.

MAISIE SE DETUVO al pie de la pequeña loma y observó el macizo de árboles que se extendía por la cima. Las nubes recorrían el cielo empujadas suavemente por el viento creando sombras en el suelo; el bosque pasaba así de estar oscuro a resplandecer como un decorado en un teatro de Londres. Mantenían los carros agrupados; contó cinco, cada uno con su tienda levantada al lado. Y, a la izquierda, un poco apartado, vio un sexto carro. Más abajo, seis recios caballos pastaban en los exuberantes y verdes prados. Maisie se puso la mano a modo de visera para protegerse del sol y observó a los animales moverse lentamente hacia una zona de hierba fresca y, de improviso, salir

corriendo todos juntos sin motivo y pararse en seco para seguir pastando. Se acordó de una ocasión en la que acompañó a su padre a comprar una montura en Stow-on-the-Wold en la feria de caballos gitanos. Su madre no fue con ellos, y, más tarde, cuando Maisie cumplió la mayoría de edad, se dio cuenta de que su padre probablemente habría preferido ir solo, pero se había llevado consigo a su hija, rebosante de energía infantil, para dar un descanso a su mujer enferma y un momento de disfrute a la niña que ya comenzaba a entender que la salud de su madre era cada vez más débil.

Mientras caminaban entre las numerosas filas de caballos y ponis, y su padre se paraba cada poco para preguntar algo o para agacharse a acariciarle las patas a algún animal, Maisie le preguntó:

—¿Cómo sabes si un caballo es el adecuado?

A lo que su padre respondió:

—Buscamos un caballo recio, fuerte, con las patas cubiertas de pelo y unos ojos chispeantes, y solo tenemos que esperar a que él nos elija.

Regresaron con *Persephone* en tren, en el vagón de las mercancías, y luego se subieron a su lomo para ir desde la estación de Paddington a la que sería su nueva casa en unas cuadras cálidas y confortables bajo los arcos del puente de Waterloo.

Los caballos levantaron la cabeza al pasar Maisie y continuaron comiendo. Se dirigió al campamento gitano y saludó, aunque no esperaba obtener respuesta, ya que todos estarían en las plantaciones hasta las cuatro de la tarde por lo menos. Se aseguró de no fisgonear al pasar junto a los carros, puesto que no era su intención, al menos en el sentido de registrar las pertenencias de la gente en su ausencia. A su derecha, justo antes de llegar al carro apartado de los otros, el que ella sabía que pertenecía a la mujer de respeto del grupo, un sendero se internaba en el bosque. Consultó el reloj. Pasaba un poco de la una, y echó a andar por el sendero hasta desembocar en un claro iluminado por el sol que se filtraba entre las copas de los árboles. Una delgada voluta de humo se elevaba de las cenizas del fuego que habían hecho esa misma mañana, aunque cada susurro de la brisa avivaba el corazón rojo de las ascuas para apagarse de nuevo en cuanto se paraba, como si exhalaran un último suspiro antes de convertirse en cenizas.

Habían cortado los leños y los habían posicionado alrededor de la lumbre, y a un lado de esta habían dejado una olla ennegrecida con sus correspondientes utensilios de hierro para cocinar. Maisie se acordó de su sueño. Sin embargo, la imagen no la conmovió ni tampoco la asustó. Permaneció donde estaba mientras le daba vueltas al caso, que en ese momento acababa de convertirse en algo mucho más complejo que el sencillo ejercicio de comprobación de datos para James Compton que iba a ser en un principio. ¿Eran aquellos gitanos

los culpables del allanamiento de la mansión de Sandermere? ¿Qué relación tenía aquel delito con los otros acontecimientos que le había descrito James de forma tan detallada en sus notas? ¿Qué ocurría en Heronsdene, donde la vida formaba un tejido tan compacto que no se denunciaban los daños ocasionados por un incendio? Tendría que encontrar la manera de abordar el tema que le permitiera, además, entender a los habitantes de aquel lugar. Pero lo que más deseaba era averiguar por qué se le había erizado la piel del cuello al atravesar el pueblo en coche. ¿Sería únicamente por el ambiente que generaban las diferencias existentes entre el dueño y los habitantes del pueblo, o tendrían algo que ver los temporeros llegados de Londres y los gitanos?

Maisie se volvió y sintió un nuevo escalofrío, solo que esa vez notó también que la estaban observando. Miró a su alrededor, pero no veía a nadie, por lo que se echó la mochila al hombro y continuó avanzando sin prisa hasta la boca del claro y el prado iluminado por el sol más allá del dosel arbóreo. Al salir de entre los árboles y acercarse al carromato solitario sintió que algo le agarraba la mano libre y miró hacia abajo. Un lebrel la sujetaba con la fuerza de un tornillo de banco, mostrándole los afilados dientes mientras parecía querer decirle que no pretendía hacerle daño, sino solo detener el paso de una intrusa hasta que regresara su dueña. Maisie tomó aire y lo expulsó poco a poco antes de hablarle al animal.

—Buena chica. No voy a darte ningún problema. Pero, si voy a ser tu rehén, quiero sentarme.

La perra no gruñó, pero no apartó los ojillos agudos y brillantes de su presa, sino que la miró directamente a los ojos. Maisie reconocía la raza, un cruce de lebrel y perro pastor, el tipo de perro que solía asociarse con los gitanos. Decían que poseía la velocidad del primero y la astucia del segundo. Pero no servía que una hembra y un macho de ese tipo de cruce criaran, puesto que el cruce verdadero era el primero. Los gitanos sabían de perros y de caballos.

La perra permitió que Maisie se acercara a los escalones de la caravana, donde se sentó a esperar, y utilizó la mano libre para sacar sus sándwiches de la mochila. Podría haber utilizado su navaja o haber sacado las herramientas que llevaba en una pequeña funda dentro de la mochila para herir al animal, por supuesto, pero sabía que, por muy rápida de reflejos que fuera, la perra lo sería aún más, y que esta no le haría daño a menos que intentara entrometerse en las posesiones de su dueña. No tenía escapatoria, pero probablemente fuera mejor así. Le pareció bien esperar allí. Apoyada en la puerta del carro, Maisie se llevó el sándwich a la boca y notó la saliva húmeda escurriendo por las fauces con que el animal seguía apretándole la otra mano.

MAISIE DEBIÓ DE despertarse cuando la perra le soltó la mano. No se sobresaltó al encontrarse con la gitana de pie frente a ella mirándola con el largo pelo gris recogido con un pañuelo estampado, pendientes de aro, arrugas oscuras por encima y entre los ojos, y pliegues de piel caída por la edad en la zona de las mejillas. En su lugar, Maisie se levantó y bajó la mirada hacia la mujer —que le llegaba por el hombro—, inclinó la cabeza y sonrió.

—Me llamo Maisie Dobbs y he venido a verla.

La mujer asintió con la cabeza y dejó en el suelo la cesta llena de margaritas que acababa de recoger.

—Me llaman Beulah —contestó la mujer mirándola de arriba abajo —. Apártate de los escalones para que pueda subir a mi *beré*.

A continuación, se volvió hacia los otros gitanos que se habían reunido en torno a ellas cuando regresaron y se encontraron con aquella paya esperando en su poblado:

—Está *mistó*. Está bien. No preocuparse por ella. Vamos. —Tenía un acento muy marcado y apenas se la oía porque solo mascullaba, pero la orden resonó en el aire a pesar de no haber levantado la voz. Sin mirarla, sacó de debajo del carromato el hervidor de agua y el barreño para lavarse las manos—. Haz el favor de llevarle esto a la vieja tía a la que has venido a ver desde tan lejos. Será mejor que hablemos.

Llamó de un silbido a su perra, que echó a andar tras ella hasta el claro moviéndose de un lado a otro para que Maisie se mantuviera siempre en tercer lugar y no pudiera ir al lado ni tampoco delante de su dueña.

4

MAISIE ABANDONÓ EL claro cuando ya comenzaba a caer la tarde acompañada por los relinchos suaves de los caballos al bajar de la loma. A lo mejor Billy esperaba que se pasara a visitarlos antes de abandonar la granja, y, aunque vio a los temporeros agrupados en los alrededores del edificio donde estaba la cocina, se le había hecho un poco tarde y no quería preocupar a su padre.

Se incorporó a la carretera pensando en que el pueblo parecía muy tranquilo para la hora que era y para estar en septiembre. Habría esperado ver a gente entrar en la taberna del pueblo a tomar una cerveza y charlar sobre cómo había ido el día, el tiempo, la siega reciente o la recogida del lúpulo. Era la época del año destinada al descanso, cuando ya se tenían las gavillas de cebada atadas sobre el rastrojo tras la siega y la paja embalada o apilada en tresnales para que soltaran el agua; la época de pasear por los estrechos caminos rurales y contar historias de años pasados; la época de embotellar y secar hortalizas para comer en invierno, y de preparar deliciosos púdines rellenos de fruta de verano y dejar reposar en el fresco de la despensa mientras los jugos se mezclaban. Pero parecía que en Heronsdene no había lugar para disfrutar de las alegrías de la temporada, sino que reinaba un ambiente extraño que tal vez respondiera a la llegada de todos aquellos forasteros, algo que ya se le había ocurrido al llegar.

Pensó de nuevo en el campamento gitano y su charla con Beulah junto al fuego. La mujer la había conducido hasta el claro y la había invitado a sentarse en el tronco a su lado. La perra se había hecho un ovillo a los pies de su dueña, pero sin perder de vista a la forastera, levantando la cabeza cada vez que se movía un milímetro. El animal no tenía nombre, sino que respondía a *chuquel*, la palabra utilizada en la lengua gitana para decir «perro».

Mientras ellas hablaban, la cabeza de una muy cerca de la de la otra para no levantar la voz, Maisie sabía que el resto del grupo estaba atento, sobre todo el hombre que supuso que sería el tal Webb, el hijo de Beulah. Era alto, con los ojos azules y el pelo largo y rubio, no tan oscuro como el de los demás. Maisie sabía que el pelo de muchos gitanos mostraba reflejos cobrizos y que también había pelirrojos, aunque la mayoría tenían el pelo negro y rizado, como Beulah o

Paishey, la mujer de Webb. De hecho, ella misma tenía el pelo así, negro y rizado. Webb vestía una camisa y unos pantalones oscuros de pana viejos, chaleco y un pañuelo azul en el cuello. El sombrero de ala ancha le tapaba parcialmente el rostro, pero también llevaba aros en las orejas, aunque no tan grandes como los de Beulah o su mujer. Incluso la pequeña Baljisí llevaba unos aros pequeñitos.

Por la forma en que se movía, Maisie calculó que tendría veintiocho o veintinueve años, unos pocos menos que ella, aunque por los rasgos que pudo distinguir parecía mayor. Su mujer tendría diecinueve, tal vez veinte. Webb miraba a su madre cada pocos minutos, mientras se agachaba a encender la lumbre o arrastraba la pesada olla de hierro fundido para que las mujeres preparasen un estofado de conejo con verduras compradas en el pueblo y sabrosas hierbas del bosque que alguien que no fuera gitano pasaría por alto. Maisie lo miraba con disimulo, pero podría decir mucho sobre él solo por su comportamiento. Aunque no podía imitar su postura sentada en aquel tronco como estaba, sí podía percibir los sentimientos que lo lastraban, como un pesado fardo atado al cuerpo. No solo estaba furioso, también tenía miedo. Maisie distinguía ambas emociones con claridad. Y cuando se giró hacia Beulah, se percató de que la anciana se había fijado en cómo observaba a su hijo aquella forastera, y a juzgar por cómo entornó los ojos estaba claro que había visto la conclusión que había sacado.

—Vienes por esos chavales payos de allá lejos —afirmó señalando con la mano en dirección a Londres.

Maisie asintió.

—Es una de las razones, sí.

—Nosotros no tenemos nada que ver con eso —dijo la mujer dando un buen sorbo de té y haciendo una mueca por lo caliente que estaba.

—¿Cree que lo hicieron esos chicos de Londres?

Beulah fijó la mirada en el fuego.

—No soy nadie para decirlo. Lo que ellos hagan es cosa suya, lo que nosotros hacemos es cosa nuestra.

—Vieron a su hijo cerca de la casa el día del robo. ¿Vio algo?

—No soy nadie para decirlo —repitió señalando con la cabeza a su hijo, que estaba partiendo leños con el hacha. Otros dos hombres cortaban con la sierra los árboles que el viento había derribado el invierno anterior y que arderían fácilmente en la lumbre, pues estaban bien secas gracias a la naturaleza y el calor estival—. Habla con él si quieres.

Webb levantó la cabeza justo en ese momento y Beulah le hizo señas.

—La *bedorí* quiere hablar contigo, Webb.

Sin dejar el hacha siquiera, el hombre se acercó en pocas zancadas y

se plantó delante de Maisie. El instinto le decía que se levantara, porque era casi tan alta como el hijo de la mujer y así no se pondría nerviosa. Ella también podía intimidar con esos ojos azules oscuros que tenía.

—Señor Webb, estoy investigando el robo que se ha producido en la mansión Sandermere en nombre de los padres de los chicos a los que han acusado del delito. Aunque parece que hay pruebas de sobra para acusarlos formalmente, tengo entendido que estuvo usted en la zona y tal vez viera lo que ocurrió.

El hombre no se movió, no asintió ni tampoco negó con la cabeza. Se quedó mirándola todo un minuto sin decir nada. Maisie no apartó la mirada, ni tampoco dijo nada más que lo incitara a contestar. Al final, Webb se mordió el interior del labio y comenzó a hablar.

—No vi nada. Solo pasaba por allí con la perra —dijo. Su voz no se parecía a la de su madre, no presentaba el acento áspero del dialecto gitano.

—Fue a la escuela. —La voz de Beulah interrumpió sus pensamientos con una explicación que no le había pedido y la obligó a darse la vuelta—. Aprendió vuestras palabras. Y sabe escribir. Escribe nuestras cartas, nuestros documentos y nos lee para que sepamos lo que dicen y lo que está escrito.

—Un hombre útil para la tribu, ¿no es así, tía Beulah? —dijo Maisie con una sonrisa, y a continuación se volvió hacia su hijo—. ¿Cree que los chicos lo hicieron? ¿Cree que entraron sin permiso en la casa, robaron la plata y se largaron con ella?

Webb se lo pensó bien antes de contestar.

—Esos muchachos provienen de las calles de Londres. No son tontos, aunque sean unos niños. Si hicieron lo que la policía dice, no los habrían pillado. Los chicos como ellos andan con pies ligeros. Me acuerdo de cuando tenía su edad. Era rápido. Tenía que serlo.

Y con las mismas, dio media vuelta y siguió con lo suyo: puso un tronco largo encima de otro, levantó el hacha y descargó con fuerza. El eco de la madera al partirse limpiamente resonó en todo el bosque.

Beulah bebió un sorbo de té, con los codos apoyados en las rodillas separadas mientras lo miraba en silencio. Y después se volvió hacia ella.

—¿Eres de allá? —le preguntó señalando con la cabeza en dirección a Londres.

—Londinense de pura cepa.

La mujer sonrió.

—De pura cepa no, muchacha.

Maisie no dijo nada, sino que continuó mirando el fuego vigoroso de la lumbre donde unas horas antes solo había ascuas mortecinas.

—¿Por qué lado te viene, el de tu madre?

Maisie asintió con la cabeza.

—Pero tu madre no lo es.

—Mi abuela. Pertenecía a la tribu de los canales. Su familia tenía una barca estrecha con la que entraron en la zona navegable del Támesis por la que llegaban los buques de mercancías. Mi abuelo trabajaba allí como lanchero. Era joven por entonces, aunque hacía tiempo que había dejado atrás la infancia. Ella era poco más que una niña. Le pidió la mano a su padre, que al final accedió. Su pueblo dijo que no iban a durar, porque mi abuela era una chica obstinada y resuelta, pero estuvieron juntos toda la vida y murieron con pocos días de diferencia. Yo tenía ocho años por entonces.

—¿Y la hija?

—Mi madre murió cuando yo tenía doce, a punto de cumplir trece.

Beulah bebió otra vez y se agachó para acariciar la cabeza de la perra.

—Ven mañana cuando se ponga el sol. Habrá una taza de té esperándote.

MAISIE FUE TODO el camino hasta la casa de su padre reflexionando sobre la forma en que se había despedido de ella la gitana. Le había preguntado cosas personales con honestidad, sin segundas intenciones, y ella había respondido del mismo modo. La invitación a tomar el té al día siguiente no era una petición cualquiera, era una convocatoria formal. Le permitiría preguntar más cosas, ahondar en su investigación en esa segunda visita.

Redujo la velocidad al llegar al pueblo de Chelstone y giró a la izquierda para entrar en los terrenos de Chelstone Manor, y de nuevo giró a la izquierda por un pequeño camino de grava que conducía a la cabaña de su padre. Había planeado lo que pensaba hacer al día siguiente. Por la mañana iría a Maidstone, a ver a los abogados que representaban a los chicos. De paso haría una visita a las oficinas del periódico local para leer noticias antiguas sobre el pueblo. Después regresaría a Heronsdene y, sencillamente, daría una vuelta por High Street para hacerse una idea de la gente que vivía allí y tal vez obtener alguna pista de por qué predominaba aquel ambiente tan huraño. Gran parte de lo que pretendía hacer giraba en torno al trabajo de campo que Billy habría hecho si estuvieran en Londres, pero tenía ganas de retomar algunos de los aspectos prácticos de la investigación que realizaba cuando empezó como aprendiz de Maurice Blanche.

Apuntó un par de cosas en su cuaderno antes de salir del coche y se preguntó qué hacía Webb observando la mansión Sandermere con

tanta fijeza, qué significaba para él y a qué se debía ese interés, si es que se trataba de eso. Guardó el cuaderno y el lápiz, y agarró la mochila. No se había bajado aún del coche y su padre iba ya a su encuentro para abrazar a su querida hija.

MÁS TARDE, DESPUÉS de cenar un guiso de carne marinada acompañada de zanahorias y patatas, y al poco de recoger la mesa, los dos se sentaron en el pequeño salón de vigas vistas.

—Dentro de poco habrá que ir encendiendo la chimenea por la noche, ¿no te parece, cariño?

—No tengas prisa por que se termine el verano, papá. El invierno llegará antes de que nos demos cuenta.

Frankie se reclinó en su sillón y cerró los ojos.

—¿Estás cansado, papá?

—No, cariño, es que estaba pensando en tu madre. ¿Hace cuánto que murió? Veintiún años hará en abril. A veces me parece que fue ayer, ¿verdad?

Maisie empezó a removerse. Si dejar de echar de menos a una persona era cuestión de tiempo, con su padre no funcionaba, porque veía en sus ojos cuánto seguía doliéndole la falta de su esposa. Era una tristeza que le hizo pensar en Simon otra vez, a pesar de haber tomado la determinación de enterrar en el fondo de la mente todos los pensamientos relacionados con él hasta que fuera a visitarlo a Richmond, asunto que tenía previsto hacer el domingo. Alejarse por unos días de Kent en mitad del caso le permitiría, además, hacer una reflexión más detenida sobre los hallazgos conseguidos hasta el momento en el que para ella era ya el caso Compton, aunque la investigación hubiera ido mucho más allá del encargo que le había hecho James. En el camino le daría tiempo también a revisar las pruebas relacionadas con el reciente robo sucedido en la mansión Sandermere.

—¿Mucho trabajo, cariño? ¿Te están llegando nuevos casos?

En ocasiones, a Frankie Dobbs le costaba entablar una conversación animada con su hija. Nunca sabía si le parecería que se estaba entrometiendo al hacerle una pregunta o si realmente podía contarle en qué estaba metida. A veces pensaba que habría sido mejor que su hija se hubiera casado o que hubiera aceptado un trabajo normal y corriente, algo que él pudiera entender. Pero, por otro lado, quería mucho a Maisie por lo independiente y lo ferozmente orgullosa que estaba de sus logros.

—Este verano ha estado un poco parado, papá, pero nos están empezando a llegar encargos a un ritmo más normal. Ahora mismo

estoy trabajando para James Compton. Me ha encargado que le investigue un asunto en Heronsdene. Y nos han llegado un par de trabajos más que nos mantendrán ocupados un tiempo.

—Nada peligroso, espero.

Maisie se rio.

—No, de hecho, son casos bastante seguros, no te preocupes, de verdad. —Hizo una pausa y luego añadió—: Sin embargo, he de decir que Heronsdene es un lugar peculiar. Me ha dado la impresión de que las cosas en ese pueblo no son como deberían.

—La verdad es que nunca he ido allí a nada. No hay razón para ir como no sea que conozcas a alguien o tengas que pasar por allí. No es un lugar para ir de compras.

—Eso es lo que me ha parecido. ¿Has oído hablar de ese tal Sandermere?

—Pues no mucho en realidad —contestó él negando con la cabeza —. Sé que caza, porque he oído hablar de él, y recuerdo haber oído también que hay quien piensa que la hacienda está en la ruina desde que la heredó. Se le ocurrieron unas ideas raras y se gastó el dinero en máquinas caras innecesarias en el ladrillar, y quedó mal con un par de clientes importantes, empresas de construcción grandes. No es el hombre de negocios que era su hermano ya de joven, según dicen.

Maisie suspiró. Justo le iba a preguntar por los caballos que tenía a su cuidado cuando su padre retomó la palabra.

—Pero también es verdad que lo pasaron mal en la guerra en ese pueblo, se libraron de milagro.

—¿A qué te refieres?

—No te enterarías, puesto que estabas en Francia por entonces, pero un dirigible bombardeó la zona. Para mí que esos alemanes pasaron demasiado cerca de camino a Londres y les pareció buen lugar para hacer prácticas de tiro. El caso es que soltaron un par de bombas y murieron tres personas, que yo sepa. No se escuchó gran cosa después de lo sucedido. Solo que aquello pasó y todos siguieron con su vida. Recuerdo que pensé en lo extraño que era que no se hablara más del asunto; ya sabes que, en los sitios pequeños, cualquier noticia es algo importante, pero supongo que tampoco podían hacer mucho más que continuar con su día a día. —Negó con la cabeza—. Al principio pensaron que el objetivo era el ladrillar, por el aspecto que tiene la fábrica. No sé qué pensarían que se fabricaba en ella. Pero, como te digo, no se oyó hablar mucho más sobre el tema.

—¿Cuándo ocurrió?

—No lo recuerdo muy bien, pero me parece que fue durante la cosecha del lúpulo, así que sería en septiembre de 1916. —Levantó la cabeza y asintió—. Sí, tuvo que ser por entonces, porque hubo otro bombardeo sobre Londres una o dos semanas antes, se veía el fuego

desde varios kilómetros de distancia, y lo de ese pueblo no fue tan grande en comparación.

—Mañana voy a Maidstone, a ver qué averiguo.

Frankie asintió con la cabeza y ambos quedaron un rato en silencio.

—Papá, he estado pensando en Nana.

—¿La madre de tu madre? Cómo olvidar a la vieja Bekka.

—¿No te gustaba? Yo solo tengo unos pocos recuerdos, pero no se me van.

—Me dio un susto de muerte el día que la conocí —respondió él sonriendo y la mirada se le perdió en la distancia, como si al observar el túnel del tiempo con los ojos entornados le resultara más fácil aferrarse a los recuerdos—, pero amaba a tu abuelo, que se llevaba bien conmigo, así que tu madre y yo no tuvimos problema cuando llegó el momento de pedirles permiso para casarnos. —Se rio—. Ahí estaba ella, con los brazos en jarras, quejándose de esto y aquello, y tu abuelo solo se reía con los ojos brillantes y dejaba que hiciera las cosas a su manera. Era de etnia gitana, de la tribu de los canales. Quería mucho a tu madre y tú eras su favorita, te llamaba pequeña Bekka cuando eras una cría, y también *baljisí* o algo así, una palabra en su lengua.

—¿Crees que echaba de menos a su pueblo? Me refiero a después de casarse con el abuelo.

—Tu madre habría podido responderte, pero recuerdo que tu abuelo dijo en una ocasión que cuando los gitanos del agua cruzaban la esclusa, se le iluminaban los ojos y a veces se subía con ellos al barco y los acompañaba hasta la siguiente esclusa. Ponía el caballo detrás del que tiraba de la embarcación por el camino de sirga para que lo siguiera y luego volvía a casa en él.

—¿Alguna vez recibieron ataques por los orígenes de la abuela?

—Según tu madre sí, aunque Bekka dejó de ponerse sus ropas gitanas tradicionales y empezó a vestirse como nosotros, ya sabes lo que quiero decir. Pero nunca renunció a sus pendientes. Y tu madre decía que, cuando era pequeña, tu abuela estaba siempre atenta a si la agredían por su aspecto. Tu madre también lo hacía contigo cuando empezaste a ir a la escuela, por tu pelo y por cómo pudieran verte los demás, pero se aseguró de que aprendieras a hablar como era debido, porque ella sabía cómo debía hablar una señorita. Es un milagro que no se metieran contigo por ello, de verdad.

—Ya lo sé, papá, pero yo también sabía cómo utilizar el tono y la frase adecuados en el momento preciso. A lo mejor mamá se habría llevado una decepción si me hubiera escuchado en la escuela. —Hizo una pausa—. ¿Nana murió de anciana?

Frankie negó con la cabeza.

—No. Quiero decir que era mayor, pero no tanto como tu abuelo.

Cuando él nos dejó, fue como si ella no tuviera ya por lo que vivir, así que se dejó ir también y murió. Y le partió el corazón lo de tu madre. —Se volvió hacia su hija—. Tu madre estaba muy mal por entonces. La vieja Bekka decía que había visto lo que le iba a suceder y por eso al principio no quería que nos casáramos. Se echaba la culpa por haber tenido a su hija viviendo en la ciudad. Como ya sabes, cuando tu abuelo trabajaba con la lancha en el río, vivían en Rotherhithe, antes de que lo convenciera para que aceptara el trabajo en la esclusa y se fueran a vivir al campo. Ella quería que su hija estuviera con ellos cuando tú eras pequeña, para estar cerca del agua y respirar aire fresco, pero tu madre no quiso. Bekka se culpaba de lo sucedido, decía que ella tenía la culpa de que tu madre enfermara siendo tan joven. No lo decía delante de ella, claro, pero lo sabía, te juro que sabía que su hija estaba muriéndose incluso antes de que los médicos se lo dijeran.

A Maisie se le llenaron los ojos de lágrimas y los recuerdos de Simon, enterrados en el fondo de su mente desde la difícil conversación que había mantenido con Priscilla, resurgieron.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿En qué piensas?

Maisie se mordió el labio y, de pronto, se levantó y se dejó caer de rodillas a los pies de su padre.

—Simon se está muriendo, papá.

Frankie la rodeó con los brazos como si fuera una niña.

PADRE E HIJA estuvieron charlando toda la noche, primero de Simon, de quien todos esperaban que hubiera fallecido hacía años, en las semanas siguientes a que lo hirieran en Francia. Pero con el paso del tiempo, aquella vida a medias, una existencia en la que flotaba entre este mundo y la otra vida, se había convertido en algo a lo que tanto la madre de Simon como Maisie se habían acostumbrado. Después, Frankie le preguntó a su hija si tenía intención de ver a Maurice, que en esos momentos estaba en la casa de la viuda, dentro de los terrenos de Chelstone Manor a la que pertenecía. Maisie negó con la cabeza como única respuesta y su padre dejó estar el tema. Por el momento.

A LA HORA del desayuno, Frankie volvió a sacar el tema después de prepararle un plato con un huevo y dos lonchas de beicon con una rebanada de pan recién frito en la sartén. Se sirvió otro para él y se sentó a la recia mesa de madera enfrente de su hija. A continuación,

sirvió té para los dos.

—Me parece que al doctor Blanche le gustaría que lo visitaras antes de irte —dijo sin levantar la vista mientras partía el pan y lo mojaba en la yema dorada del huevo frito.

—Estoy ocupada. Tengo el tiempo justo, papá.

Frankie dejó los cubiertos en el plato antes de hablar.

—Voy a hablar claro, Maisie. Puedes ser muy testaruda a veces, y admito que eres una mujer segura de tus opiniones que, por lo general, tiene razón. Pero no lo tengo tan claro en este asunto con el doctor Blanche.

—Papá…

Él levantó la mano para impedir que siguiera hablando.

—Escúchame, cariño, escúchame. —Se detuvo mientras Maisie cortaba el beicon con nerviosismo, hasta que lo dejó en el plato y se reclinó para escuchar. Entonces continuó—: Cuando empezaste tus clases con el doctor Blanche hace tantos años, cuando trabajabas en la casa, tengo que admitir que no me gustó demasiado. Les estaba agradecido a lady Rowan y a él por darte la oportunidad, pero…

Calló. Hombre de pocas palabras como era, el padre de Maisie no estaba acostumbrado a expresarse con tanta franqueza.

—Sentí que me habíais dejado fuera, si te soy sincero. Me preguntaba si ese hombre no sería más un padre para ti que yo, con toda su educación. Pero desde que trabajo en Chelstone he podido conocerlo mejor. Y, después de mi accidente, y todo lo que se ocupó de mí, vi que lo que sentía por ti era respeto, por lo que has hecho, lo lejos que has llegado. Desconozco el motivo de vuestra discusión, pero, aunque no tengo todos tus conocimientos, no soy tonto y entiendo las cosas. Lo único que te puedo decir es que si el doctor Blanche te ocultó algo, no fue porque desconfiara de ti. No, lo hizo para protegerte, con razón o sin ella. —Tomó de nuevo los cubiertos —. Y a veces hay que decir basta, acordar una tregua, contigo misma por encima de todo, y seguir siendo amigos.

Maisie suspiró y se puso a juguetear con la comida.

—Yo… —comenzó, pero se dio cuenta de que estaba a punto de justificar una vez más lo que había hecho, o lo que no había hecho, y se limitó a decir—: Nada. Vamos a desayunar antes de que se enfríe.

—Tienes razón. Solo quería decirte lo que pienso.

—Y me alegra que lo hayas hecho. —Miró a su padre y cambió de tema—. Creo que intentaré quedarme en Heronsdene esta noche, si encuentro sitio en la posada. Quiero trabajar en el caso sobre el terreno un par de días, pero volveré el viernes por la noche.

Frankie asintió con la cabeza. Acto seguido se levantó, llevó el plato al fregadero y lo metió en un balde con agua. Se lavó las manos y después se acercó a su hija y le dio un beso en la cabeza.

—Me voy a las cuadras. —Se volvió para descolgar la chaqueta del gancho que había detrás de la puerta—. Ten cuidado con el coche por esos caminos tan estrechos. No son como las carreteras anchas a las que te has acostumbrado.

—Muy bien, papá.

MAISIE TARDÓ UN rato en levantarse de la mesa. Cuando por fin lo hizo, suspiró y se dispuso a recoger la cocina antes de prepararse para salir. Aún no eran las siete de la mañana, así que se calzó un par de botas de goma viejas y salió al huerto por la puerta de atrás. El terreno largo y estrecho estaba dedicado casi por completo al cultivo de verduras, aunque también crecían algunas rosas a lo largo de la verja que lo rodeaba por tres lados. El cultivo de las rosas era un pasatiempo que su padre y Maurice Blanche tenían en común, por lo que los dos habían trabado amistad desde la verja que dividía sus respectivos hogares, aunque la casa de la viuda, situada en una pendiente que lindaba con los límites de la propiedad de Chelstone Manor, era mucho más elegante que la humilde cabaña destinada al mozo de cuadra que tenía justo debajo.

Maisie fue directa hacia el final del jardín, mojándose las botas con la gruesa capa de rocío, y miró hacia los prados y el bosque que se extendía más allá. Estaría eternamente agradecida a la familia Compton por haberle cedido a su padre aquella casita y dejar que viviera en ella hasta el final de sus días. Se estremeció al pensar en ello, ya que era la única familia que le quedaba, y ya pasaba de los setenta años.

Estaba a punto de dar la vuelta para marcharse, pero se detuvo y contempló la casa de Maurice, de la cual solo veía la línea del tejado, y, delante de esta, el invernadero en el que su antiguo mentor estaría desayunando: pan recién horneado —el único lujo que se daba— mojado en su café francés y fuerte preferido. Y estando allí, mientras recordaba aquellos tiempos en que solían comentar algún caso en voz baja, se percató de un movimiento justo detrás de las ventanas. Maurice la observaba con su periódico debajo del brazo. Se puso la mano a modo de visera para protegerse del intenso sol de la mañana que entraba por todos aquellos cristales y acto seguido saludó. Pasaron unos segundos y Maisie le devolvió el saludo. Sabía que el hombre estaba esperando a que ella abriera la puerta de la cerca y subiera por el sendero que atravesaba la extensión de césped y la rosaleda hasta llegar al invernadero. Puede que hubiera pedido que pusieran un servicio de desayuno para ella por si acaso iba a verlo. Pero no lo haría. Ese día no. No estaba preparada aún para la tregua.

5

MAISIE SE DETUVO en las afueras de Maidstone nada más ver una cabina telefónica en una calle comercial. La operadora de información encontró rápidamente el bufete de abogados White, Bertrand & Spelton, y le facilitó la dirección y el número de teléfono, aunque Maisie no quiso que la pusiera en contacto con ellos.

Aparcó cerca del antiguo mercado de granos y no tardó en dar con el bufete de abogados en High Street. No tenía cita y tampoco quería intentar concertar una con tan poco tiempo, pues sospechaba que solo conseguiría una negativa. Pero, aunque no tenía ninguna reunión agendada con el señor Spelton, que era el abogado encargado de representar a los dos chicos de Shoreditch, sí pudo hablar con su pasante, que la informó de que los dos estaban retenidos de forma preventiva en un reformatorio para delincuentes juveniles, y tendrían que ir a juicio por allanamiento de morada, daño intencionado y robo. Con suerte, cumplirían una condena de entre tres y seis meses, en vista de que era su primer delito, aunque la víctima ya se había quejado porque le parecía poco tiempo. El pasante dijo también que tenían suerte de ser menores de edad, por lo que no los enviarían al correccional.

—Si no iban a saber lo que es bueno —comentó.

Maisie le hizo unas cuantas preguntas más y se marchó. Por lo que había logrado entender, en un reformatorio no someterían a los chicos a azotamientos con una vara o latigazos en la palma de la mano con una tira de cuero por desobedecer, aunque el castigo que recibirían tampoco sería agradable. Pero por muy blanda que pudiera parecer la sentencia, su trabajo consistía en evitar que la dictaran.

Tomó Week Street y se dirigió a las oficinas del periódico local, que ofrecía la información sobre los acontecimientos que tenían lugar en Kent, ya fueran importantes o triviales, a todos los habitantes del condado. La recepcionista le resultó de gran ayuda cuando preguntó si podía hablar con uno de los periodistas que llevaban trabajando en el periódico quince años más o menos y le dijo que la plantilla no solía variar, por lo que podría ser cualquiera.

—Creo, señorita, que lo mejor será que hable con Beattie. Lleva aquí desde la guerra y sabe lo que pasa en todo Kent. —Hizo una pausa y después añadió—: Le diría que hablara con alguno de los hombres,

pero están todos en el pub.

Maisie hojeó el periódico mientras esperaba a la periodista. Se dio cuenta de que habían dedicado al robo en la hacienda Sandermere artículos de varias columnas, incluida la opinión mordaz del propio Alfred Sandermere: «¡Parece que desde la guerra nos invaden estos jóvenes rufianes, y es necesario darles una lección! ¡Como si no tuviéramos suficiente con aguantar a los gitanos!». Había alguna otra observación periodística y, al final, una cita de Sandermere: «Me ocuparé de que todo el peso de la ley caiga sobre ellos. ¡Daremos una lección a todos los que vengan con la idea de cometer algún delito!».

—¿Señorita Dobbs?

Maisie se giró y se encontró con una mujer de mediana edad vestida con un cómodo traje de lana de color gris perla de dos piezas y blusa blanca. La falda de godets tenía unos tablones de los que marcaba la moda, y los zapatos negros daban a entender que los había elegido por la comodidad y las exigencias del trabajo. Sospechaba que pasaba de pie muchas horas a lo largo del día. Lo cierto era que su vestuario no resultaba amenazador en modo alguno y era sencillo, como si buscara anular toda posibilidad de que un entrevistado sintiera el impulso de ponerse a opinar.

—La misma. Gracias por acceder a verme, señorita…

—Llámeme Beattie. Me llamo Beatrice Drummond y mi segundo nombre es Theresa. Por mucho que me hubiera gustado que usaran el diminutivo Tricia en vez del de Beattie, la inicial del segundo nombre selló mi destino. Llámeme Beattie. —Dirigió la vista hacia un reloj de pared de madera que parecía más propio de una escuela de la época victoriana que de la oficina de un periódico—. ¿Le apetece que vayamos ahí enfrente a tomar un café? Puedo dedicarle quince minutos, pero después tengo que irme corriendo.

—Gracias por hacerme un hueco, aunque he de confesar desde ya que no le traigo ningún chisme jugoso.

Beattie sonrió de oreja a oreja.

—Oh, seguro que sí, señorita Dobbs. Estoy bastante al corriente de su trabajo.

Maisie mantuvo la sonrisa, aunque no le hizo ninguna gracia oírlo. Apenas la habían mencionado en la prensa y no hacía mucho caso a ese tipo de reconocimiento, pese a la racha de encargos que le habían llegado tras su exposición a la luz pública. Tendría que ser doblemente cuidadosa al interrogar a la periodista.

La cafetería tenía abiertas las ventanas batientes, lo cual permitía que la brisa refrescara lo que prometía ser un día cálido del veranillo de san Miguel. Maisie pidió dos cafés y dos pasteles de hojaldre rellenos de pasas recién hechos, se dirigió a la mesa junto a la ventana en la que se había acomodado Beattie y se sentó al lado de ella.

—Me alegra ver que no trae su libreta oficial —dijo Maisie con franqueza, aunque quitándole importancia, mientras apoyaba el pico de la bandeja en la mesa y ponía el café y los pasteles en los platos.

Beattie acercó hacia sí un café y un pastel.

—¿Puedo preguntarle, antes de nada, cómo terminó haciéndose periodista, Beattie?

La mujer sonrió mientras daba un mordisco al pastel relleno y se quitaba una miga de la comisura de los labios con la mano. Levantó un dedo mientras masticaba y tragó.

—Me muero de hambre. No he tenido ni un momento libre en toda la mañana. —Alcanzó el café, bebió y volvió a dejar la taza sobre el platillo—. Entré a trabajar en el periódico en 1916, con dieciséis años. La mayoría de los muchachos que trabajaban en la imprenta se había alistado, pero había que mantener las máquinas en funcionamiento, así que emplearon a las mujeres. Como era de esperar, la imprenta la dirigían los hombres de más edad, demasiado viejos ya para coger un rifle, y al cabo de un tiempo terminé de cajista. Siempre me habían encantado los libros y escribir, y no dejaba de preguntar si podía trabajar en la sala de redacción. Y se rieron de mí, claro, todas las veces. Empecé a buscar noticias y todo, les llevaba historias para que las imprimieran, pero el editor me miraba y tiraba mis artículos a la basura en mis narices.

—Qué horrible.

—Pero yo no me dejaba amilanar. Me presenté al puesto de ayudante de redacción cuando salió y de nuevo lo conseguí gracias a la falta de personal. Pero seguían tirando a la basura los artículos que escribía. Hasta que un día, por fin, cuando todos los redactores se marcharon (son todos unos viejos, y estarán en el pub hasta la hora del cierre, me juego el cuello), me enteré de una historia sobre una joven que se había quitado la vida cuando le dijeron que su marido había muerto en Passchendaele. Escribí la historia antes de que se enterasen de lo que había sucedido. Y, como imaginará, esto fue cuando no estaba mal considerado del todo que se escribiera algo sobre la guerra que no fuera elogioso. Pero no me centré en la guerra, sino en el hombre que había perdido la vida y en su joven mujer.

—Y así fue como consiguió su oportunidad.

—Podría decirse así. Decidieron que se me daban bien las historias de «personas», lo que significaba que corría un gran peligro de quedar relegada a cubrir exhibiciones florales y concursos de mermeladas, por no hablar de las carreras de las tortitas, pero conseguí esquivar un montón de trabajos de ese estilo y desenterrar historias más jugosas. Cuando uno de los chicos mayores entrega un artículo importante, se imprime su nombre al lado, pero en mi caso ponen solo las iniciales: B. T. Drummond. Siguen sin entender que el mundo ha cambiado en

los últimos diez años. A nadie le importa que sea un hombre o una mujer quien escribe los artículos, lo que importa es que se escriban.

—Sé a lo que se refiere.

—Estoy segura —contestó Beattie entornando los ojos para que no le entrara el humo del café aún caliente—. Pero usted no ha venido a Maidstone para oír la historia de mi vida, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Dobbs? —preguntó rebañando las migas del pastel sin dejar de mirarla.

—Me interesa el pueblo de Heronsdene. Usted trabaja en el periódico desde la guerra y parece que se ha mantenido al tanto de lo que ha ocurrido en el condado, por así decirlo. Sé que no puede estar en todas partes, pero me preguntaba qué… —se detuvo buscando la forma de expresarlo con delicadeza— … opina del pueblo, si le ha llegado alguna noticia o pista sobre lo que sucedió allí en 1916.

Beattie se chupó el dedo índice, recogió con el pulgar las últimas migas del plato y se las comió antes de responder.

—¿Tiene un caso entre manos?

—¿Puedo hablar en confianza hasta que diga lo contrario?

Beattie dio unos golpecitos de nuevo sobre su plato limpio.

—Siempre y cuando sea yo quien se lleve la primicia de la historia, si es algo importante, para que no me ganen por la mano.

—Vaya, veo que está deseando subir posiciones.

—Lo que estoy deseando es irme de aquí, señorita Dobbs. Quiero trabajar en alguno de los periódicos londinenses y necesito una buena historia que me abra las puertas. ¿Me avisará para que dé yo la exclusiva?

Maisie asintió con la cabeza.

—No sé si resultará una historia interesante o no, Beattie, pero le aseguro que pase lo que pase, la avisaré con tiempo de sobra.

La otra tendió el brazo y sellaron el pacto estrechándose la mano.

—¿En qué puedo ayudarla?

—En primer lugar, ¿es mi imaginación o pasa algo raro en Heronsdene?

La periodista hinchó los carrillos.

—Directa al grano desde la primera pregunta. —Se irguió en la silla —. Yo diría que ha dado en el clavo. Escribo crónicas, muy a mi pesar, sobre ferias locales y esquilado, así que conozco la mayoría de los pueblos de la zona del Weald, y estoy de acuerdo con usted: en ese pueblo se respira otro…

—¿Ambiente?

—Sí, hay algo muy distinto en Heronsdene. No sé cómo sería antes. Soy de Kent, por cierto, de Headcorn, y no se me ocurre cuál podría ser el motivo, pero los forasteros dicen que el pueblo no ha vuelto a ser el mismo después de 1916.

—¿Cuando el dirigible los bombardeó?
—Ah, veo que tiene otra fuente.
—Mi padre.
—Está bien —dijo Beattie bebiéndose el último sorbo de café—. Si hay que buscar algo, el bombardeo es lo que parece haber cambiado a esa gente, de un modo u otro. Quiero decir que otros pueblos y ciudades tienen su propia cruz, todos los chicos muertos en un día, familias enteras que se quedaban sin el sostén para comer, pero lo de Heronsdene es otra cosa. Si ese pueblo fuera un ser humano, le diría: sigue con tu vida, alegra esa cara. Cuando voy para hacer la crónica de la fiesta anual, me siento como si estuviera interrogándolos solo por preguntar quién ha hecho la tarta Reina Victoria del final de la mesa en el concurso de repostería.
—¿Se le ocurre a qué podría deberse esa falta de confianza?
La periodista se quedó pensativa y miró por la ventana a los que pasaban por delante, como si quisiera memorizar todos los detalles de la escena.
—Es falta de confianza, en efecto. —Y volviéndose de nuevo hacia Maisie—: Podría ser por las infracciones leves que llevan sucediéndose desde hace años, puede que unos diez. Y el terrateniente de la zona se piensa que es el señor de todo lo que lo rodea, pero es espantoso como hombre de negocios, lo cual no es nada bueno si pensamos en que todo el pueblo depende de los ladrillos. Estoy esperando entre bastidores para informar sobre su ruina financiera, si le digo la verdad.
—Estoy al tanto de las infracciones, pero ¿qué hay de Sandermere? ¿Hasta dónde tiene que ver él con el pueblo?
—Buena pregunta, pero hay una todavía mejor: ¿Hasta qué punto quiere tener él algo que ver con el pueblo?
—¿A qué se refiere?
—En su calidad de terrateniente posee un enorme poder a nivel local, pese a lo que he dicho antes. La gente no lo soporta en realidad, lo aborrecen, pero aun así se andan con mucho ojo para no buscarle las cosquillas. Que sea el dueño del ladrillar no explica la aceptación, si le digo la verdad. Francamente, todos renunciamos hace ya tiempo a conseguir una historia sobre las fechorías que han tenido lugar allí, los incendios en particular, ya que los vecinos no los denuncian a la policía. A todo esto, Sandermere está todo el tiempo llamando a la policía para que vaya a la mansión, algo que no gusta en el Departamento Policial de Tunbridge Wells, pero el único que llama es él. Da la impresión de que los lugareños preferirían que se mostrara la mitad de estoico que ellos ante los delitos.
—Pero no se pueden pasar por alto los delitos.
—Lo hacen la mayoría de las veces. Eso sí, tenemos una buena

historia gracias a esos dos muchachos londinenses. A los lectores les encantan ese tipo de historias, sobre todo porque en todos los pueblos creen que los londinenses están mejor en Londres, aunque no hacen ascos al aumento de la clientela en las tiendas y los pubs. Y al menos no son gitanos. Nadie quiere a los gitanos. Siempre hay que estar atenta por si sale una historia en la que los agentes trincan a uno de esos vagabundos.

Maisie consultó el reloj antes de hablar.

—Una última pregunta, Beattie. ¿Sabe quién murió cuando el dirigible bombardeó Heronsdene?

La periodista entornó los ojos como si estuviera releyendo las columnas del periódico de varios años atrás.

—Alguien que tenía una tienda de algo, si no me equivoco. Puedo confirmarle los detalles si quiere.

Maisie se levantó.

—No se preocupe, puedo enterarme yo misma.

—No tengo la menor duda —respondió la otra riéndose. Salieron juntas a la calle soleada—. Pero si se hospeda en la posada, hable con Fred Yeoman, el posadero. Vaya con cuidado, pida media pinta de su cerveza pálida y amarga, y puede que así consiga que recuerde alguna cosa.

—Entendido. Gracias, Beattie.

—Recuerde, la exclusiva para mí, ¿de acuerdo?

Se despidió con un gesto de la mano y, dándose la vuelta, regresó con paso decidido a la oficina. Maisie se quedó mirándola y vio que sacaba una libretita del bolsillo y anotaba algo. No se preocupó, porque estaba segura de que B. T. Drummond no se habría ganado la confianza de la gente de a pie de todo el condado ni tampoco habría conservado su puesto en el periódico entre todos esos periodistas sin mantener cierto grado de honestidad y formalidad, así que volvió al coche.

MAISIE LLEGÓ A Heronsdene justo después de comer y condujo a poca velocidad por las calles del pueblo antes de aparcar frente a la posada. Aún no se había avisado de que ya no se servía más alcohol, aunque supuso que, al tratarse de ese tipo de local, estaría abierta todo el día para los huéspedes, aunque no se sirvieran bebidas.

Abrió la antigua puerta de roble y bajó la cabeza para no darse con el dintel al entrar, entonces vio un cartel rojo que rezaba «huéspedes», y que conducía a un pequeño pero confortable salón. La barra del bar se había ampliado para llegar hasta allí, de manera que el posadero podía atender tanto las peticiones de los parroquianos habituales en la

zona del bar como las de los huéspedes que entraban por el otro lado. Maisie lo vio sirviendo pintas sobre la barra de madera, donde un grupo de hombres jugaba a los dardos. El ambiente cargado de humo invadía la zona de mesas situada entre el saloncito de los huéspedes de la posada y la barra, que era la zona que solían utilizar las mujeres que acompañaban a los hombres a la taberna para sentarse. Detrás de la barra había otro cartel como el que Maisie había visto fuera: «prohibida la entrada a gitanos».

—Disculpe —dijo Maisie haciéndole señas al posadero, que asintió con la cabeza y sonrió para darle a entender que ya la había visto.

—Disculpe por haberla hecho esperar… señorita —dijo el hombre secándose las manos con un paño mientras le miraba el dedo anular—. Están todos como locos pidiendo antes de que avise de que ya no se sirve más. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy de viaje por la zona y me preguntaba si tendría una habitación para dos noches.

El posadero metió el brazo debajo de la barra y sacó el libro de registro.

—Me quedan dos habitaciones libres, aunque tampoco es que tengamos muchas, solo cuatro.

—Quiero una, por favor.

—Cómo no —respondió él echando mano del lápiz que llevaba sujeto detrás de la oreja—. Una época preciosa para venir a Kent. ¿Es usted de Londres?

—Sí, aunque conozco bien la zona.

—Firme aquí, señorita, y escriba sus datos. —El hombre continuó hablando mientras ella escribía—. Se ven muchas mujeres jóvenes estos días viajando como usted. Sobre todo, desde que el Gobierno sacó esas vallas publicitarias en las que le dicen a todo el mundo que salga a respirar aire fresco y a caminar por el campo porque es bueno para la salud. Pero no se ve a tantas que viajen solas.

A Maisie no le gustaba sacar a relucir su pasado para ganarse aliados, pero a veces reconocía que era un arma valiosa.

—Después de haber estado en Francia durante la guerra, pensé que, si podía hacer frente a una prueba como esa, estaba preparada para afrontar cualquier cosa en mi propio país. ¿Y qué podría temer en un bonito pueblo como este?

El posadero asintió con la cabeza mirándola con un respeto que no había mostrado antes.

—¿Estuvo allí como enfermera?

—Así es.

—Fred Yeoman, a su servicio. —Se giró para coger la llave de detrás de la barra y la balanceó ante sí mientras miraba el libro de registro —. La mejor habitación de la casa. Sígame, por favor, señorita Dobbs.

Yeoman levantó la sección móvil de la barra para pasar al salón de huéspedes y le indicó una puertecita entre el hogar y las ventanas con paneles de vidrio romboidales. Levantó el pestillo de la puerta que dejaba a la vista una estrecha escalera que subía serpenteando hasta un descansillo iluminado por una columna de luz procedente de una lucerna instalada en el techo.

Maisie lo siguió hasta una habitación con grandes ventanas que daba a la parte trasera de la posada.

—La cama es blanda, pero cómoda. Puede que haya algo de ruido al caer la tarde, los temporeros del lúpulo se alborotan cuando terminan la jornada, pero el silencio es total a partir de las once. No somos un local al que se venga a beber, ya sabe a lo que me refiero, así que tampoco atraemos mucho a los londinenses, de todos modos. —Posó la mano en la manilla de la puerta—. Mi mujer sirve el desayuno recién hecho en el salón de los huéspedes a las ocho, y, si quiere cenar, avísenos. O puede prepararle unos sándwiches si lo prefiere.

—Gracias, señor Yeoman. Más tarde voy a merendar, así que no creo que quiera cenar. Una habitación muy bonita.

—Mi mujer hizo las cortinas y la colcha. —Observó la habitación con orgullo—. El cuarto de baño está en el descansillo, a la derecha, por lo que no tendrá que salir en plena noche a una letrina. ¿Necesita toallas?

—He traído la mía, gracias, señor Yeoman.

El hombre le dio la llave.

—Fred. Puede llamarme Fred, señorita.

—Gracias, Fred —repitió ella sonriendo cuando el hombre se marchó cerrando la puerta sin hacer apenas ruido.

La habitación no era pequeña pero tampoco espaciosa, y los suelos de madera cubiertos por alfombrillas crujieron bajo sus pies cuando se acercó a la ventana. Por el aspecto exterior de la típica construcción medieval con una sala común de gran tamaño había calculado que la posada sería del año 1350 aproximadamente. En su origen la planta superior probablemente había sido un pasillo que daba a la sala común en la que dormía la gente. Sospechaba que la división en habitaciones había tenido lugar en el siglo XVII, y más tarde, durante el reinado de Eduardo VII, se le habrían añadido los retretes y el alumbrado de gas. La electricidad sería con bastante probabilidad lo próximo en llegar, y pensó que a Fred Yeoman posiblemente le gustaría contar con un cuarto de baño para los huéspedes, y no depender así de un solo lavabo para realizar toda la higiene personal.

Desde la ventana había unas vistas perfectas de las tierras de labranza y a lo lejos pudo ver el tejado de la casa solariega de estilo georgiano que ocupaba el lugar central de la hacienda Sandermere. Si alargaba el cuello, alcanzaba a ver también las plantaciones de lúpulo

y hasta el tren que avanzaba resoplando hacia Paddock Wood. Maisie pensó que aquella habitación sería perfecta para pasar un par de noches. Cerró la puerta con llave y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se despidió del posadero con un gesto de la mano y decidió caminar un poco por High Street para ubicarse.

A la derecha había solo un establecimiento, una tienda que vendía de todo, desde comestibles hasta aceite para lámparas, pasando por cubiertos y prendas de ropa infantil. Después había varias casas y luego un campo común en el que pensó que la gente del pueblo jugaría al críquet en verano y montaría los puestos en las fiestas del pueblo al sol de junio. Imaginó a Beattie Drummond yendo de un lado a otro para tratar de conseguir alguna historia de los lugareños, por trivial que fuera, sin conseguirla. Al pensar en los habitantes del pueblo, miró a su alrededor y se fijó en que había poca gente por la calle pese a la buena tarde que hacía. El día que las tiendas cerraban antes había sido el anterior, así que pensó que igual estaba todo tranquilo porque los tenderos acababan de abrir tras el descanso para comer.

LA ESCUELA SE ubicaba en un extremo del campo común del pueblo y el sonido de voces agudas cantando, aunque amortiguado, señalaba que estaban dando clase de música. Al continuar calle abajo, un viejo cobertizo con chimenea de la que salía humo le hizo pensar en que habría un herrero trabajando, y conforme se acercaba, vio dos caballos de tiro esperando a que los herraran. Los animales se espantaban las moscas de la fornida grupa con el largo rabo y se volvían de vez en cuando a apartar con los dientes los insectos que les picaban en los costados. Se quedó mirando un momento y continuó su camino. Se encontró con un terreno en barbecho en el que no se veía ninguna casa ni señal de que se hubiera cosechado algo recientemente, y tampoco había indicación alguna de que se utilizara como terreno de pasto, algo que le extrañó, ya que la gente del campo no solía desaprovechar la tierra.

Maisie desanduvo el camino hasta la herrería justo cuando el herrador salía a buscar a uno de los caballos y lo tomaba del ronzal.

—Disculpe —gritó Maisie, que aprovechó que el herrador estaba fuera para hablar lejos del estruendo del fuelle.

El hombre se hizo pantalla detrás de la oreja con la mano libre y miró por detrás del caballo buscando el origen de la voz.

—Estoy aquí —dijo ella caminando hacia él, y acarició el cuello del caballo cuando se puso a su lado—. Siento interrumpirle.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombre no con

brusquedad, pero sin esforzarse tampoco en ser amable.

—Estoy de visita en Heronsdene y me ha llamado la atención ese terreno de ahí delante. ¿Es propiedad de alguien?

—Es mío. Y no está en venta.

—Ah, de acuerdo. Me ha parecido curioso que no se estuviera haciendo uso de él.

El hombre negó con la cabeza y se giró para volver al ennegrecido sanctasanctórum de su fragua.

—No se usa desde la guerra, desde que los hunos tiraron una bomba sobre mi granero. Tuve suerte de poder salvar mi negocio, aunque todo el mundo colaboró, todo el mundo ayudó.

—Cuánto lo siento. Tuvo que ser horrible. ¿Piensa construir otro granero?

—Puede que lo haga cuando consiga el dinero. Hasta entonces lo tengo en barbecho. Y ahora, señorita, tengo que seguir con lo mío. —Y, sin decir nada más, se dio media vuelta y se alejó de ella. Si no se hubiera apartado con rapidez, el caballo le habría pasado por encima del pie.

Maisie permaneció allí un momento observando al hombre meter al caballo en el cubículo y atar el ronzal a una anilla clavada en la pared. Aunque el animal giró la enorme cabeza para mirarla, el hombre no volvió a dirigirle la palabra ni a mirarla. Maisie cruzó la calle y regresó atravesando el pueblo, dejó atrás su coche y la posada, y continuó en dirección a la iglesia.

Según tenía entendido, tres personas habían muerto en Heronsdene, pero el herrero no había mencionado la tragedia siquiera cuando habló del dirigible. Pensó en ello mientras observaba primero la iglesia de estilo normando y a continuación la entrada techada del cementerio y las tumbas. Intentó no mirar el cercano monumento en memoria de los muertos en la guerra, pero pensó que las víctimas de aquel bombardeo estarían incluidas en el número de las personas que habían fallecido entre 1914 y 1918. Suspiró y se acercó al monumento. Apenas prestó atención a la lista de nombres, pues no quería despertar los recuerdos que acudían a su mente con la misma intensidad que le provocaría dolor de cabeza si mirase una luz demasiado potente o si escuchase un sonido penetrante. No se mencionaba a las tres víctimas del bombardeo.

Maisie miró a su alrededor y pensó de nuevo en el terreno sin uso que había visto al llegar. Cruzó la calle para observar de cerca la parcela de tierra rectangular, separada de las otras casas, y permaneció unos minutos en el borde, reticente a pisarla, ya que se había percatado del perímetro definido, a pesar de que estaba cubierta de maleza y no se apreciaban indicios de que hubiera habido ninguna construcción en la zona. Cerró los ojos al sentir una repentina

corriente de aire frío, pese al soleado día de septiembre que hacía. No era un escalofrío causado por la brisa fresca que anunciaba la llegada del otoño, sino una sensación gélida en contacto con la piel acompañada por una sombra oscura que se le coló en la mente. «Ay, Dios mío, pero ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué es eso tan terrible que ha pasado aquí?», se preguntó retrocediendo y dando un traspiés. Un coche tocó la bocina al pasar cuando salió a la carretera de un tropezón, un sonido que impidió que se cayera y permitió que se enderezase y recuperase el equilibrio.

«Fue aquí donde murieron.» Maisie supo en el fondo de su ser que se habían perdido vidas en aquel lugar, que la parcela que tenía ante los ojos había sido víctima de una agresión. Se estremeció mientras observaba el terreno yermo, la tierra baldía a excepción de las margaritas de otoño. Aquello hizo que se acordara otra vez de su abuela, del ramo de flores moradas que había recogido mientras paseaba con su padre y que le había regalado, y también de sus palabras: «mi angelito *baljisí* me ha traído margaritas de otoño», había dicho su abuela, acariciándole la mejilla con la mano arrugada y cubierta de manchas de la edad mientras se inclinaba a oler el aroma húmedo de las margaritas, unas flores que siempre florecían en septiembre, por san Miguel, el ángel guerrero.

MAISIE SE GIRÓ hacia la iglesia y el aire frío fue disminuyendo a medida que avanzaba por el camino adoquinado de la entrada. Tuvo que usar ambas manos para levantar el pestillo de la puerta, y nada más entrar se sintió en calma, reconfortada por el aroma de los adoquines que tenía bajo los pies, las flores frescas que colocaban allí las mujeres del pueblo, los devocionarios con manchas de humedad y los desgastados cojines de lana sobre los que se arrodillaban los fieles. Pero no había entrado ahí buscando la tranquilidad que ofrecían las oraciones elevadas durante tantos siglos; había ido en busca de algún tipo de señal, algún elemento conmemorativo por las tres personas que habían sido víctimas del cargamento mortal de aquel dirigible. Los nombres de los habitantes del pueblo de épocas pasadas estaban inmortalizados en las paredes, placas colocadas en aquel lugar tras la oportuna donación por parte de sus herederos siglos atrás. Pero no había nada, ningún distintivo que honrase a los muertos en aquel terrible suceso.

Salió de nuevo al sol y rodeó el templo en dirección al cementerio. Las lápidas, que habían ido cediendo al peso de los años, se inclinaban sobre las que tenían al lado. Resultaba imposible leer los nombres grabados en la superficie cubierta de liquen y musgo. En un rincón al

fondo se veía un pequeño número de ellas correspondiente a los prisioneros de guerra de la época napoleónica, que habían cumplido con su deber y habían sido enterrados con la bendición de Dios.

A continuación, encontró tres lápidas de pequeño tamaño debajo de un tejo, separadas del resto. Tenían un diseño más reciente y bastante sencillo en apariencia, sin bucles ni volutas que adornaran los nombres grabados. Tres nombres, todos de la misma familia: Jacob Martin, Bettin Martin, Anna Martin. La fecha estaba medio cubierta de malas hierbas, pero indicaba que los tres habían muerto en septiembre de 1916. Bajo los nombres se leía una inscripción:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.
Lc, 23, 34

6

LOS TEMPOREROS HABÍAN ido avanzando desde la última vez que Maisie vio a Billy y a su familia. A esas alturas, la plantación en la que los había visto trabajar era un campo arrasado, solo quedaban ya restos de flores parduzcas y tierra reseca de color caqui. Se puso la mano a modo de visera sobre los ojos y los entornó para observar las hectáreas de terreno hasta llegar a las plantaciones aún sin recoger, y vio a los temporeros moviéndose entre las hileras de tallos trepadores repletos de flores. Al acercarse distinguió a los londinenses en la parte de arriba de la plantación, separados de los gitanos, que trabajaban en la de abajo.

Avanzó con pesadez rodeada una vez más por un torbellino de actividad hasta llegar a donde se encontraban Billy y su familia mientras separaba las flores de los tallos sobre el contenedor. Trabajaban en silencio, aunque Billy levantó la cabeza y sonrió al verla.

—¿Cómo está, señorita? ¿Ha podido averiguar algo de los chicos de George?

Maisie se dio cuenta de que Doreen se había apartado de su marido cuando este empezó a hablar, y en ese momento le daba la espalda. Apenas había sonreído al saludarla, aunque su actitud no daba a entender que tuviera mala opinión de la mujer que daba trabajo a su marido, sino más bien que estaba bastante molesta con él.

—Están retenidos en un reformatorio para delincuentes juveniles a las afueras de Maidstone. Van a llevarlos a juicio por el robo de objetos de valor en la hacienda de Sandermere, daño intencionado y allanamiento de morada. El hecho de que no tengan antecedentes les va a resultar útil, si es que se puede decir así, y solo tendrán que cumplir de tres a seis meses en caso de que los declaren culpables.

Billy frunció el ceño y soltó el tallo al que estaba arrancándole las flores.

—¡Pero yo pensé que podría sacarlos!

—No tan rápido, Billy —dijo ella levantando una mano—. Hay pruebas de su culpabilidad en el delito del que se los acusa, y aunque pensemos que hay lugar para la duda, tenemos que demostrar su inocencia, y eso lleva tiempo. He de añadir que parece que los representa un buen abogado, dentro de lo que cabe. Sin embargo,

primero debemos intentar encontrar los objetos robados por todos los medios y averiguar quién podría haber organizado el robo.

Maisie miró a Doreen, que se mordía el labio inferior mientras echaba las flores en el contenedor con movimientos rápidos y bruscos, sin hacer caso a sus hijos, que estaban demasiado callados, ni a su suegra, de cuya compañía siempre había disfrutado. Estaba claro que la pareja había discutido, aunque tal vez la desavenencia se debiera a una riña sin importancia que había subido de tono, o a un acto o palabra en defensa de alguien que al otro le parecía más grave.

—Me gustaría hablar con el padre de los chicos otra vez, Billy, y si tu familia puede prescindir de ti, me gustaría que me acompañaras —dijo Maisie sonriendo a Doreen, que miró a su marido y asintió con la cabeza.

—Puede hacer lo que quiera —dijo Doreen con tono cortante.

Billy ignoró el comentario, les pasó el tallo al que aún le faltaban flores por arrancar a sus hijos y le indicó a Maisie que lo acompañara con un gesto.

—Por aquí, señorita. George está allí.

Solo habían andado unos metros cuando Maisie le susurró:

—Oye, Billy, sé que no es asunto mío, pero, si me permites que te lo pregunte, ¿Doreen está enfadada por algo?

Pasaron por delante del último grupo de trabajadores y continuaron andando entre matas de lúpulo sin recoger que envolvían las hileras en cortinas de un intenso color verde. Aunque no podía oírlos nadie, Billy respondió también en voz baja.

—He tenido que ponerme firme, señorita, con lo de que Doreen hable con esos gitanos.

Maisie frunció el ceño y, aunque entendía lo insensato que resultaba inmiscuirse en los asuntos de una pareja, oyó su propio enfado en su voz al decir:

—¿Por qué lo has hecho?

Billy se detuvo y la miró.

—No me venga con esas usted también. Primero mi madre y ahora usted. —Arrancó una flor de una rama que colgaba hacia el exterior de la hilera y la aplastó entre los dedos—. No me pareció mal cuando Doreen se detuvo a charlar con esa mujer, Paishey Webb, por eso de que tiene una hijita. Me preocupaba, claro que sí, porque veía que Doreen hacía por encontrarse con ella, siempre estaba ahí cuando la mujer iba a la fuente a por agua o cuando volvía subiendo por el camino. Y uno nunca sabe cuándo puede pasar alguien, podría creer que algo raro le ocurre a mi Doreen. —Negó con la cabeza—. Sé lo que significa para ella poder tener en brazos a esa niñita de vez en cuando, pero uno no sabe lo que podría pensar la gente.

—¿Te preocupa lo que digan los demás?

—Bueno, es normal, ¿no? Está muy bien decir que no te importa lo que diga el resto, pero luego hay que soportarlo porque tienes que vivir con esas personas. Los gitanos se irán dentro de unas semanas, volverán al campo común de Wimbledon Common o a donde sea que van cuando se termina el trabajo aquí. Pero resulta que yo sí conozco a la mayoría de los temporeros del lugar, he crecido con ellos; proceden de la misma zona en la que vivimos nosotros. Y con todo este asunto de los chicos de George, que yo creo que han sido los gitanos, no merece la pena tener que soportar las habladurías. —Y sin apenas tomar aire para respirar añadió—: Y, además, lo que hay que tener en cuenta es que no sabes por dónde les puede dar a esos vagabundos si ven que se para a mirar al bebé de uno de ellos.

Maisie suspiró.

—Me gustaría que no los llamaras vagabundos ni hablaras de ellos con ese tono despectivo. También son personas, ¿sabes? Puede que tengan un aspecto un poco diferente, que se vistan de un modo algo distinto y que no hablen como tú o como yo, pero tienen sus propias normas de conducta, y tal vez te interese saber que, según sus normas, somos nosotros los que hacemos cosas que ellos consideran inaceptables.

—No sé yo, señorita.

Se habían detenido y estaban hablando en el centro de la plantación.

—Pues yo sí lo sé. Tomemos, por ejemplo, la palangana esmaltada que tienes en tu caseta. Los chicos la usarán para lavarse esta noche, ¿a que sí?

—Sí, pero…

—Y después la enjuagaréis y la llenaréis de agua para fregar los platos después de cenar, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Y apuesto a que la llenaréis de agua otra vez cuando tengáis que lavar algo de ropa.

—¿A dónde quiere ir a parar, señorita?

—Al pueblo gitano le parece una costumbre asquerosa. Tienen una palangana para cada una de esas cosas y nunca las mezclan. Jamás verás a un gitano llenar una palangana para afeitarse y usar la misma después para lavar la ropa.

Billy se miró los pies.

—Eso está muy bien, pero hay más.

—¿Sí?

—Doreen ha oído cosas sobre esa mujer, la que llaman tía Beulah. Dice que quiere ir a que le eche la buenaventura, que la mujer sabe todo lo que va a ocurrir, ya sabe, en el futuro.

—Entiendo —dijo Maisie más calmada—. Sí, entiendo lo que

quieres decir.

—Eso solo puede acabar mal, señorita. No creo que esa mujer pueda ver más allá que usted o yo, y no quiero que Doreen se haga ilusiones, queriendo saber si tendremos otra niña, queriendo saber si nos iremos a vivir a Canadá, queriendo saber si conseguiremos… superarlo.

—Doreen está pasando su duelo, Billy. No hace ni un año que murió Lizzie y los dos lo habéis pasado muy mal. Tu mujer está buscando la luz al final del túnel y las historias de otras mujeres le han brindado un destello de esperanza, la posibilidad de que tal vez haya buenas noticias en el horizonte.

—Ya lo sé, señorita, pero tampoco quiero que la engañen. —Se metió las manos en los bolsillos y le dio una patada a un terrón de tierra—. ¿Y qué es lo que lleva a la gente a pensar que los gitanos pueden ver el futuro? ¿Qué saben ellos que nosotros no sepamos?

Maisie levantó la mano para indicar que era mejor seguir andando.

—No estoy segura de que ellos sepan más que los demás, pero sí diría que la diferencia está en que ellos pasan mucho tiempo fuera, en el campo. Su forma de vida es más sencilla. Sé que a lo mejor te resulta extraño, pero ellos se muestran más inclinados que nosotros a prestar atención a los pensamientos y los sentimientos que auguran que algo va a ocurrir, aun sin saber que lo están haciendo. Se podría decir que utilizan ese músculo particular un poco más que nosotros. Esa confianza en lo que perciben como una señal de lo que está por venir significa que están más predispuestos a intuir acontecimientos que tú o que yo.

Billy se encogió de hombros.

—Más que yo, seguro. Usted es más como ellos en ese sentido, si no le molesta que se lo diga. —Hizo una pausa—. ¿Cree que debería decirle a Doreen que me parece bien que vaya?

—No me corresponde a mí decirlo, Billy —respondió ella y se quedó pensativa durante un momento—. Sin embargo, voy a hacerte dos observaciones. La primera es que Doreen y tú habéis pasado mucho juntos para dejar que esta desavenencia se interponga entre los dos. Y la segunda es que tal vez sea buena idea que habléis sobre lo que en realidad queréis que ocurra en el futuro. —Saludó con la mano a George, que los había visto desde lejos, y se volvió hacia Billy—. Sería mejor para los dos que os sentarais a hablar sobre lo que queréis para vuestra familia y buscar después la forma de remar en esa dirección, ¿me comprendes?

—A la perfección, si tienes el dinero para ello.

—No hace falta dinero para usar la imaginación, Billy.

—Hace falta si quieres ir a Canadá.

GEORGE SE MOSTRÓ visiblemente aliviado cuando Maisie le contó que sus hijos no estaban retenidos por tiempo ilimitado en la cárcel de Maidstone, aunque imaginarlos en un reformatorio le preocupaba.

—Entonces, lo único que tenemos que hacer ahora es demostrar que ellos no lo hicieron.

—Eso es más o menos lo que hay que hacer. Los objetos robados tienen que estar escondidos en alguna parte. La pregunta es dónde —dijo Maisie y se volvió hacia Billy—. En condiciones normales no optaría por llevar a cabo una búsqueda exhaustiva, puede requerir mucho tiempo en un punto de la investigación en el que podría ser más útil destinar recursos a otras tareas. Sin embargo, en ese caso creo que es mejor que nada. Billy, los chicos encontraron los objetos de plata cerca del castaño cuando fueron a recoger castañas para jugar. Si suponemos que al ladrón se le cayeron al suelo el guardapelo y el pisapapeles al saltar por encima del muro en su huida, es posible que hayan desaparecido más cosas o que haya dejado algún tipo de rastro.

—Lo dudo, señorita.

—¿Tienes alguna idea mejor?

Billy negó con la cabeza.

—Bien. Entonces, necesito que George y tú hagáis un mapa donde se vea el camino que va desde el castaño al otro lado de la carretera, a ver si podéis haceros una idea de por dónde podría haber escapado el ladrón. Pero no lo hagáis ahora, a plena luz; mejor cuando anochezca.

—Mejor que nada, ¿eh, George?

George parecía tener dudas, pero asintió con la cabeza en señal de conformidad.

—No se pierde nada.

Maisie miró la hora en el reloj que llevaba prendido en la solapa.

—Tengo el tiempo justo para intentar ver a Alfred Sandermere. Después me reuniré con una amiga para merendar. —Guardó silencio un momento y luego le dio un consejo a su ayudante—: Ah, sí, cuando cruces el camino, intenta dejar a un lado lo que piensas y trata de avanzar por la que sientes, que es la buena dirección.

—Muy bien, señorita.

Maisie se alejó de los dos hombres, que la observaron caminar antes de volver a hablar.

—¿Qué ha querido decir, Billy? —preguntó George frunciendo el ceño.

—Nada. Venga, sigamos trabajando un par de horas más.

Maisie salió al camino agrícola y regresó hasta el coche que había dejado aparcado en la entrada de la propiedad de Dickon. Arrancó sin demora y se incorporó a la carretera principal en dirección a la casa solariega de Sandermere. No creía que Billy y George fueran a encontrar nada, pero ella estaba a favor de tener a la gente ocupada

para evitar que te estorbaran.

—ENCANTADO DE CONOCERLA, señorita Dobbs. Los abogados del vizconde Compton me han informado de que vendría usted por aquí, pero pensé que me avisaría con más tiempo.

Alfred Sandermere bajó la escalera y extendió la mano hacia Maisie mientras atravesaba el vestíbulo de baldosas blancas y negras. Situados uno frente a otro, Maisie pensó que realmente parecían jugadores de ajedrez, esperando para hacer el movimiento oportuno. Le sorprendió que no la hubieran acompañado a una sala a esperar al dueño de la casa, pero parecía que Sandermere había reaccionado con presteza al enterarse de su llegada y había salido de su estudio en el piso superior para ir a recibirla.

Iba vestido como si acabara de bajarse del caballo. Llevaba pantalones de montar de color beis, camisa y chaleco de viyela con una chaqueta deportiva de cálido *tweed* y corbata de seda. El pelo se le había quedado aplastado por haberlo llevado cubierto y la marca que le había dejado en la frente sugería que se ponía gorra plana para montar a caballo. Las botas de cuero marrón, a las que claramente les habían sacado brillo antes de que saliera, estaban cubiertas de polvo. Maisie no pudo evitar sentir lástima por las sirvientas que limpiaban la casa de un hombre que entraba con las botas llenas de barro que se pegaba a las alfombras, hábito que podía atribuírseles a muchos de su clase social. Se preguntó si James Compton sería diferente.

—He pasado un par de días en el pueblo y me pareció buena idea venir a saludarle por si por casualidad tenía usted un momento para hablar conmigo. Le agradezco mucho que me haya recibido.

Sandermere la miró de arriba abajo, como si juzgara a un cazador.

—Pasemos a la sala de estar. —Se volvió hacia su mayordomo y exigió sin decir «por favor» ni «gracias»—: Mason, que nos lleven el té a la sala.

Maisie sospechó que la sala tenía exactamente el mismo aspecto que cuando vivían los padres de Sandermere; incluso era posible que no hubieran pintado las paredes siquiera desde principios de siglo. La estancia parecía atestada entre el gastado sofá Chesterfield de cuero marrón y varios sillones reunidos alrededor de la chimenea, cubierta en esos momentos por un salvachispas con bordados a punto de cruz. Las cortinas largas y anticuadas de terciopelo rojo ocultaban el relajante paisaje verde, pues desde las ventanas podían contemplarse las granjas, los bosques y, a la derecha, a lo lejos, el pueblo de Heronsdene. Maisie pensó que era probable que la fábrica de ladrillos no se viera desde la parte de la casa situada justo enfrente, sino que

estaría rodeada de árboles para no estropear la vista a los aristócratas residentes con algo como una fábrica.

Sandermere se dejó caer en el chesterfield, se reclinó en un extremo y puso los pies con las botas encima de una mesita baja sobre la que el mayordomo depositaría, sin duda, la bandeja del té. Inclinó la cabeza e indicó con la mano un sillón cubierto con una gastada funda. Maisie dejó su bolsa negra junto al sillón que se le ofrecía y tomó asiento.

Iba a hablar cuando entró el mayordomo, que dejó la bandeja junto a los pies de su señor y sirvió el té. Maisie dirigió una amplia sonrisa al sirviente y le dio las gracias, pero Sandermere se limitó a hacer un gesto de asentimiento apenas perceptible.

—Señor Sandermere, en primer lugar, me gustaría aclararle el motivo de mi visita. Vengo por petición del vizconde Compton, de Compton Corporation, para llevar a cabo pesquisas que apoyen la compra de esta hacienda por parte de su empresa, exceptuando, claro está, su residencia y los jardines y terrenos adyacentes. No vengo a discutir asuntos como la división de los terrenos antes de la venta o derechos de paso.

Sandermere enarcó una ceja mientras sorbía de forma audible. Maisie se puso rígida, pero continuó hablando. Los modales de aquel hombre ya habían conseguido que se sintiera menospreciada y tuvo que esforzarse mucho para no ceder a la desconfianza absoluta.

—Sin embargo, sí tengo interés en los delitos menores que parecen acosar a su hacienda, en especial los actos de vandalismo acaecidos en el ladrillar y los establos. Tengo entendido que estuvo usted a punto de perder a sus caballos. —Miró los documentos que acababa de extraer de su bolsa negra—. Imagino, no obstante, que recibiría alguna compensación por parte de su aseguradora.

—Imagina bien, señorita Dobbs. De no haber sido por eso, no habría podido poner de nuevo en marcha el ladrillar a pleno rendimiento ni habría podido proporcionar cobijo a mis caballos.

—Y su aseguradora es Lloyds.

—Así es.

—También sé algo sobre el desafortunado robo que tuvo lugar aquí la semana pasada.

—¡Malditos londinenses! Sé que los agricultores los necesitan para recoger el lúpulo, pero ¿qué se puede esperar cuando un atajo de rufianes del East End andan sueltos por el campo? Me sorprende que no me haya desaparecido nada más. Menos mal que los dos gamberros que entraron en mi casa están detenidos.

—Saberlo le habrá quitado un peso de encima, sin duda, señor Sandermere. —Maisie hizo una pausa—. Se han recuperado dos pequeños artículos, pillaron a los culpables con ellos encima, pero entiendo que sigue faltando el grueso del botín.

—Así es, todo reliquias de familia, no las baratijas fáciles de transportar que llevaban encima esos muchachos. He presentado una lista a la policía y a la aseguradora.

—Es una lástima que esos tesoros de familia no se puedan sustituir con dinero.

—Y que lo diga. La pérdida me llena de tristeza.

Maisie alcanzó la taza, que había dejado en la mesa al comienzo de la entrevista. Dio un sorbo y después, sosteniendo el platillo en la otra mano, se llevó la taza de nuevo a los labios, pero no bebió. Esperó un momento y cuando por fin bebió, lo hizo mirándolo de frente—. Parece que están tomando represalias contra usted. Debo preguntarle si tiene usted alguna idea, lo que sea, sobre quién podría haber provocado los incendios. El robo tiene una explicación más sencilla, como usted mismo acaba de decir: un par de inútiles llegados de Londres. Pero ¿qué me dice de los incendios? Se han producido varios en Heronsdene en los últimos años. ¿Cree que están relacionados?

—Si le soy sincero, creo que cada uno de los fuegos que se han producido en el pueblo tiene una explicación. Una cacerola que se ha quedado demasiado tiempo en el fogón de la cocina, un fuego que se produce por la combustión de los residuos acumulados en una chimenea con demasiada leña (cortada en mis bosques y sin permiso probablemente) y que no se ha limpiado bien. No, apuesto a que los incendios no son más que una coincidencia y no tienen nada que ver unos con otros. Y, en cuanto a los que se han producido aquí —Sandermere se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos—, voy a serle sincero, señorita Dobbs: todo lo que ve desde esa ventana me pertenece. Antaño, mis ancestros también eran los dueños de Heronsdene, dueños de cada uno de los hombres, mujeres y niños que lo habitaban. —Se reclinó de nuevo sonriendo, pero no con una sonrisa cálida de cordialidad y tolerancia, sino de arrogancia—. El feudalismo desapareció hace siglos, claro, pero las raíces de la mayoría de los habitantes de este pueblo están tan estrechamente ligadas a esta casa como lo están a su humilde vivienda. De hecho, salvo unas pocas excepciones, la mayoría de los lugareños me pagan un alquiler.

—Entiendo —contestó ella al dejar la taza para revisar sus notas, tras lo cual miró de nuevo a Sandermere—. Entonces, lo que me está diciendo es que los incendios sucedidos en su hacienda son el resultado de transgresiones históricas que se han venido arrastrando hasta el momento presente. Hostilidades pasadas que han encontrado una vía de escape aquí y ahora, en 1931.

—Es una forma de decirlo, sí.

—¿Diría usted que, en caso de aprobarse la venta, los nuevos dueños no tendrán que preocuparse por esos actos delictivos

continuados?

—No, no hay ningún motivo para ello. Una vez que uno se desquita por lo que se considera una ofensa por parte de algún ancestro muerto hace mucho tiempo, la necesidad de seguir queda invalidada.

Maisie guardó sus apuntes en la bolsa negra y se levantó.

—Gracias, creo que tengo todo lo que necesito por ahora, señor Sandermere.

El hombre se levantó también, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y la acompañó hasta la puerta.

—Supongo que, cuando termine de hacer el informe, los abogados del vizconde Compton se pondrán en contacto conmigo para avanzar con la compra.

—No estoy al tanto de los detalles de la venta, señor Sandermere. Como ya le han informado, mi trabajo aquí consiste en hacer una descripción de carácter más informal sobre la zona y, por supuesto, examinar los acontecimientos sucedidos recientemente en las cercanías de la hacienda y el ladrillar que pudieran obstaculizar de algún modo la adquisición de un terreno bastante extenso y un activo industrial decisivo.

—Muy bien —dijo Sandermere asintiendo con la cabeza.

El mayordomo se acercó para acompañarla a la salida y Maisie se despidió de Sandermere. Ya estaba casi fuera cuando se dio la vuelta y le dijo cuando este se disponía ya a subir la escalera:

—Ah, señor Sandermere, una pregunta rápida.

—¿Sí?

—Tengo curiosidad. ¿Conocía de algo a la familia Martin?

El hombre se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que perdieron la vida cuando bombardearon el pueblo desde un dirigible durante la guerra, señorita Dobbs. No me encontraba aquí cuando sucedió, pues había vuelto al colegio. —Se dio media vuelta y siguió subiendo.

Maisie regresó a su coche, se subió al asiento del conductor y cerró la puerta. Observó la mansión mientras se mordía el interior de la mejilla y después se dirigió hacia la carretera principal. Al cabo de un rato se detuvo en un punto que le pareció que no sería visible desde la casa. Se bajó del coche y caminó siguiendo el perímetro del terreno ajardinado hacia las cuadras. Estas, con cubículos para siete caballos, estaban tranquilas cuando entró. No había ni rastro del mozo. Maisie pensó que probablemente estaría en el cobertizo de los arreos aplicando jabón especial para cuero a las sillas de montar o preparando los cubos de salvado para los caballos; había contado tres de caza castaños y dos de tiro grises. Uno de los de caza tenía el pelo brillante por el sudor y olía a linimento. Con ponerle la mano en el costado le bastó para saber que había estado galopando hasta la

extenuación. Se notaba que el mozo lo había tenido caminando para recuperarse del ejercicio y después lo había cubierto con una funda suave de franela rellena de paja seca para absorber el sudor. El caballo le buscó la mano por si llevaba alguna golosina cuando le acarició el hocico.

—No se atrevería a hacerte algo así si Frankie Dobbs fuera su mozo de cuadras. ¡Pronto vería quién manda! —le susurró mientras le acariciaba la oreja.

Continuó caminando hasta que llegó a la parte de la estructura que había sufrido daños en el incendio y dejó a la izquierda el cobertizo de los arreos. El mozo no estaba. Habían tapado con una lona impermeable el agujero del tejado y el lateral del edificio, donde aún se estaban llevando a cabo reparaciones. Miró hacia las vigas del techo y se fijó en los restos de un cubículo de madera carbonizado y astillado. No se consideraba ninguna experta en los restos que deja un incendio, pero sí sabía cuándo le estaban mintiendo.

7

MAISIE SUBIÓ POR la colina en dirección al campamento gitano y se detuvo, igual que la otra vez, a observar los alrededores. Los caballos estaban todos juntos en un extremo apartado del prado, y al levantar la cabeza vio nubes a lo lejos acercándose desde la costa. Los temporeros no se dejarían amilanar por la lluvia, sino que seguirían con lo suyo bajo la tromba de agua, protegiéndose con lonas impermeables colocadas por encima como un poncho.

Los carros de los gitanos no eran como esas carretas de colores vistosos tiradas por caballos que salían en los cuentos, sino que se veía que estaban bien hechos y pintados de colores oscuros y tonos tierra. Los carros de aquella tribu, cada uno con su tienda al lado, estaban bien cuidados y, a pesar de la hora, cerca ya la merienda-cena —no el té de la tarde que toman las damas de los hogares acomodados, sino una comida más sustanciosa después de trabajar— los hombres seguían trajinando con las ruedas y reparando los tejados.

Maisie se acercó y vio a la perra salir del claro, sentarse sobre los cuartos traseros y mirarla con el hocico elevado, señal de que la había olido. Cuando llegó a un punto del perímetro visible únicamente para el animal, se levantó, se dirigió hacia ella y, sin hacer ruido, la acompañó al interior del claro.

Habían puesto una olla negra de gran tamaño sobre las llamas de la hoguera. Paishey y Esther, otra mujer a la que Maisie ya había conocido, se disponían a echar al guiso las verduras recogidas de los arbustos cercanos, colocadas en diversos platos, de forma que se inclinaban por encima del fuego para volcarlos en la olla y se volvían para buscar los siguientes ingredientes. Maisie pensó que Esther tenía aún más aspecto de gitana que Paishey o Beulah. Lucía una piel lozana, enmarcada por el cabello negro azabache recogido en lo alto de la cabeza con peinetas de madera tallada, que dejaban caer los mechones como un velo sobre sus hombros, dando la impresión de que llevara una mantilla. Todas las mujeres llevaban un amplio delantal blanco que les cubría la falda fruncida en la cintura. Maisie sabía que se ponían el delantal no tanto para proteger la ropa de las manchas y las salpicaduras como para que ejerciera de barrera entre el cuerpo de la cocinera y la comida que iban a ingerir. Según las costumbres gitanas, si la comida estaba cerca del cuerpo de la mujer,

se consideraba que estaba manchada y no se podía ingerir.

Beulah estaba sentada sobre el mismo tronco que la otra vez, por lo que Maisie se detuvo y esperó a que la anciana se percatara de su presencia. La perra se acercó a su dueña y le empujó el codo con el hocico. Entonces Beulah se volvió y le indicó a Maisie que se sentara con ella. La perra se quedó junto a su dueña atenta a todo.

—Siéntate, *bedorí* —le ordenó—. El *chuquel* ha cazado un buen par de *jojois* —añadió señalando la olla con la cabeza—. Te irás de aquí con la tripa llena.

—Me alegro —dijo Maisie. No poseía un conocimiento muy amplio de la lengua gitana, pero sabía lo suficiente como para entender que la perra había cazado un par de conejos. Esperó a que volviera a dirigirle la palabra.

—Has subido a la casa a ver a esa *sarape* —dijo la mujer gesticulando con la cabeza en dirección a la mansión de Sandermere.

Sarape significaba «serpiente».

—Así es.

—¿A qué te dedicas?

—Conozco a un hombre que quiere comprarle la hacienda —contestó Maisie haciendo un gesto amplio con la mano para indicar la envergadura de la compra—. Quiere que sea una *bisná* limpia. Una venta limpia. —Sabía que aquella venta no se cerraría a la manera de los gitanos, con los interesados entrechocando los nudillos para cerrar el acuerdo sin apenas mediar palabra. En vez de eso habría ofertas y contraofertas acompañadas por páginas y páginas de la ley de arrendamiento expresadas con un vocabulario anticuado, e intrincadas condiciones adicionales de protección para ambas partes. De hecho, si hubiera existido la buena fe en todo el asunto, ella no tendría trabajo.

Beulah se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de madera. Se lo acercó a la boca y se puso a masticar. Guardó silencio un momento y luego la miró negando con la cabeza.

—Ese *jeré* es un *dineló*. —Ese hombre es un necio. Dejó de masticar y se guardó la madera en el bolsillo de nuevo.

—¿Ha tenido tratos con él? —preguntó Maisie.

Webb apareció en el claro en ese momento con un brazado de leña. Dejó los troncos junto al fuego y les hizo un gesto con la cabeza a su mujer y a Esther. Las dos cogieron un par de troncos cada una y los echaron al fuego sujetándose el delantal blanco, no fuera a saltarles alguna chispa.

Beulah negó con la cabeza.

—No directamente —dijo la anciana, que pronunció «direstamente», mirando a su hijo mientras lo decía.

Maisie se giró y se encontró al gitano mirándola de nuevo, entornando los ojos esta vez para protegerlos del humo gris que el

viento empujaba hacia él.

—Hola, señor Webb —dijo Maisie sonriendo con disimulo, lo suficiente para romper el hielo que parecía envolver al hijo de Beulah.

El gitano se tocó el sombrero a modo de saludo y abandonó el claro para volver con más leña. Maisie pensó que tal vez fuera mejor dejar las preguntas para cuando tuvieran la barriga llena y el calor del fuego les hubiera relajado la espalda dolorida. Ella solo había estado un rato recogiendo lúpulo, pero notaba el dolor en las manos y los brazos allí donde las ásperas flores le habían arañado la piel, dejándole ronchas que escocían cuando se lavaba. Aquella gente, hombres, mujeres y niños, llevaban días enteros trabajando, y después de horas de recoger lúpulo, las mujeres aún sacaban tiempo para ir a buscar flores y formar ramilletes, o hacer lirios de papel de seda de colores para luego venderlos por las casas, mientras que los hombres cazaban o tallaban pinzas de la ropa para venderlas en el mercado.

El intenso aroma del guiso cocido a fuego lento no tardó en despertar las papilas gustativas de Maisie y hacer que le sonaran las tripas. Las mujeres llegaron con platos esmaltados de sus respectivos carros y se reunieron en torno al fuego para servir la comida. En el borde del claro, los niños formaron una fila para lavarse en las palanganas preparadas para ello y empezaron a llegar los hombres que estaban trabajando.

Maisie seguía la conversación en un inglés desprovisto de adornos y salpicado de términos en su dialecto. Las historias que contaban eran iguales en su mayor parte a las que contaban los temporeros londinenses. Hablaban del lúpulo en tal o cual plantación, del agricultor, del asentador y de cuánto habían ganado. Hablaban de las nubes que se estaban formando a lo lejos y de cuánto se alegraban de tener preparadas sus lonas impermeables. Beulah se quejó de que el dolor de muelas se le había extendido a la mandíbula y uno de los niños chilló cuando le frotaron los brazos con un paño de franela mojado en agua caliente.

Oyó a Paishey decirle a Esther que la *bedorí* paya, la mujer que no era gitana que había sonreído a su pequeña Baljisí días atrás, le había vuelto la espalda ese mismo día cuando iba a la fuente. Esther puso los brazos en jarras y negó con la cabeza. Se encaró con Paishey y agitando el dedo delante de ella le dijo que aquella mujer era como los demás, capaz de comerse al bebé para cenar si tuviera oportunidad, porque seguro que era un *benguí*, un demonio. Maisie fijó la mirada en el fuego. ¿Merecía la pena sacarlas de su error? ¿Debería decirles que la mujer de la que hablaban estaba pasando el duelo por la muerte de su hijita y le hacía mucho bien tener a la bebé de aquella gitana en los brazos, pero que en ese momento se veía acosada por los prejuicios de su propia gente, que no se fiaba de los gitanos y prefería

andarse con cautela? Probablemente, no. Seguiría su propio consejo. Al fin y al cabo, la tribu también sufría la virulencia del miedo.

Paishey le llevó a Beulah un plato de conejo guisado y un trozo de pan, pero la anciana señaló a Maisie y asintió con la cabeza para indicarle que tenían que ofrecerle un plato de comida a su invitada también. Le llevó un plato humeante que la hizo salivar y, cuando el vapor desapareció, Maisie sonrió a Paishey.

—Gracias. Huele de maravilla.

Paishey no dijo nada, tan solo aceptó el cumplido con una breve inclinación de la cabeza y continuó sirviendo la cena en los platos esmaltados, hasta un tercio más en el plato de los hombres.

La gente no hablaba mucho mientras daba cuenta de la ansiada comida. Cuando terminaron, recogieron los platos y colocaron lo poco que había quedado en el fondo de la olla en el borde del claro para los perros, aunque dieron de comer a la perra de Beulah la primera por haber sido la que había cazado los conejos de la cena.

Maisie decidió mover ficha.

—¿A qué le tiene tanto miedo la gente del pueblo, tía Beulah?

La mujer se rio, una carcajada estentórea que la hizo parecer una *chuanjañí*, una bruja.

—Tienen miedo de su propia sombra. Van por ahí mirando hacia atrás por encima del hombro, esperando a que los fantasmas los vean.

—¿Qué fantasmas? ¿A qué se refiere?

Beulah movió la cabeza a un lado y a otro.

—Los fantasmas que se alimentan de todos nosotros, los fantasmas de las personas a las que hemos hecho daño.

—Pero eso podría pasar con cualquiera y en cualquier lugar. En todos los pueblos hay alguien que ha hecho daño a alguien, pero no se percibe la sensación que se percibe en Heronsdene.

La mujer suspiró y Maisie sintió el impulso de mirar por encima del hombro, entonces vio que Webb se dirigía a ellas. Beulah se volvió hacia ella y dijo:

—Ocurrió hace mucho, pero aún les afecta.

El hombre se inclinó para hablarle al oído a su madre y Maisie se dio cuenta de que algunos de los presentes, hombres y mujeres, se iban a sus tiendas y volvían con sus violines y sus panderetas, sus claves y sus silbatos de madera. Paishey salió de su carro con una funda de violín y se la entregó a Webb. Maisie se fijó en que los otros manejaban sus instrumentos con mucho menos cuidado. Y en que cuando Webb sacó su violín del interior de terciopelo dorado en el que reposaba, lo hizo con sumo respeto, como si fuera un icono religioso.

Se llevó el violín a la oreja para calcular la tensión de las cuerdas y así afinar el sonido y, finalmente, se lo apoyó en la barbilla y tocó algún acorde probando las notas. Los demás formaban una cacofonía

de sonidos, mientras que Webb había cerrado los ojos como si no existieran, como si el mundo que lo rodeaba hubiera retrocedido con la marea dejando solo la suave arena virgen. Entonces los abrió y miró a los presentes. Se produjo un silencio cuando acercó el arco a las cuerdas y arrancó a su violín unas notas que hicieron que a Maisie se le llenaran los ojos de lágrimas. Era tan hábil que parecía que el violín y él formaran un solo ser; la delicada madera de arce recubierta de un barniz cobrizo reflejaba las llamas que saltaban entre los músicos y el público. Tocó una melodía triste y, mientras escuchaba, Maisie sintió como si el bosque entero guardara silencio también para escuchar tocar al gitano. Aceleró el ritmo, golpeando el suelo con el pie mientras seguía la veloz música y movía la cabeza de un lado a otro al compás de la melodía que el arco arrancaba a las cuerdas. De repente, el músico levantó la vista y con un gesto de la cabeza hacia sus compañeros señaló el cambio de registro, pasando del lamento a una giga. Se unieron a él con el chirrido de las cuerdas de sus instrumentos en un rápido ir y venir de los arcos sobre ellas al ritmo que marcaba Webb, como peregrinos tras los pasos de su señor a lo largo de un tortuoso y escarpado sendero.

Dos gitanas entraron en el claro agitando sus panderetas y bailando sin tocar apenas el suelo con los pies. Los niños golpeaban sus claves entre sí o frotaban una lata con una piedra, y al poco la mayoría de los presentes silbaba y golpeaba el suelo con los pies al ritmo de la música. No se produjo ninguna pausa ni se demoraron entre una canción y la siguiente; a los músicos, que se habían puesto a tocar y bailar, les bastaba una mirada de Webb. Solo Beulah y Maisie permanecían sentadas. La anciana acompañaba la música golpeándose las rodillas con las palmas, mientras que Maisie sentía como si el ritmo se filtrara desde el suelo y le penetrara en el alma. Era una música cruda y tumultuosa, rebosante de la pasión y el grito tenso de la alegría. Cuánto le apetecía bailar, cuánto le apetecía sentir cada nota en todas las células de su ser mientras golpeaba el suelo con los pies y daba palmas. Cuánto le apetecía formar parte de aquel momento, como aquellos gitanos con su música y su baile.

Vio que Webb miraba a los ojos a su mujer que, sin dejar de bailar, rodeó la lumbre en dirección a Maisie. La tomó de las manos, el fuego reflejándose en sus ojos, y trató de ponerla en pie y llevarla hacia el resto del grupo. Maisie negó con la cabeza poniendo como excusa que no sabía bailar y prefería escuchar y mirar, pero la música ahogó sus palabras. Sintió que el pánico se apoderaba de ella mientras Paishey le tiraba de las manos, y miró a Beulah, que la invitó con un gesto de la mano a unirse a la danza. Notaba que la paralizaba la barrera del miedo, miedo a lo que pudiera suceder si se dejaba llevar por la música y el poder de la danza gitana.

Paishey le tiró de las manos nuevamente, pero esa vez sí consiguió arrastrarla hacia la multitud. No había manera de retroceder sin ofenderla, no podía hacer nada más que abandonar toda reticencia. Sintió en los huesos la reverberación del ritmo palpitante que ascendía desde el suelo del bosque y se le clavaba directo en el corazón mientras realizaba aquella danza primitiva y sin reservas. Aquello no era un amable *foxtrot* ni un acompasado *swing* moderno, y se abandonó al ritmo. Bailó sin parar, ya que, aunque el tempo cambiaba, la música no se detenía, sino que continuó hasta rayar la noche.

Más tarde, Beulah miró las estrellas en el cielo y le hizo un gesto a su hijo, que indicaba que el baile había llegado a su fin y Maisie tenía que irse. Ella sabía que la gente tenía que descansar e insistió en que no necesitaba que la acompañaran hasta el coche. Eso significaría que dos hombres habrían tenido que abandonar el grupo, ya que no aprobaban que una mujer fuera sola con un hombre que no era su marido, ni tampoco que una mujer gitana regresara sola a la tribu. Sonriendo y respirando con dificultad aún, Maisie dio las gracias a todos por la cena y por haberla incluido en la danza, y se dispuso a marcharse. Al darse media vuelta, Beulah silbó y señaló a su perra, que fue a colocarse junto a Maisie. Y esta se lo agradeció con un gesto de la mano y salió del claro con la perra.

Maisie atravesó el prado húmedo de rocío vespertino, señal de las lluvias que tendrían al día siguiente, acompañada por el animal que caminaba en silencio, pero que alzaba la cabeza cada pocos pasos para acariciarle la mano con el hocico. No tardaron en llegar al coche y la perra permaneció a distancia mientras Maisie abría la portezuela y se sentaba tras el volante.

—Venga, *chuquel*, vuelve a casa —dijo Maisie señalando el prado que acababan de atravesar juntas. El animal se dio media vuelta y se perdió en la noche. Maisie se puso en marcha y al llegar al camino se giró y vio los puntos luminosos de sus ojos, relucientes como canicas en la oscuridad, esperando a que se alejara.

MAISIE SE DESPERTÓ en plena noche de un sueño profundo y sin imágenes, con los ojos pesados y el pulso lento. Le costó orientarse y tardó unos segundos en recordar que estaba en su habitación de la posada del pueblo. Pero ¿qué la había despertado? Se giró y se sentó en la cama, totalmente despierta ya y alerta en la habitación oscura como boca de lobo. Levantó la cara y olfateó el aire. «Humo.» Echó las mantas hacia atrás y corrió a la ventana a ver si el olor procedía de su ropa, porque se le hubiera quedado pegado de la fogata en el

campamento gitano. Había lavado la blusa y la había tendido con la falda al lado de la ventana abierta, para ver si la brisa nocturna se llevaba el olor a lumbre. Olió las prendas, pero apenas se notaba ya el olor de la noche anterior.

El olor acre se había intensificado, y cuando se asomó a la ventana, vio que las llamas salían de detrás de la posada. Aquello no era una agradable hoguera de campamento, sino un incendio devastador que alguien había provocado. La carbonera, que se encontraba muy cerca de otras dos construcciones anejas estaba en llamas, entre ellas el cobertizo en el que se almacenaban los barriles de cerveza. Y también vio alejarse corriendo por el jardín alargado de la posada en dirección a los prados a un hombre… o puede que fuera una mujer, pues se encontraba ya a cierta distancia.

Agarró la bata sin perder un minuto y abrió la puerta.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¿Dónde está todo el mundo? ¡La posada está en llamas!

Encontró las escaleras a tientas y bajó corriendo mientras oía voces a su espalda. La luz de las llamas del exterior le iluminaba el camino, y fue directa a la cocina, y desde allí al lavadero. Vio un recio cubo de fregar los suelos en el fregadero. Giró el grifo y puso el cubo debajo mientras buscaba otro. Fred y su mujer llegaron al momento.

—¡Saca a todo el mundo, Mary! ¡Llévalos a la parte delantera y da la voz de alarma!

Los siguientes veinte minutos pasaron volando, y durante ese tiempo fueron llegando los vecinos con sus cubos, alertados por las campanas de la iglesia. La gente corría de un lado para otro, y cuando fueron suficientes, formaron una cadena de cubos para extinguir las llamas. Al principio parecía imposible aplacar las llamas, como si Loki, el dios del fuego y el engaño, estuviera bailoteando allí mismo, burlándose y riéndose de ellos, prendiendo de nuevo las llamas que acaban de remojar. Pero de repente empezaron a ganar la batalla, y los escombros ennegrecidos y humeantes terminaron empapados gracias a la cadena que habían formado.

Totalmente exhaustos, Maisie, el posadero y los vecinos que se habían acercado a echar una mano permanecían en silencio delante de lo que quedaba de la carbonera y otro de los edificios colindantes. Se oían los silbidos y la crepitación de la madera empapada, pero nadie se movía.

Tras dejar que el silencio calmara los ánimos después de un ataque como ese —Maisie sabía que era algo normal—, tocó al posadero en el brazo.

—Fred, será mejor que no espere demasiado. Hay que avisar para que vengan a comprobar lo sucedido, y después tendríamos que limpiar.

—Tiene razón, señorita Dobbs —contestó él mirando a su alrededor y después hacia la posada—. Lo habría perdido todo de no ser por usted. Estoy en deuda.

—No habría tardado en oler el fuego.

—El fuego es capaz de destruir en un minuto lo que has tardado todo un día en hacer —contestó él frunciendo los labios—. No, tiene una cabeza fría sobre esos hombros y me siento en deuda. Los hombres me ayudarán, vuelva a su habitación. Mary le preparará un baño. —Dejó escapar una risa triste—. Está echando más leña a la estufa para calentar más agua. Será mejor que le diga que no se pase echando troncos, ¿eh?

Maisie guardó silencio un rato más. Nadie se movía.

—¿Por qué no han llamado a los bomberos?

—Tardan mucho. No hay bomberos en el pueblo. Tienen que venir desde Paddock Wood.

—Pero eso no está lejos. ¿Quién del pueblo tiene teléfono? Habría que inspeccionar los daños, comprobar que el fuego se ha extinguido por completo, y también hay que llamar a la policía para que atrape a quien haya hecho esto.

—Vaya dentro con Mary, señorita. Nosotros nos ocuparemos. Estas cosas pasan. He estado haciendo un sendero con las cenizas de las chimeneas de la posada. Lo más probable es que haya sido culpa mía por no comprobar que todas las brasas estuvieran apagadas. No hace falta más que una chispa para generar un fuego, sobre todo al lado de una carbonera. —Se enderezó aún más y cuadró los hombros—. No, la culpa ha sido mía. Debería haberlo sabido.

—Pero yo he visto a alguien que se iba corriendo por el jardín de la posada en dirección a los prados.

El posadero negó con la cabeza.

—No, señorita, lo dudo mucho. Hay una zorra que viene a buscar comida por la noche entre los cubos de la basura que tenemos atrás. Menuda es. Con esta luna —señaló el cielo con el índice de la ennegrecida mano derecha— puede que haya visto una sombra y la haya confundido con una persona.

—No lo creo…

—Vaya dentro, señorita. Mary la está esperando en la puerta con su baño preparado. Le estamos muy agradecidos, todos lo estamos, pero ya nos ocupamos nosotros de lo que haya que hacer.

Maisie observó a aquellos vecinos, hombres y mujeres que estaban escuchando la conversación. Asintió con la cabeza en sentido de aceptación y se dirigió hacia la entrada trasera de la posada. Nada más agacharse para no darse en la cabeza con el dintel se volvió. Las mujeres se alejaban, pero los hombres estaban todos apiñados mirando los restos de madera empapada y aún humeante, hablando

entre ellos sobre el incendio.

EN UNA HABITACIÓN junto a la cocina, decorada con papel pintado de motivos florales y revestimiento de madera en color blanco, Mary había llenado de agua caliente la bañera de hojalata y al lado, sobre una silla, había dejado un par de toallas blancas que aún conservaban el aroma de la brisa cálida tras haber estado tendidas fuera de la casa. La mujer del posadero también le había dejado un camisón de franela recién planchado y una bata encima de la cómoda del rincón. Estaba a punto de quitarse la ropa cuando se vio reflejada en un espejo ovalado colgado de una moldura para colgar cuadros de color verde oliva. Tenía el rostro casi negro, el pelo pegado a la cara, y los ojos rojos y escocidos por el hollín y el calor. Se miró el pijama y la bata que llevaba, y vio que habían quedado destrozados por el fuego. Se desnudó mientras dejaba escapar un suspiro, se metió en la bañera y cogió la pastilla verde de jabón que Mary le había dejado encima de las toallas.

El incendio había sido provocado, no le cabía ninguna duda. Pero ¿por qué el posadero le había quitado la razón al decirle que había visto a alguien salir corriendo de la posada? ¿Por qué se negaba a llamar a los bomberos? El que las campanas se pusieran a sonar en plena noche tendría que haber alertado a los habitantes del pueblo vecino de que algo estaba ocurriendo. ¿Por qué no se había acercado nadie? No era el primer incendio; se había producido uno al año desde hacía varios años, según el informe de James. ¿Es que los vecinos de los pueblos cercanos hacían oídos sordos a las peticiones de auxilio? ¿O tal vez habían ofrecido su ayuda en otras ocasiones, pero se la habían rechazado?

Maisie le daba vueltas en la cabeza a todas aquellas ideas mientras se limpiaba el hollín y el sudor. Se le habían roto las uñas y se había arañado los nudillos de tanto llenar cubos de agua y correr de un lado para otro antes de que los vecinos formaran la cadena. «Toda esa gente callada, con el rostro ceniciento.» Maisie cerró los ojos y recordó su actitud, el mensaje escrito en sus ojos. No expresaban sorpresa ni conmoción ante una tragedia de la que se habían librado por un pelo. En vez de eso, había vuelto a ver la misma emoción con la que empezaba a familiarizarse: miedo. Y también resignación, aceptación. Como si se esperasen lo que había ocurrido esa noche.

8

LA HORA DEL desayuno era un momento tranquilo. Los otros huéspedes se habían marchado lo antes posible; tenían más ganas de alejarse del lugar en el que habían pasado una noche espantosa que curiosidad por conocer las causas del incendio. Maisie entendía que, aunque no fueran conscientes, el ambiente que reinaba en el pueblo y la naturaleza del «accidente» los había espantado. Pero ansiaba comerse el plato de huevos con beicon que le había servido Mary, así que se relajó mientras daba buena cuenta de las tostadas con mermelada y se servía otra taza de té. Estaba a la espera. Para hablar con Fred Yeoman de nuevo y evaluar, dentro de lo posible, el alcance de su silencio respecto a los incendios. Lo escuchó trajinar en el sótano, cambiar los barriles de cerveza y mascullar de vuelta al bar, para empezar a prepararlo todo antes de abrir al público.

—Hola, Fred —saludó Maisie girándose hacia el bar.

Las botas de clavos de Fred repiqueteaban en el suelo de piedra cuando entró desde el bar que comunicaba con el salón de los huéspedes.

—Buenos días, señorita Dobbs. No tiene mal aspecto. Espero no haberla molestado mientras retirábamos los escombros.

Maisie se limpió las comisuras de los labios con la servilleta a la vez que negaba con la cabeza.

—El baño hizo milagros. Dormí como un bebé en cuanto me tumbé en la cama. —Hizo una pausa—. ¿Han sido graves los daños?

—No tanto como habrían podido ser si no hubiera dado la voz de alarma. No voy a cobrarle la estancia justo por eso.

Maisie iba a protestar, pero se lo pensó mejor. El posadero quería agradecérselo de un modo tangible y probablemente esa fuera la única forma que tenía de hacerlo. Sería absurdo rechazar el ofrecimiento.

—Gracias, Fred, es muy amable.

—De nada.

El hombre se quedó limpiando de izquierda a derecha la barra de madera de roble barnizada que, tras siglos aplicando cera de abejas, había adquirido un intenso brillo en tono avellana.

—Si no le molesta que se lo diga —continuó Maisie cogiendo la tetera—, aunque sean accidentes, parece que Heronsdene tiene muy mala suerte con los incendios. ¿No dijo que el invernadero de los

señores Smith quedó destruido el año pasado?

El posadero se encogió de hombros.

—Whyte, les ocurrió a los Whyte —respondió él como si estuviera viendo las llamas de nuevo—. Y ocurrió en su casa de veraneo. —Volvió a levantar la vista mientras se quitaba el recuerdo de la mente—. No había caído en la cuenta de que teníamos más accidentes aquí que en otros lugares, y no sabía que fuera un tema de conversación.

Entonces fue Maisie quien se encogió de hombros.

—Sé que se ha producido un incendio al año desde hace unos diez más o menos. —Se llevó la taza a los labios sin llegar a beber y se quedó así mientras seguía hablando—. Y siempre en esta época del año.

Fred dejó las manos quietas sobre la barra y sacudió la cabeza.

—Apuesto a que esos londinenses, o los gitanos, han liado alguna a lo largo de estos años. No dejo entrar a esos gitanos vagabundos en mi bar. Esos cabrones son unos tramposos, si quiere que le diga la verdad. Dejamos entrar a los londinenses, pero no sé, son igual de malos y siempre andan buscando bronca. —Hizo una pausa antes de continuar limpiando la barra—. Lo cierto es que por poco que me gusten, el incendio se produjo por mi culpa, y, como ya le he dicho, la causa de los otros incendios fueron descuidos. Tampoco es que hayamos tenido tantos, si se para uno a pensar en ello, y desde luego no hemos tenido uno al año como usted dice.

Maisie echó la silla hacia atrás y se levantó.

—Será mejor que me vaya o llegaré tarde —dijo dirigiéndose hacia el bar—. ¿Seguro que no puedo pagarle la estancia de anoche?

—Totalmente.

—Pues gracias otra vez. Me atrevería a decir que nos veremos la semana que viene.

Maisie sonrió y abrió la puerta que conducía a las habitaciones de arriba, recogió sus cosas y salió a la mañana lluviosa. Se levantó el cuello de la chaqueta de *tweed* y se sujetó el sombrero mientras cruzaba la calle hasta el coche y guardaba el equipaje. Levantó a continuación el capó para arrancar el motor y se sentó en el asiento del conductor. El posadero no se había dado cuenta de que, mientras charlaban, cuando Maisie había mencionado el incendio del año anterior, desconocía la identidad de las víctimas y había dicho Smith porque en la mayoría de los pueblos había alguien con ese apellido. Y Fred la había corregido sin pensar. Preguntaría a otra persona dónde podía encontrar a los Whyte.

SU PRIMERA PARADA de la mañana serían las plantaciones de lúpulo

para informar a Billy de que se dirigía a Maidstone, y de allí a Chelstone y a Londres, pero tenía la intención de regresar el martes. Tenía pendiente la visita a Simon y quería preguntarle varias cosas a James Compton. Había algo en aquel asunto que no le gustaba. James decía que la había contratado para que investigara si lo que había estado pasando en el pueblo y la hacienda eran cosas graves o no, y estar seguro de que iba a ser una venta limpia. Sin embargo, aunque entendía que una compañía muy respetada en el mundo comercial no querría ver mancillada su buena reputación, se le ocurrió que esos mismos hechos, que podrían suscitar controversia en la ciudad, restarían valor a la propiedad. Por un lado, un dueño como Alfred Sandermere estaría ahora en condiciones de llevar a cabo las obras de mejora necesarias financiadas con el dinero del seguro, pero, por otro, los incendios y los delitos podrían bajar el precio de venta, de forma que Compton Corporation podría ahorrarse un dineral al comprar una propiedad a alguien con tan dudosa reputación y venderla más tarde.

Cruzó el pueblo en dirección al monumento en memoria de los caídos en la guerra y se disponía a girar hacia la izquierda, hacia la granja Dickon, cuando le pareció ver un destello de color que le llamo la atención. Bajó la ventanilla y miró hacia el terreno yermo donde había caído la bomba. Había un ramo de flores entre las malas hierbas. Paró, retrocedió hasta un lugar seguro en el que aparcar, bajó del coche y cruzó la calle.

La lluvia que caía no era fría, pero aumentaba la humedad pegajosa de la mañana. Sin embargo, Maisie volvió a sentir escalofríos al estar tan cerca de aquel terreno. Cerró los ojos y, al igual que había hecho tantas otras veces para protegerse en circunstancias similares, imaginó un círculo blanco de luz que la envolvía y protegía de cualquier daño espiritual. Abrió los ojos, inspiró hondo y dio un paso; la sensación fue la de entrar en una casa construida con ladrillos de hielo. Se acercó al ramo y se puso de rodillas para inspeccionar las flores de cerca en busca de un mensaje, una señal, algo que le indicara quién las había dejado allí. A juzgar por la blandura de los tallos y la flacidez de los pétalos, las dalias y los crisantemos del ramo llevaban allí un tiempo. Toda la noche tal vez. No había ningún mensaje. Maisie levantó la vista y miró a su alrededor; se levantó, se adentró más en el terreno hasta detenerse junto a los restos de los cimientos y las paredes derruidas tiempo atrás que despuntaban orgullosamente del suelo. Apartó las malas hierbas y alargó la mano para tocar la piedra ennegrecida por el humo, escombros que revelaban la conflagración que se había cobrado la vida de una familia.

Al dar media vuelta para marcharse comprobó que tenía compañía. Dos niños y una niña la miraban con los ojos abiertos de par en par. Los niños vestían pantalones cortos con tirantes y camisa de algodón

sin cuello que les quedaba demasiado grande, botas de cuero con cordones bastante viejas y una gorra plana con la que parecían hombres mayores. La niña llevaba un vestido de flores y sandalias de cuero viejas que también le quedaban demasiado grandes, probablemente heredadas de una hermana mayor. Tenía el pelo enredado, como si hubiera estado jugando en el bosque, y llevaba un largo mechón sujeto a un lado de la cabeza con una cinta para que no se le metiera en los ojos. Salieron corriendo y dando gritos al verla caminar hacia ellos, de vuelta a la acera. La niña, que se había quedado muy atrás, les gritaba:

—Esperadme, esperadme. Es un fantasma. ¡Es un fantasma! Es el fantasma de Pim, que ha vuelto para atormentarnos. ¡Ha vuelto!

Maisie se rio para sí al ver que se alejaban corriendo y les gritó:

—No tengáis miedo. ¡Soy una persona, no un fantasma!

Volvió al coche lamentando que no se hubieran parado, porque sentía curiosidad por saber quién era Pim. ¿Una leyenda local inmortal tal vez? ¿El personaje de un libro del estilo de Scrooge o Magwitch[2]? ¿O tal vez una figura invocada por los padres para mantener alejados a los niños curiosos de aquel terreno baldío y peligroso, para impedir que se cayeran entre los escombros y pudieran morir de una infección? ¿O acaso era alguien mucho más importante ese fantasmal Pim?

NO LE COSTÓ trabajo encontrar al señor y la señora Whyte. Vivían en una villa de estilo georgiano con un jardín delantero al que se accedía desde High Street. Llamó a la puerta. Le abrió el ama de llaves y, al preguntar por los señores, la mujer le dijo que estaban pasando el día fuera.

—¿Cuándo cree que regresarán, si no le importa que se lo pregunte?

La mujer guardó silencio un momento antes de contestar.

—Es probable que regresen por la noche. Han ido a respirar el aire fresco de la costa. —Hizo un gesto hacia la posada—. Anoche fueron a la posada a ver si podían ayudar y esta mañana la señora ha dicho que les iría bien respirar el aire del mar para limpiar los pulmones.

—Han hecho bien —dijo Maisie frunciendo el ceño con preocupación—. Fueron muy valientes al ir a echar una mano, sobre todo después de lo que les ocurrió a ellos el año pasado.

La mujer se cruzó de brazos y se acercó a ella.

—Eso es justo lo que pensé yo. Hacen falta agallas, sabiendo lo que puede hacer el fuego, como lo saben ellos. Y en un pueblo como este, todos arrimamos el hombro.

—Ya lo creo —dijo Maisie acercándose también como si estuvieran

compartiendo algún secreto—. ¿Cómo empezó el fuego?

—Por accidente. Dejaron un hornillo de queroseno en la casa de verano una noche que hacía frío, por las plantas, y uno de esos estores tan elegantes se prendió. Se calentó demasiado y, ¡pumba!, empezó a arder. Menos mal que yo estaba en la planta de arriba y oí que pasaba algo.

—Pues sí que tuvieron suerte. Ocurrió el año pasado por esta misma época, ¿no?

El ama de llaves asintió con la cabeza.

—El mismo día —contestó mientras retrocedía hacia el interior de la casa—. Bueno, tengo que seguir con lo mío. ¿Quién digo que ha venido a verlos?

—No se preocupe —contestó Maisie negando con la cabeza—. Es posible que vuelva en otro momento. —Guardó silencio un momento y luego avanzó un paso hacia la mujer—. ¿Puedo preguntarle otra cosa, señora…?

—Marchant, soy la señora Marchant.

—Señora Marchant, seguro que se acuerda del bombardeo de aquel dirigible, durante la guerra.

La mujer apretó los labios.

—Fue algo terrible. Por eso todo el pueblo intenta olvidar. Qué terrible que ocurriera algo así. Pero ya le digo que tengo que seguir con lo mío. —Y cerró la puerta.

«El mismo día.» Maisie volvió al coche, se sentó al volante y apuntó que tenía que hacerle otra visita a Beattie Drummond.

—NO HEMOS ENCONTRADO ningún alijo de plata ni otros objetos de valor, señorita —dijo Billy levantando la cabeza del trabajo—. Y tampoco encontramos señales de un sendero recién abierto entre los árboles. —Se dio unos toquecitos en la sien con la mano—. Y mira que le estábamos poniendo cabeza al asunto, pero no encontramos nada.

—No pasa nada. No va a ocurrirles nada horrible a los chicos mientras estén en el reformatorio. Demostraremos que son inocentes, no os preocupéis.

—Parece muy segura, señorita.

—No he dicho que vaya a ser fácil, Billy.

Billy suspiró.

—Qué mala suerte. Los dos chicos están como aprendices, y ya sabe lo difícil que es conseguir trabajo en estos tiempos. Claro que no es ninguna sorpresa, porque a los aprendices no tienen que pagarles tanto como a un hombre… y lo mismo pasa con las mujeres, porque sus salarios son más bajos.

—Y también hay muchas mujeres que buscan trabajo, Billy, mujeres que enviudaron durante la guerra y tienen hijos que alimentar.

—Es lo que yo digo, señorita. ¿En qué clase de país estamos viviendo? Con todas esas personas con dolor de estómago por la falta de comida, viudas que se quedan sin medios y niños que mueren porque no pueden ir al hospital.

Maisie vio resurgir de nuevo la rabia y el dolor de Billy por la muerte de su hija, junto con la insatisfacción por la suerte que había tenido en la vida. «La gallina de mi vecina pone más huevos que la mía, Billy.» Iba a decir algo, pero la interrumpió.

—Y todos esos de ahí abajo, ¿de dónde son? No son de esta zona, eso desde luego, y ahí están, recogiendo las frutas y el lúpulo que nosotros, los que somos de aquí, queremos recoger.

—Seguro que la gente de Kent siente lo mismo hacia los que vienen de Londres, Billy.

—¡Buff! —exclamó él bajando la vista sin añadir nada más.

—Bueno, mañana tengo que volver a Londres. Tengo varias pistas, Billy, así que no desesperes. —Se volvió para marcharse, pero volvió hacia él y le puso la mano en el hombro—. Y no permitas que la vida te endurezca el corazón, Billy. El corazón es lo mejor de ti.

CUANDO YA SALÍA de los campos de lúpulo, Maisie echó mano de su reloj de enfermera. Normalmente lo llevaba prendido en la solapa de la chaqueta y, al no palparlo, se dio cuenta de que no lo tenía. Ahogó un grito de sorpresa. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que no lo tenía? Se lo había regalado su benefactora, lady Rowan Compton, antes de partir hacia el campo de batalla francés para ejercer como enfermera voluntaria en 1916. Solo había tenido que llevarlo a reparar una vez. Lo consideraba su talismán, porque había permanecido con ella incluso cuando resultó herida en un bombardeo en la Estación de Evacuación de Heridos. Simon también estaba en la estación cuando sucedió, pero sus heridas le habían afectado a la mente, mientras que a ella le había quedado una marca alargada allí donde se le había chamuscado el cuero cabelludo y una cicatriz aún más profunda en el alma.

Comenzó a deshacer sus pasos, volviendo a la granja exactamente por el mismo camino, y escudriñó los alrededores de donde había aparcado el coche, hasta que, con cierta reticencia, tomó el camino que llevaba hacia el terreno yermo. Nada.

Regresó a la posada y entró por la puerta de los huéspedes justo cuando se levantaban voces en el pub.

—¿Te niegas a servirme?

Maisie reconoció la voz de inmediato. Era Sandermere.

—Solo digo que tal vez ha bebido ya suficiente, nada más. Pero si quiere sentarse, le serviremos una buena taza de té.

—No quiero «una buena taza de té», quiero un whisky doble. O me lo sirves o entro yo mismo a por él.

—No se ponga así, señor Sandermere…

—No me vengas con «señor Sandermere», gusano —dijo el otro con la voz espesa, con dificultad para pronunciar las palabras—. Todo este maldito lugar me pertenece y haré lo que me venga en gana. —Se oyó el ruido de un vaso de whisky haciéndose añicos al chocar contra la pared acompañando la última palabra—. Y ahora sírveme lo que te he pedido… ¡que ya te pagará Whyte, aquí presente!

Oyó que servían el whisky y silencio unos segundos, el tiempo que supuso que tardó en bebérselo de un tirón. Golpeó la barra con el vaso al terminar y se dio media vuelta.

—Así está mejor. Nuestra pequeña y adorable comunidad de Heronsdene tiene que mantenerse unida, ¿verdad? Saldré por la puerta de atrás… y echaré un vistazo a los restos del cobertizo de paso.

Maisie dejó pasar un momento y fue hacia la puerta, que abrió y volvió a cerrar mientras decía en voz alta:

—¿Hola?

Fred pasó al bar del salón de huéspedes y la saludó alegre, aunque se notaba que estaba agitado, tenía la piel cenicienta y le temblaban las manos. Tenía la mandíbula apretada y los ojos enrojecidos.

—Ah, señorita Dobbs, ya sé a por lo que viene —dijo agachándose por detrás de la barra, y enseguida sacó el reloj.

—¡Ay, qué maravilla! No sé dónde estaría sin él. Me alegra mucho que lo haya encontrado.

—Estaba donde usted lo dejó, señorita, en la mesilla de su habitación. Mary bajó corriendo nada más verlo, diciendo que parecía importante, no un reloj normal y corriente. —La miró a los ojos—. Ha pasado lo suyo a juzgar por la fecha que tiene grabada detrás.

Maisie asintió con la cabeza y tomó el reloj.

—Así es —dijo ella mientras lo enganchaba a la solapa—. Lleva conmigo desde que estuve de enfermera en Francia. Trabajé en la Estación de Evacuación de Heridos.

—Entonces ha visto usted mucho.

—Sí, más de lo que me gustaría volver a ver. —Guardó silencio un momento—. Como que te estén atacando desde un dirigible veinticuatro horas al día.

El hombre suspiró y negó con la cabeza.

—¿Está bien, Fred?

—Solo estaba pensando. —Suspiró de nuevo y la miró—. ¿Qué

siente ahora? Ya sabe, respecto a ellos… los alemanes.

Maisie calló un momento antes de contestar.

—Tratamos a muchos de ellos en la estación de evacuación. De hecho, tuvimos dos médicos alemanes trabajando con nosotros… prisioneros de guerra. Los médicos que eran capturados siempre entraban a trabajar directamente, igual que les hacían a los médicos aliados que caían en manos de los alemanes. —Se encogió de hombros —. Si tu vocación es salvar vidas, eso está por encima de matar. —Otra pausa—. Pero le diré lo que vi, Fred. Vi soldados heridos que lloraban por sus seres queridos, daba igual de dónde fueran. Le sostuve la mano a hombres moribundos fueran británicos, aliados o alemanes. Sobre lo que tengo opinión es sobre la guerra en sí, no sobre el origen de los hombres que luchan.

—¿Ni siquiera ahora, al escuchar las cosas que se oyen sobre lo que sigue ocurriendo allí? Son ellos los que dicen que estaremos en guerra otra vez antes de que termine la década.

—A lo mejor no sería así si dependiera de la gente de a pie, Fred —dijo ella sonriendo—. Tengo que dejarte. Quiero volver a Maidstone.

—Muy bien, señorita. Me atrevería a decir que volveremos a verla la semana que viene, como dijo usted.

MAISIE SE FUE del pueblo con dos piezas más para el puzle. Que los señores Whyte no habían ido a pasar el día a la costa, sino que estaban cómodamente instalados en Heronsdene. Y acababa de comprender que Sandermere tenía cierto poder, cierto nivel de influencia, sobre los vecinos del pueblo. Como era de esperar, en un sistema feudal —y en pueblos pequeños aún reverberaban los ecos del pasado—, sería el señor propietario de todas las tierras. «Alguien a quien se debe obediencia» le pareció una descripción acertada, y Maisie ya había estado meditando sobre ese halo de ser el dueño, de tener derechos sobre todo y sobre todos en el pueblo. Pero también había percibido algo más profundo, una conexión mutua que iba más allá de una relación entre señor y sirvientes. Volvía a percibir el susurro del miedo, la dependencia de una verdad compartida tal vez.

YA EN LAS afueras del pueblo, dejó atrás una fronda en la que acababan de descargar y podar los árboles, las ramas más jóvenes atadas con cordones y apoyadas formando tresnales, a la espera de que el agricultor se las llevara. Allí vio a Beulah con su lebrel, que

caminaba con cuidado detrás de ella, ya que la mujer avanzaba lentamente, paso a paso, por donde solo unos días atrás los hombres habían pasado con sus sierras y sus hachas. Sostenía en las manos una rama en forma de Y mientras sujetaba cada lado de la horquilla con una mano, de manera que la base de la rama quedara en el centro. Maisie redujo la velocidad, sabía que Beulah no podría verla, aunque la perra sí dirigió la cabeza hacia ella y de nuevo hacia su ama. Mientras observaba, vio que la horquilla señalaba hacia abajo y Beulah se detenía, se agachaba a mirar algo de cerca y apartaba las hojas. Vio que cogía algo, puede que una moneda de tres peniques, una baratija que posiblemente se le había perdido a alguien, la limpiaba en la falda y la observaba de cerca, sosteniéndola de medio lado para que le diera mejor la luz. Y a continuación se la guardaba en el bolsillo y seguía buscando monedas que se le hubieran caído a alguien al sacar un pañuelo o un pequeño tesoro que se le hubiera perdido a algún guardabosques al agacharse para recoger ramas.

Maisie continuó observando un momento y al rato metió la marcha y se alejó. «De modo que Beulah practica el antiguo arte zahorí.» Debería haberlo adivinado. Era una práctica que merecía la pena conocer.

BEATTIE DRUMMOND ACUDIÓ al mostrador de información en cuanto la llamaron.

—Soy la única que está aquí un viernes por la tarde, los chicos ya se han ido a casa. Nunca se sabe cuándo podría aparecer esa gran exclusiva que llevo tanto esperando. ¿Tienes algo para mí?

—Aún no, Beattie. Esperaba que pudieras ayudarme tú a mí otra vez.

—¿Y no has conseguido nada que pueda imprimir?

Maisie negó con la cabeza.

—Nada… de momento. Pero tengo una pregunta y creo que tú podrías saber la respuesta, aunque es probable que te lleve un tiempo revisar tus notas. Supongo que conservas todas tus libretas.

—Por supuesto.

—Tiene que ver con los incendios que se han producido en Heronsdene en estos años. Dijiste que no pudiste escribir gran cosa por culpa de la falta de cooperación de los vecinos.

—Sí.

—¿No tendrás por casualidad una lista con los nombres de los que sufrieron algún tipo de daño y las fechas? Tengo información general, pero no he conseguido fechas concretas.

Beattie enarcó las cejas.

—Eso es lo único que conseguí de ellos, y fue como sacarle un diente a un caballo. Pero una fecha, un momento y un nombre no constituyen una gran historia si no cuentas con algún comentario o paréntesis, algún detalle jugoso sobre los orígenes de reliquias familiares de la abuela, como la porcelana perdida o un retrato reducido a cenizas.

—Me gustaría tener esos nombres y fechas. La información que me ha dado mi cliente no es tan exhaustiva como me habría gustado. Y, si es posible, ¿puedes averiguar algo más sobre la familia que murió en el bombardeo de aquel dirigible durante la guerra?

Beattie asintió con la cabeza mientras tomaba notas.

—¿Alguna otra cosa?

—Nada más de momento. Ah, sí, otra cosa. ¿Sabes si hay algún párroco en el pueblo?

—A eso puedo contestarte, yo también he ido por ahí. El pueblo ya no puede permitirse tener párroco propio. La diócesis determinó que era demasiado pequeño, de manera que tienen un cura interino que acude los domingos por la mañana para los servicios básicos: bautizos, bodas y funerales. Debería escribir sobre el estado actual de las parroquias inglesas, ¿a que sí? Tampoco puede decirse que la gente haga cola para ir a misa con solo tocar las campanas.

—Yo diría que sí. ¿Lleva un tiempo por aquí?

La periodista negó con la cabeza.

—No mucho. Hace unos años, cambiaron de puesto al antiguo párroco, el viejo reverendo Staples, y lo sustituyó ese otro tipo.

—¿Sabes adónde fue?

—Puedo averiguarlo.

—Te lo agradezco.

—Siempre y cuando…

—Ya sé, ya sé —la interrumpió Maisie—. No me olvidaré de tu exclusiva.

SENTADO TRAS UN escritorio antiguo de roble en un despacho con las paredes cubiertas de libros de leyes, el pasante del abogado con quien Maisie había hablado anteriormente sobre los dos chicos acusados de allanar la mansión de Sandermere le dio una buena noticia.

—Parece que el caso de la policía no se sostiene, pese a que los chicos son de fuera y la influencia que tiene el apellido Sandermere. O, mejor dicho, tenía.

—¿Alfred Sandermere?

—Sí, ha empañado la buena reputación de la familia.

Maisie sospechó que era probable que el abogado supiera tanto, si

no más, que Beattie Drummond o incluso el mismísimo James Compton sobre Sandermere.

—Es un poco inepto, ¿no es así?

—¿Un poco? Se queda muy corto. Nunca ha sido un angelito, ni siquiera de pequeño, pero ahora se ha convertido en un hombre oportunista y grosero que parece creer en una Inglaterra que dejó de existir hace años.

—¿Por qué tiene problemas la policía con su caso?

—No tienen pruebas que demuestren que los muchachos hayan estado en su casa. La policía tuvo el sentido común de no tomar el hecho de que encontraran a los muchachos con aquellas cosas encima como prueba irrefutable y mandaron a los del laboratorio para que recogieran huellas dactilares en la mansión, y así compararlas con las que les tomaron a los acusados cuando presentaron los cargos. Con suerte podríamos tenerlos en libertad en las próximas veinticuatro horas. Aunque tendrán que permanecer en la zona, porque eso no quita que llevaran encima varios objetos robados cuando los detuvieron, y a lo mejor el juez no está por la labor de creer que fuera maná caído del cielo.

—Pero qué buena noticia. Aunque Sandermere se va a poner furioso como los liberen.

El joven la miró por encima de las gafas de media luna, accesorio que en opinión de Maisie se ponía para aparentar seriedad.

—Digámoslo así: no me gustaría estar cerca cuando pierda los estribos. Siempre lo ha superado su mal genio, desde pequeño.

—¿Cómo es que sabe tanto de él, si me permite que se lo pregunte?

El hombre sonrió.

—Fuimos al mismo colegio, aunque él era unos años mayor que yo. Alfred Sandermere habría estado en su salsa en la novela de Thomas Hughes, *Los días de colegio de Tom Brown*, y no precisamente por ser uno de los chicos simpáticos. Terminaron echándolo por intimidar a los demás chicos. Antes de eso había tenido varias expulsiones temporales y creo, aunque no estoy seguro porque fue antes de que yo llegara, que en una de ellas lo mandaron a casa, y él y otro chico del pueblo se metieron en algún lío. Su padre, cómo no, movió varios hilos para limpiar su nombre, y el otro chico cargó con todas las culpas y terminó en el reformatorio. Creo que era demasiado joven para ir al correccional de menores.

Maisie se mordió el labio por dentro.

—¿A qué colegio fueron, si me permite que se lo pregunte?

—A uno pequeño en Londres, St. Anselm. Una reputación académica excelente, razón por la que los padres envían allí a sus hijos, además de por el supuesto énfasis que hacen en las artes y por asegurar la entrada a las universidades de Oxford y Cambridge. —

Hizo una pausa—. Supongo que todo ello forja el carácter.

—Lo dice con cierto pesar.

El hombre negó con la cabeza.

—No me fue mal, de verdad. Intentaba pasar desapercibido y no llamar la atención de los matones. Siempre hay alguno en los internados. Me pregunto en qué clase de hombres se habrán convertido, ¿usted no? Mire a Sandermere. —Se sacó un reloj del bolsillo del chaleco—. Bien, señorita Dobbs, sé que me está haciendo todas estas preguntas porque se preocupa por los chicos, pero no debería haberle contado tanto, aunque no tardará en salir en la prensa, sobre todo si Beattie Drummond anda por ahí husmeando. No puedo entretenerme más, tengo trabajo.

—Gracias, ha sido usted muy amable.

Maisie abrió el paraguas al salir del despacho del abogado. Decidió no volver conduciendo a la granja para contarle a George que había posibilidades de que sus hijos quedaran en libertad al día siguiente, era mejor no tentar a la suerte. Ahora tenía más ganas de hablar con Priscilla. Admitía que le había sorprendido enterarse de que Alfred Sandermere había asistido al mismo colegio en que estaban recibiendo educación los hijos de su amiga, aunque tampoco era tan descabellado. No había tantos internados a los que terratenientes, hombres de negocios, aristócratas, diplomáticos extranjeros y monarcas de toda Europa y Asia podían enviar a sus hijos, y si uno prefería un centro educativo más pequeño, la lista se reducía aún más. Puede que no fuera una coincidencia muy llamativa, pero desde luego sí que era un golpe de suerte.

9

FRANKIE DOBBS NO estaba en casa cuando Maisie llegó a Chelstone, de manera que dejó la bolsa de viaje en su habitación, se puso unos gastados pantalones de pana, una camisa blanca que había visto tiempos mejores y las gruesas botas de caminar, y agarró una chaqueta de lana también vieja y el paraguas antes de salir. En aquella época del año no solían caer esas gotas frías que se le clavaban a uno en la piel como agujas, sino una lluvia más cálida; lo que su padre denominaba lluvia limpia, que suavizaba un poco la humedad de finales de verano.

Frankie estaba donde su hija sabía que estaría: en el patio de las cuadras, conduciendo a una yegua y a su potro hacia su cubículo. La yegua parecía inclinarse hacia Frankie, mientras que el potro caminaba detrás intentando no perder de vista a su madre. A Maisie le encantaba ver a su padre con los caballos: la precisión de sus movimientos cuando trabajaba, la manera en que utilizaba distintos cepillos, la palma de la mano y un paño de terciopelo del tamaño de una bufanda para sacarle brillo incluso al pelo más embarrado. Los caballos levantaban las pezuñas de buena gana para que se las limpiaran y Frankie rara vez tenía que elevar la voz, excepto tal vez con algún potro juguetón con exceso de energía. Y una reprimenda era lo único que necesitaba para dejar las cosas claras.

En cuanto terminó de instalar a la yegua en su cubículo, Maisie llamó a su padre y se acercó a él.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó dándole un beso en la mejilla rasposa de la barba incipiente mientras miraba a su alrededor—. *Jester* no está. Entiendo que James Compton ha salido a montar con él.

Su padre asintió con la cabeza.

—Estará al llegar, si sabe lo que le conviene a su caballo. El sol cae muy deprisa en esta época del año, pero tanto tiempo en Canadá hace que a veces se le olvide.

En ese momento oyeron el eco de unos cascos sobre los adoquines, como si alguien tocara despacio unas castañuelas.

—Hablando del rey de roma —dijo Frankie guiñándole un ojo.

Al contrario que el caballo de Sandermere, *Jester* había enfriado caminando un poco antes de entrar en el patio de las cuadras. Un caballo de caza premiado, con una buena alzada, y James se estaba

asegurando de que el animal estuviera en plena forma para la temporada de caza que estaba ya próxima, y para la cual había decidido que igual se quedaba en el campo.

—¿Ha ido bien, señor? —preguntó Frankie al tomarle las riendas. Por costumbre, acercó la mano al hocico de *Jester* y después la puso en el costado—. Este se está portando muy bien. ¿Qué tal de resistencia?

—No he notado ninguna señal de fatiga, así que creo que lo estás alimentando bien, Dobbs. Me asombran los progresos que ha hecho desde la última vez que estuve en Chelstone. —James desmontó y sacó un azucarillo del bolsillo, que dejó en la palma de la mano para que el caballo lo cogiera—. Maisie, no puedo decir que me sorprenda verte por aquí. ¿Querías verme?

—Así es —dijo ella haciendo una pausa mientras su padre se llevaba al caballo a su cubículo—. ¿Te parece bien que me quede aquí un rato ayudando a mi padre? Así te da tiempo a cambiarte y podemos hablar después.

James se miró la chaqueta deportiva, los pantalones de montar y las botas salpicadas del barro generado con la lluvia reciente y la arena de la capa superficial del suelo.

—No es mala idea. Ven a casa a las siete, seguro que a mi madre le gustaría verte.

Maisie aceptó asintiendo con la cabeza mientras James atravesaba el patio en dirección a la mansión. Frankie estaba limpiando al caballo con un paño húmedo, para después cepillarlo y secarlo con una toalla suave. Maisie cogió otro paño y se puso en el otro lado del caballo. El animal se giró y le arrimó la cabeza mientras lo limpiaba y ella le respondió dándole unos golpecitos cariñosos en el hocico sin dejar de cepillar.

—Se te sigue haciendo un poco extraño que vaya a la casa, que entre por la puerta principal y me siente a hablar con los Compton, ¿verdad, papá?

Frankie suspiró.

—No puedo decir que me guste. Hace que me cuestione mi posición, aunque a estas alturas ya debería haberme acostumbrado después de todo lo que han hecho por ti y lo que tú has hecho por ellos también. La señora te tiene en muy alta estima.

—Y nunca olvidará que tú salvaste a sus caballos en la guerra, papá. Fíjate en los consejos que le has dado sobre la cría de caballos de carreras. Tú no eres el mozo de cuadras, eres un experto en caballos de carreras, y ella lo sabe.

Frankie levantó la cabeza.

—Como tú misma has dicho, se me sigue haciendo un poco extraño. Me encuentro mejor cuando todos sabemos cuál es el lugar que nos corresponde. Creo que le pasa lo mismo a la mayoría de la gente,

aunque tú seas capaz de hacer las cosas de otra manera.

Maisie no dijo nada, y poco después su padre se enderezó y, acariciando el cuello del caballo, añadió:

—Vamos, amiguito, te pondré un cubo de comida y ya puedes descansar por hoy.

FRANKIE, COMO LA mayoría de la gente que trabajaba en el campo, cenaba en cuanto terminaba la faena del día. Y, al igual que los gitanos y los temporeros del lúpulo, la cena se basaba en una comida sustanciosa a base de carne y verdura, platos que se guisaban con el fin de reponer energías para el día de duro trabajo que les aguardaba. Tras cenar con su padre, Maisie atravesó el jardín en dirección a la entrada trasera de Chelstone Manor. Nada le impedía entrar por la puerta principal, puesto que su profesión le había proporcionado la confianza necesaria para permitirle entrar de una manera apropiada. Sin embargo, le gustaba ver a sus antiguos amigos y el lugar en el que había trabajado ella también, aunque no fuera más que una chica joven e inexperta por aquel entonces, como un arbolito que podía doblarse y retorcerse de mil formas. Le había llevado años encontrar el molde que se ajustaba a su persona. De hecho, sentía como si se doblara y retorciera en busca de la verdad de la persona que era antes de que la savia continuara corriendo por las ramas y terminara de formarse por completo.

La señora Crawford, que era la cocinera cuando Maisie entró a trabajar para la familia Compton, se había jubilado ya, pero el mayordomo, Carter, seguía siendo un importante miembro del personal de servicio, aunque ya le quedara poco para abandonar la casa, pues empezaban a notársele los años. El porte erguido parecía encorvado, los hombros de sargento mayor ya no llenaban por completo la chaqueta hecha a medida y tenía que echarse hacia delante y ponerse la mano contra la oreja para poder oír cuando le hablaban. Maisie sabía que lady Rowan jamás lo despediría, porque la mujer que una vez provocó una discusión durante una cena para que todos se despertaran había terminado por sentir aversión hacia los cambios, y ahora se sentía más cómoda con el *statu quo*.

—Pero ¡si es Maisie Dobbs! ¡Has vuelto! —exclamó Carter tomándola de las manos.

—Señor Carter, qué alegría verlo. Perdóneme por no haber entrado a visitarlo, pero siempre voy justa de tiempo cuando vengo a ver a mi padre.

El hombre negó con la cabeza.

—Para mí sigues siendo la muchacha que estuvo a punto de

costarme el empleo. —Se volvió hacia la nueva cocinera, una mujer delgada, muy alejada de la mujer de formas generosas y acogedoras que había consolado a Maisie al volver de la guerra, herida y agotada —. Estaba leyendo en la biblioteca a las dos de la madrugada y la señora la pilló —continuó el mayordomo mirando a Maisie—. Pero todo salió bien, ¿verdad?

Ella se rio y miró la hora.

—Tengo un ratito antes de subir a ver al señorito James, puedo tomarme una taza de té si van a poner agua a hervir.

El hijo de los señores seguía siendo el señorito James para los miembros del servicio de más edad. Había continuado recibiendo ese tratamiento, adecuado cuando era un niño según el protocolo, por orden de su propio padre cuando años atrás, a punto de alcanzar ya la edad adulta, James había hecho gala de un comportamiento especialmente inmaduro. Lord Compton había ordenado que siguieran usando el tratamiento infantil hasta nuevo aviso. Maisie pensaba que, pese a haber resultado herido en la guerra y haberse convertido en un hábil hombre de negocios, James Compton aún se merecía su título de juventud de vez en cuando.

La cocinera le hizo un gesto de asentimiento a Carter y se volvió hacia los fogones mientras otros miembros del servicio entraban en la cocina a saludar a la visita. Cuando el té estuvo listo, Carter la invitó a tomarlo con él en su despacho, una pequeña estancia anexa a su dormitorio, donde les dejaron la bandeja y Maisie sirvió el té para ambos.

—Sigo sin poder creerme lo bien que te ha ido, Maisie. Supongo que debería llamarte señorita Dobbs, es lo correcto.

—No debería, señor Carter —contestó ella dándole la taza, y mientras lo hacía se le ocurrió algo—. Señor Carter, dígame, ¿qué sabe usted sobre Heronsdene? Hace ya años que vive usted aquí, y, antes de eso, antes de que la familia decidiera vivir todo el año en Kent, pasó temporadas aquí también, ¿no es así?

—Creo que la persona adecuada para responder sería la señora Crawford. Conocía el pueblo mejor yo. Yo estaba muy ocupado con las idas y venidas de la familia, supervisándolo todo, bueno, ya sabes cómo es mi trabajo. Pero la señora Crawford conocía a todo el mundo al tener que tratar con los proveedores que suministraban los alimentos para la mansión. Solo quería a los mejores, los que entregaban en la fecha pactada, los que tenían los mejores precios y los que podían hacer milagros si a la señora se le ocurría de repente invitar al primer ministro a cenar, algo que, como bien sabes, hace cuando quiere mantener uno de sus debates políticos, en los que todo el mundo termina discutiendo en la mesa porque cada uno piensa que tiene razón.

Maisie frunció el ceño.

—Siento curiosidad por ese pueblo y pensé que a lo mejor sabría usted algo.

Carter se encogió de hombros. Aunque estaba inclinado hacia delante para oírla, no había entendido bien las palabras y continuó hablando.

—Tenía una fe absoluta en la panadería del pueblo. Absoluta. No se hartaba de elogiar al señor Martin, y los panes y los dulces que hacía. ¿Te acuerdas de la tarta que compramos para tu fiesta de despedida cuando te fuiste a estudiar a Cambridge? La señora Crawford la encargó especialmente para la ocasión. Dijo que ni ella lo habría hecho mejor, que estaba bien de precio y que el señor Martin jamás la decepcionaba.

—¿Jacob Martin?

—Sí —contestó él guardando silencio mientras removía el té que aún no había tocado—. Luego ocurrió la tragedia del dirigible, tú estarías en Francia por entonces; murieron todos. —Carter se llevó la taza a los labios y volvió a posarla en la mesa para seguir hablando antes de que Maisie pudiera hacerle otra pregunta—. Es terrible decir esto, pero creo que fue una suerte que su hijo muriese estando en Francia. Imagina que hubiera vuelto y se hubiera encontrado con que toda su familia había fallecido. Terrible. Terrible.

—¿Tenía un hijo?

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, el señor Martin hablaba de sus hijos con la señora Crawford. Yo no lo conocía mucho.

En ese momento llamaron a la puerta y abrieron enseguida. Era James Compton.

—Discúlpeme por venir así a molestarle, Carter, pero se me ocurrió que encontraría aquí a la señorita Dobbs. —Y mirándola añadió—: He concertado una llamada con Canadá a las siete y media, así que a lo mejor podemos charlar ahora. Ya que voy a hacer que mis directores hablen conmigo por teléfono, será mejor que sea puntual. Hay una diferencia de varias horas entre Toronto e Inglaterra, ya sabes.

Maisie se levantó.

—Claro. —Se volvió hacia Carter—. Muchas gracias por el té, señor Carter. Me ha encantado volver a verlo.

Tras abandonar el feudo del mayordomo en la parte de abajo de la casa, Maisie sonrió al oír las quejas de la nueva cocinera.

—Jamás había trabajado en una casa en la que nadie sabe cuál es su lugar. Primero llega una criada que ha ascendido en la escala social y tan buena opinión tiene de sí misma que cree que puede entrar por aquí y subir después a la casa. Y después se presenta aquí el vizconde buscando galletas de jengibre. ¡Galletas de jengibre! Entra en mi

cocina sin más ni más diciendo que la señora Crawford siempre se las preparaba. Pues yo no soy la señora Crawford y no sé si puedo aceptarlo. A mí me gustan los puestos de trabajo en los que cada uno sabe cuál es su lugar y no se mueve de ahí.

La respuesta de Carter fue simple.

—Discúlpeme, no he oído bien lo que ha dicho.

MAISIE FUE CON James a la biblioteca, menos fastuosa que la que la familia Compton tenía en la casa de Londres, en el número 15 de Ebury Place, cerrada en esos momentos. Los techos eran más bajos y el ambiente reinante en la sala era más cálido y acogedor, aunque los volúmenes que llenaban los anaqueles no fueran menos impresionantes, sobre todo porque muchos habían sido enviados hasta allí desde la casa de Londres.

James la invitó a sentarse en un sillón junto a un secreter de caoba, mientras que él tomaba asiento delante del mueble, con el tablero para escribir extendido y cubierto de carpetas.

—Disculpa el desorden —dijo señalando el montón de papeles. Inclinó la silla hacia atrás y se quedó en equilibrio sobre las patas traseras. Mientras hablaban se echó hacia adelante para coger una de las carpetas de papel manila y retomó su postura en equilibrio.

El movimiento llamó la atención de Maisie porque sugería familiaridad con el desequilibrio, comodidad lejos del *statu quo* y propensión a generar esa inestabilidad. No era la primera vez que veía ese rasgo de la personalidad en un hombre de negocios y le parecía que era como vivir en una apuesta constante, en la que la emoción de la persecución y el conflicto en un acuerdo para nada fluido resultaba más atractivo que una negociación sencilla.

La voz de James interrumpió sus pensamientos.

—Estoy deseando cerrar el acuerdo en unos diez días. A lo mejor puedes ponerme al día de tus progresos… y supongo que querrás hacerme alguna pregunta.

Maisie le contó detalles de su investigación relacionados con el tema de los episodios de vandalismo y los delitos sucedidos en Heronsdene, y sugirió que los indicios sobre el origen de los conflictos se encontraban al alcance de la mano y a la vez ocultos. Añadió que confiaba en llegar a la raíz del problema en el tiempo previsto.

—Sin embargo —añadió—, dices bien al pensar que quiero hacerte unas preguntas.

—Adelante —dijo James balanceándose en la silla hacia delante y hacia atrás con un estrecho margen de error. Desviarse significaría a buen seguro caerse de espaldas o de bruces.

—La primera tiene que ver con la aseguradora. Como era de esperar, la aseguradora de Sandermere es Lloyds, pero por el estado de sus cuadras me ha parecido que las obras de reforma que en teoría constituyen la indemnización que paga la aseguradora no se han llevado a cabo. ¿Estabas al corriente?

James se agarró al borde del escritorio, alcanzó una carpeta y retomó su vacilante equilibrio para hojear el contenido.

—Cuando nuestros peritos visitaron la hacienda, la aseguradora de Sandermere ya le había dado permiso para comenzar con las obras, y se suponía que lo harían en un par de días. Ya deberían estar terminadas.

—Aún no he visitado el ladrillar —contestó ella—, pero en lo que respecta a las cuadras, no se ha hecho nada literalmente; han extendido unas lonas impermeables para evitar que entre el agua. Por suerte, no ha llovido mucho en el último mes, pero me parece que no va a seguir así.

James asintió con la cabeza.

—Las cuadras seguirán siendo de Sandermere. El límite de los terrenos que vende, como ya te expliqué, va desde los jardines inmediatos y los edificios anejos para usos domésticos hasta el perímetro señalizado en los planos de la hacienda.

—Pero no creo que quieras que haya lugar para ambigüedades cuando se produzca la transacción final, cosa que podría suceder si se dejan pendientes cuestiones sobre la integridad de los tratos que Sandermere tiene con su aseguradora.

James cogió la pluma.

—Tienes razón.

—Y la otra pregunta, James, está fuera del ámbito del trabajo que me has encargado, pero me gustaría que me aclarases un detalle.

—Tú dirás.

—Entiendo bien la necesidad de que sea una «venta limpia», como tú bien dijiste. Pero ¿no es cierto también que la mala reputación de la hacienda, y también del pueblo, reduciría el precio de venta? —Ladeó la cabeza—. ¿No cuentas con un margen de negociación mayor tras los acontecimientos que se han producido en la hacienda Sandermere y en Heronsdene?

James se echó hacia delante, pero sin llegar a tocar el suelo.

—Lo es hasta cierto punto. Pero no teníamos intención de hacerlo.

Maisie relajó los hombros deliberadamente y dejó las manos en el regazo al tiempo que doblaba una pierna sobre la otra.

—No estaba sugiriendo tal cosa. He trabajado antes para Compton Corporation y conozco la integridad en todas las operaciones que lleva a cabo. Pero sí vas a negociar un precio más bajo, ¿verdad?

James hizo una pausa antes de contestar.

—Por supuesto. Soy un hombre de negocios y, aunque no queremos ser objeto de polémica, se nos presenta la oportunidad de renegociar las condiciones del trato.

Maisie asintió con la cabeza.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Tu pregunta tiene que ver con la investigación?

Maisie se inclinó hacia delante.

—En cierta forma. Para poder presentar un informe detallado con mis conclusiones, debo entender la naturaleza de la relación existente entre Compton Corporation, vuestros representantes y la hacienda Sandermere. Tus respuestas no han hecho más que generarme ciertas preguntas sobre los actos de Sandermere.

—¿Qué quieres decir?

Maisie suspiró.

—En términos militares, James, tengo la sensación de que está a punto de pegarse un tiro en el pie.

—¡Una suerte para nosotros!

Maisie se levantó.

—No si quieres una venta limpia, y desde luego no en el plazo de tiempo que te gustaría. —Le tendió la mano—. Estamos en contacto. Se me ha hecho un poco tarde para ver a lady Rowan, supongo que estará en la salita de estar tomando un jerez con lord Julian. —Avanzó un paso y apoyó la mano en el respaldo de la silla de James—. Ten cuidado, James, o te darás un buen batacazo si sigues balanceándote. —Sonrió—. No avises a Carter, puedo salir yo sola.

INMERSA EN SUS pensamientos, Maisie regresó a la cabaña del mozo de cuadra, donde vivía su padre. Que Carter estuviera al corriente de la muerte de la familia Martin en Heronsdene había despertado su interés, en especial por las trágicas consecuencias que la guerra había supuesto para ellos. Una familia entera destruida por el conflicto, tres en casa y uno en el extranjero. Sí, quizá había sido mejor que el hijo hubiera muerto también. Se imaginó lo que habría supuesto para ella si al volver de Francia, con las heridas que llevaba consigo, se hubiera encontrado con que se había quedado huérfana. Se le llenaron los ojos de lágrimas con solo pensarlo y echó a correr hacia la cabaña. Chocó de pronto con su padre, que acababa de salir a buscar leña para el fuego.

—¿Qué pasa, Maisie? ¿Qué te ocurre? —preguntó su padre rodeándola con los brazos—. ¿Por qué estás tan disgustada, cariño?

—Nada, papá, estaba pensando, nada más.

—Bueno, ya estás en casa, así que puedes parar un rato. Nunca me

pareció bueno eso de pensar tanto. Venga, ayúdame con la leña. Empieza a hacer frío por las noches, sobre todo cuando se pone a llover de repente. Seguro que un buen fuego te tranquilizará, ya verás.

10

MAISIE SE QUEDÓ en Chelstone hasta el domingo por la mañana y partió temprano para estar en Richmond a las once. Al mediodía terminaba el horario de visita de la mañana en la residencia donde cuidaban de Simon desde que regresó de la guerra. Tendría una hora para estar con un hombre que no hablaba, no la veía, no era consciente de su presencia.

Como tenía por costumbre cuando iba a visitarlo, aparcaba cerca de un viejo roble al fondo de la rotonda de grava cercana a la antigua mansión reconvertida en residencia para soldados, miembros de la marina y el ejército del aire que habían perdido sus facultades mentales en la guerra. La mayoría de los residentes había estado en infantería, oficiales muchos de ellos, puesto que se trataba de una clínica privada para aquellos cuya familia podía permitírsela.

Maisie avanzó por el sendero de grava y, como hacía siempre, cruzó el jardín de césped hasta el muro de piedra que daba al Támesis, desde donde se apreciaba la mansión, que al estar levantada en lo alto de una colina dominaba toda la vista. Apoyó las manos en el muro, cerró los ojos e inspiró hondo. Maisie había recibido formación y sabía cómo calmar la mente y reunir fuerza mental a través de la contemplación. Lo que en ese momento necesitaba era apartar las dudas que se le habían despertado, la sensación de que ya no podía enfrentarse al joven que había amado en un momento en que la vida se le escapaba. Se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en las manos. «Pero ninguno de los dos somos jóvenes ya.» Aunque era perfectamente consciente de que a Simon se le notaban los años en el rostro, ella seguía viendo al hombre juvenil, el médico militar recién nombrado del que se enamoró, y que también se enamoró de ella. Y cuando se sentaba en la silla junto a su cama, le tomaba la mano y susurraba: «Soy yo, Maisie, he venido a verte», y le daba un beso en la frente en el lugar exacto por el que los fragmentos de aquel obús le atravesaron el cráneo y lo apartaron de ella para siempre.

Ascendía una brisa procedente del agua y Maisie se apartó del muro, inspiró profundamente una vez más antes de dar media vuelta y regresar hacia la puerta principal de la residencia.

—Buenos días, señorita Dobbs. No hace muy bueno fuera, ¿verdad? Firme aquí, por favor, llamaré a la enfermera. Han trasladado al

capitán a otra ala.

La recepcionista pronunció cada palabra con la voz cantarina que salía de unos labios con una profusa capa de carmín de color rojo cereza a juego, como siempre, con las largas uñas con las que marcaba el número de teléfono mientras Maisie escribía sus datos en el registro de visitas.

Maisie firmó y empujó el registro hacia ella.

—Gracias. Veo que soy la única visita del día por ahora.

—Así es, aunque su madre intenta venir un día sí y otro no.

Maisie asintió con la cabeza y al darse la vuelta se encontró con la enfermera.

—Buenos días, señorita Dobbs. Sígame, la llevaré con el capitán Lynch.

Recorrieron pasillos con relucientes suelos de madera y ramos de flores en jardineras blancas, en un ambiente libre de los olores de los hospitales normales: el hedor a excrementos humanos enmascarado por el olor a lejía y desinfectante. Al pasar por delante de la puerta que conducía al invernadero, el antiguo jardín de invierno por donde las damas de la casa paseaban cuando las bajas temperaturas las obligaban a quedarse en casa, Maisie recordó visitas anteriores en las que se sentaba con Simon cerca de la fuente o junto a una ventana abierta. Un compañero de conversación silencioso con su pijama azul claro y su bata azul marino, y una manta de cuadros escoceses sobre las piernas. Ella le hablaba de sus casos, consciente de que la confidencialidad estaba asegurada con él, de su padre y puede que, entre susurros, le contara algo también del hombre con quien había salido a cenar o al teatro. Y siempre le hablaba de los años que no había ido a visitarlo, porque sus miedos y su reticencia tras superar su propia convalecencia no la dejaban acercarse. En el fondo de su angustia se encontraba la neurosis de guerra que había sufrido. Como un dragón encadenado y durmiente, pero que amenazaba con liberarse de un momento a otro para agarrarla por el cuello con sus fauces en llamas y aplastarla bajo el peso de los recuerdos de lo que había pasado.

Un año antes, se encontraba en mitad de un caso cuando el dragón comenzó a despertar de la hibernación de su control, que ella había empujado hasta las profundidades de un abismo del que le había costado mucho salir en los meses siguientes. Pero ahora sabía que para controlar al dragón tenía que mirarlo a los ojos y de nuevo a su pasado. Solo así comenzaría a liberarse.

Simon estaba en la cama en un ala privada en la que era el único paciente. Respiraba con dificultad y recibía el alimento a través de una sonda que le habían insertado en el brazo. No contaban con equipamiento como ese en el hospital en el que Maisie se había

formado como enfermera, pero la guerra había supuesto la incorporación de herramientas nuevas en el terreno de la medicina.

La enfermera agarró la mano flácida de Simon para tomarle el pulso y después le tocó la frente. Respiró de manera regular unos segundos y su respiración se volvió un jadeo dificultoso antes de volver a tranquilizarse.

—Voy a serle sincera, señorita Dobbs, no sé cómo ha podido mantenerse con vida todos estos años. Es asombroso de lo que es capaz el cuerpo, ¿no cree?

Maisie asintió con la cabeza mientras la enfermera se apartaba, y se sentó en la silla para las visitas que había junto a la cama. Tomó la mano de Simon.

—Solo quince minutos hoy, no una hora como de costumbre, señorita Dobbs.

—Sí, por supuesto. —La mujer se dio la vuelta para marcharse, pero Maisie la llamó—. Espere, enfermera. ¿Cuánto cree que…? —No fue capaz de terminar la frase.

La enfermera se encogió de hombros e hinchó los carrillos.

—Si le soy sincera, si me lo hubiera preguntado la semana pasada, le habría dicho un día, tal vez dos. Estando aquí él, no me gustaría decirlo, pero… —Hizo una pausa y frunció los labios un segundo mientras negaba con la cabeza—. No creo que mucho. Yo diría que no llegará a finales de semana.

Maisie se había acostumbrado a la franqueza con que le hablaban las enfermeras, como si por haber sido una de ellas, se permitieran hablar sin tapujos, respuestas directas cuando a los familiares eran los médicos quienes se encargaban de hacer llegar cualquier observación u opinión al respecto.

—Gracias, enfermera, agradezco la sinceridad.

La mujer entró de nuevo en la habitación y le dio un apretón en el hombro, gesto que Maisie le devolvió apretándole la mano antes de que se marchara.

Suspiró y le cogió la mano a Simon de nuevo.

—Creo que voy a tener que despedirme de ti hoy, Simon, por si acaso. Tal vez no esté aquí cuando… —Y miró sus manos entrelazadas.

ABANDONÓ LA RESIDENCIA un cuarto de hora más tarde y volvió directamente al coche. Se sentó en el asiento del conductor y, aferrándose al volante, apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos. Pasó así varios minutos. De repente oyó que golpeaban el cristal de la ventanilla.

—¡Priscilla! ¿Qué haces tú aquí?

Maisie abrió la portezuela y salió del coche para abrazar a su amiga.

Priscilla la abrazó, y después la apartó y la miró a los ojos.

—Ha tenido que ser horroroso para ti, cariño. Me refiero a que ya es bastante duro para todos los que conocíamos a Simon. Yo lo conozco desde pequeña, pero tú lo amabas.

Maisie movió la cabeza y buscó un pañuelo en el bolsillo del chubasquero.

—Estoy bien, Pris. Pero ¿qué haces aquí?

—He venido a verte a ti en realidad. Sabía que estarías aquí, sueles venir los domingos, así que he cogido un taxi sabiendo que te encontraría. Y aquí estás, en tu diminuto MG. Vamos a Richmond a comer algo.

—¿No vas a ver a Simon?

Priscilla negó con la cabeza.

—No puedo. El Simon que yo conocía murió en 1917. —Rodeó el coche, abrió la portezuela del copiloto, se sentó y se volvió hacia Maisie—. Venga, vamos, no quepo en este cochecito.

PRISCILLA INDICÓ A Maisie cómo llegar a un hotel colina abajo, en dirección al río, que tenía un restaurante asador con unas agradables vistas al agua. Un camarero las condujo a una mesa en un rincón de la sala con dos paisajes diferentes.

—Yo tomaré un *gin-tonic*, que no esté aguado, por favor —dijo Priscilla quitándose los guantes dedo a dedo mientras pedía.

—Y yo un *ginger ale*, si es tan amable —añadió Maisie.

Echaron un vistazo a la carta y cuando decidieron lo que iban a pedir se reclinaron en sus respectivos asientos.

—Deberías haber pedido una copa.

Maisie negó con la cabeza.

—Yo no soy así. Lo último que quiero es ahogar las penas.

—Mitiga el dolor.

—Necesito ese dolor, Pris.

Maisie le dio las gracias al camarero cuando les llevó las bebidas. Priscilla esperó a que tomara la comanda y se fuera, y sacó del bolso la pitillera de plata y el mechero.

—Vamos allá. Vamos a escandalizar a las matronas.

—No sé yo si alguien se va a escandalizar a estas alturas por ver fumar a una mujer.

—Qué le vamos a hacer.

—Y dime, ¿cómo están los niños?

Priscilla puso los ojos en blanco.

—Mañana vuelvo al colegio. Están a punto de echarlos.

—¿Siguen metiéndose con ellos?

—Sí, y la cosa empeora. No quieren que los consideren unos cobardes porque sus papás corren a socorrerlos.

—¿Hasta qué punto es grave?

—Si te digo la verdad, pinta muy mal si tenemos en cuenta las cartas que he recibido. Sé que muchos padres probablemente dirían que todo pasa, que forja el carácter y que, si los sacamos del colegio, jamás aprenderán a capear los temporales de la vida. Pero tal como yo lo veo, y también Douglas, solo que ahora está en Francia, ya tendrán tiempo de aprender lecciones de hombres cuando sean hombres. —Negó con la cabeza y suspiró—. No sé, a lo mejor es cosa mía. En la guerra, ayudé a recoger los cadáveres de chicos no mucho mayores de lo que es Timothy Peter ahora, por lo que ver que a mis hijos les hacen daño y se pelean me toca muy de cerca. —Priscilla exhaló un anillo de humo y dejó caer la ceniza del cigarrillo en un cenicero de cristal—. Esos tres podrían matarse entre sí en casa, no te quepa duda. Sin embargo, me parece muy cruel que se agreda a alguien por ser diferente, ¿no te parece?

Maisie asintió con la cabeza y seguidamente preguntó:

—¿Puedo acompañarte al colegio?

—¿Y por qué querrías hacerlo? Créeme, si quieres experimentar la maternidad, yo no te recomendaría esta vía.

—No, tiene que ver con un caso. Y sabes que no puedo contarte nada, así que no me presiones, por favor. Pero tengo que hacer unas preguntas sobre un antiguo alumno, de hace bastantes años. No lo conocerás, por eso me facilitaría mucho las cosas que la madre de unos alumnos me presente al director.

Priscilla estrujó la colilla en el cenicero en el momento en que el camarero llegaba a la mesa empujando un carrito con dos platos cubiertos con una tapa de plata.

—El problema que le veo a tu plan es que puede que hayan declarado *persona non grata* a la madre en cuestión después de pasar cinco minutos con el director. —Se retiró un poco para dejar que el camarero le pusiera el plato delante—. Sin embargo, podría decir que quiero ver a mis hijos antes de reunirme con él para que podáis charlar antes. El director se llama Cottingham y lleva en el colegio veinticinco años por lo menos. Llegó de joven a enseñar antes de la guerra y te aseguro que es de los que se acuerdan de todos los antiguos alumnos, sobre todo de los malos.

—Gracias, Pris. —Maisie hizo una pausa de nuevo para dar las gracias al camarero, y cuando volvieron a quedarse solas, preguntó bajando la voz—: ¿Sabes si la señora Lynch irá hoy a ver a Simon?

—Estoy segura de que sí. Viene todo lo que puede estos días, y eso

que le cuesta mucho por el reúma. Ya te dije que quiere verte. ¿Quieres volver a la residencia después de comer, en el horario de visita de la tarde?

—No, hoy no, está bien así —respondió Maisie negando con la cabeza.

—Puede que no le queden muchos más «hoy» a Simon.

—Ya lo sé.

Priscilla asintió con la cabeza.

—Pero no lo dejes mucho, ¿de acuerdo? —Sonrió y le apretó cariñosamente la mano antes de coger los cubiertos—. Venga, vamos a comer antes de que se enfríe. Por cierto, te sentaría muy bien que me llevaras a la ciudad, si no te importa. Estoy buscando casa, una base de operaciones en Londres, en Mayfair.

Maisie empezó a comer, pensando no en su caso ni en la casa de Priscilla, sino en la perspectiva de volver a ver a Margaret Lynch después de tanto tiempo.

DESPUÉS DE COMER, Maisie llevó a su amiga primero a una agencia inmobiliaria en Mayfair, cuyo director había accedido a ver a su nueva clienta en día de descanso pensando en lo lucrativo que podría resultarle. Desde allí, la acompañó al Dorchester antes de volver a su despacho. Tenía correo del que ocuparse, pero, aparte de eso, no parecía que pudiera hacer mucho más en domingo, más allá de regresar a su piso de Pimlico. Atendió varios asuntos pendientes y, por último, retiró las chinchetas que sujetaban el mapa del caso que había empezado con Billy antes de que se fuera a Kent, y que estaba prácticamente en blanco. Trabajaría en él en casa aquella misma noche.

Hacía frío cuando entró en su piso y se dio cuenta de que echaba de menos a Sandra, la antigua criada de los Compton en la casa de Ebury Place, que había compartido piso con ella unos meses ese año. Había decidido dejar su trabajo para quedarse en Londres cuando lady Rowan decidió cerrar la mansión urbana por falta de uso hasta que su hijo James regresara a Inglaterra. La mayoría del personal se había ido a trabajar a Chelstone Manor, pero Sandra iba a casarse y necesitaba un sitio donde vivir hasta entonces, y Maisie le ofreció un pequeño cuartito que tenía como trastero. Aunque las dos diferían en edad y educación, a Maisie le gustaba tenerla en su casa y disfrutaba de su compañía. Pero Sandra se había casado y vivía en un piso de una sola habitación y sin agua caliente encima del taller mecánico donde trabajaba su marido.

Dejó su bolso en la mesa del salón. Sandra, que sabía cómo hacer

que le bajaran el precio de cualquier cosa, desde comida hasta ropa, había encontrado aquella mesa y las cuatro sillas que la acompañaban en una venta de muebles de segunda mano. Maisie extendió el mapa que llevaba enrollado debajo del brazo, lo sujetó con un libro en cada esquina y sacó los lapiceros de colores que había cogido del despacho. Fue a la pequeña cocina a calentar agua para el té y regresó. Hasta ese momento no se había quitado el chubasquero y el sombrero. Y se puso a trabajar.

Lo cierto era que no sabía qué andaba buscando y sintió un escalofrío de excitación cuando comenzó a trabajar. Ella adoraba el desafío que aquello suponía, la multitud de caminos que podían conducir a la respuesta que buscaba y que, en ese caso concreto, consistía en averiguar qué era lo que ocurría en Heronsdene. ¿Qué verdades se ocultaban a la vista? ¿Quién estaba detrás de los delitos y los incendios? Sabía que, al igual que pasa con un río que tiene muchos afluentes, había una fuente única, un manantial del que brotaba toda el agua. ¿Quién o qué era ese manantial? A medida que anotaba la información que había reunido hasta la fecha, sabía que un camino empezaría a destacar, pero ¿sería el correcto? ¿O llegarían sus sentimientos, sus observaciones y sus propias ideas preconcebidas sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, sus prejuicios tal vez, para alterarla y enturbiarle la visión?

Maisie se fue temprano a la cama y tras un rato tumbada en silencio se durmió. El timbre conectado con el portal exterior empezó a sonar después de la medianoche. Como un gato que se despierta ante la amenaza de un depredador, Maisie salió corriendo a la puerta del piso totalmente alerta. Dejó la puerta sin echar la llave y se dirigió con más cuidado hacia las puertas de cristal del portal. Y, oculta detrás de una pared, vio a la persona que llamaba al timbre a esas horas. Priscilla.

Maisie abrió la puerta.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó con un nudo de miedo en el estómago.

—Vístete, Maisie, no tenemos tiempo que perder. Tengo un taxi esperando para llevarnos a Richmond. —Priscilla siguió hablando mientras Maisie se ponía la falda, una blusa blanca, una cálida chaqueta de *tweed* y calcetines gruesos de caminar—. Me ha llamado Margaret Lynch. No creen que Simon pase de esta noche.

Maisie asintió con la cabeza al sentir que los ojos se le llenaban de lágrimas. No podía hacer nada más que seguir a Priscilla. Ya pensaría después, por la mañana, cuando todo hubiera terminado. Cuando por fin hubiera terminado.

A aquellas horas no había casi tráfico, lo que les permitió llegar más deprisa a Richmond. Priscilla enrolló el brazo en torno al de Maisie en el asiento trasero del taxi. No hablaban. Maisie tenía la sensación de

estar haciendo un viaje en el tiempo, en vez de recorriendo la zona oeste de Londres, en el que habían ido eliminando los velos de los años pasados, uno tras otro, para dejarle ver, contemplar a la mujer que era, la que había sido y cómo había llegado hasta donde había llegado; una mujer que se acercaba a la mitad de su vida y había mantenido encendida la luz del amor, cuya llama había prendido cuando tenía apenas dieciocho años, aunque otros habían reclamado su corazón en ese tiempo. ¿Quién sería ella sin Simon, sin la cicatriz que llevaba en el alma? ¿Qué habría ocurrido si los dos hubieran vuelto de la guerra sin más marcas que las de la experiencia? ¿Habrían tenido un final de cuento de hadas, el del zapato de cristal que encajaba a la perfección? ¿O la diferencia de clase social se habría interpuesto entre ellos? Limpió la condensación de la ventana con la mano y se vio reflejada. Se había convertido en una mujer independiente y segura de sí misma, ya no era una jovencita enamorada. Cuando falleciera, Simon la dejaría libre. ¿En qué medida iba a cambiarla su muerte, un acontecimiento que no había sucedido de una vez, marcando un momento en su historia personal, sino que la había acompañado durante todo ese camino como una pesada sombra?

El taxi se detuvo haciendo crujir la grava. Priscilla le rodeó los hombros con el brazo al entrar en la residencia. El vigilante nocturno que estaba sentado en el mostrador de recepción levantó la vista del periódico.

—¿Puedo ayudarlas en…?

—Señora Priscilla Partridge y señorita Maisie Dobbs. Venimos a ver al capitán Lynch —dijo Priscilla haciendo un gesto con la mano para indicar que conocían el camino, y las dos se alejaron corriendo por el pasillo hasta llegar a la habitación de Simon.

—Ya estamos. Respira hondo. Venga, entra. —Priscilla sacó la pitillera y señaló hacia la puerta—. Yo estaré fuera.

El acaloramiento por haber ido corriendo desapareció del rostro de Maisie. Asintió levemente, se tiró del bajo de la chaqueta, se colocó el pelo y abrió la puerta.

Sentada junto a la cama de su hijo, Margaret Lynch levantó la cabeza en su silla. La enfermera saludó a Maisie con un pequeño gesto de cabeza y una sonrisa aguada, y salió de la habitación sin decir nada. Maisie recordó la primera vez que vio a Margaret Lynch, la noche que Priscilla la llevó a la fiesta que los padres de Simon le habían organizado con motivo de su marcha a Francia. Le había parecido una mujer con presencia y una elegancia discreta, con aquel vestido color berenjena y el pelo recogido en un moño en la nuca. La había recibido con mucha cortesía como amiga de Priscilla Evernden. De pie junto a su amiga, mientras observaba a la gente bailar, Maisie

había mirado a la anfitriona de la fiesta y la había visto analizar a su único hijo y llevarse la mano a la boca con expresión de pánico. Años después, seguía recogiéndose el pelo, ahora gris, en la nuca y llevaba un vestido azul pálido de lana que parecía reflejar las marcadas venas de sus sienes. Tenía los ojos rojos de llorar y sostenía un pañuelo estrujado en una mano.

—Me alegro de que estés aquí, Maisie. Me alegro de que hayas venido.

Se levantó y le tendió las manos a Maisie, que se inclinó sobre ella para besarla en la mejilla, como si fuera la nuera que podría haber llegado a ser si el destino no hubiera decidido otra cosa.

Maisie asintió con la cabeza, le apretó la mano y se acercó a la cama. Simon respiraba con más dificultad que por la mañana. Ayudó a su madre a sentarse y le tocó la frente. Tenía los ojos cerrados, pero pareció que le temblaban los párpados al notar el contacto, aunque al apartar la mano no se produjo ningún movimiento, ninguna indicación de que lo hubiera notado. Fue al pie de la cama y echó un vistazo a la carpeta con notas. No había razón para pensar que sufría mientras aguardaba a que llegara el momento de la muerte.

La enfermera regresó con otra silla y Maisie la puso al lado de Margaret. Estuvieron allí sentadas un momento, mirando a Simon, cómo le subía y bajaba el pecho con cada respiración, escuchando cómo se le atascaba en la garganta y cómo reverberaba en los pulmones para salir con un lento estertor.

—Ha sido muy generoso por tu parte haber estado viniendo estos últimos dos años, Maisie.

Maisie se mordió el labio inferior sin saber cómo explicar por qué no había sido capaz de ir antes.

—Yo…

—No te preocupes, querida. Lo sé, lo entiendo. Erais los dos muy jóvenes y visteis muchas cosas. Puede que no fuera capaz de entender por qué no venías a verlo cuando regresó a Inglaterra, pero me he suavizado con el tiempo, que ha hecho que me dé cuenta de que la guerra también te afectó a ti. —Miró a Maisie con los ojos aguados por la edad, pero con una visión todavía aguda—. No sé cómo habría lidiado con un golpe así si me hubiera ocurrido a mí. Por eso me alegra que hayas venido.

—Gracias, señora Lynch.

—Las cosas son muy diferentes ahora —continuó hablando la mujer en un susurro por respeto a la hora y a Simon—. Y confieso que, aunque nos pareciste encantadora, tanto al padre de Simon como a mí nos preocupaba… Voy a serte franca, Maisie, soy demasiado vieja para hacerlo de otra manera: nos preocupaba que no fueras la mujer apropiada para casarte con nuestro hijo. Pero estábamos en tiempos

de guerra y lo adorábamos, por eso decidimos no hacer nada hasta que regresara. —Negó con la cabeza antes de continuar—. Ahora me daría igual con quien se casara y lo que hiciera, por supuesto, con tal de tenerlo de vuelta y no así. —Se cubrió la boca con el pañuelo.

Sin pararse a pensar en el protocolo, Maisie le rodeó los hombros con un brazo y dejó que la mujer se recostara contra ella.

—Lo sé, lo entiendo. Ninguna de las dos sabe lo que podría haber ocurrido, pero ahora estamos aquí juntas, por Simon, por su hijo.

La respiración se hizo más audible, abrió los ojos de repente y su cuerpo respondió de forma automática a la presión de los pulmones que comenzaban a fallarle. El pecho subió retorciéndole la columna y comenzaron las convulsiones. Maisie se levantó y le bajó los hombros mientras le hablaba con dulzura, aunque Simon no la oía, y Margaret ya no podía contener el sonoro llanto.

—Simon, hijo mío, hijo mío…

Pareció tranquilizarse, y aunque continuaba respirando con dificultad, el aliento ronco que sonaba como cuando un barbero pasaba despacio la navaja de afeitar por el suavizador para limar el filo una y otra vez, miraba con los ojos muy abiertos no a Maisie o a su madre, sino a un punto en lo alto, delante de él, una visión que solo él podía ver. Y a continuación cesó todo movimiento. Nada. Se acabó la respiración rasposa, desapareció la vida de sus ojos, solo quedaba ya la envoltura exterior de un hombre muerto en la guerra, en 1917.

Maisie le cerró los ojos y le puso las manos sobre el pecho, como queriendo que le protegieran el corazón. Acto seguido se volvió hacia su madre.

—Quédese con él, Margaret, mientras yo voy a buscar a la enfermera. Y… no tenga miedo de hablarle, de despedirse de él.

—¿Y tú, Maisie?

Maisie miró a Simon.

—Yo ya me he despedido de él esta mañana —contestó en voz baja cuando volvió la cabeza hacia la cama—. No se preocupe, ya nos hemos dicho adiós —añadió al apretarle la mano que ya empezaba a enfriarse, y salió de la habitación.

11

MAISIE Y PRISCILLA se quedaron con Margaret Lynch para ayudarla con todos los trámites relacionados con la muerte de Simon y luego la acompañaron hasta su casa en Londres en un taxi. Se aseguraron de que estuviera cómoda e informaron al servicio de que su hijo había muerto antes de salir. Margaret Lynch se despidió de Maisie con un afecto envuelto en melancolía, sosteniéndole las manos como si no quisiera separarse de aquella joven que había conocido y amado a su hijo. Maisie aceptó su invitación de ir de vez en cuando a visitarla. Sabía que Margaret le pediría, por primera vez, que le describiera la tragedia que les había causado heridas a su hijo y también a ella, igual que sabía que relatarle la historia podría resultar sanador para las dos. Priscilla insistió en acompañar a Maisie a su piso y, nada más quedarse sola, se metió en la cama y cayó rápidamente en un sueño profundo.

AL LLEGAR AL Dorchester con cierta prisa unas horas más tarde, porque se había quedado dormida, Maisie vio a Priscilla esperándola fuera del hotel. Vestía de negro, igual que ella. El portero abrió la puerta del copiloto del MG y Priscilla le dio una propina a toda prisa para que las dos pudieran salir pitando hacia St. Anselm.

—Por el amor de Dios, Maisie, ¿cuándo vas a poner línea telefónica en tu piso? —exclamó su amiga, que bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo.

—Tengo línea en el despacho, y ya me parece un derroche, Pris.

—Podríamos haber llegado tarde.

—Pero no vamos a llegar tarde. Llegaremos al colegio a tiempo. ¿Qué te ocurre? ¿Malos recuerdos de cuando te llamaban a dirección para unos azotes?

Priscilla se rio y exhaló el humo por la ventanilla.

—Sospecho que tienes razón. Detesto esas cosas, me hacen preguntarme si no sería mejor abandonar Londres e irnos a vivir al campo y ponerles un tutor a los niños, pero supongo que eso sería contraproducente, ¿no? Adiós a mi plan de tenerlos en casa el fin de semana, partidos de tenis y construir fuertes con ramas en el bosque.

Parece que mis tres hijos serán siempre los intrusos como no solucione esta situación.

—¿Tienen que ir a un internado?

Priscilla negó con la cabeza.

—Ya veremos. Tendré que hablar con Douglas después de la reunión de esta mañana con Cottingham. Y hablando de mi marido ausente, menos mal que estará en Londres la próxima semana. Todos lo echamos mucho de menos.

—Ya hemos llegado —dijo Maisie atravesando las puertas de hierro de la entrada del colegio. Aparcó en el sendero de entrada semicircular junto a otro coche—. Y cinco minutos antes de la hora.

—Espérame en el vestíbulo de entrada mientras voy a buscar a Cottingham. Le diré que quieres conocerlo y que a mí me gustaría ver a mis hijos mientras vosotros habláis, a ver si así me entero de qué es lo que han hecho y puedo valorar los daños. Esperemos que se muestre conforme.

Priscilla salió del coche y Maisie le entregó una tarjeta de visita de camino a la entrada. Todo salió conforme lo habían planeado. Llevaron a Maisie al despacho del director y acompañaron a Priscilla a una sala de espera en la que sus hijos se reunirían con ella.

—Señor Cottingham, es muy amable por acceder a reunirse conmigo sin haber concertado una cita —saludó Maisie tendiéndole la mano.

Le sorprendió encontrarse con un hombre tan joven para ese puesto. Le echó unos cuarenta y cinco años. Se había imaginado a un profesor viejo y arisco, con calva y el ceño fruncido de tanto entornar los ojos siempre vigilando la conducta bastante alejada de la excelencia de los alumnos a su cargo. En su lugar, el director Cottingham vestía un traje de raya diplomática hecho a medida, camisa blanca inmaculada y corbata de seda. Llevaba los zapatos relucientes y el pelo gris oscuro peinado hacia atrás. La toga que solían llevar los directores reposaba doblada sobre el respaldo de una silla, lista para ponérsela si había que castigar a un alumno o, lo que era menos habitual, elogiarlo. Era evidente que no le hacían falta esos accesorios para impresionar o para intimidar a los padres. Y, sin embargo, daba la impresión inmediata de ser un hombre justo, lo que llevó a Maisie a preguntarse cómo podía pervivir la intimidación entre los alumnos en aquel colegio. O tal vez fuera una primera impresión equivocada.

—No hay ningún problema, señorita Dobbs —dijo él estrechándole la mano con una sonrisa, tras lo cual volvió a tomar asiento tras su pulido escritorio de roble—. Tome asiento, por favor. —Hizo una pausa—. Y, dígame, ¿en qué puedo ayudarla? Según tengo entendido usted es —tomó la tarjeta que estaba en la mesa— investigadora privada y psicóloga. He de decir que es impresionante. ¿Dónde estudió?

—En Girton y en el Departamento de Medicina Legal de la Universidad de Edimburgo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo él dejando la tarjeta en la mesa de nuevo —. Continúe, por favor.

—Nuestra conversación debe ser confidencial.

—Por supuesto.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre un antiguo alumno… de hace bastantes años, me temo.

—¿Quién?

—Alfred Sandermere.

—¡Ay, Dios mío! —contestó el director poniendo los ojos en blanco —. ¡Cómo olvidarlo! Si tuviera que elegir tres o cuatro chicos de entre los años que llevo trabajando aquí capaces de llamar la atención de la policía o de una investigadora privada, Sandermere encabezaría la lista.

—No me diga. ¿Por qué?

—Un muchacho terrible, con un gran resentimiento. La conducta típica del segundón, pero multiplicada por diez. Puede que porque su hermano mayor era definitivamente un intelectual de primera que sobresalía también en el campo deportivo… ¡multiplicado por diez! —Consultó la hora—. Si me disculpa, pediré que nos traigan su expediente.

El director salió del despacho y la dejó sola. Era la primera oportunidad que tenía de estar a solas y despierta desde la muerte de Simon, que había tenido lugar menos de doce horas antes. Se levantó y se acercó a la ventana, que daba a un patio en el que los chicos se reunían entre clase y clase. A la derecha un muro de piedra señalaba el perímetro de la casa del director, más allá del cual, supuso que habría un jardín tapiado para dar la impresión de estar en el campo, en vez de al oeste de Londres. ¿Habría ido Simon a ese colegio? Frunció el ceño. Se dio cuenta de que sabía muy poco de su vida antes de conocerlo, más allá de los retazos de información que Priscilla había compartido con ella, al haber sido amigo de su familia y compañero de sus tres hermanos. Todo lo que Maisie sabía de él se limitaba, más o menos, al tiempo que habían estado juntos y su vida desde entonces, una vida dedicada a llorar la pérdida de un hombre que no estaba muerto, pero que de todas formas había sido una víctima de la guerra. Y ahora estaba muerto de verdad, aunque el tiempo del duelo ya hubiera pasado, y poco más podía hacer excepto llevar el luto por respeto hasta después del funeral. ¿Cómo iba a llenar el lugar que había ocupado en su vida? ¿Cómo utilizar esa libertad ahora que era suya? Era como un terreno de cultivo recién arado después de haber estado en barbecho durante años. ¿Florecería ahora que se había ido?

—Hemos tenido suerte. Mi secretaria ha encontrado el expediente de Sandermere, A. con toda facilidad. Nuestra señorita Larkin es de lo más eficiente. Veamos qué dice.

Se sentó de nuevo sin cuestionar siquiera el hecho de habérsela encontrado de pie junto a la ventana. Maisie volvió a sentarse frente a él.

—No tiene un expediente académico brillante que se diga. Se le daban bien los deportes, aunque no era un deportista propiamente dicho. Era mal perdedor. Nunca lo pudieron nombrar capitán del equipo de críquet o de rugby, pese a tener un buen físico. —Siguió pasando las páginas.

—¿Podría hablarme de las expulsiones temporales?

—Puedo —contestó sacando un montón de papeles independientes sujetos con un clip—. Tengo aquí las fechas exactas antes de la expulsión definitiva. —Soltó la lista del manojo de papeles y se la entregó—. Puede anotar las fechas. Se lo entregamos a su padre. Según tengo entendido, se lo llevaron a la finca de sus padres en Kent para que meditara sobre sus maldades.

—¿Como intimidar a sus compañeros?

—Ojalá fuera tan sencillo. Era intimidación, desde luego, pero bastante sofisticada, incluso para un chaval como Sandermere. No me extrañaría nada de él. Casi todo tenía que ver con dinero, aunque no lo necesitara; averiguaba las infracciones que habían cometido sus compañeros y les exigía dinero. —Miró a Maisie—. Con coacción, como se diría en lenguaje policial.

—¿Hizo daño a alguien?

—Eso es lo que pasa con coacciones como las de Sandermere. Malo si te defiendes, y, si no lo haces, malo también. —El director miró la hora—. ¿Puedo ayudarla con alguna otra cosa, señorita Dobbs?

Maisie cogió su libreta y la pluma, y lo guardó todo en el maletín negro.

—No, ha sido usted muy amable.

Cottingham la acompañó a la puerta y le tendió la mano, que ella estrechó al tiempo que preguntaba:

—¿Y qué pasa con los chicos de los Partridge? Ellos también están sufriendo intimidaciones y, como es natural, se defienden. ¿Qué va a hacer al respecto?

—Creo que hablar de «intimidación» para referirse a los problemas iniciales que los Partridge han tenido al llegar a St. Anselm es un poco exagerado. Si les damos tiempo, ellos solos aprenderán a gestionar el asunto de las bromas, señorita Dobbs. El profesorado actúa si ven que alguien puede salir herido, pero es normal terminar con un ojo morado o un labio partido de vez en cuando. Recuerde esto: el campo de rugby es mucho más peligroso que los dormitorios de un internado.

—Frunció el ceño—. El asunto es que son diferentes. Cuando terminen de adaptarse, las bromas cesarán, formarán parte de la manada. Verá, pueden ser como quieran en casa o en Francia, pero el colegio es como el ejército. Todos tienen que desfilar al mismo ritmo.

—Gracias otra vez, señor Cottingham —dijo Maisie y salió del despacho con un escalofrío.

—Madre mía, pero ¿qué ha pasado aquí?

Maisie miró a su amiga, que enarcó una ceja mientras movía la cabeza de lado a lado, y de nuevo a los tres niños sentados uno junto a otro fuera del despacho del director. El mayor, Timothy, tenía un ojo morado; el mediano, Thomas, una herida en la mejilla con muy mala pinta y el menor, Tarquin, se pasaba la lengua sin parar por el hueco que tenía donde deberían estar los cuatro dientes delanteros.

—Menos mal que son los de leche, Maisie. ¿De dónde iba yo a sacar un dentista dispuesto a ocuparse de un niño que acaba de quedarse sin los dientes definitivos? No sé si darles un pescozón o llevármelos de aquí ahora mismo.

—Pero, *maman*…

—No quiero oír ni una palabra más, Tarquin, ni una —respondió Priscilla levantando un dedo mientras hablaba.

El niño se hundió en la silla.

—No ha sido culpa mía, *tante* Maisie. Empezó el otro chico.

Y continuó explicándose en inglés mezclado con francés, como si no supiera bien en qué punto terminaba un idioma y comenzaba el otro.

—Sí, pero tampoco hacía falta aporrearlo, ¿no? —dijo Priscilla mirando de medio lado a su hijo mientras arqueaba la ceja de nuevo.

Maisie sonrió y susurró:

—Sí tenía que hacerlo, Pris.

—No los animes, Maisie, a menos que quieras venir a vivir con nosotros y ser tú su profesora en vez de dedicarte a investigar.

Maisie le guiñó un ojo a Tarquin y luego sonrió a Priscilla.

—Creo que iré a dar una vuelta mientras tú hablas con el señor Cottingham.

—Puede que sea lo mejor. Así no tendrás que oír los gritos de la madre, que soy yo, al otro lado de la puerta.

Maisie se alejó. Cuando volvió la cabeza, vio que Priscilla se quitaba un guante, se chupaba los dedos y trataba de fijar con la saliva el flequillo indómito de sus tres hijos. Después oyó que la puerta se abría y se cerraba. Tenía la sensación de que iba a ser una reunión breve. Con todo, se alejó por el vestíbulo de entrada y se detuvo a echar un vistazo a las placas conmemorativas de los logros del colegio.

En una enorme pieza de mármol estaban grabados los nombres de todos los directores que había tenido el colegio desde su fundación en 1640, y en otra se leía una lista de los logros deportivos del centro desde comienzos de siglo. Luego había una más con una amapola roja encima y una lista con los alumnos que habían perdido la vida en la Gran Guerra, chicos que habían abandonado el colegio para alistarse en el ejército de Kitchener mintiendo muy posiblemente sobre su edad. Pasó el dedo por los nombres hasta que dio con el que buscaba: teniente primero Henry Arthur Crispin Sandermere, V. C., julio de 1916.

—SANSEACABÓ —DIJO PRISCILLA acercándose a Maisie con paso ligero y el rostro encendido mientras rodeaba a sus hijos con los brazos, como una gallina clueca que protege a sus polluelos bajo las alas—. Nos vamos al Dorchester ahora mismo. Los niños no se quedarán en este sitio ni un minuto más. Enviaré a un chófer a recoger su equipaje. —Fingió mirar enfadada a sus hijos—. No quiero risitas ni comentarios de ningún tipo. Aquí termina vuestra estancia en este colegio, pero no es el fin de vuestra educación. Vamos, todos al coche de la *tante* Maisie.

Maisie aceleró para adaptarse al paso de su amiga.

—Pris, es un coche de dos plazas. No creo que quepamos…

—Tonterías. Estos dos se apretujan bien detrás de los asientos y a este me lo siento en las rodillas. Tenemos que meternos en tu MG como sea.

Maisie accedió, no quería llevarle la contraria a su amiga, y echó hacia atrás la capota para facilitar la entrada de los pasajeros. Por suerte, hacía sol y condujo despacio para no perder a ningún niño. Los dos mayores iban sentados de forma precaria sobre la capota y Tarquin Patrick sobre las rodillas de su madre, pasándose la lengua por el hueco de los dientes. Maisie se echó a reír sin poder contenerse.

—No te rías o empezarán a reírse todos —dijo Priscilla, a quien le temblaban los labios por mucho que intentaba contener la risa. Pero perdió la batalla en cuestión de segundos.

Maisie dejó a la familia Partridge en Dorchester y continuó su camino sonriendo aún. Le alegraba saber que los chicos no iban a quedarse en St. Anselm. No le gustaba un lugar en el que se toleraban los prejuicios y la violencia entre chicos, que un día serían hombres, bajo la excusa de que no eran como sus compañeros.

MIRÓ LA HORA cuando entraba en su piso y decidió añadir unas cuantas notas al mapa del caso antes de recoger el equipaje y partir hacia Kent. Pasaría esa noche con su padre y se hospedaría en la posada el resto de la semana. Esperaba haber terminado su trabajo para entonces y tener ya un informe para James Compton.

Registró las fechas de las expulsiones temporales de Alfred Sandermere del colegio junto con un listado de fechas relevantes para el caso y después revisó las notas que había tomado poco después de ir a la hacienda para conocerlo. Había insistido en que no se encontraba en Heronsdene cuando se produjo el bombardeo del dirigible. Sin embargo, según las fechas de su historial escolar sí se encontraba en casa, como había dicho Cottingham; «se lo llevaron a la finca de sus padres» poco después de que hubiera comenzado el trimestre. Se preguntó qué habría podido hacer un muchacho de quince años, casi dieciséis, con todo ese tiempo libre en un lugar donde no tenía nada con lo que entretenerse. Algunos chicos de su edad se estaban alistando, incluso más jóvenes, aunque parecía que Sandermere, A. no era uno de ellos.

Continuó trabajando un rato más, planeando la visita a algunos otros vecinos del pueblo en los días siguientes sin olvidar que esperaba información de Beattie Drummond. La periodista era una mujer interesante, pensó Maisie, capaz de remover cielo y tierra en busca de una noticia, y trabajaba diez veces más que sus compañeros hombres para conseguir una historia. Y, cómo no, Beattie quería dar con algo importante, la exclusiva que la impulsara hasta *The Daily Express* o *The Times* incluso. Enrolló el mapa y cogió algunas cosas para el viaje preguntándose hasta dónde sería capaz de llegar B. T. Drummond para conseguir lo que se proponía.

Estaba a punto de salir cuando dejó el equipaje en el suelo y regresó a la mesa del comedor en la que había estado trabajando. Se acercó una caja de delicado papel vitela y sobres a juego y cogió la pluma, dando golpecitos con ella sobre el papel secante mientras redactaba mentalmente la carta. Una vez tuvo las palabras en mente, aunque al final escribiría y descartaría varias versiones, comenzó: «Querida Margaret…».

SE LE HABÍA vuelto a hacer de noche cuando quiso llegar a la cabaña de su padre, y, al igual que la otra vez, Frankie tenía preparada una buena cena para su hija. Maisie seguía preocupada por la salud de su padre, aunque la recuperación del accidente que había sufrido un año y medio antes había sido excelente, según el médico local. Pero iba cumpliendo años. No era la primera vez que se le ocurría que, a

excepción de Priscilla, los seres queridos más cercanos se encontraban ya en el ocaso de la vida, y temía perderlos a todos más pronto que tarde. Sus intentos de ampliar el abanico de amistades respondían, en parte, a esos miedos.

Frankie le sirvió la cena nada más verla entrar por la puerta.

—Ha venido un hombre preguntando por ti —le dijo sirviendo una generosa ración de estofado en unos cuencos de boca ancha mientras Maisie cortaba las rebanadas gruesas de pan y las untaba con mantequilla, tal y como le gustaba a su padre.

—¿Por mí? —dijo con el cuchillo de untar en el aire.

Su padre asintió con la cabeza.

—Y no se puede decir que fuera un tipo agradable precisamente. ¿Cómo se llamaba? Son… San…

—¿Sandermere?

Su padre la señaló con la cuchara de servir.

—Eso, Sandermere. El hombre por el que me preguntaste el otro día y yo te dije que había oído hablar de él. Bueno, pues se presentó a lomos de un caballo de caza grande, de color castaño. El pobre estaba sudando. Me ofrecí a darle una vuelta caminando para que el animal se enfriara mientras él tomaba una taza de té, no me gusta ver a un caballo en ese estado, pero se fue rápidamente a medio galope como un salteador de caminos. Pensé para mí: «¿Quién se cree que es? Presentándose aquí como Dick Turpin, exaltado y con varias copas encima, si no me equivoco».

Maisie frunció el ceño.

—Me pregunto cómo habrá sabido dónde vivías. Y que yo podría estar aquí. —Siguió cortando pan—. Es más, me pregunto qué querría.

—No me gustó nada. En lo que a mí respecta a un hombre que trata así a un animal, es mejor no acercarse. —Levantó el cuchillo y el tenedor—. Y al doctor Blanche tampoco le agradó.

—¿A Maurice? —Maisie se sentó, levantó la cuchara y tomó unas cucharadas de caldo antes de hincarle el diente a los gruesos trozos de carne de ternera.

—Regresaba de la casa grande cuando llegó el tipo ese. Yo lo vi ahí plantado, mirando, observándolo todo. Después, cuando se marchó al galope a lomos de ese pobre animal, el doctor Blanche se acercó y me preguntó.

—¿Dijo algo más?

Frankie cogió una rebanada de pan y miró a su hija de frente.

—De hecho, sí. Dijo que, si tienes tiempo, le gustaría verte. Me pareció muy… nervioso, creo que es la palabra. Sí. No le gustó lo que vio. Y, francamente, a mí tampoco.

Maisie miró el reloj de pared grande y circular, y de nuevo a su padre.

—Si no te parece mal, papá, creo que voy a pasarme a verlo después de cenar.

—No te preocupes por mí, cariño. De hecho, si tienes que tratar con hombres como el que ha venido hoy y el doctor Blanche puede darte algún consejo, creo que deberías ir y escucharlo.

Maisie asintió con la cabeza.

—Lo haré. —Sonrió—. El estofado está delicioso, papá.

CUANDO PADRE E hija terminaron de recoger la cocina después de cenar, y Frankie se sentó junto al fuego a leer el periódico, Maisie se puso la chaqueta y se dirigió a la casa de Maurice por la entrada del jardín. Subió hasta la casa y vio la silueta de Maurice recortándose contra los cristales de las ventanas del invernadero. Seguro que había visto la linterna.

La puerta principal estaba abierta cuando llegó y vio que el propio Maurice la esperaba en el umbral.

—Ah, Maisie, me alegro de que hayas venido —dijo tomándole las manos entre las suyas.

—Ha pasado mucho tiempo, Maurice.

—Pasa, vamos a la salita. Acaban de encender el fuego. Tomaremos algo de beber después de la cena mientras charlamos. —Se volvió hacia ella mientras caminaba—. Como en los viejos tiempos.

Aunque había apenas unos pocos pasos desde la puerta de entrada hasta la sala de estar, Maisie sabía que Maurice Blanche estaba evaluando el estado emocional de su antigua discípula, remedando su paso, su postura, su comportamiento, para determinar… ¿qué? ¿Su estabilidad? ¿Su fuerza? Sabía que querría saber exactamente cómo se sentía, puesto que esa información determinaría por dónde pretendía comenzar la conversación. Solo que esa vez sería ella la que empezaría a hablar.

—Tengo noticias, Maurice —dijo sentándose mientras él tiraba de un cordón para llamar al ama de llaves—. Tristes.

—Sí, ya lo sé. Llevas encima el peso del duelo, de la pérdida.

Ella asintió con la cabeza. Aunque llevaba también casi un año resentida con Maurice, la animosidad se había ido debilitando bajo el peso de su deseo de hablar de los acontecimientos sucedidos la víspera.

—Simon ha muerto, Maurice. Se ha ido.

Maurice le ofreció una copa de oporto y se sentó frente a ella en su sillón orejero favorito. Dejó en la mesita auxiliar que tenía al lado un vaso en el que se había servido dos dedos de *whisky* de malta y cogió la pipa, que vació al golpear la cazoleta contra el muro de ladrillo de

la chimenea, y acto seguido sacó la bolsa del tabaco. Entonces respondió a la noticia que acababa de darle Maisie.

—Mucho ha aguantado, pobre hombre.

Maisie asintió.

—Y que lo digas. No sé cómo me siento, Maurice —dijo con voz queda.

El hombre que había sido su empleador y mentor la miró y después se concentró en su pipa, que pegó a la bolsa de tabaco para llenar la cazoleta tratando de que no se le cayera ni una brizna.

—No esperes saberlo, Maisie. Has mantenido enterrado tu desconsuelo desde hace muchos años, no solo por Simon, sino por tu inocencia perdida. Y la muerte que viste tan de cerca en Francia cuando no eras más que una niña es la forma más terrible de perder la inocencia. —Hizo una pausa mientras acercaba el fósforo a la pipa y aspiraba una calada. Luego miró a Maisie—. El año pasado fue un momento clave en tu vida, el derrumbamiento que sufriste en Francia, un reflejo del peso de las emociones, de los recuerdos, que no podías seguir soportando más tiempo. No intentes anticipar las reacciones. De lo contrario, te sentirás culpable cuando tengas razones para reír, o te apartarás de las cosas que te hacen feliz, por intentar sentirte de una manera determinada, la manera que espera la sociedad en su conjunto.

—He estado con Priscilla hoy y nos hemos estado riendo y pasando un buen rato con sus hijos. Cuando más tarde llegó el momento de escribir a Margaret Lynch, me he dado cuenta de que me estaba reprendiendo a mí misma por ese momento de frivolidad.

—El reto con la muerte consiste en que puede aliviarnos una carga y tenemos dos sentimientos encontrados, la frivolidad de la que hablas junto con la melancolía de la pérdida. Tú ya has sufrido una, Maisie, de modo que no te sorprendas cuando te quede solo una y sea la que va acompañada por momentos de alegría. —Hizo una pausa, como si buscara puntos de agarre consciente de que estaba moviéndose en terreno resbaladizo—. Recuerda cuando salías con Andrew Dene. —Maisie se enderezó en el asiento, como si fuera a prepararse para lo que iba a decirle, pero Maurice continuó—. Aunque hubo momentos felices, y te hacía reír, de eso no hay duda, siempre sentiste que estabas comprometida con Simon. Entiendo que habría otros problemas, por supuesto, pero no subestimes tus sentimientos, y no te retires de las puertas que se te abran, ahora que la que llevaba años cerrada ha echado el cerrojo para siempre. El espíritu de Simon está en paz. Permítete vivir con libertad.

Maisie suspiró. Ya meditaría sobre las palabras de Maurice más tarde, en su habitación de la casa de su padre. Por el momento, aunque había sido ella la que había sacado el tema, quería desviarlo,

porque la muerte de Simon era un terreno sobre el que también se movía con cuidado.

—Mi padre me ha dicho que has visto al hombre que ha venido por aquí preguntando por mí.

Maurice sostenía la pipa en una mano mientras cogía el vaso de *whisky* con la otra.

—No era un tipo muy agradable, si me permites que lo diga.

—En absoluto. Me pregunto cómo habrá sabido que mi padre vive en Chelstone.

—Estás trabajando para James Compton, ¿no es así?

—Sí, pero…

—Ese hombre venía a ver a James. Fue hasta la parte delantera de la casa. Yo había ido a ver a lady Rowan y ya me iba cuando llegó él buscando a James. Cuando le dijimos que el vizconde había salido a montar, el hombre montó en su caballo y se fue hacia la parte trasera de la casa. Supongo que alguno de los encargados de mantenimiento le confirmaría que James había salido y que, al preguntar a qué hora lo había hecho, le diría que el señor Dobbs lo sabría. El hombre se percataría de que debía de existir alguna relación entre el Dobbs que se ocupaba de los caballos y la Dobbs que seguía de cerca todos sus movimientos.

—Yo no diría que esté siguiendo de cerca…

—El hombre no dejaba de meterse los dedos por dentro del cuello de la camisa, que llevaba flojo. Delataba su estado de ánimo. —Maurice bebió un sorbo y volvió a dejar el vaso en la mesa—. ¿Puedes decirme algo más sobre el caso? ¿Quieres analizar lo que has descubierto?

Maisie vio que Maurice avanzaba con cautela por si la ofendía. Ella había asumido su independencia hacía años y sabía que su mentor imaginaría que no estaba por la labor de ceder el terreno ganado. Pero lo cierto era que sí valoraba el diálogo que la ayudara a ordenar sus pensamientos sobre el caso.

—James va a comprar una hacienda grande situada en Heronsdene, a quince kilómetros de aquí más o menos.

—Lo conozco.

—Le interesa el ladrillar que posee para aprovechar el auge de la construcción, pese a la crisis económica. Las únicas partes de la hacienda que conservará el dueño actual, que es el hombre que ha venido a Chelstone hoy, un tal Alfred Sandermere, son la casa con los jardines adyacentes y las cuadras. A James le preocupan los delitos menores que han asolado la zona desde hace unos años, sobre todo una serie de incendios provocados.

—¿Incendios?

—Así es. Y reina un ambiente extraño en el pueblo, una especie de

cicatriz formada después de la tragedia que tuvo lugar durante la guerra. Tres personas murieron en un bombardeo desde un dirigible, hecho que, unido a los jóvenes que fallecieron en el frente, parece haberse convertido en el catalizador… de un cambio de actitud, podríamos decir. Es lógico que algo así deje huella, por supuesto, que ocasione distintos comportamientos, pero han pasado ya catorce años.

—El tiempo no importa en esos casos, Maisie.

—Lo sé, lo entiendo. —Hizo una pausa—. No me fío de Sandermere, aunque sé que debería evitar sacar esas conclusiones. Creo que está estafando a su aseguradora, y tengo la sensación de que está intentando jugársela a James. Puede que, generando mala publicidad, la noticia de que el precio de venta ha bajado atraerá a más posibles compradores, lo que hará que suba de nuevo. Es lo contrario de lo que cualquiera imaginaría en otras circunstancias, pero los dos sabemos que cuando alguien se empeña en comprar algo, sigue adelante aunque el asunto lo lleve al límite casi.

—Desde luego. Háblame de los vecinos del pueblo y de las sensaciones que has tenido.

—Cuesta hacer una lectura objetiva en esta época del año. La cosecha del lúpulo atrae a temporeros de Londres, y también a una tribu gitana, por lo que no hay una comunidad bien integrada, sino diferentes campamentos en los que reina la desconfianza. Los lugareños odian a los forasteros, aunque no les molesta que su presencia deje dinero en los comercios, mientras que los londinenses piensan que los del pueblo son todos unos brutos con prejuicios capaces de liar vete tú a saber qué follón y echarles la culpa a ellos. Y luego están los gitanos, que guardan las distancias y no son mala gente en realidad, aunque nadie quiere trabajar cerca de ellos. Las mujeres salen a vender flores y pinzas de la ropa puerta por puerta, y los del pueblo les compran, pero luego les dan la espalda…, y algunas personas acuden a la mujer de respeto de la tribu para que les eche la buenaventura.

Maurice soltó una breve risilla a la vez que negaba con la cabeza.

—La doble moral.

—Eso es. —Maisie bebió un sorbo de oporto y dejó la copa en la mesita para continuar con su relato—. Y en el terreno sobre el que cayó la bomba no se ve ninguna señal. Está cubierto de maleza y… frío.

—Ay, Dios mío.

Maisie asintió con la cabeza.

—Las margaritas de otoño crecen sin que nadie se ocupe de ellas. Que yo sepa, proporcionan una fuente de ingresos para las gitanas, que las recogen y hacen ramilletes para venderlos.

—Flores moradas, el color del luto.

—Sí, pero son silvestres. Nadie las ha plantado allí.

—Que tú sepas.

—Bueno, sí, que yo sepa.

Se produjo un silencio entre ellos. Maisie sabía que Maurice no quería darle ningún consejo que pudiera molestarla y estaba manejando aquella reunión con sumo cuidado, como arena entre las manos, no fuera a ofenderse y marcharse para no volver en varios meses. Al pensar de nuevo en que el paso del tiempo le arrebataría a las personas a las que amaba y en la relación tan estrecha que había tenido con su mentor, se ablandó, aunque aún no pudiera olvidar la forma en que la había menospreciado.

—¿Por dónde vas a continuar, Maisie, si no te importa que te lo pregunte?

Ella ladeó la cabeza y miró el fuego.

—Seguiré la recomendación de cuando empezamos a trabajar juntos, Maurice. Haré más preguntas, porque, como tú siempre has dicho, lo importante es indagar, no necesariamente las respuestas que obtengas.

—Bien.

Maisie dejó la copa de oporto.

—Se te ha ido la mano con la licorera esta noche, Maurice. No puedo terminarme la copa.

—No te preocupes —contestó él levantándose para acompañarla a la puerta—. ¿Me avisarás si…?

—Por supuesto.

—¿Y vendrás a verme otro día?

Maisie dejó que el hombre le cogiera las manos, igual que al llegar.

—Sí, lo haré.

Cuando ya iba a cerrar la puerta, Maisie se volvió hacia él.

—¿Maurice?

El hombre abrió la puerta y miró hacia fuera entornando los ojos para ver en la oscuridad.

—No conocerás a algún entendido en violines, ¿verdad?

—Pues la verdad es que sí. Tiene una pequeña tienda de instrumentos en Londres, en Denmark Street. Es experto en instrumentos de cuerda y le interesan especialmente los violines. Le diré a mi ama de llaves que te entregue el nombre y la dirección exacta mañana por la mañana si quieres.

—Gracias. Me haces un gran favor.

Maurice la vio encender la linterna y regresar caminando a la cabaña de su padre. Sabía que aún no lo había perdonado.

12

MAISIE SE MARCHÓ de Chelstone en cuanto el ama de llaves de Maurice le llevó la nota de este con el nombre del lutier de Denmark Street, que esperaba que pudiera decirle algo más sobre el violín que había visto tocar a Webb con tanta pericia.

Las lluvias habían cesado y se respiraba en el ambiente el aroma a especias y hierbas que parecía prendido en la brisa durante la época de la recogida del lúpulo. Los márgenes del camino seguían llenos de hierbas silvestres, como el pie de oso, con sus diminutas flores blancas, o el delicado pan y quesillo, con sus frágiles hojas con forma de corazón, que rielaban a medida que el coche se acercaba, como queriendo ocultarse tras las últimas flores rosadas del verano de la malva común. Tenía la carretera para ella sola, lo que le permitió planificar bien la visita al ladrillar de Sandermere, su primera parada.

Según la información que le había proporcionado James, el capataz era Pete Bracegirdle, que llevaba trabajando allí desde los doce años, cuando llegó como aprendiz. Era un maestro artesano capaz de fabricar cualquier tipo de ladrillo o baldosa, y, antes de convertirse en el capataz, podía producir tejas planas, de las que se utilizaban en la reparación de muchas casas construidas en la época medieval, de manera más rápida y con menos roturas o defectos que cualquier otro artesano, lo que lo convertía en un valioso trabajador. Además de Bracegirdle, la fábrica empleaba a otros veinticuatro hombres, varios de ellos aprendices.

Maisie detuvo el coche nada más pasar la verja del ladrillar. En apariencia, la fábrica parecía más una granja, con sus cobertizos adyacentes de estructura de madera con la cubierta de tejas, pero sin los olores y ruidos propios de una granja. La entrada no era impresionante, sino que consistía en una simple cerca de madera de cinco barrotes de las que cerraban los cercados de ganado. A la izquierda, un letrero torcido y mal escrito que indicaba la oficina.

La puerta estaba abierta y, de pie detrás de una mesa polvorienta y cubierta de papeles, dos hombres estudiaban con detenimiento un pedido. Al principio no se percataron de su presencia.

—Seguro que dijeron que querían los ladrillos a finales de octubre, de modo que si los llevamos a Paddock Wood…

—Buenos días.

Los hombres levantaron la cabeza y ambos se limpiaron a la vez las manos en las batas de loneta gruesa de color mostaza.

—Busco al señor Bracegirdle.

El más bajo de los dos señaló con el pulgar al que tenía el pedido en la mano, que se sujetó el lápiz detrás de la oreja derecha y dejó la hoja encima de una pila de papeles.

—Yo soy Bracegirdle —dijo, y ya iba a tenderle la mano para saludarla cuando se fijó en la suciedad incrustada en la palma—. Perdone, no puedo…

—No se preocupe —dijo ella quitándole importancia con un gesto de la cabeza—. ¿Puedo robarle diez o quince minutos de su tiempo?

Sin preguntar cuál era el motivo de la visita, el capataz miró a su segundo, que se tocó la gorra plana.

—Por supuesto, Pete. Pondré a los muchachos a trabajar en el pedido.

—Iré a los hornos en cuanto termine de hablar con la señorita, Bert. —Y volviéndose hacia Maisie, rodeó la mesa hacia el otro lado, apartó un montón de papeles de una silla, que agitó como un abanico hacia delante y hacia atrás para apartar el polvo, y le tendió la mano—. Siéntese, señorita.

Maisie agradeció haberse puesto la falda de lino grueso, porque al ser de color caqui, no se le notarían las manchas de polvo de la silla.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó el hombre al apoyarse contra la mesa con los brazos cruzados—. No ha venido usted a hablar de ladrillos o tejas, seguro.

—Acierta usted. Trabajo para Compton Corporation, que, como probablemente habrá oído, se encuentra ultimando los detalles finales para comprar al señor Sandermere su parte del negocio.

—Sí, nos lo dijeron cuando la fábrica y las tierras se pusieron en venta. Un poco preocupante en estos tiempos. Nunca se sabe si uno conservará el trabajo.

—Creo que puedo decirle con relativa seguridad que, si la venta se lleva a cabo, Compton Corporation desea aumentar la fabricación, desarrollar diferentes gamas de ladrillos y tejas, así como realizar una significativa y meditada inversión en equipamiento y prácticas.

—Bueno, hay que esperar y ver qué pasa. Todo suena muy bonito, pero ya ha oído hablar de esos…, ¿cómo se llaman? —Se quedó pensativo mientras se frotaba la barbilla.

—Especuladores que compran empresas en épocas de crisis para vender sus bienes.

—Eso es. Compran un negocio para venderlo con todo incluido y dejan a los trabajadores en la calle.

—Una fábrica de ladrillos no, y menos aún con todo lo que se está construyendo.

—Casi no podemos atender a tanto pedido.

—Y eso son buenas noticias, para ustedes y para los compradores.

—Bueno, no todo son buenas noticias. Tenemos que invertir para poder responder a todos los pedidos. De hecho, hace tiempo que necesitamos una buena inversión.

Maisie frunció el ceño.

—Tenía entendido que el señor Sandermere había gastado mucho en la fábrica, más de lo que podía permitirse.

Bracegirdle se sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiarse las manos.

—No me corresponde a mí hablar, pero, francamente, hay personas que compran cosas nuevas porque sí. Y la mitad de lo que compró, y buen dinero que le costó, no era lo que queríamos. Se lo dije, le dije: «Esto es lo que necesitamos». Pero él fue a comprar lo que vendían esos charlatanes, que buena coba le darían, seguro, creyéndose que era un gran negociante. Todo lo que de verdad necesitamos se puede conseguir de segunda mano. Espero poder hablar con seriedad con quien vaya a comprar la fábrica para ver si nos consigue lo que necesitamos, y tampoco estaría mal que nos aumentara un poco el salario, la verdad.

—Totalmente. —Maisie hizo una pausa—. Señor Bracegirdle, ¿no se realizó parte del desembolso destinado a la fábrica con el fin de comprar equipo que había resultado dañado en una serie de ataques a la hacienda sucedidos en los últimos tiempos?

—No, el desembolso se realizó antes de que atacaran el taller. Hemos conseguido reparar buena parte, aunque es obvio que hemos perdido muchas existencias; pero puse a los muchachos a trabajar contrarreloj y pudimos completar los pedidos. Naturalmente, el señor Sandermere dijo que había pedido las piezas nuevas, pero aún no las he visto. Nosotros cuidamos y reparamos lo que se avería cuando hace falta, no nos queda otra.

—Por supuesto —contestó Maisie removiéndose en el asiento—. ¿Han venido de la aseguradora a ver la fábrica?

—El señor Sandermere los hizo venir enseguida y ellos mostraron interés, desde luego, ya que las cuadras también habían salido ardiendo. Insistieron en que había que denunciarlo a la policía. El señor Sandermere no los había llamado porque dijo que seguramente habrían sido unos chicos del pueblo que habían salido a tomar unas cervezas, y que la policía no podría hacer nada. Y en eso no se equivocaba: vinieron, husmearon un rato, midieron no sé qué contando los pasos desde la puerta para que pareciera que sabían lo que hacían y se largaron.

—Entiendo.

—Las cosas habrían sido distintas si su hermano fuera el jefe, eso

seguro.
—Tengo entendido que era otra cosa.
—Y que lo diga. Sabía de negocios. Recuerdo cuando venía al taller, cuando no era más que un muchacho, y decía que quería aprender a hacer ladrillos. Yo mismo me lo llevaba a dar una vuelta para enseñárselo todo. Y conocía a los agricultores, se encargaba de aprender lo que era llevar una granja. Nuestro contable es un hombre del pueblo, el señor Soames, que viene los viernes. —Se rio—. Tengo que organizar todos los papeles el jueves por la noche para que no se enfade por lo desastrosos que somos. —Sonrió—. El caso es que el señor Henry venía todos los viernes, incluso cuando estaba en casa durante las vacaciones del colegio, y se sentaba con el señor Soames para entender cómo funcionaban las cosas en la fábrica.
—Y Alfred no es igual.
Bracegirdle soltó una risilla que parecía más un resoplido despectivo.
—A él lo que le interesan son los beneficios económicos, porque le gusta gastarse todo aquello que no está comprometido.
Maisie asintió con la cabeza.
—¿Ha habido algún otro episodio de vandalismo?
—Algún que otro chaval del pueblo con un bote de pintura que se cree artista con buena mano para las paredes, pero, aparte de eso, ningún otro.
—Pero si se suma a los actos de vandalismo ocurridos en el pueblo y a los incendios, la cantidad aumenta.
Bracegirdle rodeó la mesa. Maisie lo observaba con curiosidad, porque con aquel movimiento el hombre había puesto un mueble de gran tamaño de distancia entre ambos al mencionar los problemas ocurridos en el pueblo.
—No sé mucho sobre lo que ocurre en el pueblo.
—Ah, pensé que vivía usted en el pueblo, señor Bracegirdle.
—Y vivo, pero no sé nada de los incendios. —Se encogió de hombros—. Ojo, lo que ocurrió en casa de Fred Yeoman la otra noche fue un accidente. El muy idiota estuvo esparciendo las cenizas y lo provocó él mismo.
Maisie sabía que no iba a sacar gran cosa de aquella conversación, pero quería presionar al capataz un poco más.
—¿Se acuerda del bombardeo del dirigible?
—Una cosa así no se olvida.
—No, no me extraña. Según tengo entendido, el panadero y su familia murieron cuando una bomba cayó en su tienda, puesto que vivían encima de esta.
—Así es.
—Y no se ha vuelto a construir en el terreno. Ni siquiera han

levantado un monumento conmemorativo.

El hombre se encogió de hombros otra vez.

—Es mejor dejarlo como está. Ellos están enterrados en el cementerio.

—Lo sé, pero pensé que…

Bracegirdle miró el reloj de la pared que tenía detrás.

—Bueno, no tengo tiempo para quedarme aquí de charla, tengo trabajo. Si no se le ofrece nada más, señorita…

—Sí, claro —dijo Maisie levantándose y sacudiéndose el polvo de la parte de atrás de la falda—. Gracias por recibirme.

El hombre hizo un pequeño gesto de asentimiento y se dio la vuelta para salir por la puerta que comunicaba con la fábrica.

MAISIE ACABABA DE confirmar la impresión que le había dado Sandermere, un derrochador cautivado por el placer de gastar y la atención que acompaña a la impresión de poseer una riqueza considerable. Le gustaba gastar dinero. Le gustaba ser un hombre de negocios y tierras, que carecía de habilidades en ambos aspectos y de alguien que lo aconsejara bien, si se hubiera parado a escuchar. No le cabía la menor duda de su sospecha, como le había dicho a James Compton, de que Sandermere estaba estafando a la compañía de seguros. Probablemente le habrían pagado por el incendio de las cuadras y por los daños en la fábrica de ladrillos. ¿Y qué pasaba con los artículos que habían desaparecido cuando entraron a robar en la mansión? ¿Habría reclamado ya a la aseguradora? Había un informe policial, aunque los sospechosos seguramente estarían ya en libertad a esas alturas, por lo que tardaría un tiempo en recibir el dinero. ¿Hasta dónde llegaría su grado de desesperación? Tenía la sensación de que la debilidad de aquel hombre era similar a la de esas personas que no eran conscientes de sus límites con el alcohol, solo que Sandermere era adicto al dinero y, en particular, a la emoción del despilfarro y la atención que le granjeaba su comportamiento. Si no tuviera nada, sería como el adicto al que privan de su droga. ¿Cuál sería su siguiente movimiento? ¿Sería posible que su deseo de atención, que en opinión de Maisie podría ser la raíz de los defectos de su carácter, lo llevaría a provocar incendios, a la piromanía? ¿O serían otros aspectos de su vida los que sufrirían un descalabro por su falta de control?

Se sacudió la parte trasera de la falda antes de sentarse en el coche y salió de la fábrica en dirección a la granja donde estaban trabajando Billy y su familia. Sacó su mochila, en la que había metido un termo de té caliente, cerró el coche con llave y echó a andar hacia las plantaciones siguiendo el sonido de voces a lo lejos, como un perro

que husmea un rastro. Ya habían recogido el lúpulo de las plantaciones, que presentaban un aspecto desolador. Donde antes había altas y abundantes matas verdes, un centenar de trabajadores trabajando sin parar y el ruido de las conversaciones, las risas y las canciones flotaba en el aire, la tierra parecía vacía de repente, presentes solo los restos fantasmales tras la cosecha. El terreno presentaba una suave pendiente más adelante y pasada esta, a un lado, había una fuente a la que se acercaba la gente a llenar una botella o un hervidor, o a lavarle la rodilla a un niño que se había caído jugando. Le sorprendió encontrar al caballo de Sandermere pastando al borde del camino y pensó que quizá su dueño había parado a beber. Pero al llegar a lo alto de la pendiente, oyó un grito al tiempo que veía a Sandermere agarrar a Paishey Webb por el brazo y atraerla hacia él. Al principio, Maisie no podía dar crédito a lo que veían sus ojos o en qué estaría pensando aquel hombre para hacer algo así. Los movimientos parecían suceder a cámara lenta, pero no pasó ni un segundo antes de que la gitana empezara a chillar mientras trataba de liberarse. Le pegó una patada y el pañuelo de la cabeza se le tensó cuando el hombre la agarró del pelo, y a continuación le metió el dedo en el pendiente de aro y tiró de él hacia abajo. La mujer gritó de dolor y lo pateó de nuevo tratando desesperadamente de soltarse.

Maisie no perdió tiempo en correr hacia ellos gritando:

—¡Déjela en paz! ¡Deténgase! —Y alzando la voz aún más—: ¡Socorro! ¡Socorro!

Pero Sandermere no se detuvo, sino que apretó a Paishey contra él como si quisiera besarle el cuello, pese a que la sangre de la oreja herida se le metía en la boca. Otra voz, más fuerte y audible, se unió a la de Maisie. Billy Beale acababa de subir de la plantación a por agua. Soltó el hervidor que iba a llenar y se abalanzó sobre Sandermere para apartarlo de la mujer. Aunque no era el más fuerte, Billy sí era el más rápido y ya estaba lanzando el brazo hacia atrás antes de que a Sandermere le diera tiempo a cerrar el puño. Le rompió la nariz del puñetazo, y la sangre le salpicó la camisa y la cara.

—Cerdo asqueroso, eres un tipo repugnante. Me da igual quién seas. ¡Vete de aquí o te mato! ¡Te juro que te mato, cabrón!

Mientras Sandermere se apartaba tambaleándose, se subía al caballo y se alejaba al galope por el camino agrícola, Maisie tomó en brazos a Paishey. Más gente, lugareños y gitanos, llegaron corriendo desde los campos, atraídos por los gritos y las voces. Webb estaba entre la multitud, apartando a empujones a la gente cuando vio a Maisie y a Billy con su mujer.

—¡Payos! ¿Qué le habéis…?

—Él ha salvado mi honor, Webb —dijo ella—. Déjalos en paz a los

dos —añadió limpiándose con la mano la sangre que le caía de manera abundante por la cara.

Maisie sacó un pañuelo de la mochila, lo empapó de agua en el grifo y se lo puso a Paishey en la oreja.

—Ven a sentarte al borde del camino, deja que le eche un vistazo.

Paishey se dejó acompañar, mientras que Billy le contaba lo ocurrido a su marido. Maisie vio que Webb se daba media vuelta como para ir tras Sandermere, pero Billy lo agarró para impedírselo.

—Sé cómo te sientes, amigo, pero cálmate. Las autoridades se te echarán encima como una tonelada de ladrillos si vas a por él. No puedes ganar. Pasarás entre rejas el resto de tu vida. ¿Y qué será entonces de tu pequeña y de tu esposa?

Webb se llevó las manos a la copa del sombrero y luego las dejó caer a los costados. Se apartó de la gente que se había congregado allí y se puso a gritar a un dios que no parecía oírlo. Fue un grito sonoro y exaltado que brotó no de la garganta, sino del centro de su cuerpo, y que bastó para dispersar a los mirones. Paishey salió corriendo hacia él y Webb la estrechó contra su cuerpo, las uñas blancas de la fuerza con que la abrazaba. Al rato, ella se separó, le tomó la mano y buscó la cicatriz que tenía en la cara interna de la muñeca; levantó su mano, que tenía la misma cicatriz en la muñeca, y la acercó a la de él para juntarlas de nuevo en el punto en el que la sangre de ambos se había unido el día que se casaron.

Billy negó con la cabeza.

—Yo también gritaría si fuera él. Menuda situación, ¿eh, señorita? Lo más probable es que mañana estemos los dos sin trabajo.

Mientras aclaraba la sangre del pañuelo para volver a dárselo a Paishey, Maisie se fijó en que estaba temblando.

—No puedo creer lo que acabo de ver. Es inadmisible que un hombre se comporte de esa forma… Y ¡a plena luz del día!

—Será mejor que no vuelva a ver a este tipo, es lo único que digo.

—Me alegro de que estuvieras aquí, Billy. ¿Te encuentras bien?

El hombre asintió con la cabeza.

—Sabía que podía tirarme al suelo de un buen puñetazo, con la cogorza que llevaba, así que tenía que andar rápido en el uno, dos de toda la vida. Me falta fuerza en estas piernas viejas para pelear con alguien como él. —Se frotó los nudillos que habían chocado con la nariz de Sandermere—. Es una suerte que llegara en ese momento. Doreen se había fijado en que la gitana iba a por agua y cogió el hervidor para ir ella también. Yo sabía lo que se le había pasado por la cabeza: hablar con ella para explicarle por qué no se había parado a charlar y a hacerle monerías a la niña, y se me ocurrió que era mejor que fuera yo. No es que se pueda explicar algo así, pero quería evitar problemas. —Negó con la cabeza—. Y al final me he encontrado con

un problemón.

Paishey se acercó a ellos con Webb, que le tendió la mano a Billy.

—Has protegido el honor de mi mujer. Estoy en deuda contigo.

—No me debes nada, amigo. Tú habrías hecho lo mismo, cualquiera lo habría hecho.

Webb negó con la cabeza.

—No, cualquiera no lo habría hecho. —Miró a su mujer y de nuevo a Billy—. Venir a trabajar es como el odio de la mañana.

Billy frunció el ceño y guardó silencio un momento antes de decir nada, ladeando la cabeza mientras reflexionaba sobre las palabras del otro hombre. Pero acto seguido modificó la expresión y le puso la mano en el hombro.

—Prométeme que no vas a ir a por él. —Y con una sonrisa llena de ironía añadió—: A menos que me lleves contigo.

Webb asintió con la cabeza mientras Maisie extendió el brazo para ayudar a Paishey a limpiarse la sangre de la cara y el cuello.

—La tía Beulah se ocupará de mí. Me curará la oreja.

Maisie se apartó en señal de respeto hacia las costumbres gitanas, aunque tenía curiosidad por saber qué había sucedido antes de que ella llegara al grifo y presenciara el ataque de Sandermere. Le puso una mano en el hombro para evitar que se alejara asustada cuando le preguntara por lo sucedido.

—¿Qué ha ocurrido, Paishey? ¿Qué te dijo Sandermere antes de agredirte?

La mujer bajó la mirada al suelo antes de contestar.

—Yo vine a por agua y el *brojeró*, el jefe, se acercó al grifo cuando yo estaba llenando el hervidor. Me dijo que me apartara para dejarlo beber a él y yo le dije que casi había terminado de llenar el hervidor, y que enseguida me iba. Lo llamé señor en señal de respeto. —Maisie percibió la independencia que desprendía la gitana al hablar—. Entonces levantó el bastón y fue a darme, diciendo que yo no era nada, que él nos habría echado a todos los que damos problemas y que toda la granja es suya, las plantaciones y el grifo y toda el agua que sale de él. Después se me echó encima y llegaste tú. Decía que todo era suyo, yo y todo lo demás, y que por eso cogería lo que quisiera.

—Y el aliento le apestaba, imposible no darse cuenta —añadió Billy—. Había estado dándole a la botella, sin duda. No sé cómo pudo subirse al caballo.

Maisie asintió con la cabeza y dijo que lo mejor era irse de allí y que Beulah se ocupara de la oreja de Paishey. Regresaron caminando juntos al campo de lúpulo, y, una vez allí, Webb y Paishey se unieron a los suyos, recogieron a su niña y se marcharon. Maisie sabía que volverían al claro, lugar que, aunque temporal, representaba la

guarida a la que cualquier animal regresaría cuando lo herían o se sentía amenazado.

BILLY SE DETUVO un momento antes de regresar a la hilera en la que estaba su familia.

—¿Qué piensa de lo sucedido, señorita, ese Sandermere comportándose como un trastornado?

Maisie lo pensó un momento antes de decir nada.

—Ese hombre está perdiendo el suelo sobre el que se sustenta su vida, la tierra que ha pertenecido a su familia durante siglos, y él tiene toda la culpa. Esta hacienda le ha proporcionado cierto estatus para levantarle la moral y, al ver que se le escapa entre los dedos, se aferra a un clavo ardiendo. Y el alcohol le sirve para engrasar su ira. —Calló un momento—. Hay tristeza en él, por despreciable que sea. Un hombre que actúa de un modo tan destructivo es un ser que está herido.

Billy se encogió de hombros.

—Y más herido estará como vuelva a hacer lo de hoy, se lo aseguro. Como he dicho, creo que tendremos suerte si seguimos trabajando aquí mañana. No espero volver a ver esa horrible cara en mi vida. Y me alegro.

Continuaron en silencio un rato. Caminando al lado de Billy hacia el contenedor en el que la familia iba echando el lúpulo cosechado, Maisie le contó que Simon había muerto. Simon le había salvado la vida a Billy en la guerra, un recuerdo que aún se mantenía fresco en la mente del hombre. Movió la cabeza al oírlo.

—Después de todo este tiempo. Caray, señorita, seguía esperando que ocurriera lo contrario, que volviera a ser el de antes de que cayera aquella bomba. —La miró—. ¿Se encuentra bien?

Maisie notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Asintió con la cabeza.

—Sí. No sabría decir si me ha conmocionado o no. Todo este tiempo ha sido como vivir en una falsa alarma constante, y cuando al final le ha llegado el momento de… de irse, no podía creerlo. Es como si la esperanza nos hubiera engañado desde que lo hirieron.

Tras detenerse a hablar, Billy retomó el camino y Maisie lo siguió con la cabeza gacha.

—Se sentirá mejor después del funeral, señorita. Una vez que pasa ese momento, no queda otra que acostumbrarse. Cuando enterramos a nuestra pequeña, lo único que podíamos hacer era recordarla y tratar de seguir adelante, ya sabe, día a día, poniendo un pie detrás del otro. —Calló de nuevo, poco habituado a hablar de sus sentimientos—. A

veces tengo la sensación de que con ese puñado de tierra que echas sobre el ataúd empiezas a llenar no solo el hoyo del suelo, sino también el enorme hueco que queda en tu vida.

Al llegar al contenedor de la familia, con el asentador no lejos de allí, el ajetreo por limpiar de hojas las flores de lúpulo desvió la atención de Maisie. Ella quería haberle preguntado a Billy por qué se había quedado mirando fijamente a Webb mientras hablaban tras el ataque de Sandermere a su mujer, como si algo lo hubiera desconcertado por un momento. Pero, en vez de hacerlo, se puso a quitar hojas a los tallos.

Una vez hecho el recuento, hablaron de los muchachos londinenses que acaban de poner en libertad. Nada más volver al campo, George y su familia habían hecho las maletas y habían regresado a Shoreditch.

—Es una pena —dijo Billy—. Les hacía falta el dinero, y el agricultor no está obligado a pagar el jornal si no te quedas hasta el final de la cosecha. Lástima que no encontraran las fuerzas para quedarse.

Cuando pasaron al asunto del ataque de Sandermere a Paishey Webb, Maisie se planteó si volver a visitar a la tribu ese día. Tenía pensado hacerlo, pero ahora se preguntaba si su presencia no sería mal recibida en un momento como aquel. Se le pasó por la cabeza que el riesgo a las represalias por parte de Sandermere, dueño de la tierra en la que habían instalado el campamento, pudiera haberlos empujado a marcharse de allí, y quería volver a ver a Beulah. De modo que charló un poco más con la familia Beale, y luego se echó la mochila al hombro de nuevo y se alejó a buen paso hacia la colina y el claro del bosque. Si no era bien recibida, se marcharía a toda prisa.

EL LEBREL BAJÓ corriendo colina abajo y la acompañó hasta los carromatos, donde se separó para ir con su dueña. Maisie saludó con la mano al entrar en el claro, aunque al principio no veía más que el contorno difuso de las figuras mientras sus ojos se adaptaban al paso de la brillante luz del sol a la sombra. Beulah levantó la mano también y le indicó con un gesto que se acercara.

—Quería saber cómo estaba Paishey —dijo Maisie sentándose como las otras veces junto a la mujer en el tronco del árbol.

—Estará mejor cuando nos vayamos. Una semana más y nos marcharemos.

—¿Adónde?

—Hacia arriba —respondió antes de señalar con el pulgar hacia el norte, refiriéndose a Londres—. Pasaremos el invierno en el campo común de allí. No hay más trabajo agrícola antes de que acabe el año,

al menos para nosotros.

Maisie asintió con la cabeza.

—¿Qué tal la oreja de la que le arrancaron el pendiente?

Beulah llamó a Paishey, que estaba en cuclillas cortando verdura en un cuenco. Dejó a un lado lo que estaba haciendo y se acercó con presteza.

—Enséñaselo —le ordenó Beulah señalándole la oreja.

Paishey se apartó el pelo negro y le mostró la parte inferior del lóbulo izquierdo recubierto con una pasta verde oscura que había formado costra sobre la piel. Beulah le indicó que se inclinara hacia delante y, cuando lo hizo, la mujer mayor alargó las manos surcadas de venas y retiró la pasta. El lóbulo ya no estaba lívido e hinchado, y tampoco se veía el corte en la carne, sino apenas una línea delgada como un pelo por donde el aro la había rasgado.

—Mañana podrá ponerse el pendiente de nuevo.

Maisie sonrió a Paishey y le tomó la mano.

—¿Y tu corazón?

La joven asintió con la cabeza dándole a entender que estaba bien.

—Tengo a mi Baljisí y a Webb. Si dejara que Webb me viera sufrir por ese borracho, iría a por él, y yo no quiero eso. Nosotros somos buena gente, no queremos problemas.

Y con eso se despidió con la mano y volvió a lo que estaba haciendo.

—La vi en el bosque la semana pasada —dijo Maisie dirigiéndose a Beulah—. Estaba practicando el método zahorí con una horquilla de madera de avellano.

La mujer soltó una risotada.

—Por lo menos sabías que era avellano.

—¿Podría enseñarme?

—No. No puede enseñarse. Puedo decirte cómo hacerlo, pero no puedo enseñarte a sentir, a escuchar a la vara.

—Quiero probar.

Beulah apoyó las manos en las rodillas y se levantó. Maisie la imitó y pensó que la anciana iba a ponerle la mano en el hueco del brazo para sujetarse, pero en su lugar se dirigió bien erguida hacia el carromato y le indicó con un gesto que la siguiera. Metió la mano debajo del carromato y sacó una rama de avellano con forma de horquilla, le quitó las hojas y se dirigió hacia el prado en el que pastaban los caballos. Se detuvo y oteó el prado aspirando el aire de la tarde mientras el sol avanzaba hacia el horizonte, bañando los rastrojos en un resplandor rojo anaranjado. Beulah le entregó la horquilla y apoyó las manos sobre las de su alumna, atendiendo a la rústica herramienta de adivinación.

—Esto es lo que debes sentir cuando algo tira.

—¿Cómo sé qué es lo que busco?

—Tú sabes la respuesta, muchacha —contestó la anciana negando con la cabeza—. Lo sabes todo el tiempo. Está ahí dentro —dijo dándole unos golpecitos en la frente—. Si quieres monedas, te centras en monedas. Si quieres agua, ves agua. Y, si quieres plata, piensas en plata.

Y al pronunciar la palabra «plata» por segunda vez, con un movimiento súbito como un rayo, le quitó el reloj de la solapa de la chaqueta y lo lanzó hacia el prado.

Maisie se agarró la solapa.

—¡No! ¿Por qué ha hecho eso? Podría haber utilizado cualquier otra cosa. ¿Por qué mi reloj?

Bajó la mirada, agarró las dos asas de la horquilla y avanzó.

—Despacio, muchacha, despacio. Deja que la horquilla guíe tus pasos.

Maisie notaba la suave presión de la mano de la anciana en el brazo. No había visto dónde había caído, pero escuchó con los dedos las indicaciones de la vara mientras pensaba en el reloj. Atravesó el prado midiendo cuidadosamente los pasos que daba, y sin levantar la vista supo que los caballos habían dejado de pastar y caminaban despacio hacia ella. Beulah iba detrás de Maisie con su perra. No le ofreció ningún consejo, ni ninguna indicación, solo su presencia como testigo.

Maisie se giró una vez, la tensión de la vara tiraba de ella hacia la izquierda y luego en línea recta. Los caballos estaban más cerca, los oía relinchar con suavidad a su espalda. Se preguntaba por qué Beulah no los espantaba, pero luego pensó que no lo hacía para poner a prueba su capacidad de aislarse de las distracciones. Desde su época de aprendiz con Maurice no había vuelto a recibir clases de formación tan intensas como aquella.

La vara tiró de ella de nuevo hasta el punto de que la tensión puso a prueba su equilibrio. El reloj estaba cerca. De repente, la horquilla apuntó hacia el suelo y la tensión disminuyó. Se arrodilló, apartó los rastrojos y encontró el reloj.

—¡Menos mal! —exclamó llevándoselo al pecho con los ojos cerrados. Después se levantó y se volvió hacia la gitana.

La mujer la observaba sin decir palabra, con los caballos agrupados detrás de ella y la perra a su lado.

—Ya sabes hacerlo. Ya conoces el método zahorí.

—Una lección un poco precipitada, tía Beulah.

La mujer se le acercó con el ceño fruncido y le quitó el reloj. Lo sostuvo en la mano como si quisiera evaluar el peso.

—Deshazte de él.

—¿Por qué? —preguntó Maisie, que retrocedió como si se sintiera

amenazada.

—Este reloj ha estado muy cerca de la muerte. Contiene demasiado dolor para llevarlo tan cerca del corazón. Ya ha cumplido su cometido. Deshazte de él.

—Pero fue un regalo que me hizo alguien muy querido. No puedo… —dejó las palabras a medias y recuperó su reloj.

Beulah la miró con fijeza.

—Sí que puedes. Si sigues aferrándote al tiempo y a eso —dijo señalándolo—, te quedarás en ese tiempo.

Y sin más se dio media vuelta y subió de nuevo la colina espantando a los caballos y elevando los brazos al aire seguida por su perra, que se detuvo solo una vez para volverse a mirar a Maisie.

MÁS TARDE, MAISIE regresó a la posada, donde le dieron la misma habitación que había ocupado la otra vez. Tenía muchas ganas de darse un baño caliente y, cuando lo pidió, comprendió que todo se les hacía poco a los Yeoman con tal de agradarla. Se metió de nuevo en la bañera de hojalata y apoyó la cabeza en el borde mientras dejaba que el vapor penetrara en todos los poros de la piel.

Una carta la esperaba a su llegada a la posada, una escueta nota de Beattie Drummond escrita sin adornos para informarla de que iría en el tren desde Paddock Wood al día siguiente por la mañana y llegaría a la estación de Heronsdene a las nueve en punto. Le preguntaba si podría ir a recogerla, ya que tenía información de interés sobre el caso. A Maisie le pareció que, al decir «el caso», Beattie hablaba como si fuera suyo. No era la primera vez que se encontraba con ese comportamiento, en otros momentos en los que la fuente de información había mostrado un interés exagerado. El entusiasmo de la periodista era la consecuencia directa de su necesidad de recibir elogios por su trabajo, pero Maisie no podía permitir que aquello detuviera sus avances, que bastante entorpecidos sentía… por culpa suya, además.

Después, metida ya en la cama, Maisie repasó lo sucedido ese día y se fijó en que determinados acontecimientos y encuentros pasaban a un primer plano. Estaba el ataque delirante de Sandermere impulsado por el alcohol, su falta de autocontrol. Luego, el momento en que Beulah le había quitado el reloj, el talismán que la había acompañado a la guerra, y lo lanzó a lo lejos. Y la advertencia que le había hecho después: «Contiene demasiado dolor para llevarlo tan cerca del corazón».

Despejó la mente de todos aquellos pensamientos para poder descansar. Lo último que vio antes de quedarse dormida fue a Simon

sentado en su silla de ruedas en la residencia. Se acordó de una vez en que se había acercado a él y le había rodeado los hombros con el brazo, y él apoyó la cabeza en su hombro, junto al cuello. Había un punto en el que el borde de la cicatriz de ella coincidía exactamente con la de él.

13

BEATTIE DRUMMOND SE bajó del tren, llevaba el mismo atuendo de la otra vez, falda azul grisáceo y blusa blanca, y zapatos negros elegantes para ir por la calle y a la vez fuertes para caminar por terreno de granja si fuera necesario. Llevaba también chaqueta a juego con la falda y un maletín marrón con las hebillas rotas, por lo que la solapa iba a su aire. Cogió la chaqueta y el maletín con la mano izquierda al ver a Maisie y levantó el brazo derecho para saludarla.

—¿Qué tal está, señorita Dobbs?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?

Se estrecharon la mano y se dirigieron al coche. La periodista entornó los ojos para protegerse del sol mientras Maisie le abría la puerta del copiloto.

—¿Puedo llamarla Maisie, ya que estamos trabajando en el mismo caso?

Maisie esperó a que Beattie se sentara y entonces se giró hacia ella.

—Por supuesto que puede. Pero, mira, Beattie… —Había llegado el momento de marcar los límites entre su trabajo y el de la periodista—. Te agradezco la información que tienes para mí, y pienso cumplir mi palabra de que serás la primera en enterarte si descubro algo que pueda considerarse una exclusiva periodística, pero yo solo tengo un ayudante.

—Al no verlo contigo ahora pensé que a lo mejor necesitabas ayuda con el trabajo de campo —respondió la otra con firmeza.

Maisie negó con la cabeza.

—Pero es que él está aquí ahora. Y he comprobado que avanzo más sola, o con mi ayudante ocupándose de otros aspectos de un caso, que en tándem conmigo. —Hizo una pausa para que lo que iba a decir tuviera un efecto más potente—. Y ahora mismo estoy investigando acontecimientos que despertaron tu interés hace ya tiempo, no es lo que yo llamaría un «caso», o no como tú crees.

—Oh, claro que lo es. Estás olfateando como un lebrel siguiendo un rastro, y yo quiero estar ahí cuando des con el culpable.

—Pues si quieres que me ocupe de mis obligaciones con eficacia, debes regresar a Maidstone cuando terminemos de conversar y dejarme hacer mi trabajo. Ten la seguridad de que voy a cumplir lo que te he prometido.

Beattie Drummond se miró las manos con las que se aferraba a la parte superior del maletín.

—Tengo tantas ganas de salir de aquí. Quiero que un periódico me tome en serio y no tener que volver a otro festival escolar.

—Ya lo sé, Beattie, y te doy mi palabra de que tendrás tu exclusiva.

La periodista asintió con la cabeza.

—¿Podemos hablar en algún sitio?

Maisie arrancó el coche y salió despacio de la estación. Se detuvo junto a un terreno, metió la mano debajo del asiento, y sacó una manta y una bolsa con un termo y dos vasos.

—Vamos a tomar una taza de té.

Extendieron la manta en un punto desde el que se observaba el puzle de prados ondulantes y bosques antiguos que constituían la señal de identidad del Weald de Kent. Se sentaron cada una con una taza a estudiar lo que había descubierto Beattie.

—He hecho una lista con siete casas donde se han producido varios incendios. Ha habido al menos tres más según mis datos, pero no tengo los detalles concretos. Como ves, tienen lugar todos los años en la misma época, más o menos. Aquí tienes los apellidos, aunque solo el del dueño de la casa y su esposa, no están los nombres de todos los hijos, salvo en un caso.

—¿Cuál?

Beattie se inclinó hacia delante sin soltar la taza humeante.

—Phyllis Mansell, ahora Phyllis Wheeler. Vive en casa de sus padres con su marido, aunque tienen dos niños y un bebé recién nacido. La última vez que vine al pueblo para algo del periódico estaba a punto de parir. El caso es que se supone que era muy amiga de la chica que murió, Anna Martin.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Husmeando. Preguntando para que, si da la casualidad de que aparezca una investigadora privada, lo tenga más fácil.

Maisie enarcó una ceja y sonrió, tomándose el comentario como una broma y no como una demostración de amargo rencor.

—Te lo agradezco mucho. ¿Sabes algo más sobre la familia Martin? ¿Cuánto tiempo llevaban viviendo aquí?

—Varios años. Los padres habían estado en Londres y luego vinieron a Kent porque Anna tenía problemas respiratorios. Pensaron que sacarla de aquella densa niebla sería lo mejor. Imagínate: «Vamos al campo a respirar polvo y polen».

El comentario parecía una burla a las últimas campañas publicitarias del Gobierno que buscaban invitar a la gente a ir de excursión al campo para mejorar la salud y combatir las enfermedades. Sin embargo, le intrigó que hubiera imitado un acento con aquella forma de alargar las vocales y adoptar un tono cantarín.

—¿Por qué hablas así?

—Bueno, es que los Martin eran holandeses.

—¿Holandeses?

—Bueno, los padres, o algo así.

—De modo que el apellido original sería Maarten —comentó Maisie mirando hacia lo lejos e imaginando el nombre escrito—. Por lo que los nombres serían Jacob y Bettin.

—Y Willem.

—Ah, sí, claro.

Maisie estaba pensando en la descripción que le había hecho el señor Carter del pastelero de Heronsdene y en que la señora Crawford siempre le hacía los pedidos a él, porque era el mejor. Pero no había mencionado que la familia procediera de los Países Bajos.

—¿Crees que tenían un acento reconocible?

—No lo creo, aunque tengo entendido que hablaban holandés en casa. Una vez tuve una amiga que hablaba cinco o seis idiomas. Le gustaba viajar y me decía: «Nadie habla mi idioma, por eso tengo que hablar los idiomas de los demás si quiero que me entiendan».

Maisie pensó en los hijos de Priscilla y lo único que se le ocurrió decir fue:

—Entiendo.

—En cualquier caso, comprobarás que Phyllis se muestra reticente a hablar de su amiga, créeme. Intenté abordarla para charlar un poco en mitad de la carrera de las tortitas, un martes de Carnaval. No dijo ni mu.

—Intentaré averiguar qué piensa sobre los incendios.

—Dudo que pueda decirte mucho. Estaba husmeando por ahí, pensando en escribir una especie de carta en memoria de los fallecidos en el bombardeo del dirigible cuando se cumplieron diez años de lo sucedido. Nadie quería pensar en ello, hablar de ello o recordarlo de cualquier otra manera. Así que descarté la idea, igual que muchas otras anteriores. —Suspiró—. Da igual. Aquí tienes la dirección del reverendo Staples. Era el párroco del pueblo. Como ves, ahora vive en Hawkhurst, en Easter Cottage, bajando por la calle de la iglesia de St. Laurence, situada en la parte antigua del pueblo, en lo alto de la colina. No es el párroco, pero cuesta olvidar las viejas costumbres; seguro que no se duerme si no oye el estruendo del reloj de la iglesia toda la noche. ¿Necesitas que te indique cómo ir?

—Si no te importa, te lo agradecería.

—Es un buen tipo en realidad, con un gusto especial por la música de cámara. De hecho, cuando era párroco formó un cuarteto en el pueblo —añadió Beattie mientras anotaba cómo llegar en el papel que había preparado para Maisie.

Maisie dobló la hoja y la guardó en el maletín negro que había

sacado del coche.

—Has sido muy amable y me has ayudado mucho, Beattie. —Guardó silencio un momento y pasados unos segundos le puso la mano en el hombro a la periodista—. Vas a tener una oportunidad, te lo prometo. En cuanto tenga algo concreto, te avisaré. Te doy mi palabra.

Beattie asintió con la cabeza y consultó el reloj de pulsera.

—Bueno, aquí no vamos a resolver nada, ¿no te parece? —Miró a Maisie y añadió—: ¿Qué ha pasado con ese reloj de enfermera tan bonito que llevabas la última vez?

Maisie se encogió de hombros.

—Se me ha olvidado ponérmelo. Tendré que guiarme por el sol.

De vuelta al coche, Beattie expresó su enfado por no haber estado cuando la policía soltó a los dos chicos londinenses.

—Pensé que podría entrevistarlos con su familia entre los demás temporeros del lúpulo e incluir algún que otro fragmento para darle color local. No veas si se dieron prisa en irse cuando los soltaron.

—Los padres querían regresar a Londres y retomar su trabajo antes de que la noticia se filtrara para que no perdieran el puesto de aprendiz que tenía cada uno —explicó Maisie al incorporarse a la carretera.

Siguieron charlando de temas menos trascendentales mientras se dirigían a la estación para que Beattie pudiera coger el tren a Tunbridge y enlazar con el que iba a Maidstone. Cuando esta se bajó del coche, Maisie se inclinó hacia la ventanilla del copiloto.

—Beattie, una amiga me dio un buen consejo ayer. Me dijo que, si quería encontrar plata, tenía que pensar en plata. No veo por qué no podría aplicarse a tu situación. Si quieres triunfar, tienes que verlo con toda la intensidad que puedas. —Y se dio unos golpecitos en la cabeza.

Beattie frunció el ceño y sonrió.

—Entiendo. Tengo que imaginarme sentada en la mesa del jefe.

—No —contestó Maisie negando con la cabeza—. Tienes que verte en uno de esos periódicos importantes. Piensa en plata, Beattie.

MAISIE FUE DIRECTAMENTE a Hawkhurst desde la estación, lo que la obligó a atravesar pueblos resplandecientes en el momento central de sus correspondientes cosechas, todas ellas coloridas en su amplia variedad. Vio los huertos de manzanos listos casi para la recolección, cuajados de frutos dulces de color anaranjado tirando a rojo, y otros de las variedades ácidas que se usaban para hacer tartas. Se detuvo junto a uno de manzanas de piel mate por la herrumbre superficial y,

sin quitar el contacto, se coló por la cerca, cogió una, volvió al coche y se alejó antes de que la pillaran.

Entró en Hawkhurst y se dirigió hacia la parte antigua, pasando por delante del espacio común, la escuela y la iglesia, y aparcó fuera de Easter Cottage. Se colocó la chaqueta, se alisó la falda de lino que había elegido ese día y se puso un sombrero de paja de ala ancha, decorado con una banda morada. Metió unas cuantas fichas para tomar notas en el bolso, ya que no quería usar el maletín para resultar menos intimidante y formal. Cerró con llave el coche y subió por el sendero de entrada hasta la puerta. Al llegar, llamó al timbre.

El párroco le abrió la puerta al tiempo que decía en voz alta a su mujer:

—No te preocupes, Jane, ya abro yo. —Y volviéndose hacia Maisie —: ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Reverendo Staples? Me llamo Maisie Dobbs. —Hizo una pausa para entregarle su tarjeta de visita—. Trabajo para la empresa que quiere adquirir un terreno bastante amplio de la hacienda de Alfred Sandermere en Heronsdene, así como la fábrica de ladrillos.

El párroco, que seguía llevando alzacuellos con una chaqueta tejida de color marrón con los codos remendados, frunció el ceño al ver la tarjeta.

—Lo siento, pero no veo en qué…

—Llevo a cabo un informe sobre la historia reciente del pueblo, un factor que el comprador siempre tiene en cuenta, ya que un negocio local forma parte de la comunidad. Dada la cercana relación que tiene usted con el pueblo, he pensado que sería una buena idea preguntarle qué piensa sobre algunos puntos.

El hombre se hizo a un lado y extendiendo la mano izquierda la invitó a entrar.

—Por supuesto. Pase.

Cerró la puerta. Una mujer salió de la salita, en la que Maisie vio unas puertas cristaleras que daban al jardín, con muebles de hierro forjado pintados de blanco en el césped. La mujer tenía el pelo gris rizado de permanente y el aspecto de la mujer del párroco típica vestida con una sencilla rebeca de punto, falda a media pierna y collar de perlas en el cuello.

—Mira, Jane, esta es la señorita Dobbs. Representa a la empresa que está comprando gran parte de la hacienda de Sandermere. Quiere saber un poco más sobre el pueblo.

La mujer entrelazó las manos delante de la cintura.

—Me alegra oírlo. Hace falta alguien que dirija la fábrica de ladrillos como es debido y que piense en lo que más le conviene al pueblo en un negocio que da empleo a la mayoría de los hombres que viven en él. —Guardó silencio y sonrió—. ¿Quieres que os lleve un té

al estudio, querido?

El párroco respondió que estaría muy bien y Maisie sospechó que la señora Staples había pasado gran parte de su vida de casada preparando el té para las personas que iban a visitar a su marido.

El reverendo Staples la condujo a su estudio y le indicó con la mano una silla mientras cerraba la puerta.

—Siéntese, por favor.

Una vez más, Maisie se encontró sentada en el lado de las visitas de una mesa que sería más apropiada para una habitación el triple de grande. La resma de papel en blanco a un lado de la alfombrilla de papel secante y varias cuartillas con notas garabateadas al otro daban la impresión de que el párroco estaba trabajando en algún tipo de manuscrito.

—¿Es usted escritor, reverendo?

El hombre quitó importancia al comentario con un gesto de la mano y a continuación empujó los papeles a un lado con el brazo.

—Se me ocurrió que podría hacerlo. Llevo un tiempo trabajando en una especie de autobiografía, recuerdos de mis días de párroco rural. Se me ocurrió la idea de combinar anécdotas ocurrentes con un tratado sobre la labor pastoral en una pequeña parroquia. Sin embargo, he descubierto que no nací para escribir y que esas pequeñas escenas de humor rural no pasan la prueba del tiempo. Pero intentarlo te da la impresión de que estás haciendo algo y mitiga la culpa que te acompaña cuando sales a dar un paseo a ver el críquet.

Maisie sonrió. Le alegraba que la conversación se hubiera relajado, un ambiente mucho más propicio para el interrogatorio que quería llevar a cabo.

—Creo que es mejor que vaya al grano. A mi cliente le preocupan los delitos menores que han tenido lugar en Heronsdene en los últimos diez años, incluida una serie de incendios. ¿Tiene usted…? —Se detuvo buscando la palabra adecuada—. ¿Tiene usted conocimiento de algo que pueda arrojar luz sobre la causa de dichos ataques vandálicos? Me gustaría añadir que el asunto de los incendios, que parecen tener lugar todos los años, resulta especialmente preocupante.

El cura se metió el dedo por debajo del alzacuellos y se frotó el mentón. «Se mete el dedo por debajo del cuello», pensó Maisie recordando la descripción que le había hecho Maurice de Sandermere. La puerta se abrió en ese momento y la mujer del cura entró con el té. Comentó algo sobre el jardín mientras lo servía y les entregaba una taza a cada uno, primero a Maisie y después a su marido, que parecía aliviado por la interrupción.

Cuando la mujer salió y cerró la puerta, Maisie repitió la pregunta.

—¿Qué piensa usted sobre los actos de vandalismo, señor?

—He oído hablar sobre los delitos menores, como los llama usted.

Sin duda sabrá que la mayor parte de esos incidentes ocurrieron cuando yo ya no era el párroco, por lo que no puedo decir que esté al tanto de lo que ocurre en el pueblo. Sí parece que dichos actos coinciden con la época de la recogida del lúpulo y no habría que pasar por alto dicha coincidencia. Diabluras de los muchachos de Londres en particular.

—¿Y los incendios?

Al párroco se le enrojecieron las mejillas de nuevo.

—Sí, los incendios. Estoy seguro de que, a ojos de alguien de fuera, los incendios podrían parecer sospechosos, por ocurrir en la misma época del año. Sin embargo, no deben hacer una montaña de un grano de arena. Es una época muy ajetreada. La gente se pasa el día trabajando en el campo. Cuando no es en las plantaciones de lúpulo, siempre hay que realizar una segunda trilla de la paja, luego hay que recoger las manzanas y las peras, recogida que va a continuación de la de las frutas de verano, las fresas, las cerezas, las grosellas negras, por lo que los trabajadores están cansados, les duele todo el cuerpo de trabajar y cometen errores. Una chimenea prende porque se echan muchos troncos para calentar más agua, una sartén se incendia en la cocina porque alguien se ha quedado dormido o se deja olvidada una lámpara de queroseno… Nadie en el pueblo cuenta con electricidad, señorita.

—¿Así que achaca usted diez o más incendios, normalmente en esta época del año, a accidentes domésticos?

Staples se echó hacia delante y comenzó a doblar el borde de una hoja de papel, primero un pliegue, después otro hasta dar forma triangular a la hoja. El hombre habló mientras tenía las manos ocupadas.

—Sí, señorita Dobbs. Si se ponen todos seguidos en una lista cuesta creerlo, pero Heronsdene es una comunidad rural, que cuenta además con una fábrica. La gente está familiarizada con los accidentes. Se los toman como algo natural y se ayudan los unos a los otros. Forman una comunidad muy unida, como sin duda habrá podido comprobar. Es de agradecer que nadie haya resultado herido.

—Hace unas semanas un incendio estuvo a punto de acabar con la vida de los cazadores de Sandermere.

—Habría que echar un vistazo a ese incendio entonces.

—Ya lo he hecho.

—No me cabe duda.

Maisie sonrió tratando de que el hombre se ablandara antes de preguntarle algo que sabía que le iba a costar responder.

—¿Podría hablarme de la familia Martin?

Se rascó la oreja derecha y después cogió la taza que aún no había probado.

—Por supuesto. Muy buena gente. Iban a la iglesia. Una familia de músicos: la señora Martin tocaba el órgano de la iglesia, Anna era pianista y Jacob tocaba el violín bastante bien.

—¿El violín?

—Sí, una trágica pérdida lo de aquel dirigible.

—Y que lo diga. Se encontraba usted en el pueblo cuando tuvo lugar aquel suceso, ¿verdad?

El hombre carraspeó antes de hablar.

—Acababa de regresar de Londres ese mismo día. Tenía asuntos que atender en el arzobispado, en Westminster. Ya de paso, me ocupé de un encargo que me había hecho Jacob Martin.

—¿Qué clase de encargo?

—Varias semanas antes me había dicho que había tenido que llevar el violín a reparar al taller de un experto en Denmark Street. Era un hombre muy ocupado, por lo que, cuando vi que tenía que ir a Londres, me ofrecí a recoger el instrumento. Llegué a media tarde y no tuve oportunidad de devolvérselo antes del bombardeo.

—¿Aún tiene el violín?

Él hombre negó con la cabeza.

—Por desgracia, no. Se lo llevaron de la rectoría de Heronsdene.

—Creía que había dicho que los delitos menores empezaron a suceder después de que se fuera usted.

El párroco sorteó la pregunta.

—Lo más seguro es que los ladrones fueran unos chicos de Londres sin experiencia. Si no hubieran sido tan bisoños, habrían sabido que los artículos que se llevaron (el violín, un reloj pequeño y una horquilla para tostar en la chimenea) no valían prácticamente nada. Había objetos más valiosos en una vitrina que ni siquiera tocaron.

—¿Chicos de Londres? ¿De modo que el robo tuvo lugar en la época del lúpulo?

—Sí. Como ya le he dicho, si algo raro tiene que pasar, lo hará en la época de la recogida.

—¿Qué dijo la policía?

Él negó con la cabeza.

—No llamamos a la policía. No hay comisaría en el pueblo, de manera que la policía tiene que recorrer cierta distancia para ir hasta allí, y, al ver que se trataba de algo menor y no de una gran pérdida, pensamos que era mejor no decir nada y que Dios se encargara de juzgar a los ladrones.

Maisie iba a decir algo, pero en ese momento llamaron suavemente a la puerta y Jane Staples entró en el estudio.

—Lamento mucho interrumpir, señorita Dobbs. —Y volviéndose hacia su marido añadió—: Te llaman por teléfono. Es del obispado.

—Ay, Dios mío —dijo Staples levantándose—. Discúlpeme, señorita

Dobbs. Tendremos que ir dando la conversación por terminada. No puedo dejar al obispo esperando, y, entre usted y yo, habla mucho.

—Gracias por haberme recibido, reverendo Staples.

La mujer la acompañó a la puerta mientras el párroco se dirigía hacia la salita de estar.

Maisie regresó al coche, condujo hasta la taberna y aparcó cerca. Regresó caminando hacia Easter Cottage con cuidado de no ser vista, y rodeó la casa y los jardines antes de regresar de nuevo al coche. Al pasar junto a la taberna, escapó del interior un calor con olor a cerveza junto con unos cuantos parroquianos que salían del interior, pues ya no servían más alcohol a esas horas. Tenía sed, ya que no había tomado más que un sorbito de té, y casi podía notar el sabor intenso del lúpulo y la cebada en la lengua. Se incorporó a la carretera, condujo en dirección a la galería de tiendas pintadas de blanco de Hawkhurst y compró un refresco para aplacar la sed. Permaneció un rato sentada reflexionando sobre por qué habría de mentirle un clérigo, porque, tal como sospechaba, no había conexión telefónica en Easter Cottage.

MAISIE REGRESÓ A Heronsdene a media tarde. Quedaban varias horas de luz, por lo que no había tiempo que perder meditando. Tenía cosas que hacer. Conversó por encima con Fred Yeoman y después subió a su habitación a cambiarse de ropa. Se puso la falda de caminar y los zapatos de piel con cordones. Había estado en Hawkhurst lo justo para tomarse el refresco y rellenar con anotaciones varias fichas que guardó después en el maletín. Metió varias fichas en blanco en la mochila, junto con los prismáticos y la navaja Victorinox, y alargó la mano por encima del tocador para coger el reloj de enfermera, pero se detuvo. Dejó la mano suspendida sobre el reloj unos instantes y al final lo cogió, pero lo guardó en el bolsillo delantero de la mochila en vez de prendérselo en la solapa, junto al corazón. Seguiría el consejo de Beulah, pero aun así necesitaba saber la hora.

Dejó el coche aparcado en la posada y echó a andar, unos tres kilómetros, hasta el árbol en el que los dos chicos londinenses pensaron que encontrarían un par de castañas bien duras que les hicieran ganar a los otros muchachos en el juego de golpear las castañas. Pero, en vez de castañas, se encontraron con varios artículos de plata y una semana en el calabozo.

Maisie caminó por un sendero entre los árboles, buscando en primer lugar una herramienta en concreto: una rama fina de castaño que pudiera cortar justo debajo de donde se abría formando la horquilla para le sirviera para detectar objetos. Se puso de puntillas para

agarrar la rama que le pareció que merecía la pena y echó las hojas hacia atrás para ver mejor el diámetro de la rama aún verde. Soltó la rama, sacó la navaja, buscó la hoja más adecuada y agarró la rama de nuevo. Cortó las gruesas fibras hasta conseguir el trozo que buscaba. Le quitó las hojas, lo agarró con ambas manos y sonrió. Ahora ya solo tenía que pensar en plata.

Había identificado dos lugares donde podrían haber escondido o enterrado la plata. El primero, en la parte baja, junto al río; era menos atractivo, pero tenía que registrar la zona para asegurarse de hacer una investigación lo más exhaustiva posible. Porque Beattie Drummond tenía razón: era una investigación, tan importante como cualquier otro caso en los que había trabajado antes. Avanzó y luego volvió sobre sus pasos por el bosque y subió hacia el castaño. Ocultó la mochila detrás para no ir cargada y luego cerró los ojos e imaginó una colección de objetos de plata: cucharas, copas, fuentes, teteras, calientaplatos. Cogió la rama de avellano, con la horquilla mirando hacia el bosque que tenía delante y se puso en marcha.

Las ramas bajas le rozaban la cara y los matorrales entorpecían su avance, pero Maisie trataba de concentrarse en la tensión de la vara. Sabía que la imagen de la plata se estaba empañando, como si la cubriera un manto de incredulidad y cualquier poder adivinatorio que hubiera presumido tener se estuviera alejando, al igual que el agua retrocede tras acariciar la orilla con la fuerza de la marea. Siguiendo la dirección de la vara, se acercó al río. Le sudaba la frente y sentía la tensión en los brazos.

—¡Aquí no voy a encontrar nada! —exclamó dejándose caer junto al río.

Dejó la rama de avellano en el regazo y contempló cómo el agua subía y se filtraba entre las raíces de un viejo roble, arremolinándose, horadando el barro y dejando a la vista las capas de los distintos estratos en su serpenteo. Maisie suspiró. El agua la calmaba, la animaba a ir al segundo punto, donde las sombras del atardecer inminente ocultarían su presencia. Se levantó, se sacudió la falda, que a esas alturas necesitaba ya una limpieza, y echó un último vistazo a la corriente de agua antes de darse la vuelta. Pero algo la detuvo, algo que vio por el rabillo del ojo la obligó a detenerse, a esperar, a observar los alrededores una vez más.

Las ramas de los árboles pendían sobre la corriente y los matorrales eran de un profundo color verde, con helechos y campanillas cubriendo el terreno de turba. Más cerca del agua, el aroma embriagador del ajo de oso ponía a prueba sus sentidos mientras miraba a un lado y a otro. Entonces vio varias, cuatro o cinco, latas viejas y oxidadas de cinco litros ocultas entre el verde y el marrón de la espesura boscosa. Las habían tirado a poco más de un metro de la

orilla, no con descuido, pero sí apresuradamente, o de lo contrario no las habría encontrado. Habían manipulado los helechos para disimular las latas oxidadas lo máximo posible. Maisie se arrodilló y desenroscó el tapón de una de ellas, erizándose al notar el roce de metal contra metal. Estaba claro que las latas contenían queroseno, un líquido altamente inflamable.

Maisie extendió los helechos de nuevo sobre el hallazgo y abandonó el bosque, preguntándose quién habría utilizado el líquido. Se le pasó por la cabeza que el motivo hubiera sido algo inocente, deshacerse de unas latas vacías sin ningún cuidado tal vez. Pero una lata de queroseno era algo útil, no algo que se tira a la basura. Se preguntó si habrían utilizado el líquido para iniciar un fuego en la propiedad de Sandermere. Puede que también para los incendios que habían tenido lugar en el pueblo. Y, aun así, cada uno de aquellos fuegos era demasiado pequeño para haber utilizado una sustancia tan inflamable como aquella.

Abandonó el bosque y regresó al castaño a recoger la mochila. Aún hacía calor y había demasiada luz para hacer nada más, de modo que continuó caminando por la carretera en busca de un sitio donde sentarse a completar sus notas. Consultó el reloj y se le ocurrió que una buena manera de aprovechar que aún era de día era pasar a visitar a una o dos de las personas que habían sido víctimas de un incendio provocado, o sencillamente accidentes violentos, en los últimos años. Encontró un tronco a un lado de la carretera, al que habían cortado la copa y las ramas para dejar un agradable asiento para el paseante o para alguien que quisiera detenerse a descansar un rato.

Cuando se sentó y contempló el terreno que se extendía ante ella, se dio cuenta de que desde el lugar que había elegido se veía más allá del muro que rodeaba la propiedad de Sandermere, y que llegaba hasta la casa y las cuadras. Una suave loma se elevaba a la derecha y, siguiendo la vista a lo largo de la propiedad vio a Webb, al que identificó gracias a su sombrero de ala ancha, de pie en lo alto de la loma, observando la casa de Alfred Sandermere. Permaneció inmóvil un momento, como hipnotizado por la mansión. Luego dio media vuelta y se marchó.

14

AL PENSARLO MEJOR, Maisie decidió que era preferible visitar a las víctimas de los incendios «accidentales» en las horas centrales del día en vez de llamar a la puerta a la caída de la tarde. En un pueblo pequeño como aquel, la noticia de su presencia sin duda se extendería a gran velocidad de casa en casa, de boca en boca, como un abejorro que revolotea de flor en flor, aunque en ese caso concreto el trabajo que tenía entre manos no tendría como resultado una miel dulce.

Y, a pesar de sentirse tentada a ir al campamento gitano atraída por la música y el baile que seguía ardiendo en su interior, sabía que el ataque de Sandermere a Paishey había cubierto a la tribu con un manto de melancolía, y su estancia temporal en Heronsdene estaba sumida en el silencio. Hasta donde ella sabía, nadie había visto a Sandermere desde el incidente. Se sentía tentada también de ir a ver a la familia Beale y al resto de londinenses, consciente de que estarían preparando la cena en las cocinas y que después se sentarían alrededor de la lumbre a contar historias, a recordar temporadas pasadas de la cosecha del lúpulo y a hablar, ahora que solo quedaba ya una semana para el final de la temporada, sobre la vuelta a la ciudad y a la niebla. Pero se quedó en la posada.

El salón de los residentes estaba vacío cuando bajó a cenar, pues los demás huéspedes no habían vuelto aún de sus excursiones por el campo o sus visitas a los pueblos cercanos. Fred Yeoman le sirvió un plato de sustancioso pastel de carne con puré de patata y verduras frescas del huerto, y se quedó a pasar el rato con ella, hablando del tiempo y de la suerte que habían tenido de que solo hubiera llovido uno o dos días en toda la temporada del lúpulo. Pero, a medida que la conversación entre ellos se agotaba y Fred miraba por la ventana antes de empezar a hablar sobre la migración de los patos hacia climas más cálidos, la conversación en la zona general del bar comenzó a subir de volumen.

—Me alegraré cuando se venda la propiedad y todos sepamos qué es lo que está ocurriendo —dijo alguien.

—Una lástima que Sandermere no se vaya también, por lo que a mí respecta. La guerra se llevó al hermano bueno, de eso no hay duda.

—Ya no se puede hacer nada sobre ese tema, Sid. Nos arrebató a veinticinco entre chicos y hombres, la mitad en un solo día, y tampoco

podemos hacer nada al respecto.

Los parroquianos siguieron charlando y hablando de los tiempos pasados, hasta que otro comentario se distinguió con más claridad.

—Respiraremos más tranquilos cuando se hayan ido todos: los de Londres, los gitanos, ¡y la mujer esa! Haciendo preguntas sobre ellos allá abajo. Quiere saber demasiado, pienso yo.

Al principio, Fred Yeoman se quedó paralizado al oír la conversación, pero se apresuró a recoger el plato de Maisie al tiempo que elevaba el tono hasta un punto innecesario en un salón tan pequeño, con la intención clara de que lo oyeran desde el bar.

—¿Le ha gustado la cena, señorita Dobbs? —preguntó y sin esperar respuesta añadió—: Tenemos también una deliciosa tarta de manzana con natillas, hecha esta misma tarde. ¿Le queda hueco para un trozo?

El bar quedó en silencio, como si todo Heronsdene estuviera esperando para saber si Maisie Dobbs, la londinense, quería tarta recién hecha o no.

Negó con la cabeza al tiempo que inflaba los carrillos.

—Voy a explotar, Fred, gracias. Dile a Mary que ha sido el mejor pastel de carne que he comido en mi vida, sin excepción.

—Muy bien, señorita. ¿Puedo ofrecerle alguna otra cosa? Supongo que querrá acostarse pronto, con lo ocupada que está. ¿Cree que terminará pronto?

—¿Te refieres al informe para los compradores? Me atrevería a decir que sí, Fred.

Y sin más abandonó el salón de los huéspedes. Oyó que el zumbido de la conversación se elevaba en el bar de nuevo mientras subía por la estrecha escalera, aunque ya no escuchó ninguna otra referencia clara a «la mujer esa».

Ya en su habitación, Maisie releyó la postal que había recibido un rato antes. Era de Priscilla, confirmando que el entierro de Simon tendría lugar en dos días, y que tenían que verse para cerrar algunos detalles. Maisie negó con la cabeza, porque su amiga, como siempre, no había podido evitar dar su opinión sobre cómo debería viajar, sugiriéndole que fuera en tren para no cansarse tanto antes del largo y difícil día que le esperaba. Pero un asunto de trabajo en la ciudad, unido al hecho de que no podía ausentarse demasiado tiempo de Heronsdene, significaba que tendría que ir y volver en coche, pese a la extenuación que sentía cada vez que pensaba en el funeral.

Avanzó en el mapa del caso un poco más y apuntó varios puntos que había recogido, pero aún no había tenido oportunidad de añadirlos. Con sus lápices de colores, unió palabras, rodeó con un círculo un nombre y lo unió con una línea a otro nombre mientras formaba conexiones, para borrarlas después y volver a formarlas. Si Billy estuviera con ella en su oficina de Fitzroy Square, habría

sonreído. Y después la hubiera mirado y habría dicho:

—Lo sabía desde el principio, ¿a que sí, señorita?

Y ella habría respondido:

—Pero aún queda mucho por hacer, Billy, quedan más piezas que poner en su sitio.

Enrolló el mapa y lo metió en su bolsa, sabiendo que casi había terminado su trabajo allí, aunque no del todo. Seguía teniendo preguntas y, por sus años de formación junto a Maurice, sabía bien que solo una podía conducir a muchas respuestas, y que cada una de ellas formaba parte de la historia. Al día siguiente descubriría más hilos que se entretejerían para construir la imagen que estaba formando.

Maisie le dio vueltas a la imagen de los hilos entretejiéndose cuando se metió en la cama. Pensó en Marta, su profesora de tapices, y en el hecho de que usara un nombre que negaba sus orígenes, le negaba el color y la textura de las personas. Se había convertido en Jones, un apellido que había elegido su padre, como una capa con la que cubrir un vestido demasiado chillón. Se había convertido en Jones para encajar, envolviendo su verdadero legado en el nombre de otra persona.

A LA MAÑANA siguiente, la primera parada de Maisie fue en un pequeño adosado cerca de la escuela. Los señores Pendle vivían allí solos, aunque Maisie se imaginó que el hombre estaría trabajando cuando fue a verlos. Solo tuvo que llamar una vez y le abrió la puerta una mujer de sesenta y pocos vestida con una falda gris, una rebeca azul y una bata de flores sin mangas ceñida con un cordón en la cintura. Llevaba unos calcetines de punto que se le quedaban arremolinados alrededor de los tobillos y zapatos negros con cordones. Se había recogido el pelo en un moño tan apretado que parecía que le tiraba de los ojos. Tenía un plumero en la mano. Le recordó a las mujeres que trabajaban en la cafetería informal de Oxford Street a la que iba a veces. Aquellas mujeres te llamaban cariño mientras te limpiaban la mesa, levantando la taza y el platillo sin importarles que aún no hubieras terminado de comerte la tostada mientras iban a lo suyo, limpiando, recogiendo y criticando entre dientes lo sucias que dejaban las mesas algunas personas.

—¿Señora Pendle?

—¿Sí? —dijo la mujer frunciendo el ceño.

—Me llamo Maisie Dobbs. Represento a la empresa que está negociando la compra de gran parte de la propiedad de Sandermere. Al comprador le interesa saber algo más sobre Heronsdene, puesto que

muchos de los hombres del pueblo trabajan en la fábrica de ladrillos, y por eso estoy hablando con unos cuantos vecinos. ¿Tiene un momento?

La mujer avanzó y miró a ambos lados de la calle.

—Creo que será mejor que vuelva cuando esté mi marido en casa.

—¿Trabaja en la fábrica de ladrillos?

—No, es fontanero. Trabaja en Paddock Wood.

—Pero estoy segura de que usted podrá ayudarme, señora Pendle.

La mujer volvió a mirar a un lado y otro de la calle, y se hizo a un lado.

—Bueno, pase.

Maisie entró en un pasillo poco iluminado, con revestimiento de madera oscura en las paredes y papel pintado de estilo floral un poco descolorido en tonos marrones y rosas. A lo largo del pasillo había una moldura para colgar cuadros a unos veinte centímetros de la que colgaban fotografías de la familia de distintos tamaños, como si fueran marionetas. En la pared de enfrente había tres patos de escayola colocados de manera que diera la sensación de estar volando, aunque uno se había aflojado y parecía estar lanzándose en picado hacia el suelo de madera pulida. Maisie sospechó que la señora Pendle le daría la lata a su marido con aquel pato fuera de lugar.

—A la derecha, señorita Dobbs, vamos a la salita, si no le importa.

Maisie entró en la sala, que olía a lavanda y cera abrillantadora para los suelos. Había un piano contra la pared justo al lado de la puerta y, delante de la chimenea, un sofá con dos sillones a juego, cubiertos con una tela de lana basta, de color marrón, con retales zurcidos en los brazos. Había un mirador en el salón con una mesa de caoba decorada con un tapete de encaje, y sobre este una maceta en la que languidecía una aspidistra sobre un platillo rebosante de agua.

Las paredes estaban recubiertas con el mismo papel de flores del pasillo, y encima de la chimenea colgaba un espejo de una moldura junto con varias fotografías más en cada pared. En la repisa de la chimenea, en sus marcos de peltre, había tres fotografías en sepia de dos chicos y una chica.

—Siéntese, señorita Dobbs.

—Gracias.

Maisie se sentó en el sofá, mientras que la mujer se colocaba en el borde del asiento de uno de los sillones situados junto a la chimenea, como si no le agradara mucho estar en aquel salón, que, sin lugar a duda, usaban solo los domingos, y quizá en Navidad y Semana Santa.

—Y, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Trabajo para los dueños de la empresa que espera comprar los terrenos de la hacienda, me han contratado para hacer algunas averiguaciones. Están preocupados por los delitos que se han

producido en Heronsdene, así como por los incendios que, según parece, se producen en la zona con cierta regularidad. Tengo entendido que su marido y usted sufrieron uno hace un año.

La mujer puso los ojos en blanco.

—¡Ah, eso! No hubo nada extraño en ello, se lo aseguro. El incendio se produjo al quemarse los residuos acumulados en la chimenea, por culpa de mi marido.

—¿Cómo ocurrió?

—Se creyó muy listo por recoger carbón de las vías del tren. Mucha gente de aquí lo hace. Siguen las vías y recogen el carbón que se cae cuando llenan las calderas de la locomotora. Así se ahorran uno o dos chelines, eso es verdad, y a todos nos viene bien, ¿no le parece? —Se rio, una risa lacónica y despectiva—. El caso es que llegó un día con un saco al hombro lleno de carbón, lo echó en la carbonera que tenemos detrás y lo estuvimos utilizando para los fogones de la cocina. —Se echó hacia delante como si fuera a revelarle un secreto de familia —. Pero a don inteligente, es decir, mi marido, no se le pasó por la cabeza que el combustible que se echa a la caldera de una locomotora que va de aquí a Londres podría crear unas llamaradas de mil demonios en nuestra chimenea, que fue lo que ocurrió.

—Una historia extraordinaria, señora Pendle. ¿Quién iba a pensar algo así? —Maisie se echó hacia delante también para que la otra mujer tuviera la sensación de que se estaba creyendo el cuento—. ¿Y no informó del fuego? ¿Ni siquiera al casero?

La mujer le quitó importancia a la cuestión con un gesto de la mano.

—No sirve de nada. Lo solucionamos nosotros y nos ocupamos de las reparaciones. En un abrir y cerrar de ojos lo dejamos como nuevo. Todos nos ayudamos en Heronsdene, de esos podemos estar seguros. Vinieron los vecinos. El fuego no se descontroló y nadie resultó herido.

—Me alegro de que no saliera ardiendo toda la casa —comentó Maisie que, tras una pausa, preguntó—: ¿Qué puede decirme sobre la noche del bombardeo del dirigible, señora Pendle?

La mujer se reclinó en su asiento.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Oh, no tiene nada que ver con la venta. Es que me lo contó el herrero y me llamó la atención. Tengo entendido que murió una familia entera, los Martin. Eran holandeses, ¿no es así? Tuvo que ser aterrador para todos ustedes.

La mujer, que hasta ese momento había tenido las manos sobre las rodillas, empezó a retorcérselas, arañándose la piel fina como el papel y las venas hinchadas.

—Fue algo terrible. Yo no sabía que fueran holandeses, aunque sí

me imaginaba que procedían de algún sitio de por ahí. —Vaciló un instante y terminó echándose hacia delante de nuevo—. Lo del dirigible ocurrió un día después de que nos enterásemos de lo de los chicos.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, la mitad de los hombres y los muchachos del pueblo se alistaron juntos, y estaban en el batallón de los West Kent. Los perdimos a todos en 1916. En el Somme. Y un día, o puede que dos, ya no me acuerdo bien de cómo fue, antes del bombardeo, seis o siete familias más recibieron la noticia de que sus hijos habían muerto en combate. Hizo que todos aquellos que estaban de duelo volvieran a enterarse de la noticia. Fue como si todos hubieran muerto a la vez, por lo unidos que estamos. —La miró—. Esto no es la gran ciudad, es un pueblo pequeño, y fíjese a cuántos perdimos, hombres y muchachos nacidos aquí, que trabajaban aquí y que habrían muerto aquí, en casa. Hombres que tenían familia o novia, muchachos que se habrían hecho hombres y habrían formado una familia propia. Y en su lugar murieron todos, en Francia; los mataron esos alemanes.

Maisie intentó decir algo, pero la mujer siguió hablando.

—Quiero decir que debió de ser igual allí, en Alemania, ahora lo sé, pero cuando ocurrió lo único en lo que podía pensar, lo único en lo que podíamos pensar todos, era en la enorme pérdida de vidas para nuestro pueblo. Y, para colmo de males, el ataque del dirigible.

—Tuvo que ser horrible para ustedes. Sobre todo, ver morir a la familia Martin.

La mujer tiró de un hilo suelto del brazo del sillón.

—Fue muy triste, la verdad.

—Y el hijo también había muerto.

Ella asintió con la cabeza y el rostro enrojecido.

—¿Perdió usted a un hijo, señora Pendle?

La mujer asintió de nuevo.

—Por eso no puedo decirle gran cosa del bombardeo del dirigible. Seguíamos sin poder creer que nuestro Sam no fuera a volver. Su hermano estaba en casa, herido, cuando nos enteramos, y nuestra hija estaba trabajando en el hospital de Maidstone. No puedo decirle mucho porque no recuerdo lo que pasó tan bien como puedan recordarlo otros.

Maisie asintió con la cabeza.

—Gracias, señora Pendle, ha sido usted muy amable al responder a mis preguntas.

—Ya, bueno. —Miró el reloj que tenía en la repisa de la chimenea y se levantó—. Será mejor que siga con lo mío. No hay paz para los malvados, ¿verdad?

Maisie se levantó y salió hacia la puerta.

—Los vecinos tuvieron que enfadarse mucho cuando ocurrió el bombardeo.

—Ya lo creo que estábamos enfadados. Pero a veces ocurre, ¿no? En vez de sentir el profundo dolor, lo que estás es lleno de furia.

MAISIE FUE A la segunda casa que tenía apuntada en la lista, enfrente del herrero. En ella, otro ejemplo de arquitectura medieval con sus techos bajos y el tejado de paja, vivía un hombre que había enviudado recientemente. Allí también le abrieron la puerta al primer toque y Maisie explicó el motivo de su visita. En esa ocasión la condujeron a una cocina pequeña, parecida a la de su padre. Habían colocado una estufa negra de hierro fundido en el amplio espacio de la chimenea, junto a la cual un viejo sillón con cojines desgastados por el uso, que hacían las veces de asiento hundido, brindaba un cómodo lugar de descanso a un gato enorme con el cuello del mismo tamaño que su barriga. El animal levantó la cabeza para mirarla, bostezó para mostrarle unos dientes como agujas y volvió a dormirse.

—Será mejor no molestar a *Mildred*. No creo que quiera sentarse en ese sillón por los pelos y, de todas formas, ella solo intentaría subírsele al regazo.

De modo que el hombre, George Chambers, sacó dos sillas de madera de una mesa de pino macizo, combada en el centro después de décadas de uso, quitó el polvo al asiento de una de ellas con la mano y le indicó a Maisie que tomara asiento.

—Y, dígame, ¿qué quiere que le cuente? No entiendo en qué puede ayudar un viejo como yo a una de esas empresas de la ciudad empeñadas en comprar no sé qué al ricachón ese de la hacienda grande.

Maisie sonrió. Le gustaba el señor Chambers, aunque sospechaba que el anciano sabía —probablemente todo el pueblo lo sabría a esas alturas—, que iba a ir a hacerle una visita. Pero, aunque entendía que nadie le contaría toda la verdad, lo poco que lograra sacar de cada casa aportaría color a la historia que ya había esbozado, en su mente y en el mapa del caso.

—Señor Chambers, ¿sería usted tan amable de contarme lo que sabe del incendio que se produjo en esta casa hace cinco años?

—¿Incendio?

—Sí. Tengo entendido que se inició en el salón en extrañas circunstancias, pese a lo cual no informó a la policía.

—¿Extrañas circunstancias? ¿Dónde ha oído tal cosa? —Soltó una risa llena de flemas, como si se le hubiera atascado algo en el pecho. Maisie pensó que sería prudente no pasar tantas horas junto a una

estufa que funcionaba con antracita—. Lo controlamos muy rápido, no merecía la pena llamar a los bomberos. No creo equivocarme al decir que a estas alturas ya sabrá que los más cercanos están en Paddock Wood.

—¿Qué provocó el fuego?

—Los chicos. Siempre pasa lo mismo. Los muy canallas empiezan a reunir o a fabricar petardos en esta época para la noche de las hogueras.

—Pero eso es el cinco de noviembre.

—Puede, pero esos críos lo planean con antelación.

—¿Y qué cree que pasó? ¿Que lanzaron un petardo o una rueda de fuegos artificiales por la ventana?

—Ese es el resumen, sí.

—He de decir, señor Chambers, que lo noto bastante convencido al respecto. De donde yo vengo, te habrías llevado una buena azotaina por hacer algo así y habrían llamado a la policía.

El hombre negó con la cabeza.

—Ah, no, no hace falta tanto por unas diabluras de chicos. Los vecinos vinieron enseguida y todos ayudaron a arreglarlo.

—¿Y nunca pillaron a los chicos responsables?

El hombre negó con la cabeza.

—A lo mejor fuimos un poco blandos con ellos, pero así somos por aquí, así somos los que perdimos a nuestros hijos en la guerra. Mi mujer falleció el año pasado y se alegró de irse para reunirse con sus chicos. Ninguno de ellos volvió, ¿sabe?

—Lo siento muchísimo, señor Chambers. —Hizo una pausa—. Yo estuve en Francia como enfermera.

—Entonces sabe de lo que le hablo, ¿verdad? Lo sabe.

—Sí, lo sé.

Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas y sacó un pañuelo sucio del bolsillo de los pantalones de pana.

—Algunos de sus vecinos me han hablado del bombardeo del dirigible. ¿Qué puede contarme usted?

El hombre se sonó y se sorbió la nariz, tras lo cual inspeccionó el contenido del pañuelo y volvió a guardárselo en el bolsillo hecho una bola.

—Yo creo que se dirigía a Londres, y que por algún motivo tuvo que dar la vuelta y por eso lanzó aquí la bomba. O puede que viniera de Londres y, al no encontrar el objetivo que buscaba, vio una luz, aunque se supone que las luces debían estar apagadas, y soltó la bomba.

—¿Y el ataque ocurrió justo después de que algunos de ustedes se enterasen de que sus hijos habían muerto en Francia?

—Así es. Perdimos a Michael y a Peter a principios de 1916, pero

seguía estando aquí —dijo apretándose el pecho con el puño—. Es cierto que te enterabas de que este o aquel habían muerto, pero luego llegó el telegrama que hablaba de muchos más, todos el mismo día. Y todos hemos visto crecer a esos críos, así que es como perder a los tuyos otra vez. Después llegó el castigo del globo dirigible. Por si no hubiéramos tenido suficiente.

—Y perdieron a la familia Martin.

—Sí. Aunque eran forasteros, ya sabe, no habían nacido ni se habían criado aquí. Llevaban solo doce o trece años en el pueblo. Venían de por allá lejos, ya sabe, de Europa.

—Eran ingleses, según tengo entendido. Los hijos, al menos, habían nacido aquí.

—Pero no aquí, aquí —contestó él señalando el suelo—. No en Heronsdene. Aunque fue terrible de todos modos.

Maisie se disponía ya a hacerle otra pregunta cuando llamaron a la puerta.

—Será mejor que siga con lo mío, señorita, si no necesita nada más.

Maisie negó con la cabeza.

—Gracias por su tiempo, señor Chambers.

La acompañó a la puerta y al abrir se encontraron con la señora Pendle, que esperaba con una bandeja cubierta con un paño.

—Ah, hola, señorita Dobbs. No sabía que estaba usted aquí. Espero no haberles interrumpido.

—En absoluto, ya me iba —contestó Maisie, que se volvió hacia el señor Chambers para darle las gracias de nuevo antes de marcharse.

Al llegar a la acera, oyó a la señora Pendle decir en voz alta: «Hoy le traigo un buen guiso de rabo de buey». Se giró para despedirse con la mano y vio que la mujer le daba la bandeja y entraba en la casa con los brazos cruzados. Sonrió para sí. Su abuela le había dicho una vez que uno siempre sabía cuando una vecina quería quedarse a charlar porque se cruzaba de brazos, como para apoyarse en la verja. Pero el tiempo que había pasado con los vecinos de aquel pueblo había merecido mucho la pena, sobre todo la conversación con el señor Chambers. Le había dado varias perlas de información valiosa con solo un comentario descuidado, como sospechaba que haría.

Repasó de nuevo la lista y decidió que a esas alturas haría solo una visita más, a Phyllis Wheeler, Mansell de soltera, la amiga de Anna Martin. Su casa estaba a cuatrocientos metros de la herrería, a la derecha. Una villa de estilo eduardiano apartada de la carretera, de aspecto desvencijado pese a que tenía varios cientos de años menos que la mayoría de las casas del pueblo. Dos miradores flanqueaban la puerta de la entrada verde oliva, el color de la empresa del ferrocarril, que era la propietaria de la casa, de modo que Maisie dedujo que el padre de Phyllis trabajaba en la estación del pueblo. Esperaba

encontrarla en casa, puesto que tenía dos niños pequeños y un bebé recién nacido.

Subía por el camino de entrada a la casa cuando la puerta se abrió y vio a una mujer maniobrando para sacar un carrito de bebé.

—Deje que le eche una mano —se ofreció Maisie, que tiró de la parte delantera del carro mientras la mujer empujaba desde dentro.

—Muchas gracias. Normalmente lo dejo fuera, pero entre toda esta gente de Londres y los gitanos nunca se sabe, ¿no le parece?

Maisie sonrió.

—¿Señora Wheeler?

—Sí.

Maisie le explicó el motivo de su visita, preocupada por recibir una respuesta negativa. Pero la mujer aceptó responder a sus preguntas, sobre todo si servían para que la fábrica de ladrillos pasara a mejores manos, porque su marido trabajaba en ella.

—¿Va a la compra o solo de paseo?

—Un poco las dos cosas si me da tiempo antes de que sea hora de dar de comer a este. Los dos mayores están en la escuela, y cuando he querido terminar de recoger la cocina, tenía ganas de salir un poco de casa. Mi padre sale temprano, trabaja en la estación de tren, y mi madre está en la hacienda Sandermere, así que me paso todo el día sola hasta que llegan los niños.

—¿Le parece que paseemos hasta el cruce y volvamos? Hace bueno, ¿verdad?

La mujer asintió con la cabeza y ambas echaron a andar hacia la salida del pueblo. El bebé iba dormido, la capota blanca para el verano del carrito dibujaba sombras en la carita sonrosada de dormir tanto. Maisie empezó a hablar del tiempo, de las manzanas que cuajaban los árboles y de la belleza de Heronsdene. Agradecía que fueran caminando, sobre todo porque le daba la oportunidad de conocer un poco mejor a la mujer. Imitar su forma de andar y la postura de las manos, aunque fuera empujando el carrito, le permitió percibir, aunque solo por un momento, algunas de las emociones que le causaba a la mujer con sus preguntas. Y los movimientos corporales iban acompañados por movimientos mentales y vocales, lo que llevó a Maisie a pensar que iba a ser una conversación fructífera.

Al principio hablaron de la hacienda y de la fábrica. Phyllis refirió las vicisitudes diarias del trabajo que su marido llevaba a casa, y repitió las críticas hacia el dueño. La tensión de los hombros y la mandíbula, y hasta la manera enérgica de andar ponían de manifiesto lo poco que le gustaba Sandermere. Y puede que algo más. Maisie presionó un poco para ver si revelaba sus sentimientos.

—Si le digo la verdad, no puedo con él. Él es quien debería haber muerto en aquel incendio, no Anna.

—¿Se refiere al incendio que se produjo tras el bombardeo?
—Sí, sí, a eso me refiero.
—Entonces, ¿se encontraba en el pueblo?
—Todos estábamos en el pueblo, todos estábamos allí.
—¿Cuántos años tendría? ¿Quince o dieciséis?
—No podría decírselo con exactitud.
—Pero tenía usted la misma edad más o menos, y por lo que sé de Alfred Sandermere, se fijaría en una chica guapa, sobre todo teniendo en cuenta que los demás pretendientes probablemente se habrían alistado.
—A mí no me gustaba, pero a Anna sí.
—¿Ah, sí?
La joven se detuvo y sacó de debajo del carrito una manta blanca y suave con la que tapó las piernas regordetas de su bebé. Después, se cruzó de brazos y se apoyó el manillar del carrito en la cadera.
—Hombre y muchacho podían ser todo dulzura cuando querían, no le quepa duda, señorita Dobbs. Francamente, ella iba a por Henry, el hijo mayor. Aunque nadie dice que los hombres de esa clase vayan a fijarse en chicas de abajo como nosotras, más allá de para un… ya me entiende, no para algo serio.
—Entiendo.
El bebé lloriqueó en sueños, y se pusieron a andar de nuevo.
—Anna era un poco como Sarah Bernhardt, muy melodramática. Estaba loca por Henry, pero no era más que una niña cuando se fue a la guerra. Venía al pueblo en un Cabriolet de dos ruedas y la saludaba tocándose el sombrero. «Buenos días, señorita Martin», le decía, y ella pensaba que se iba a desmayar. Hacía lo mismo con todas las mujeres del pueblo, porque era muy educado, pero Anna creía que lo hacía solo con ella. —Negó con la cabeza—. Era una chica rara, me hacía reír. Y la quería mucho por eso. —Buscó el pañuelo en el bolsillo, y, al no encontrarlo, Maisie sacó uno de su bolso negro y se lo dio—. De manera que —continuó tras limpiarse la nariz—, cuando Henry volvió al frente, llegó Alfred, y no olvide que Anna era una chica muy, muy guapa.
—Entiendo.
—Pues aún hay más que entender.
El cambio en los gestos de la joven hizo que Maisie prestara más atención. Caminaba con paso apresurado. «Quiere liberarse de la carga», pensó.
—Era un poco como una sirena —continuó Phyllis—. El señor Martin mandó un par de veces a Pim a buscarla…
—¿A quién? —Maisie apoyó la mano en el brazo de la joven—. ¿Quién has dicho?
—El hermano de Anna. Pim era su apodo. —Se encogió de hombros

—. Es como llaman los holandeses a los que se tienen como nombre Willem.

Maisie asintió con la cabeza despacio.

—Y dices que el señor Martin envió a Pim a buscarla. ¿Por qué?

—Porque no la encontraban. Removieron cielo y tierra, pero nada. Y yo no podía mentir. Pero Anna sí que había mentido. Una noche les dijo que iba a verme, pero se marchó. —Negó con la cabeza—. Más adelante, cuando nos enteramos de que Henry había muerto y ella se veía mucho con Alfred, le dije: «Te vas a buscar un problema como no tengas cuidado». Decía que quería casarse con ella y yo le decía que no fuera boba, que él nunca se casaría con alguien de un estatus inferior, que nunca se casaría con alguien que no fuera noble como él, que no fuera de su clase.

Maisie se sintió dolida, pero trató de no pensar en Simon y en la señora Lynch.

—Le dije que un hombre como Alfred Sandermere jamás se comprometería con una de nosotras. Él solo se casaría con alguien de su misma clase.

—¿Y qué ocurrió?

Phyllis suspiró.

—Ahora que Anna ya no está, no puede pasar nada porque lo cuente. Vino un día a casa, una semana antes de lo del dirigible, y fuimos caminando hasta el cruce, como usted y yo ahora, y me dijo que tenía un problema. Estaba encinta.

Maisie asintió con la cabeza.

—Seguro que la aterraba que se enterase alguien en un pueblo pequeño como este. La vergüenza.

—Me imagino, y al principio se asustó. Pero ¿sabe qué es lo más absurdo de todo? Ella creía que se casaría con ella. Creía que el bebé que esperaba le abriría las puertas de la casa grande y tendría… Tendría… ¿cómo decía ella? Ah, sí, la sensación de pertenencia que deseaba.

Maisie lo entendía.

—Y ¿qué ocurrió entonces?

—Alfred le dijo que conocía a una mujer en Tunbridge Wells que se ocupaba de esas cosas. Que le había dado el nombre un amigo. Pero ¿qué amigo? Eso me gustaría saber a mí. Le supliqué que no lo hiciera, que se lo contara a sus padres y que acabara con el asunto. Le dije que podía irse del pueblo hasta que naciera el bebé y que nadie se enteraría, nadie lo sabría con seguridad. Pero, en vez de eso, le dijo a él que quería quedarse con el bebé, que quería que se casaran, y, según lo que me contó a mí la última vez que hablamos, Sandermere dijo que algo había que hacer, aunque tuviera que hacerlo él mismo.

—¿Eso dijo?

Ella asintió con la cabeza.

—Y eso fue todo. Después, Anna murió y todo acabó.

—¿Y Alfred…?

—Será mejor que vuelva, señorita Dobbs. El niño se está removiendo y dentro de poco tendré que darle de comer. —Se detuvo un momento y se cerró el abrigo azul oscuro en torno al vientre aún hinchado al tiempo que se sujetaba de nuevo con los peinecillos un mechón de pelo castaño suelto—. No puedo contarle nada más. Eso es todo lo que puedo decirle sobre Anna. Los Martin eran muy buenos conmigo. Siempre me recibían de buena gana en su casa, encima de la panadería. Recuerdo el olor cálido y dulce. A masa. —Negó con la cabeza—. Era mi mejor amiga desde que llegamos a la escuela y continuamos siéndolo hasta el día de su muerte.

Caminaron en silencio hasta que llegaron a la casa. Maisie se ofreció a ayudarla a meter el cochecito, pero ella rechazó la ayuda.

—¿Cómo era Pim, Phyllis?

—¿Cómo son los hermanos menores? Era un poco trasto cuando éramos pequeñas, siempre acercándose sigilosamente para gastarnos alguna broma, para tirarnos de los lazos del pelo. Los otros chicos de la escuela se metían con él, más que con Anna, porque era preciosa. No es que Pim fuera feo, no, pero ya sabe cómo son los chicos. Era por su nombre, y porque Anna y él hablaban holandés entre ellos. No lo hacían para ocultar cosas a los demás ni nada de eso, sino porque estaban acostumbrados. Pero la gente fisgoneaba de todos modos. —Hizo un gesto de asentimiento mientras miraba hacia la escuela—. Aguantó lo suyo, ahora que lo pienso. Luego, cuando expulsaron a Alfred Sandermere del colegio y lo mandaron a casa en varias ocasiones (al servicio le decían otra cosa para que se supiera en el pueblo, pero todos conocíamos la verdad), empezó a buscar amigos, y Pim se convirtió en su compañero de correrías. ¡Era más joven que Alfred y hablaba de cuánto lo admiraba! Al señor Martin no le gustaba nada que lo hiciera. Todos nos habíamos dado cuenta del cambio de Pim, ya sabe. Ahí empezaron las fechorías, porque Sandermere lo empujaba a hacer esto y lo de más allá. Anna lo conoció por Pim, aunque no fue mucho antes de que se llevaran a Pim del pueblo.

Hizo una pausa y le metió el dedo en la boca al pequeño cuando empezó a removerse.

—Yo lo achacaba todo a las bromas que le gastaban y los problemas que había tenido en la escuela con los otros chicos que se metían con él, y luego llegó Sandermere, que era un chico despreciable y perverso.

El niño empezó a inquietarse y a lloriquear, como si cogiera fuerzas para un buen berrinche.

—En resumidas cuentas, los dos se metieron en algo gordo, y Pim

cargó con todas las culpas y acabó en el reformatorio. Cuando quisimos darnos cuenta, estaba en el ejército. Solo tenía trece años. Y después lo mataron. El párroco dijo que el telegrama llegó el día después de que muriese su familia, así que por lo menos no se enteró ninguno.

—¿El párroco?

—Sí. Cuando el cartero llegó con el telegrama, no supo qué hacer, y decidió ir a ver al párroco, porque todos nos conocemos aquí.

El bebé empezó a berrear de hambre, el tono del llanto a juego con el ruido que le hacían las tripas. Phyllis se movió para apartar el carrito. Aunque Maisie había conseguido más información de lo que Beattie Drummond había vaticinado, tenía que preguntarle una cosa más.

—He oído a unos niños del pueblo hablar de que han visto el fantasma de Pim Martin. ¿Sabe por qué lo dicen?

Phyllis negó con la cabeza.

—Cosas de críos, les gusta asustar a los demás. Pero, si tuviera un fantasma, rondaría por Heronsdene. Adiós, señorita Dobbs. Espero que el paseo haya merecido la pena.

—Oh, sí, mucho. Creo que también para usted.

Phyllis apretó los labios y, cuando se volvía y se agachaba para calmar al bebé, Maisie vio las lágrimas que le corrían por las mejillas.

15

MAISIE FUE DIRECTA a la plantación de lúpulo a ver a Billy. Pasó por la zona de los gitanos y saludó a Beulah, a Webb y a Paishey. Por el camino se le ocurrió que la escena podría aparecer perfectamente en una novela de Thomas Hardy; las faldas largas que llevaban las mujeres, el sombrero de ala ancha y la camisa suelta de cuello redondo que Webb se ponía para trabajar daban una imagen más propia de una escena pastoril victoriana. Solo faltaba el personaje trágico, un Jude o una Tess[3], para completar la historia.

Encontró a Billy y a su familia trabajando rodeados del ambiente bromista de los demás temporeros londinenses.

—Hola, señorita. Al no verla ayer, nos preguntábamos qué había sido de usted.

—He estado ocupada, Billy. ¿Podemos hablar un minuto?

—Por supuesto —dijo él y entonces se volvió hacia su mujer, le rodeó los hombros con el brazo y le dio un beso en la mejilla—. No tardaremos mucho, cariño.

Maisie y Billy se dirigieron hacia el camino agrícola que conducía a la granja acercando la cabeza el uno al otro mientras hablaban.

—No se ha visto a ese Sandermere desde que le di el puñetazo el otro día. Pensábamos que iba a echarnos de la granja, se lo digo de verdad.

—Yo creo que se ha refugiado en la mansión, a curarse la nariz rota, teniendo en cuenta el golpe que le diste.

Billy negó con la cabeza.

—No, si nos dejamos guiar por su aliento, estará borracho. Pero, aparte de eso, me encontré con un vecino ayer (está claro que no les importa que lo haya pegado), y me dijo que, según dice alguien que trabaja en la casa, no ha salido de su habitación desde que llegó. Apuesto a que su caballo estará disfrutando del descanso.

Maisie asintió con la cabeza.

—Billy, quería contarte cómo llevo la investigación, aunque estés de vacaciones. Y también que vuelvo a Londres hoy.

—Caray, señorita, sí que va a conducir con este trabajo.

Maisie asintió de nuevo.

—Sí, pero ya no queda mucho. Vamos a dar un paseo. Quiero que hagas una cosa mientras esté fuera.

Verlos así despertaría la curiosidad de cualquiera que los observara paseando. El hombre con una leve cojera y el pelo trigueño casi blanco de lo que se le había aclarado con el sol inclinándose hacia ella mientras le hablaba. Y la mujer, alta y delgada, con un sombrero de paja para protegerse la piel, gesticulando con las manos para poner énfasis en algún comentario. Habría quien hubiera pensado que estaban conspirando, aunque un observador más cuidadoso se habría fijado en que el hombre asentía con la cabeza y en un par de ocasiones miraba a la mujer boquiabierto por la sorpresa.

—Muy bien, señorita, no se preocupe, encontraré la manera de conseguir lo que necesita sin que nadie se lo piense dos veces. ¿Dice que se llama Beattie Drummond?

—Así es. Y ten cuidado, es lista y está a la caza de una gran historia. Yo iré a ver a Phyllis otra vez, aunque creo que está un poco agobiada, y más teniendo un bebé tan pequeño.

—Pobre mujer. Y aun así le dijo todo lo que podía, ¿no es así?

—Lo suficiente, aunque con rodeos, unido al resto de información. Como siempre, hace falta imaginación también para establecer la conexión entre las ideas, y por eso queda aún trabajo por hacer. Bueno, tengo que irme.

—¿Y cree que la recibirán en el reformatorio esta tarde?

—Eso espero. Puede que tenga que hacer un poco la pelota.

—Buena suerte, señorita. Hasta pasado mañana.

A MAISIE LE desagradaba el nepotismo típico de colegio privado, esos contactos que se creaban y se sellaban en los internados, a los que asistían aquellos que pertenecían a una determinada clase social, formando un vínculo que los unía desde adolescentes y al que, convertidos ya en hombres, siempre podían acudir cuando tenían que pedir un favor, que se les abriera una puerta, que se les perdonara un crédito o incluso que se olvidara un delito. Ella no creía en esos vínculos de colegio privado o de cualquier otro círculo, o los hilos que tejían las relaciones familiares que permitían que Beulah le diera la bienvenida, y por extensión toda la tribu gitana. De modo que fue un golpe de suerte que el hombre que resultó ser el director del reformatorio tuviera en su escritorio una foto de su mujer cuando era joven.

—Ah, su esposa fue enfermera en la guerra por lo que veo —comentó Maisie.

—Allí nos conocimos. Yo era celador en el mismo hospital.

Maisie sonrió.

—Yo también fui enfermera, en la Estación de Evacuación de

Heridos.

El hombre asintió con la cabeza. No hacía falta decir nada más, compartir una reflexión o un recuerdo. Se limitó a sonreír y dijo:

—¿Y en qué puedo ayudarla, señorita Dobbs?

Cuando le explicó el motivo de su visita y describió la información que necesitaba, el hombre cogió un manojo de llaves de la mesa y respondió:

—Tendremos que bajar al archivo. Puedo darle media hora para revisar lo que necesite. ¿Será suficiente?

—De sobra. Gracias.

No de colegio privado, pero era un vínculo para toda la vida de todas formas.

MAISIE SALIÓ DEL reformatorio en dirección a Londres a media tarde, contenta de salir de aquel inhóspito edificio de ladrillo con las paredes grises a causa del humo, de oír cómo echaban el cerrojo de la verja y de despedirse en silencio de los huraños muchachos, todos vestidos con el mismo peto azul, que trabajaban en los jardines, desfilaban en la explanada y limpiaban las ventanas. Aunque el reformatorio no era un sórdido correccional, no dejaba de ser una cárcel.

Condujo todo el camino hasta Londres con la capota hacia atrás, contenta de sentir el aire cálido en la piel, despertándole los sentidos y llevándose la sensación lúgubre del reformatorio. Había recabado más información de lo que había pensado, aunque sabía que eso solo iba a crearle más preguntas. Añadió a su lista de tareas pendientes hacer una visita al Archivo del Departamento de Guerra, pero necesitaría que alguien le abriera las puertas, puesto que no era familiar de aquellos cuyos historiales quería consultar. Con suerte podría aprovecharse de la relación que tenía con alguien que poseía unos fabulosos vínculos de colegio privado.

Se detuvo a las afueras de Londres para echar la capota. Tras un pequeño retraso en la carretera de Old Kent ocasionado por el vuelco de la carreta de un vendedor que había regado la calle de fruta y verdura, tenía ganas de volver a su piso. Había enviado un telegrama a Priscilla para decirle que llegaría en coche esa tarde y que iría a recogerla a la mañana siguiente para ir juntas a la residencia urbana de Margaret Lynch, desde donde partiría el cortejo fúnebre.

Maisie pasó una tarde tranquila, excepto para salir un momento a una cabina telefónica a llamar a James Compton y ponerlo al día de la investigación. Le informó de que tenía prevista una última visita de dos días a Heronsdene, tal vez tres, tras la cual le entregaría su informe con sus recomendaciones. Y luego le preguntó si sabía dónde

podría encontrar a su padre.

—Está aquí, en el club, esta noche. Hemos estado reunidos con los directores todo el día discutiendo el asunto de la expansión y también (y esto te viene como anillo al dedo), la seguridad de nuestras oficinas de Toronto. Las dos cosas van de la mano.

—Claro.

—Espera un minuto, voy a buscarlo.

James dejó el teléfono en la mesa y Maisie oyó que le decía al portero que dejara el teléfono en espera. Las voces de fondo se apagaron, se produjo un silencio y de nuevo una voz que se acercaba y le daba las gracias al portero.

—¿Cómo estás, Maisie?

—Muy bien, lord Julian, ¿y usted?

—Mejor cuando James coja por fin las riendas del negocio, pero creo que va a costar que vuelva de Canadá para quedarse aquí una buena temporada, aunque no dejo de intentarlo. Creía que se quedaría para ir a cazar, pero ya no estoy tan seguro. —Y tras aclararse la garganta añadió—: ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito que me abra la puerta del archivo del Departamento de Guerra.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde. Quiero ver dos historiales.

—No hay problema…, pero necesitaré los nombres.

LA SEGUNDA LLAMADA que hizo fue a Priscilla, en el Dorchester.

—Maisie, me alegro de que me llames. ¿Dónde estás?

—En una cabina en Pimlico.

—¡Por el amor de Dios! ¿Una cabina de teléfono pública y en la oscuridad? Cualquiera podría estar observándote y hacerte algo.

—No seas melodramática, Pris. Nadie me está observando, estoy de maravilla. ¿Qué tal los niños?

—Voy haciendo progresos. He hecho venir a Elinor desde Gales, así que está aquí con nosotros, y probablemente se haya alegrado. La mitad de su familia son mineros y llevan una vida bastante lamentable. —Hizo una pausa breve —. Ah, creo que he encontrado la casa perfecta en la ciudad, y puede que haya averiguado la solución al tema de la educación de mis hijos.

—¿Otro internado?

—No, asistirán durante el día a un *lycée* en Londres en el que dan las clases en francés y en inglés. Es conocido entre los diplomáticos que vienen de los confines del imperio y quieren que sus hijos reciban una sólida educación británica, por lo que todo el mundo es diferente.

Y cuando vuelvan a casa después de las clases, tendré a Elinor para que no se descontrolen si necesito un momento para mí.

—¿Dónde está la casa?

—No lo adivinarás. Margaret ha decidido dejar la casa de Londres y vivir de forma permanente en Grantchester. ¿Te acuerdas? Donde le hicieron la fiesta a Simon.

—Sí, claro. «¿Cómo podría olvidarlo?», pensó Maisie.

—Hablamos sobre el alquiler cuando me llamó para darme los detalles del funeral de mañana. Y, hablando del tema, no es lo que habría imaginado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maisie limpiando la condensación que se estaba formando en los cristales de la cabina, y se asomó a ver si pasaba alguien.

—Agárrate, Maisie —dijo Priscilla e hizo una pausa. Maisie se apartó del cristal y miró el espejo que había detrás del teléfono—. Van a incinerar a Simon.

—¿Incinerarlo? —Maisie vio los ojos enrojecidos en el espejo cubierto de manchas de óxido.

—Sí. Margaret está actuando de una forma muy moderna. Y no se considera cosa del demonio desde que incineraron a la duquesa de Connaught en 1917. Primer miembro de la familia real en ir al fuego.

—Ay, Priscilla, ¿cómo dices esas cosas?

Priscilla cogió aire, pero no se disculpó.

—Maisie, intenta ser un poco menos sensible. Sé que está siendo muy difícil para ti, pero hay que mirar las cosas con perspectiva. El Simon que conocí habría sido el primero en reírse. —Suspiró—. Margaret pensó, y con razón he de decir, que era lo que su hijo habría querido, después de aguantar así tantos años. Dijo que se le puede dar una despedida como es debido y echar las cenizas en los prados que rodean la casa donde jugaba de pequeño, y que así no tendrá que preocuparse por saber quién cuidará la tumba cuando ella ya no esté.

—Pero…

—No, de ninguna manera, Maisie. No puedes comprometerte a visitar su tumba, y yo no voy a permitirlo. Cuando reciba sepultura para su descanso eterno, o lo que se diga cuando se incinera a alguien, los allegados también descansarán. Estoy absolutamente de acuerdo con ella en que representa una liberación, un dejar ir para todos.

Maisie no dijo nada.

—¿Maisie? ¿Me oyes?

—Estoy aquí, Pris. Y yo también creo que tiene razón, aunque me haya sorprendido en un principio.

—Sí, claro, ha sido muy sorprendente. Bueno, voy a darme un buen baño caliente esta tarde, ya que Elinor tiene a los niños controlados y mi mundo vuelve a estar en orden. Mi querido Douglas regresará

pronto, junto con mi coche, y mis necesidades estarán cubiertas.

Maisie asintió con la cabeza, aunque nadie la veía.

—Buenas noches, Priscilla. Hasta mañana a las nueve y media.

—Que duermas bien, querida Maisie. Y no te apures, pronto terminará todo.

Regresó caminando lentamente, contenta de volver a su piso, que ahora le parecía la mejor de las guaridas. Pensó en lo que le había dicho Billy de echar un puñado de tierra sobre el ataúd, de dejar una parte de tus recuerdos en la tierra. ¿Qué dejaba uno en una incineración? ¿Dónde quedaba el ritual, el final de la historia, cuando no había tumba que visitar, lugar donde depositar unas prímulas o unos narcisos? No hacía frío, pero metió una moneda en el contador del gas, encendió el fuego y se sentó un rato. Sentía el frío en los huesos, y al reflexionar sobre el asunto, no pudo evitar pensar que Margaret Lynch había tomado la decisión correcta, pero se preguntaba si no la habría tomado pensando en ella, en Maisie.

MAISIE SE MANTUVO erguida cuando anunciaron el himno final, aunque se le habían entumecido los pies, que no le habían entrado en calor desde que se acostó la noche anterior. No era un frío normal, sino una humedad penetrante incomprensible con el calor que hacía fuera. Era una sensación amarga, fría y húmeda que, en realidad, había estado presente desde que estuvo en Francia, desde la guerra, y había días en los que pensaba que se le iba a congelar el cuerpo y se iba a convertir en piedra.

Margaret Lynch permanecía de pie también entre Maisie y Priscilla, y, cuando abrieron los himnarios por la página correspondiente, sintió que la madre de Simon se apoyaba en ella. Maisie cerró los ojos un momento y dejó que los pies se le enraizaran en la tierra, para que Margaret pudiera compartir su fuerza. Y, aunque pudiera pecar de presuntuosa, enlazó el brazo con el de la mujer para ofrecerle aún más apoyo. Margaret le dio unas palmaditas en la mano y asintió con la cabeza. El aire comenzó a salir por los tubos del órgano anunciando la introducción del himno y las voces se alzaron al unísono.

Oh, mi patria, te prometo hoy humilde lealtad;
un servicio pleno y total brindado por amor;
un amor que se interesa, que soporta la aflicción,
que coloca sobre el altar lo amado y lo mejor;
un amor que nunca dudará en entregarse fiel;

un amor que no claudicará hasta vencer el mal.

Al comenzar el segundo verso, el ataúd comenzó a retroceder atravesando la cortina en dirección al crematorio. Cuando la cortina se cerró de nuevo, Simon se había ido para siempre. Maisie notó que la madre le apretaba la mano con fuerza, y se pegó un poco más a ella.

Más tarde, tras un almuerzo temprano en la casa que los Lynch tenían en Holland Park, Maisie y Priscilla se quedaron hasta que todos los asistentes al sepelio se hubieron marchado.

—¿Seguro que estás bien, Margaret?

—Sí, por supuesto, Priscilla. Necesito descansar, así que creo que subiré a mi habitación a echarme un poco. —Alargó los brazos para acariciarlas a ambas—. Me alegro mucho de que hayáis venido las dos.

Priscilla acercó la mejilla a la de la mujer y le dio un beso al aire, mientras que Maisie retrocedía. Y cuando fue a extender la mano para despedirse de la mujer, esta la tomó por los hombros y la miró a los ojos.

—Ven a visitarme, por favor, Maisie. Me quedaré en Holland Park una semana o dos, hasta que embalen todas mis cosas para enviarlas a Grantchester. Ven, por favor.

—Lo haré encantada.

—Gracias —dijo la mujer sosteniéndole ambas manos entre las suyas—. Gracias. Por todo lo que fuiste para él.

TRAS DEJAR A Priscilla en el Dorchester una vez más, Maisie sacó el reloj del maletín negro para mirar la hora: las dos en punto. Tenía que estar en el archivo a las tres y media. Mientras tanto, pasaría por Denmark Street, la meca para los músicos londinenses.

Andersen e Hijos, Lutiers, se encontraba en mitad de una callecita estrecha que salía de Charing Cross Road. Un toldo marrón protegía el escaparate del sol, en el que se veía un maniquí con cuerpo de hombre vestido con traje formal, sentado en una silla con un violonchelo, como si se dispusiera a tocar. Le habían atado el arco a la mano y parecía que de un momento a otro cobraría vida y empezaría a acariciar las cuerdas.

La campanilla sonó cuando Maisie entró en la tienda. Las paredes estaban ocupadas por todo tipo de instrumentos de cuerda: guitarras, laúdes, balalaicas, ukeleles, violas y violines, todos colgados de sus

perchas. Había también dos arpas en el suelo, junto con un violonchelo y un contrabajo. Flanqueaban los lados de la tienda unos mostradores de caoba en los que se exponían cuerdas, cejillas, toda una variedad de púas y otros accesorios utilizados por los músicos. Nada más entrar, había un expositor con una selección de partituras polvorientas y onduladas por el tiempo. Al fondo de la tienda, detrás de una cortina de terciopelo sujeta a un lado, vio a dos hombres que trabajaban en sendas mesas de trabajo, una frente a la otra. Dos lámparas de mesa eléctricas iluminaban la superficie de cada una, aunque la luz en el resto de la tienda era bastante tenue, probablemente para ahorrar dinero y proteger los instrumentos. El mayor de los dos hombres contaba además con una lupa de tamaño considerable, atornillada a la mesa.

Cuando la puerta se cerró, el más joven se limpió las manos con un paño y salió a recibirla.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —preguntó haciendo una ligera reverencia.

—Me gustaría hablar con el señor Andersen si es posible.

—¿Cuál de todos? Somos tres, pero hoy solo estamos aquí dos.

—Entonces será el mayor de los tres.

El hombre, de unos treinta años, regresó al taller a avisar a su padre y echó la cortina a un lado para volver a su mesa.

—Papá, una dama quiere hablar contigo.

El hombre más mayor, encorvado por tantos años inclinado hacia delante en su mesa, salió al momento.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo con un acento que Maisie identificó como danés o sueco.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre un violín que reparó usted hace unos años.

El hombre sonrió. Tenía unos ojos azules amables y los rizos blancos le conferían un aspecto entrañable, como el tío favorito que sale en los cuentos infantiles.

—Llevo un registro de todo, y me acuerdo de mis clientes, aunque es más probable que me acuerde de sus instrumentos.

—El violín pertenecía a un hombre llamado Jacob Martin, o a lo mejor Maarten, porque era holandés —explicó Maisie recalcando bien la terminación tocándose los dientes con la lengua al pronunciar.

El lutier frunció el ceño.

—Recuerdo bien a Jacob. Su apellido original era Van Maarten.

—¿Van Maarten?

—Sí. Lo cambió cuando nació su hija Anna. Jacob nació y se crio aquí, y quería que su familia se «asimilara» a la cultura local —dijo pronunciando con sumo cuidado la palabra—. Venía mucho por la tienda, ya que tenía la panadería al lado de Covent Garden, y venía

dando un paseo después de que la gente que iba a comprar al mercado pasara a comprarle bollos, y los comerciantes, sus panecillos rellenos de salchicha y su café para el almuerzo. Los dos compartíamos el amor por los instrumentos. —Hizo una pausa—. Pero ¿por qué me pregunta por él?

—Antes de morir, el señor Van Maarten trajo su violín para que lo reparase y lo recogió el párroco del pueblo, según tengo entendido, el día que murió en el bombardeo del dirigible.

Andersen frunció el ceño.

—Deje que vaya a buscar el registro y se lo diré con exactitud.

Maisie aguardó mientras el hombre entraba en el taller. Pasó los dedos por las cuerdas y la cascada de notas le recordó el sonido de la lluvia en un día de primavera, los pétalos de las prímulas doblándose bajo el peso de las gotas. Lamentó no haber aprendido a tocar algún instrumento.

—Sí —dijo el hombre cruzando la cortina—, me entregó el violín en agosto. Le gustaba traerlo una vez al año. Era como un hijo para él.

—¿Qué puede decirme sobre él? Sé muy poco sobre instrumentos musicales.

Andersen la miró sonriendo, como si recordara los rasgos de su querido amigo.

—Era un violín excepcional, un Cuypers, de Johannes Cuypers padre, no de los hijos, que también eran lutiers. Era uno de los primeros modelos, con un acabado dorado rojizo exquisito, como si la luz de las velas se reflejara en la madera. Tenía casi ciento cincuenta años. Jacob —pronunció «yacob»— lo había heredado de su padre, que lo había heredado a su vez del suyo.

Maisie inspiró hondo.

—¿Tocaba bien?

El hombre se quitó las gafas que se había puesto para leer el registro y señaló con un dedo huesudo la entrada de la tienda.

—Le diré una cosa. Cuando Jacob cogía su violín, la gente se paraba en la puerta a escuchar. Era un artista. Una pérdida tremenda. —Negó con la cabeza y volvió a leer la entrada en el registro para, finalmente, mirar a Maisie—. Puede que sea mi letra, pero tengo la vista cansada después de tantos años de trabajo. Lea usted misma, que tiene unos ojos más jóvenes, en qué fecha lo recogieron. Confieso que no recuerdo que el hombre que recogió el violín comentara nada sobre el dirigible, así que tuvo que ser antes de que ocurriera la tragedia, como usted dice. Me enteré de lo sucedido unas semanas después, cuando un amigo común vino a contarme que él y toda su familia habían fallecido. Fue una suerte, creo yo, que el muchacho muriera en la guerra. Estaba muy unido a su padre. Lo habría destrozado.

Maisie asintió con la cabeza y guiñó un poco los ojos en la

penumbra de la tienda mientras anotaba la fecha de la recogida en una ficha.

—Gracias, señor Andersen.

Mientras terminaba de apuntar unas cuantas cosas más antes de guardar la ficha en el bolso, el hombre siguió hablando. Sus palabras y los recuerdos que guardaba de la familia Van Maarten evidenciaban el afecto que sentía por ellos.

—Era una familia de músicos, formaban una pequeña orquesta. El hijo era clavado a su padre, aunque, como solo era un niño, su violín era un modelo inferior. No me equivoco al decir que habría llegado a ser mejor que Jacob, algo que lo habría complacido; pero, claro, el muchacho tuvo problemas en la adolescencia, le iba mal en la escuela, según me contó el propio Jacob. Estaba preocupado y había intentado evitar los problemas. —Negó con la cabeza—. Muchas veces me pregunto qué pasaría con los Cuypers. Era una maravilla tenerlos en las manos, el equilibrio, la factura. Y qué belleza.

Maisie le tendió la mano.

—¿Y usted nunca se cambió el apellido, señor Andersen? Parece una práctica aceptada entre aquellos que proceden de otras tierras.

—No me hizo falta. Los vikingos me hicieron el favor de dejar sus apellidos hace muchos siglos, por lo que mi nombre no resulta inusual en este reino. Además, un Andersen en Denmark[4] Street parecía perfecto. —Se encogió de hombros—. Lo que sí me sorprende es que mi nombre, que en su origen perteneció a unos crueles invasores que se dedicaban al pillaje, sea aceptable en la actualidad.

Maisie sonrió.

—Gracias, señor Andersen, ha sido usted de gran ayuda.

El hombre inclinó la cabeza y regresó despacio a su mesa.

SE QUEDÓ UN rato sentada en el coche antes de ir al archivo del Departamento de Guerra. Las piezas iban encajando. Una cosa era saber, en cierto modo, lo que había sucedido en un caso como el de Heronsdene, y otra muy distinta comprender las distintas capas de verdades y la red de mentiras que mantenían unida una historia. Empezaba a ver con claridad, a ser capaz de interpretar aquella concatenación de sucesos de una forma coherente. Suspiró, comprobó el tráfico y se incorporó a Charing Cross Road. Una cosa estaba clara, y era que el clérigo le había vuelto a mentir, porque habían recogido el violín dos días después del bombardeo, y para entonces el reverendo Staples ya sabía que tanto Jacob van Maarten como su hijo estaban muertos, y que ningún descendiente reclamaría el valioso violín.

Maisie ya había estado antes en el Archivo del Departamento de Guerra en Arnside Street, pero volvió a sorprenderle lo mucho que le recordaba a una biblioteca, con aquellos suelos de madera pulida y los visitantes sentados delante de unas grandes mesas hablando en susurros mientras revisaban documentos de papel cebolla en sus correspondientes carpetas de papel manila. En esa ocasión solo había dos parejas y una mujer sola. Maisie pensó que las parejas serían padres de algún soldado muerto o hecho prisionero, a los que la esperanza empujaba a seguir buscando alguna señal, tal vez una palabra, una frase, un comentario de un oficial al mando que indicara que su hijo seguía vivo en alguna parte. Por otra parte, podían tardar años en afrontar la muerte de un ser querido, lo sabía por experiencia propia, y puede que la mujer que estaba sola sintiera, tras años viuda, curiosidad por conocer las circunstancias en las que había perecido su marido en suelo extranjero.

Posó la mano en un timbre acoplado al mostrador. Menos de un minuto después apareció un joven con un montón de sobres de gran tamaño bajo el brazo. Maisie le dijo cómo se llamaba y le explicó que tenía permiso para ver dos historiales. El hombre dejó los sobres en el mostrador y leyó la lista de nombres guiándose con el dedo.

—Ah, sí, aquí está —dijo señalando una mesa junto a la ventana—. Siéntese, por favor, iré a buscar los historiales.

Maisie le dio las gracias y se sentó en la mesa que le indicaba. El panorama no tenía nada de especial; solo hileras de tejados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El sol se reflejaba en las claraboyas de los tejados; se fijó en las palomas caminando de un lado para otro y en los gorriones que se posaban en los canalones, y escuchó los sonidos procedentes del río a lo lejos. Se le ocurrió mientras esperaba que intentaría ir a ver a Maurice a su regreso de Heronsdene. También vería a su padre, por supuesto, pero quería hablar con su mentor, como cuando trabajaban juntos.

Hasta ese momento había evitado pensar en la incineración de Simon manteniéndose ocupada con aspectos de la investigación en curso que debía llevar a cabo antes de volver a Heronsdene. Si bien la decisión de Margaret de no enterrar a su hijo la había pillado por sorpresa en un principio, después había comprendido lo sabio de la decisión y el sacrificio que implicaba. Y se sentía llena de admiración al ver cómo todos esos otros sentimientos que guardaba en su interior ardían al sentir que la madre de Simon se acercaba a ella en busca de apoyo. Se preguntaba también por ese movimiento y los acontecimientos, conversaciones o pensamientos esquivos que dejaban el camino libre para que el perdón arraigara y creciera en un alma herida.

—Aquí los tiene, señora, Sandermere y Martin, aunque como verá el

cabo consta con dos nombres, dado que se alistó con uno y luego lo cambió, y que, según el historial, era el suyo verdaderamente.

—Lo entiendo. Gracias. No tardaré.

—Tómese su tiempo. Cerramos a las cinco.

Maisie ya había consultado historiales militares con anterioridad, había estado en aquel archivo buscando pistas, incongruencias y verdades en los documentos de hombres, vivos y fallecidos, que habían servido en la guerra. Pero cuando llegaba el momento de abrir los historiales de los muertos, lo hacía con un respeto y una emoción profundos, porque, independientemente de lo que hubiera podido decir sobre el hombre su oficial al mando, había dado la vida por su país. Que lo hubiera hecho por voluntad propia, tal vez con pesar o con rabia, no importaba, toda vez que había perdido la vida.

Descubrió que a Henry Sandermere lo había alcanzado la bala de un francotirador en el valle del Somme poco después de volver de un permiso, a principios de julio de 1916. Sus superiores habían hecho un informe elogioso de él, al que habrían ascendido a capitán en poco tiempo si no hubiera muerto. No había nada inusual en su muerte. Los oficiales pertenecían, en su mayoría, a familias de la alta burguesía, la aristocracia, familias con dinero y privilegios. El resultado de disfrutar de ventajas durante siglos, de haberse alimentado mejor, como mínimo, era que esos hombres eran de media más altos que los soldados de la tropa. No era ninguna sorpresa que el francotirador encontrara en un oficial un objetivo fácil. Y los soldados eran astutos, y aprendían rápidamente a no asomar la cabeza por encima del parapeto.

El archivo del cabo Willem van Maarten tenía más datos, puesto que se habían incluido notas de su paso por el reformatorio. Maisie sabía que a muchos chicos y hombres encarcelados por tiempo ilimitado los alistaban con la promesa de que el servicio que prestaran invalidaría la resolución condenatoria, a menos que cometieran algún delito mientras estuvieran en el ejército. Los jóvenes no desperdiciaban la oportunidad de servir, aunque el historial de Van Maarten contenía dos cartas de queja por parte del padre del chico, a quien le preocupaba la edad que tenía su hijo para alistarse. Habían adjuntado una nota a la carta que informaba de que el chico quería permanecer en el ejército y servir en Francia. Se estremeció al ver una carta del reformatorio en la que se leían las palabras: «Puesto en libertad para ingresar en el ejército».

Había otras notas relativas a si habían hecho prisionero al cabo Van Maarten y de la confirmación posterior, en 1916, de que lo daban por muerto. Enviaron el telegrama a sus padres un día después del bombardeo del dirigible. El último comentario del oficial al mando describía el servicio realizado como ejemplar.

No le hizo falta apuntar nada en una ficha, porque ya tenía la información que necesitaba, y los detalles que quería recordar se encontraban perfectamente alojados en su cabeza. Dejó todos los documentos tal como estaban, recogió las carpetas y sus pertenencias, y regresó al mostrador.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

—Sí, gracias.

—Si necesita alguna otra cosa, vuelva y la ayudaremos.

Maisie miró a su alrededor, a la mujer solitaria inclinada sobre el historial sujetándose la frente con las manos y negando con la cabeza mientras leía. Preferiría no tener que volver a consultar los archivos sobre la guerra, pero sabía que, por su trabajo, aquella era una esperanza remota.

Eran las cuatro y media cuando salió de Londres. Si no encontraba problemas en la carretera, llegaría a Chelstone hacia las seis. Le daría tiempo a ver a su padre y cruzar a casa de Maurice. Su intención era llegar a Heronsdene a las nueve de la noche. Después se iría a la cama a descansar, porque el día siguiente prometía ser intenso.

16

DESPUÉS DE CENAR con su padre, Maisie cruzó a casa de Maurice. Supuso que habría visto el coche cuando atravesó la verja de entrada a Chelston Manor, y su corazón le decía que tenía la esperanza de que fuera a visitarlo otra vez. Abrió la cerca que dividía las dos casas, subió por el camino del invernadero y lo rodeó para entrar por la puerta principal. El ama de llaves, una mujer baja que vestía una falda negra y una blusa blanca, adornada con un camafeo en la garganta, la esperaba con la puerta abierta.

—El doctor está en su estudio. Me ha pedido que llevara un oporto para usted, y tiene un delicioso queso Stilton con galletas en el carro de las bebidas. El oporto me parece un poco fuerte para tomarlo solo.

—Muy amable. Iré hacia allí directamente.

Maurice estaba sentado en su mesa cuando entró y la miró sonriente mientras Maisie cerraba la puerta tras de sí. Ella intentó no fijarse en cuánto había envejecido. Le pareció que le costaba levantarse y moverse para alcanzar el bastón más que antes. ¿Tendrían que ver esos cambios con la tristeza? Había pasado un año de su viaje juntos a Francia y, aunque no había duda de la edad que tenía —rondaría los setenta—, se movía con soltura. ¿Estaba empezando a pasarle factura el trabajo? Lo sucedido en septiembre del año anterior, cuando la llevaron en secreto a aquella casa de París para decirle que la investigación que estaba llevando a cabo se había cruzado en el camino de los Servicios de Inteligencia, demostraba que aún se requerían sus habilidades y su conocimiento, y que tenía un papel importante en asuntos de interés internacional.

—¿No te encuentras bien, Maurice?

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes por mi salud, lo que ves son solo los achaques de la edad. Ahora es cuando noto los efectos de las caídas y los arañazos que sufres cuando eres más joven. Tómatelo como una advertencia, Maisie.

Maurice la besó en la mejilla y le indicó el sitio junto a la chimenea en el que solía sentarse, frente al sillón que siempre ocupaba él. Habían colocado un carrito de bebidas entre ambos asientos, y Maurice le sirvió una copa de oporto y se preparó un vaso de *whisky* de malta para él antes de sentarse. Alargó la mano hacia un lateral de

la chimenea para coger la pipa y el tabaco, y empezó a hablar mientras la cargaba y la encendía.

—¿Quieres hablar del caso de Heronsdene?

—Sí, pero antes…

Maurice la miró y ladeó la cabeza mientras aspiraba la pipa.

—Han incinerado a Simon y… Dios mío. —Apoyó la cabeza en las manos—. No puedo creer que haya sido esta mañana. Han ocurrido muchas cosas desde entonces.

—Supongo que te pusiste a trabajar nada más terminar el ritual de despedida, ¿me equivoco? Sin duda has decidido atender citas relacionadas con tu investigación.

Maisie asintió con la cabeza.

—He estado solo un día en Londres. Tengo que regresar a Heronsdene esta noche. Cogeré el coche en cuanto salga de aquí.

—¿Era necesaria tanta prisa?

—Era lo mejor. Quería aprovechar la racha, porque siento la presión de terminar el trabajo a lo largo de mañana.

—Entiendo —dijo él sacudiendo la cerilla para apagarla y echarla al fuego—. Háblame de la incineración.

—Al principio me quedé desconcertada, pero luego me di cuenta de que Margaret, la madre de Simon, había tomado la mejor decisión. Simon había aguantado mucho tiempo, pero ya no era él, no era la persona que todos recordábamos. Era la primera vez que asistía a una incineración. Me resultó —Maisie se presionó los labios en busca de la palabra que mejor describiera sus sentimientos— … perturbador. Me perturbaba saber que habían echado su cuerpo a las llamas.

Se produjo un silencio mientras Maurice miraba el fuego y pensaba en las palabras de Maisie antes de volver a hablar.

—Resultó herido en el fuego provocado por las bombas y ha recibido el descanso eterno en el fuego. Podría observarse cierto patrón lógico en la decisión, aparte del aspecto práctico de una mujer mayor que está sola.

Maisie guardó silencio haciendo girar la copa de oporto entre los dedos mientras observaba el movimiento de la película de alcohol por el borde de la copa.

Maurice habló de nuevo.

—El concepto de esa forma de desenlace recuerda al fénix, el ave sagrada, que al final de su vida construye un nido de ramas de canela que él mismo hace arder y muere consumido por las llamas de las que surgirá una vida nueva. —Bebió un sorbo de *whisky* de intenso color ambarino—. Como es lógico, no aparecerá por la puerta un Simon joven, pero tengo la impresión de que verlo desaparecer de ese modo, sabiendo que solo quedarán las cenizas que lanzar para que se las lleve la brisa, ha sido un regalo para ti, si decides aceptarlo. —Sonrió

—. Esta es una de esas veces, Maisie, en que no debes pensar, no debes dar vueltas al tema de forma obsesiva en busca de significados. Ya has hecho todo eso, has llevado a Simon en tu corazón y has avanzado hacia un futuro que ni se te hubiera pasado por la cabeza en 1917. Piensa en el ave fénix renacido y acéptalo.

Maisie no dijo nada. Tenía en la cabeza la imagen de un pájaro de plumaje rojo y dorado ardiendo entre las llamas.

—También conviene saber que, según se decía, las lágrimas del fénix curaban las heridas.

Maisie lo miró y dejó la copa en el carrito.

—Gracias, Maurice. Me alegro de haber venido.

—Ya no eres mi alumna ni mi ayudante, Maisie. Eres una profesional por derecho propio. Poco me necesitas, lo entiendo…

—Pero…

—Déjame terminar. Nuestra relación ha cambiado, como tiene que ser. Sin embargo, espero que seamos capaces de desarrollar una nueva amistad, y de que dejes participar a este veterano en la emoción de tus investigaciones, aunque solo sea después, conversando sobre ellas junto al fuego.

Maisie se levantó del sillón y lo besó en la mejilla.

—Has sido muy bueno conmigo, Maurice.

Cuando se separó de él y se enderezó, Maurice alcanzó el bastón de nuevo.

—Te acompañaré a la puerta.

—Pero el caso…

El hombre levantó una mano.

—No necesitas mi consejo, Maisie. Tú sabes lo que tienes que hacer.

LLEGÓ A HERONSDENE de noche, aparcó fuera de la posada y fue caminando hasta el terreno baldío donde había estado la casa de los Van Maarten. Pensó en el miedo, el terror, el sufrimiento absolutamente inimaginable que debieron de sentir, el humo y los gases obstruyéndoles los pulmones, la piel quemada desprendiéndose de los huesos en un estado de inconsciencia hasta la muerte. Se preguntaba cómo sería la casa, una panadería con vivienda en la parte de arriba, y se imaginó aquel hogar, un lugar seguro, un refugio para una familia, como una deflagración que consumió a tres seres humanos que habían vivido, respirado, trabajado, tocado sus instrumentos y amado allí dentro. Y se acabó. No quedaba nada. Nada excepto un frío espeluznante, un aura amarga que impedía que los vecinos se acercaran, excepto alguien que sembraba margaritas de otoño por todo aquel terreno, y que había vuelto la noche del incendio

en la posada con un humilde ramo. Era como si hubieran dejado un mensaje: «Ya está, se acuerdan de ti».

AL DÍA SIGUIENTE por la mañana, Maisie salió temprano tras tomar un té y una tostada en la posada, aunque se le despertaron las papilas gustativas con el intenso aroma de los huevos, el beicon, los tomates y los champiñones en la sartén para satisfacción de los demás huéspedes. Fred se había ofrecido a prepararle un sándwich de huevo y beicon para que se lo llevara, pero Maisie lo había rechazado. Tenía que llegar a la hacienda de Sandermere cuando el mozo de cuadras estuviera fuera entrenando a los caballos. Todos sabían en el pueblo que Alfred Sandermere no había salido de sus habitaciones en el primer piso de la mansión. Según decían, le dejaban una bandeja en la puerta, que él cogía una vez se alejaban los criados y volvía a dejarla por la noche. Una botella vacía de brandi o de vino indicaba que necesitaba reservas de alcohol, pero comentaban también que no había dejado ropa ni sábanas para lavar, ni había permitido que el servicio entrara a limpiar.

Aparcó a cierta distancia de la hacienda, en un área de descanso desde la que podía ir andando, atravesar el bosque y saltar una valla para llegar a su destino. Se había puesto los pantalones de pana a propósito, los zapatos resistentes de andar por el campo y una chaqueta marrón de punto encima de la blusa. Llevaba también un sombrero marrón de fieltro calado hasta donde podía con la esperanza de que no la reconocieran. Además de la mochila y la navaja, había cogido también la horquilla zahorí que se había hecho ella misma.

No tardó en alcanzar los límites de la propiedad de Sandermere y se dirigió a las cuadras. Miró a su alrededor y enseguida echó a correr hasta la entrada trasera, abandonando la protección de la espesura del bosque. Se detuvo un momento a escuchar. Lo único que se oía eran los caballos removiéndose en sus cubículos, comiendo heno o relinchando suavemente al oír que alguien se acercaba. No oyó a ningún mozo hablar con los caballos o entrar y salir con cubos de agua, ni tampoco el sonido de cepillar el pelo de los animales. Miró alrededor del arco de entrada a las cuadras y entró. Contó los animales, faltaba uno, lo que significaba que el mozo había salido. Atravesó sin hacer ruido el camino de losetas que dividía los cubículos acariciando a cada uno de los caballos a su paso para darles un azucarillo —era hija de Frankie Dobbs y nunca iba a una cuadra sin una golosina—, o para acariciarles el hocico o el cuello. Llegó al final de la cuadra, al lateral cubierto por una lona impermeable que se agitaba con el aire, y sacó la horquilla de avellano. Se metió la navaja

en el bolsillo y escondió la mochila detrás de la puerta del cobertizo de los arreos, que estaba atada por detrás para evitar que se cerrara de golpe. Libre para moverse, salió de las cuadras sujetando la horquilla como le había enseñado Beulah. Cerró los ojos. «Piensa en plata.»

Notó la tensión de la vara, no era ligera como cuando la cortó del árbol. En ese momento tenía algo más que cuando la cogió entre las manos, y reconoció el poder que emanaba de ella y la empujaba a seguir adelante. Se le había pasado por la cabeza que tal vez la guiaría hacia la lona, hacia los cimientos que habían alterado y desbaratado hacía poco. El suelo estaba cubierto de grava y la superficie no estaba aplanada en el lugar en el que los obreros habían estado reconstruyendo las cuadras antes de que Sandermere les ordenara que se detuvieran. El que no hubieran terminado la reforma era precisamente lo que la había hecho volver, pues sospechaba que podría evidenciar que no eran los únicos trabajos que se habían quedado a medias. Pero, según se acercaba al lugar en reconstrucción, la horquilla pareció hacerse pequeña y ligera. Maisie se giró con la imagen de la plata en la cabeza tratando de encontrar de nuevo la energía que la guiaba, ese punto en el que la rama de avellano cobraba vida, como un pez cuando picaba el anzuelo.

La horquilla recuperó el vigor cuando se dio la vuelta y pisó de nuevo el suelo adoquinado de las cuadras. Volvía a sentir la tensión, a notar la sintonía con la vara al poner un pie detrás de otro. Parecía que estuviera hecha de un mineral sagrado que sentía la atracción magnética de otros materiales con propiedades místicas similares, que la empujaba hacia el arco de entrada de las cuadras. Estaba a punto de salir del edificio cuando sintió como si le frenaran las manos, un debilitamiento, de modo que giró primero a la izquierda, y estuvo a punto de soltar un grito de frustración al notar que la horquilla perdía otra vez la tensión y el peso entre sus dedos. Giró entonces hacia la derecha y suspiró aliviada al sentir que recobraba el vigor. Estaba justo delante de los ojos del caballo de caza de Sandermere. El animal respondió a su mano, expulsando aire caliente en la palma de Maisie, y luego olisqueó la rama con curiosidad.

—Ah, no, amiguito. —Descorrió el pestillo de la parte superior de la puerta holandesa del cubículo y empujó al caballo en el pecho con la mano izquierda. Esperó a que se apartara de ella al contacto. Echó de nuevo el pestillo y se movió por el interior del cubículo.

Apoyó la mano primero en el costado del animal y después en la cruz, y se movió de un lado a otro, apartando la paja fresca para poder comprobar lo que había debajo. Se echó a la derecha, a la izquierda y al fondo del cubículo, retirando con las piernas la paja y pisando con fuerza en los adoquines cuadrados del suelo. Volvió a apuntar con la horquilla de avellano y nada más recibir el peso en los dedos, se vio

empujada hacia el bebedero del rincón. Era de ladrillo y esmalte, parecido a un fregadero cuadrado, pero más hondo y largo. Debajo habían construido un soporte con las mismas losas del suelo. Se puso de rodillas consciente del tamaño del animal que tenía al lado, aunque no le daba miedo. Parecía tener tanta curiosidad como ella y le respiraba en el cuello, porque también él quería acercarse a mirar de cerca.

Sacó la navaja, buscó la hoja más apropiada y empezó a recorrer las juntas de las losas con la punta. Una de ellas se movió con facilidad. No le costó agarrarlo con los dedos y que se soltara por completo. Comprobó la seguridad del bebedero. Era sólido, probablemente estaría reforzado con tornillos o ladrillos por debajo.

Contuvo el aliento al oír cascos y una voz que se acercaban.

—¡Vamos, *Humphrey*, ya hemos terminado!

Maisie oyó desmontar al mozo y el repiqueteo de sus botas sobre los adoquines.

—Suave y tranquilo, ¿eh, viejo amigo? Nada de galopar de acá para allá, un trote suave, con eso nos basta. —El mozo le hablaba con cariño al caballo—. Vamos a quitarte los arreos, a cepillarte un poco y te llevaremos al prado de abajo. ¿Qué te parece, amigo?

Maisie oyó que le daba unas palmaditas en el cuello al caballo y los sonidos propios de quitarle la silla y los arreos, y levantarle después las patas para limpiarle los cascos.

—Ahora vas tú, *Fontein*, no hace falta que te pongas nervioso, amigo.

Maisie escuchaba inmóvil como una piedra pegada al bebedero mientras el mozo se ocupaba con sumo cuidado del caballo que acababa de entrenar. Por fin oyó que el caballo volvía a salir de las cuadras cuando el mozo lo llevó a pastar a los prados.

Continuó con lo suyo y por fin consiguió levantar la losa con gran esfuerzo y apoyarla contra la pared que separaba al caballo de su compañero de cuadra. No llevaba encima la linterna, por lo que dependía de la luz que entraba por el arco, y en ese momento el cuerpo del caballo se la tapaba.

—Muévete, amiguito, venga. —Maisie se levantó y empujó al animal hacia atrás mientras buscaba más azucarillos en el bolsillo y los echaba entre la paja que quedaba en el pesebre—. Así estarás entretenido.

Se arrodilló junto al abrevadero otra vez y miró en el hueco que había debajo de la losa levantada, buscando a tientas algo suelto, inesperado. Sus dedos no tardaron en posarse sobre un tejido basto. Sujetándose con una mano a un lado del abrevadero, tiró. El saco, con la parte de arriba atada con un cordón, estaba sucio y húmedo. Deshizo a toda prisa el nudo para inspeccionar el contenido. Plata.

Había tantos objetos de plata en el saco que aquello parecía el rescate de los sacerdotes al que hacía referencia el Antiguo Testamento. Había copas, licoreras, cubertería y todo tipo de objetos grabados con el emblema de la familia Sandermere: una S grande enmarcada en un escudo con un corazón en el centro y una espada cruzada por delante.

Metió la mano de nuevo en el hueco y encontró otro saco que apuntaba a robos cometidos en otros sitios aparte de la hacienda. Había una cartera vacía, un reloj, un fajo de dinero, joyas. Maisie se levantó, se quitó el sombrero y se secó la frente. En vez de llevarse lo sacos, volvió a dejarlos donde estaban y colocó la losa encima. El mozo no era el ladrón, de eso estaba seguro. Se puso de nuevo el sombrero mientras el caballo, que se había comido todo el azúcar, le daba empujoncitos con el hocico pidiendo más.

—Como sigas así, vas a conseguir que sienta debilidad por ti, grandullón —dijo ella al empujarlo a un lado.

Comprobó que el cubículo estaba como al principio, atenta por si volvía el mozo, y después salió y echó el pestillo de la puerta holandesa. La manta del caballo colgaba de una barra en el exterior y tapaba la placa con el nombre del caballo.

—Vaya, vaya, vaya. Te llamas *Merlín*. Debería haberlo imaginado —dijo dándole otra palmadita cariñosa—. Solo tú y yo sabemos que tu dueño es un ladrón.

MAISIE RECOGIÓ LA mochila, aliviada al ver que el mozo no se había percatado de ella en la penumbra del cobertizo, y regresó rápidamente hacia el bosque, saltó la valla de hierro y se metió en el coche. Condujo hasta el pueblo siguiente en busca de una cabina de teléfono.

—¿James?

—Maisie… ¿Qué ocurre? Tienes la respiración acelerada.

—Un poco. Tengo información que va a requerir que actúes en consecuencia sin tiempo que perder.

—Dime.

—He encontrado los objetos de plata que le robaron a Sandermere, junto con otras cosas. Y sé quién es el ladrón.

—¿Quién?

—Alfred Sandermere.

Se produjo un silencio.

—Debería haberlo sabido. Ese hombre no me inspiró confianza desde el principio. ¿Y los incendios?

Maisie inspiró hondo.

—Ese es otro asunto. Pero podré decirte algo en breve. Hasta entonces, será mejor que te cuente lo sucedido en la última semana en

relación con Sandermere.

Cuando terminó de informarle, James suspiró.

—¿Qué crees que habría que hacer ahora?

—Llamar a la policía, James. Ahora sabes que la plata y el resto de los objetos están ocultos. Sospecho que estaba esperando un poco antes de venderlos mediante contactos en el hampa. Tiene toda la pinta de ser un plan para mantener a raya a sus acreedores. Advierte a la policía de su personalidad inestable y de que es posible que haya que contenerlo de alguna manera.

—Por supuesto. Hablaré también con mis abogados.

—Desde luego. Tengo que irme, James. Nos veremos dentro de nada.

Maisie se permitió unos minutos de sosiego a solas en el coche y apoyó la cabeza en el respaldo. Le sonaban las tripas y sintió que una ola de calor le subía por el pecho. ¿Se estaría poniendo enferma? Notó que le caían gotas de sudor por los lados de la nariz y sacó un pañuelo para secarse el arco de las cejas y las mejillas. «Estoy ardiendo.» Abrió la puerta para que entrara aire y reconoció que la incomodaban los sentimientos que se estaban despertando en su interior.

Al poco, la sensación se calmó; el pensamiento lógico y el aire fresco aplacaron el calor que la arrasaba por dentro. Decidió que haber presenciado la incineración de Simon había contribuido en cierto modo a su malestar. Negó con la cabeza y puso rumbo a la granja de Heronsdene.

QUEDABAN SOLO DOS plantaciones de lúpulo que recoger en la granja, y muchos de los temporeros estaban hablando ya de juntar los bártulos y de la vuelta a casa; de la llegada del frescor otoñal seguido del frío invernal. Billy la vio acercarse desde lejos, la saludó con la mano y salió a su encuentro, deteniéndose a coger la chaqueta de paso. Prescindieron de los saludos y fueron directos al grano.

—Fui a Maidstone en tren ayer por la mañana a ver a Beattie Drummond. ¡Caray, esa mujer es de armas tomar!

—Te presionó para conseguir su historia, ¿verdad?

—Mucho, pero yo iba preparado cuando dijo que le había prometido que sería la primera en enterarse cuando terminara su investigación.

Maisie asintió con la cabeza.

—¿Y ha descubierto alguna cosa más?

Billy se sacó un sobre del bolsillo y se lo dio.

—Me dio estas fotografías que se tomaron en el pueblo antes de la guerra. Yo no le dije nada, no mencioné qué, o a quién, estábamos

buscando…

—Bien —dijo ella, que abrió el sobre y echó un vistazo a las imágenes hasta llegar a una en particular—. Aquí está.

—Se huele el pan desde aquí. La fotografía tuvo que hacerse el Día del Imperio, por todas las banderas y las guirnaldas en la fachada de la panadería, y el señor Martin de pie con un pan con la forma de las islas británicas. Un artista, ¿no le parece? Puedes cortar la masa con la forma precisa, pero que te salga justo como la quieres cuando la sacas del horno requiere mucha habilidad, digo yo.

Maisie asintió con la cabeza mientras analizaba la imagen con ojos entornados. Sacó una lupa del bolso que llevaba al hombro y se acercó más a la fotografía.

—¿Se las devuelvo por correo?

—Claro, si no te importa.

—¿Tiene ya lo que buscaba?

—Sí. Solo quería comprobar una cosa antes de seguir.

—¿Quiere que la acompañe luego?

Maisie sonrió.

—No, ya has hecho suficiente. Estás de vacaciones, ¿recuerdas? —Guardó silencio un momento—. Ah, sí. Cuando hables con George, dile que sus hijos serán eximidos de toda culpa. No los emplazarán a volver a Kent.

—Lo que usted pensaba, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Más o menos. ¿Necesitáis que os eche una mano con el lúpulo? Puedo quedarme hasta el final del día, pero después tengo que ir a ver a Webb.

MAISIE AGRADECIÓ EL rato que estuvo con los temporeros del lúpulo, el olor y las manchas de grano en las manos, la forma en que bajaban los tallos con las flores dejando entrever el azul del cielo de la tarde, como si al apartar el dosel de hojas aparecieran las nubes dándose importancia de lo blancas que eran, y, como telón de fondo, los grajos invadiendo el aire con sus graznidos y el parloteo musical de las golondrinas desde las alturas. Era la calma antes de la tormenta; las nubes, el presagio de los acontecimientos que se desplegarían en toda su grisura.

El asentador llegó y, según terminaban el recuento del día en cada contenedor, los trabajadores se iban retirando, bien hacia sus casetas, en el caso de los temporeros londinenses, o hacia sus casas, en el caso de los vecinos del pueblo, mientras que los gitanos subían la loma, las faldas de las mujeres ondeando con la brisa, una multitud de colores

en movimiento acompañando el vaivén de sus caderas.

—Uno, dos, tres…

El asentador continuó con el recuento al llegar al contenedor de los Beale. Maisie sonrió al ver que todos los miembros de la familia repetían la cantidad moviendo los labios en silencio mientras el asentador, con la camisa remangada hasta el codo, se calaba bien la gorra plana y hundía el celemín una y otra vez.

—Buen trabajo, el lúpulo bien limpio, como a mí me gusta —dijo sacándose el lápiz de detrás de la oreja para anotar la cantidad.

Maisie se despidió de la familia y echó a andar hacia la loma por la que se subía al campamento gitano, y el claro en el que se reunían todos desde antes de que comenzara la cosecha. Cuando el lebrel bajó corriendo la loma a darle la bienvenida, Maisie dejó caer el brazo a lo largo del costado y le puso la mano en el hombro hasta que llegaron a los carros.

Se dirigió hacia Beulah y la saludó antes de nada.

—¿Ha vuelto Webb ya de las plantaciones?

La anciana tenía en la mano un vaso de loza lleno de un caldo verde, traslúcido. Bebió un sorbo antes de responder.

—Ha ido a por leña. El *chuquel* ha vuelto a cazar una liebre —dijo acariciándose el pecho.

—¿No se encuentra bien? —preguntó Maisie.

Beulah respondió con una mueca de dolor.

—Parece que no digiero bien la comida hoy. Se me queda aquí, en el pecho, por el pan.

Maisie se sentó a su lado.

—¿Le duele alguna otra cosa?

—No me hacen falta tus tratamientos médicos. Ya me cuido yo.

—¿Qué está tomando?

—Un cocimiento. Me ayuda a hacer la digestión. No te preocupes por mí, chica. A Beulah no le pasa nada.

En ese momento apareció Webb en el claro por el camino que desembocaba frente al círculo de piedras que delimitaba el lugar para hacer la lumbre.

—Webb, ven, hijo, la *bedorí* quiere hablar contigo.

El hombre soltó el brazado de leña junto a las piedras y se sacudió las manos en las perneras de los pantalones. Se quitó el sombrero conforme se acercaba y se pasó las manos por la mata de pelo castaño ondulado que le llegaba casi por los hombros.

—¿Qué quiere, señorita?

Maisie se levantó, pero seguía preocupada por Beulah.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, si no le importa.

El hombre cambió el peso de un pie a otro y se cruzó de brazos, la barbilla lo bastante alta como para dejar entrever que estaba a la

defensiva.

—Depende de cómo sean esas preguntas.

Maisie se preguntaba por dónde ir, cómo formular las cuestiones sin irritarlo.

—Tengo un amigo en Londres, un lutier. Se llama Andersen y…

—No conozco a ningún Andersen —dijo él, que había retrocedido.

—Muy bien, pero le hablé de su hermoso violín y cuando se lo describí me dijo que podía valer mucho dinero…

—Piensa que lo he robado, ¿no es eso? —dijo Webb con los hombros hundidos y los ojos relampagueantes, como los de un zorro que tiene a los perros pisándole los talones.

—Por supuesto que no, no estoy sugiriendo que lo haya robado, desde luego que no.

Webb se acercó.

—¡Webb! —Beulah se levantó con el vaso de líquido verde en una mano mientras se frotaba el pecho con la otra—. No me extraña que la comida se me atasque en la garganta si sigues comportándote así. Escúchala, hijo mío.

Pero Webb no iba a permitir que lo interrumpieran.

—Es igual que los demás, no, es peor que ellos. Viene aquí, come nuestra comida, baila al ritmo de nuestra música y se comporta como si nos conociera, pero acaba de demostrar lo que es en realidad, una mestiza, no es una de los nuestros ni tampoco una paya, sino que está en medio, y esos son los peores, los que te la clavan por la espalda antes de que te des la vuelta.

—¡Webb! Pero ¿cómo puedes hablar así? ¡Cierra el pico ahora mismo! —Beulah señaló con la cabeza a la hija de su hijo, Baljisí, envuelta entre las faldas de su madre, ya que Paishey había ido a sentarse junto a ella.

Maisie miró a Webb y a su madre, y negó con la cabeza. No había calculado bien el momento, ni había elegido las palabras adecuadas, y sabía que tenía que irse.

—Sé la verdad, señor Webb. Lo sé. Y puedo ayudarle. —Y tras apretarle la mano a Beulah afectuosamente dio media vuelta y echó a andar.

Apenas había dado unos pasos cuando oyó chillar a Paishey, y a continuación los gritos de Webb.

—¡Beulah! ¡Beulah!

Cuando Maisie llegó hasta ellos, la anciana tenía los ojos muy abiertos, le costaba respirar y casi no se oía lo que decía. El grupo entero se había arremolinado a su alrededor, y Paishey, de rodillas detrás de la anciana, le sostenía la cabeza en el regazo.

—¡Apartaos todos, necesita aire! —exclamó Maisie. Su propia voz le resonó en los oídos al tiempo que gesticulaba con la mano para hacer

énfasis en sus palabras.

—Haced lo que dice —les ordenó Webb—. Dejadle espacio para respirar.

Maisie le buscó el pulso a la mujer con los dedos, pulso que no era ni fuerte ni rítmico.

—Es el corazón, Webb.

Paishey le había soltado la cabellera plateada, que le caía por encima de los hombros. La mujer, cuyas arrugas de la edad parecían reducirse con cada segundo que pasaba, le hizo un gesto a su hijo para que se acercara a ella. Maisie se apartó para dejar que se arrodillara junto a su madre, y observó a la anciana moribunda tratando de vencer la debilidad para aferrarse a la camisa de su hijo y atraerlo hacia ella. Webb la abrazaba mientras Paishey permanecía donde estaba, y se inclinó a oír lo que su madre trataba de decirle en un susurro. Él asentía con la cabeza, los ojos enrojecidos, sin soltarla.

—Escúchala, hijo, ella te liberará —fue lo único que oyó Maisie.

Y, a continuación, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, dijo lo bastante alto como para que todos la oyeran:

—Él es mi hijo. Seguidlo a él a partir de ahora.

Webb comenzó a sollozar.

—No, Beulah, no, por favor. Quédate, no te vayas.

Pero Beulah sonreía y alzaba los brazos como si alguien le tendiera una mano, y con una ternura que Maisie no había percibido en su voz hasta entonces, dijo:

—Sé libre, hijo. Sé libre.

Maisie se acercó, se arrodilló para buscarle el pulso y le puso el oído en el pecho. Nada. Se enderezó para mirarla y a continuación se volvió hacia Webb y Paishey.

—Se ha ido. Lo siento.

Paishey se inclinó hacia delante, colocó las manos a ambos lados de la cabeza de la anciana y le cerró los párpados con los pulgares. Después besó ambos ojos cerrados y se buscó en el bolsillo dos monedas de cobre, que depositó sobre los párpados. Webb se apartó y las mujeres se acercaron. Esther ayudó a Maisie a levantarse.

—Nosotras cuidaremos de ella, señorita. Váyase a casa. Ella es de los nuestros. Nosotros cuidaremos de ella.

Maisie se alejó hasta el borde del claro, donde hasta los caballos se habían congregado, que mantenían la cabeza alta, atentos a lo que ocurría. Los apartó para pasar y al bajar la colina oyó el lamento triste de un perro aullando. No era una llamada normal y corriente, el gañido en respuesta a los chillidos de un zorro en plena noche, sino el aullido prolongado que la gente del campo identificaba como el aullido de la muerte. Maisie se detuvo a escuchar, se quedó inmóvil de manera que el alarido del animal penetrara en ella y pudiera sentir las

vibraciones que jamás había sido capaz de expresar, que se le habían quedado atascadas en el pecho tantas veces.

17

Mientras se alejaba del campamento, Maisie supo que el lamento por la muerte de Beulah había comenzado ya, un plañido cuya intensidad iría creciendo a medida que los gitanos fueran descargando el dolor por la pérdida. No habría forma de hablar con Webb hasta después del funeral de Beulah, para el cual regresaría en unos cuantos días. No tendría muchas oportunidades, pues los gitanos empezarían a moverse con rapidez a partir de ese momento.

No quería estar sola, de modo que se dirigió a las casetas de los temporeros, atraída por las lámparas de queroseno del exterior, ya que el cielo comenzaba a exhibir el rosa del atardecer y en unos minutos habría oscurecido. Las casetas tenían la puerta abierta y los londinenses habían sacado las sillas al fresco para sentarse a charlar ahora que había terminado la jornada de trabajo. La madre de Billy estaba sentada fuera de la caseta de la familia pelando guisantes, que iba echando en un escurridor que sujetaba entre las rodillas.

—¿Está Billy, señora Beale?

—Doreen y él están en la cocina —respondió señalando hacia el edificio de ladrillo encalado antes de continuar con su tarea.

Maisie se detuvo a hablar con Doreen, pues se había fijado en que el sol había atenuado la palidez que le envolvía la piel desde la muerte de su hijita. Billy salió con Maisie, que le contó que Beulah había muerto.

—Lo que faltaba.

Maisie asintió con la cabeza.

—Es verdad que va a complicar un poco más las cosas. —Calló un momento—. Quería preguntarte una cosa, Billy. Quiero que me cuentes lo que oíste cuando sujetaste a Webb después de la agresión de Sandermere a Paishey. Me pareció que lo que te dijo te desconcertó, pero luego te quedaste pensando, como si el comentario no terminara de cuadrarte.

Billy asintió con la cabeza.

—Fue cuando habló del «odio de la mañana» —respondió él haciendo hincapié en la expresión.

—¿Qué quería decir?

Billy se encogió de hombros. Maisie entendía que su ayudante no quisiera hablar de la guerra.

—Era algo que solíamos decir en la guerra. —Le dio una patada al suelo de tierra arcillosa con los brazos cruzados y la mirada gacha mientras hablaba, observando las huellas que dejaba su bota—. Había momentos en los que sabíamos que los hunos tenían tan pocas ganas de estar allí como nosotros, y que ellos sabían que nosotros tampoco queríamos estar. No me refiero a las grandes batallas, sino a los momentos muertos que pasaban entre ellas. Estábamos todos ahí metidos en las trincheras, como hormigas, y ellos en las suyas. Como yo era zapador, estaba con los muchachos que tenían que salir a arreglar las alambradas, tender cables de comunicación, esas cosas. A los mandamases, los suyos y los nuestros, claro está, no les gustaba que nos quedásemos allí sentados sin hacer nada más que beber té, así que teníamos que disparar unas salvas por la mañana de madrugada y al caer la noche para demostrar que seguíamos queriendo acabar con el enemigo. —Negó con la cabeza—. Y era como si todos supiéramos lo que teníamos que hacer, ellos y nosotros. Alguien gritaba: «Guten Morgen, ingleses», o nosotros decíamos, «Hora de levantarse, alemanes», y nos poníamos a disparar un rato, para no cargárnosla. No sé cómo lo llamarían ellos, pero nosotros lo llamábamos «odio de la mañana» y «odio de la noche». Venía a resumir la rutina de los disparos mutuos que demostraban que nos odiábamos.

Maisie asintió con la cabeza.

—Y ¿por qué? Esa es la cuestión, ¿no? ¿Por qué lo dijo? —dijo Billy encogiéndose de hombros.

—Será mejor que me vaya, Billy —contestó ella poniéndole la mano en el brazo—. Te dejo que cenes en paz con tu familia. Ya os queda poco para volver, ¿no?

Billy miró las plantaciones.

—El año pasará enseguida y aquí volveremos todos otra vez. —Se sacó un paquete de cigarrillos Woodbine del bolsillo del pantalón y una caja de cerillas—. Estamos ahorrando el dinero.

—¿Para el billete a Canadá?

—A ver si podemos, señorita. Antes solo lo decía, pero no creía que fuera a marcharme en realidad, habiendo nacido y crecido en Londres. Pero ahora que ya no está Lizzie y Doreen no lo supera, tenemos que empezar de nuevo. —Encendió un cigarrillo y cerró un ojo para que no le entrara el humo—. No sé si mi vieja madre nos acompañará, pero no quiero dejarla aquí sola. Y no sé en qué podría trabajar allí, pero, bueno, haré lo que sea.

Maisie asintió de nuevo.

—Sé que lo hará —contestó sonriéndole para darle ánimos—. Pero hasta entonces, necesito un buen ayudante, así que ni se te ocurra irte de momento, ¿me oyes? Y ahora sí que me voy, vuelvo a la posada. Hasta mañana.

MAISIE SE PARÓ a saludar a Fred Yeoman al llegar antes de subir a su habitación. No tenía hambre y dijo que no quería cenar, pero accedió a que le subieran una bandeja con pan y queso, y una cerveza por si le entraba hambre más tarde. Al menos, la cerveza la ayudaría a dormir.

Descorrió las cortinas para ver mejor la noche sin estrellas. Acercó la silla a la ventana y se sentó con los ojos cerrados. Y ahora ¿cómo iba a arreglárselas para cerrar el caso? Podía señalar a Sandermere como responsable de gran parte de los delitos menores que habían tenido lugar en el pueblo, pero le faltaba la prueba de la confesión sobre la que sustentar sus otras sospechas.

Maisie dio un respingo al oír que llamaban a la puerta.

—Lamento molestarla, señorita, pero un hombre quiere verla.

«Un hombre, no un caballero», pensó Maisie.

Yeoman se aclaró la garganta y añadió:

—Es uno de esos nómadas, los gitanos. No sé qué es lo que quiere, pero le he dicho que espere fuera. Se llama Webb y lleva un sombrero grande.

Maisie asintió con la cabeza.

—Muchas gracias, señor Yeoman. Bajo ahora mismo.

Cerró la puerta tras de sí, bajó corriendo por la estrecha escalera agarrándose a la barandilla y cruzó el arco de entrada de la calle, agachando la cabeza para no darse con el dintel.

—Webb, qué sorpresa.

El hombre asintió brevemente con la cabeza y se tocó el ala del sombrero. Casi se había hecho de noche y solo alcanzó a verle los ojos cuando se volvió a mirarla envuelto en la luz ambarina del farol exterior de la posada.

—Beulah habría querido que viniera. He hablado con Paishey, se ha quedado con las mujeres, y me ha dicho que tenía que venir.

Maisie frunció el ceño.

—¿Podemos hablar sin que esté presente una de las mujeres de la tribu?

—Siendo la situación que es y como estamos en la calle, podemos hablar.

—¿Prefieres que caminemos, hasta la iglesia, por ejemplo?

Maisie sabía que el paseo implicaría pasar al lado de la parcela en la que estaba la panadería, enfrente de la iglesia y el monumento conmemorativo.

—Beulah decía que la esperaba. Que había pedido ayuda y que vendría.

—¿Y tú lo crees?

Webb echó a andar y Maisie acomodó el paso al suyo.

—¿Se refiere a si me lo creo porque soy payo?

—Sí.

Webb se metió las manos en los bolsillos y sin detenerse habló con una elocuencia que no mostraba cuando estaba con el resto de la tribu.

—Sí que me lo creo. Beulah me salvó, cuidó de mí, y por eso habría hecho lo que fuera por ella. Y, además, he visto bastante como para creerla. —La miró de reojo—. Sabe quién soy, ¿verdad?

—Lo sé, sí, pero seguiré llamándote Webb si quieres.

—Sí, ese es mi nombre ahora.

—Y me gustaría conocer tu historia.

—Pero ya la conoce. Lo he visto en sus ojos. Me vio cuando me alejaba del jardín de la posada. Y ha estado por ahí haciendo preguntas.

—Conozco tu historia, Pim van Maarten, por los hechos que tengo. Me gustaría que me la contaras con tus propias palabras.

Webb bajó la cabeza y la movió negativamente sin dejar de caminar.

—Hace más de diez años que no me llaman por ese nombre. —Se detuvo al llegar al terreno baldío, después se giró hacia la iglesia, que tenía una lámpara de gas sobre la verja, y a un lado había un banco—. Sentémonos ahí.

Ambos se acomodaron y continuó hablando.

—Vinimos a este pueblo cuando yo era un bebé porque mi hermana no podía respirar bien en Londres. Sinceramente, no creo que aquí respirase mejor, pero se le pasó con la edad. Mi abuelo era de los Países Bajos, era panadero, como mi padre, pero vino a Londres después de casarse y antes de que naciera mi padre. Hablaban holandés en casa, y nosotros también. Fue mi padre quien se quitó el «van» del apellido y cambió la ortografía. Decía que no quería que fuéramos diferentes, quería que sonáramos ingleses. Mi madre, que llegó de los Países Bajos para casarse con mi padre, se esforzó en perder todo rastro de acento, pero sí conservamos algunas tradiciones, como la visita de San Nicolás y Pedro el Negro en diciembre.

—Erais una familia feliz —dijo Maisie para animarlo a continuar.

Él asintió con la cabeza.

—Sí que lo éramos. Todo cambió por mi culpa. Los niños pueden ser muy crueles, señorita Dobbs. Pueden hacerte mucho daño. Un chico de la escuela nos había oído hablar holandés en casa y, por alguna razón, jamás entendí bien cómo empezó todo, puede que fuera porque yo leía mejor que él, empezó a meterse conmigo. Las burlas continuaron y cada vez eran peores, hasta que me quedé sin amigos. Yo siempre pagaba el pato por todo, al que siempre daban de lado. Al que intimidaban.

—¿Y tu hermana?

—Anna era preciosa, así que para ella no fue tan malo. Intentaba protegerme, pero cuando cumplió los doce y recibió su título, dejó la escuela para ayudar en la panadería. Y después lo conocí: a Alfred Sandermere.

—Y te ofreció su amistad, pero con un coste.

—Sí. Me convertí en su compinche, el ayudante que cometía fechorías con él.

—Y las fechorías eran cada vez más graves.

Él asintió con la cabeza, se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en las manos.

—Mi padre se sentía terriblemente humillado por mi comportamiento. Intentó ayudarme de todas las formas posibles, pero no sabía cómo apartarme del camino que había decidido seguir. No era el hombre que soy ahora. Era un chico que había tomado una mala decisión, un chico que quería servir de algo a alguien, y Alfred me daba lo que yo buscaba. Amistad.

—Y entonces fue cuando te pillaron.

—Sí. —Se echó hacia atrás con las mejillas húmedas. Se quitó el sombrero y se retiró el pelo de la cara con los dedos—. Habíamos cometido un delito, un robo. Alfred era un ladrón experimentado, pero había unos perros, y nos descubrieron.

—Y tú cargaste con la culpa.

—Su padre, el apellido, los contactos, ya sabe, el magistrado que caza en los terrenos de su hacienda. El tiempo que tuvieron retenido a Alfred fue esto —dijo chasqueando los dedos.

—Pero a ti te mandaron al reformatorio.

—Sí —respondió limpiándose los ojos con el dorso de la mano—. Mi padre iba a visitarme cuando podía. Me traía libros, me llevó mi viejo violín, pero tuvo que volverse con él porque no me dejaban tenerlo allí. Se avergonzaba mucho de mí, su hijo, pero nunca dejó de ir a verme. Se culpaba por lo que yo había hecho.

—¿Cuándo te alistaste?

Webb se sorbió la nariz y fue recobrando la compostura.

—Vinieron a por mí cuando cumplí los trece. Se fijaron en todos los que teníamos una edad. Yo era fuerte para tener trece años. Trabajar en los jardines y en varias reformas en el reformatorio había hecho que desarrollara músculo. Podría haber pasado por un chico de diecinueve y eso era lo único que querían, chicos que pasaran el reconocimiento médico y a los que les dieran el visto bueno para incorporarse a filas. —Inspiró hondo una vez más y soltó el aire entre los labios fruncidos—. Me dijeron que, si me alistaba, me absolverían del delito, que destruirían mi expediente. Firmé los documentos y allá que fui. Con catorce años estaba en Francia metido en una trinchera.

Era soldado, había ido a luchar. Y no era el único, había otros chicos que también aparentaban más edad. A algunos los habían alistado sus padres, otros querían salir de casa y al resto, como a mí, los habían soltado del reformatorio o el correccional.

—Ya lo sé.

—Vi cosas horribles.

Maisie asintió con la cabeza.

—Vi cosas que no quiero volver a ver.

Maisie hizo una pausa antes de hablar.

—Y te dieron por muerto.

—No sabía que me habían dado por muerto hasta que me mandaron a casa. Estaba en el hoyo que había dejado un obús al explotar, a mis compañeros los habían disparado o habían estallado en pedazos, las ratas correteaban por encima de mí. Me daba miedo asomar la cabeza, me daba miedo hacer cualquier cosa excepto llorar, llorar porque podía, porque era lo único que podía hacer. Y de repente, ya no se veía el cielo, así que levanté la cabeza y me encontré con cinco alemanes enormes asomados al hoyo apuntándome con sus bayonetas. Entonces uno dijo: «Es un niño, un niño grande. Mandan a los niños a hacer el trabajo de los hombres». —Se volvió hacia Maisie—. Hablo también un poco de alemán y de francés, por eso sabía lo que decían. Me hicieron prisionero. Y como creía que iban a matarme, me arranqué todas las chapas identificativas y las tiré en el hoyo, para que se lo dijeran a mis padres. Pensé que, aunque no hubiera cuerpo, lo que tampoco era raro teniendo en cuenta la de hombres que saltaban por los aires, cuando encontraran a mis compañeros, darían por hecho que yo también había fallecido.

—Ya, lo entiendo.

—Me liberaron cuando terminó la guerra y me repatriaron. Después llegó la desmovilización y yo solo quería volver a casa. —Ahogó el sollozo que se le escapó de entre los labios. Parecía a punto de derrumbarse—. Fui andando desde la estación y llegué al pueblo antes de que amaneciera, mientras todos dormían. Había vuelto convertido en un hombre, ya no era un niño, y aunque llevaba la guerra escrita en las arrugas de la cara, por edad seguía siendo un joven. Estaba orgulloso de mí mismo. Tenía un expediente limpio. Podía enfrentarme a cualquiera que se metiera conmigo y podía rechazar a Sandermere. Quería volver a ser el hijo de mi padre, quería ver a mi familia.

Se produjo un silencio durante unos minutos, hasta que el hombre comenzó a hablar de nuevo con la voz quebrada.

—Caminé por esta calle, aún no estaba el monumento, no habían hecho la división en la carretera para dejar espacio para la placa con los soldados caídos. La mayoría de los chicos mayores que habían

convertido mi vida en un infierno ya no estaban. Habían muerto. He visto a otros, a algunos les falta un brazo, otros van en silla de ruedas o tienen cicatrices en el rostro. —Se encogió de hombros—. Entonces llegué aquí esperando entrar por la puerta principal y levantar a mi familia de la cama, esperando que me recibieran con todo su amor. Pero no había nada. Nada más que el esqueleto abrasado de un edificio que ya no existía, totalmente calcinado. No podía hablar, no podía pensar. El aire no me llegaba a los pulmones. Solo se me ocurrió ir a ver a la amiga de mi hermana, Phyllis. Esperé en el bosque cerca de su casa. No podía entrar sin más, no me veía capaz de hablar con nadie, no podría haber conversado educadamente con su padre. Esperé a que todos salieran de casa hasta que vi a Phyllis vestida con su uniforme de criada, que salía para ir a la mansión. Y la detuve. —Soltó una risa triste—. Creía que era un fantasma.

—Y te lo contó todo.

—Sí, todo. Y me contó quién había tenido algo que ver. Sabía que jamás podría perdonarlos.

—¿Cómo conociste a Beulah?

—Le pedí a Phyllis que no dijera a nadie que me había visto. Y me fui corriendo. Corrí con mi macuto al hombro hasta que no pude más. Seguí caminando, arrastrándome casi, hasta que llegué al bosque y me derrumbé. No recuerdo nada de los días y las noches siguientes. No sé qué ocurrió. Me despertó el olor a comida y a humo de lumbre. Estaba tumbado en el claro, en lo alto de la colina. Era el verano de 1919 y habían venido a trabajar en la recogida de fruta y lúpulo.

—Y Beulah te tomó como si fueras su hijo.

—Su verdadero hijo había muerto de pequeño y tendría mi edad, así que sí, me tomó como si lo fuera. Y yo estaba deseando que me adoptara, porque no tenía a nadie, solo la necesidad de obligarlos a pagar por lo que habían hecho. —Se volvió hacia Maisie—. Entendía la venganza. Y entendía que, si eso era lo que querían, venganza, se habían quedado a medias, porque seguía vivo. Pim van Maarten estaba vivo y quería lo que me correspondía, quería que me lo dieran «ellos» —dijo señalando hacia el centro del pueblo—, y también Alfred Sandermere, porque mi padre, mi madre y mi hermana seguirían vivos si no hubiera sido por él.

—Ya lo sé —dijo ella y siguió hablando tras una pequeña pausa—. Acosaste a los vecinos provocando pequeños incendios cada año, en el aniversario de la muerte de tu familia.

—Me sorprendí a mí mismo, ¿sabe? Creía que sería capaz de acabar con la vida de todos ellos, hacerles sentir lo que sintió mi familia. Pero debe de ser que vi mucha muerte en Francia. Solo podía asustarlos. Solo provocaba daños en edificios.

De nuevo el silencio, que rompió Maisie al cabo de un rato.

—Tu padre habría estado orgulloso de tu virtuosismo con el violín. Eres su digno sucesor, y te pareces a él, aunque no en el pelo.

Webb sonrió.

—Sí, estaría orgulloso. Y, aunque me parezco, no soy la mitad de hombre que él. Pero habría encontrado la forma de entenderlo.

Maisie dejó pasar unos segundos.

—¿Cómo supiste que el reverendo Staples tenía el violín?

—Un golpe de suerte. Fui un día a su casa con Beulah vendiendo flores. Cuando abrió la puerta, lo vi encima de una mesa. Así que volví más tarde y me llevé lo que era mío. Recordaba algunas cosas que me había enseñado Sandermere, como allanar una casa o entrar tranquilamente cuando las puertas del jardín estaban abiertas.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Webb?

El hombre miró la parcela de terreno baldío que había sido su casa en otro tiempo.

—Enterraremos a Beulah, haremos lo que se hace en estos casos con su carro y sus pertenencias, y nos iremos. —Se volvió hacia ella—. ¿Vendrá? Al funeral y lo de después.

Ella asintió con la cabeza y dijo que acudiría, aunque no le reveló cuánto temía a ese «después».

Tras despedirse de Webb y regresar a su habitación, Maisie se sentó en el sillón y miró hacia la oscuridad exterior. Una luz suave subía de la cocina en el piso inferior y oía el rumor de las voces en la taberna. Sabía que Webb no descansaría hasta que los vecinos le mostraran su reconocimiento, y entendía también que no era fácil sacar a la superficie secretos que llevaban tanto tiempo ocultos. Intentaría ver a Sandermere al día siguiente, pero antes pasaría de nuevo por casa del reverendo Staples.

Se levantó a cerrar la ventana para no oír el aullido incesante de la perra de la gitana muerta. «Haremos lo que se hace en estos casos con su carro.» Se preguntó si le dejarían presenciar el ritual.

CUANDO SALIÓ DEL pueblo a la mañana siguiente en dirección a Hawkhurst, se cruzó con dos Invicta, el modelo de coche de la policía, que se dirigían hacia la hacienda de Sandermere. Estaba claro que James los había llamado. Se preguntaba cómo pensaban abordar la cuestión. ¿Harían salir a Sandermere de su habitación para interrogarlo o apostarían por ir con cautela, aduciendo que estaban allí porque habían recibido un chivatazo, tal vez, y sabían dónde estaba escondida la plata robada? ¿Cómo iban a vincularlo con el robo si no era acusándolo? Era de esperar que hubiera dejado sus huellas en los artículos al esconderlos en el cubículo de su caballo, lo que la

empujaba a pensar que lo interrogarían hasta que confesara, desgastándolo a base de suposiciones que terminarían por demostrar que eran ciertas.

No prestó demasiada atención al paisaje esa mañana, porque solo tenía ganas de enfrentarse al antiguo párroco y terminar con el asunto. Llegó justo cuando la señora Staples salía de casa con una cesta grande y atravesaba el campo de césped en dirección a las casas que estaban al otro lado. Ese día no podría fingir una llamada urgente. Aparcó en la calle y cerró el coche con llave, cruzó la calle y llamó al timbre.

—Señorita Dobbs, qué sorpresa.

El párroco parecía nervioso por la forma de doblar una y otra vez el periódico que tenía en las manos mientras hablaba con ella. Llevaba la misma ropa que la otra vez, aparentemente violento e incómodo por la intrusión, más aún tratándose de una mujer que sin duda había ido a hablar de un tema que él preferiría no tocar más.

—Buenos días, reverendo Staples. Pasaba por aquí y he decidido venir a verlo un momento. Tengo cierta información que tal vez le interese.

—Adelante —dijo conduciéndola al estudio—. Siéntese, por favor. —Le indicó una silla con el periódico y luego se sentó él. Se reclinó en su sillón, echó el periódico en la papelera y, como si tratara de buscar una postura cómoda en la que hacer frente a una conversación inoportuna, se inclinó hacia delante y apoyó el codo en la mesa. Al final se enderezó y se cruzó de brazos por encima de la cruz que llevaba—. ¿De qué se trata?

Maisie sonrió, segura y tranquila. Estaba acostumbrada a que le mintieran, pero no a que lo hiciera un religioso.

—He tenido que ir a Londres esta semana y pasé cerca de Denmark Street por casualidad, de manera que entré a ver al señor Andersen, padre, claro está, el lutier a quien Jacob Martin llevaba su preciado y valioso violín Cuypers para afinarlo y hacerle revisiones generales periódicas.

El párroco frunció el ceño.

—¿Cuypers? ¿Preciado? Debe de estar equivocada. ¿Valioso dice? Lo dudo.

—El lutier, que creo que es un experto, me dijo que el violín era uno de los más hermosos que había visto y que Jacob era un violinista consumado.

—¡No me diga! —dijo el párroco encogiéndose de hombros.

—Reverendo Staples, por favor, no me venga con ambigüedades. Creo que sabe perfectamente a qué he venido. Yo no puedo hacer nada en este momento con respecto al delito que cometió, ya que lo que ha hecho se llama pillaje y es un delito, pero sí puedo hablar en

nombre de los muertos y decirle que sé lo que hizo.

—¡No sé de qué me habla!

—Claro que lo sabe. Jacob Martin, y usted sabía que el nombre verdadero de la familia era Van Maarten, le dijo que había llevado el violín al taller que su amigo, el señor Andersen, tenía en Londres, en la calle Denmark Street. Después de la tragedia, repito, después de que usted recibiera el telegrama en el que contaban a la familia que daban por muerto a Willem, Pim, fue usted a Londres a buscar el violín, pero no le contó al señor Andersen lo que había sucedido, solo que Jacob le había pedido que lo recogiera en su nombre. ¿No le asustaba que le preguntara qué pensaba hacer con el instrumento? ¿O que pudiera conocer a algún familiar que lo reclamara?

—Yo… No fue así.

—Pues yo creo que sí, reverendo. Y, como he dicho, lo que hizo se considera pillaje, algo indigno de un religioso.

—Pero si no se habría quedado allí muerto de risa, nadie lo hubiera tocado. Era una belleza, una obra de arte.

—Que no le pertenecía a usted. Se suponía que debía pasar a la siguiente generación, de padre a hijo.

—Pero el hijo había muerto.

—Hasta donde usted sabía, estaba desaparecido.

—Pero él… —El hombre calló y la miró con los ojos entornados—. ¿Qué quiere decir?

—Antes quiero preguntarle algo.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no lo impidió? Un clérigo podría haber puesto fin a lo que ocurría en Heronsdene.

—Pero yo…

Maisie ladeó la cabeza y observó la palidez que se apoderaba del rostro del párroco.

—Su expresión me ha dicho todo lo que necesito saber.

—No sabe usted lo que era aquello. El caos, el miedo, el terror.

—Pero ¿no se supone que debe usted ir y hacer frente al caos, reverendo Staples? ¿No es eso lo que tiene que hacer un siervo del Señor en vez de formar parte de él?

El hombre se echó hacia delante con los hombros hundidos. Entonces levantó la mirada y suspiró hondo.

—Me robaron el violín, así que ¿qué más da eso ahora? Es cosa del pasado.

—Lleva varios años jubilado, ¿no es así? —Y sin darle tiempo a contestar, continuó—: Tengo la impresión de que no podía soportar otra temporada del lúpulo y los incendios que ocurrían en esa época, ¿no es así? Perseguido por el fantasma de un joven que había perdido a toda su familia en una noche. Perseguido por el joven que tal vez

fuera un día reclamando lo que por derecho le correspondía.

Se produjo un silencio hasta que el reverendo tomó la palabra de nuevo.

—Tiene razón, señorita Dobbs. Me persigue todo lo que usted dice y llevaré esta cruz encima el resto de mi vida.

Maisie se levantó.

—Lo mismo se pregunta a qué he venido: para decirle lo que he descubierto cuando no puedo hacer nada al respecto. He venido porque quería que supiera que alguien más sabe lo que hizo y que robó algo a un muerto antes de que llegaran a enterrar sus restos. Debería haber sido usted el ancla moral del pueblo, no el del griterío.

Se despidió del párroco sin más y regresó a Heronsdene. Tenía la intención de hacer el equipaje y pasar por casa de su padre antes de volver a Londres al día siguiente. No era muy probable que pudiera ver a Sandermere esa tarde, dado que los policías con los que se había cruzado estarían allí. Estaba deseando volver a casa, a la ciudad con su bullicio arrogante. Si quería mantenerse fiel a su costumbre de cerrar todos los flecos del caso antes de marcharse, tendría que admitir que quedaban más cosas por hacer, pero James Compton no le había ordenado pedir cuentas a todos los culpables. Lo único que le había pedido era que averiguara qué estaba pasando en el pueblo, y tenía información de sobra para su informe. Sin embargo, ella no terminaba de sentirse cómoda y confiaba en poder encontrar la manera de cerrar aquel caso de un modo más satisfactorio.

FRED YEOMAN LA saludó al entrar desde la calle por la puerta del salón de los huéspedes.

—Buenas tardes, señorita Dobbs. ¿Se va esta tarde?

—Creo que sí.

—Lamentaremos que nos deje. No va a haber mucho trabajo en los próximos días. Cuando vi a la policía en el pueblo, pensé que lo mismo encontrábamos a algún otro forastero, aunque en Heronsdene no nos gustan los periodistas y ese tipo de gente.

—Ya lo creo. ¿Sigue la policía en la hacienda?

—Según uno de nuestros clientes habituales que trabaja en los jardines, han subido a las habitaciones de Sandermere a hablar con él y parece que han encontrado unos sacos en las cuadras.

—Entiendo. Me pregunto que habrá en ellos.

—Creo que es la plata que habían robado. Seguro que esos muchachos de Londres la escondieron delante de sus narices para ir a buscarla después.

—¿Sigue pensando que podrían haberlo hecho los chicos? ¿Aunque

los hayan absuelto?

—¿Y qué que los hayan absuelto?

Maisie se fijó en que estaba temblando.

—¿Ha pensado que el culpable no tiene por qué ser un temporero de Londres o un gitano? ¿Que podría ser alguien de la misma casa? ¿O del pueblo?

—Bueno, yo…

—Precisamente usted debería saber cómo es Alfred Sandermere. Todo el pueblo lo sabe. Y los ha tenido a todos ustedes a su merced desde hace años.

El hombre se puso rojo.

—Será mejor que me vaya. Seguro que la policía averiguará quién se llevó la plata.

Maisie se reprochó haber tomado partido de esa forma, pero sentía que su frustración estaba llegando al tope. Guardó sus cosas en la bolsa de viaje, echó un último vistazo a la habitación para asegurarse de que no se le olvidaba nada y bajó de nuevo. Tocó el timbre para avisar al posadero, que salió de la cocina, donde había estado hablando con su mujer.

—Quiero disculparme, señor Yeoman. No debería haberle hablado así.

—Y yo no debería haber insinuado que todos los londinenses están cortados por el mismo patrón. Siempre se me olvida que usted también lo es, ya sabe lo que quiero decir.

Maisie pasó por alto la insinuación.

—He estado muy bien en la posada. Gracias.

—Y gracias otra vez, señorita, por salvarnos el pellejo en el incendio de la otra noche.

Maisie sonrió y se despidió. Cargó el equipaje en el coche y se dirigió a la granja. Por el camino se cruzó con los dos coches de policía, esta vez saliendo del pueblo. No vio ninguna silueta en el asiento trasero, por lo que supuso que aún no habían detenido a Alfred Sandermere.

Aparcó por última vez junto al secadero y fue andando por el camino agrícola hacia las plantaciones. Había pocos gitanos ese día, aunque sí que estaban allí todos los temporeros londinenses y también gente de la zona. Aspiró el aroma especiado y alargó el brazo para coger una flor solitaria de un tallo. La aplastó entre los dedos para extraerle la fragancia pensando en Webb y en el niño que fue, Pim van Maarten, y en lo que tenía que haber sido para él regresar al pueblo y encontrar que toda su familia había muerto. Esa época tenía que ser un martirio para él, pues en septiembre la zona del Weald rebosaba de aromas que estimulaban el olfato entre el lúpulo, las manzanas dulces y el trigo terroso. Y los sentidos están muy relacionados con los

recuerdos, de manera que un sonido, un olor o el modo en que sopla el viento nos transportan a algo que ocurrió en otra época.

Los Beale le pidieron que se quedara con ellos recogiendo flores y pasando el rato antes de volver a Londres. Cuando el sol comenzó a descender por el horizonte, Maisie decidió que ya era hora de irse y, tras despedirse, dio media vuelta. Pero su marcha se vio interrumpida.

De repente se oyó un grito en la parcela de arriba del todo. Un trabajador señalaba las nubes de humo que subían del tejado apenas visible de la mansión.

—¡Fuego! En la casa. ¡Está ardiendo!

18

Las mujeres que tenían niños se quedaron en el campo mientras los hombres corrían en masa hacia la mansión, algunos deteniéndose lo justo para coger un cubo viejo o cualquier otro recipiente que estuviera de paso.

—Rápido, Billy, al coche. Atravesaremos por el camino que lleva a la casa.

Salieron de la granja a toda prisa hacia la entrada de la mansión, dejaron el coche fuera de la verja y echaron a correr hacia allí. Vieron al mozo tratando de sacar a dos de los caballos de las cuadras, por si el fuego se extendía a los edificios anejos.

—Iré a echarle una mano —dijo Billy corriendo hacia el muchacho lo más rápido que podía.

Los vecinos empezaron a llegar y cuando miró hacia la colina en la que días atrás había visto a Webb observando la mansión, vio a la tribu gitana allí reunida. Se detuvo un momento y vio a Webb ponerse al frente del grupo, la silueta de su sombrero lo diferenciaba de los demás. Y con un gesto de la mano hacia su gente, los condujo hacia la casa a echar una mano.

El personal de servicio se había reunido fuera de la casa mientras las llamas ascendían por las ventanas de los pisos superiores como lenguas gigantes en busca de alimento. Un lado del tejado estaba ardiendo y crujía, las llamas que habían llamado la atención de los espectadores se elevaban en una danza feroz.

—¿Ha salido todo el mundo? —preguntó Maisie.

El mayordomo negó con la cabeza con ojos vidriosos.

—No. El señor Sandermere se ha encerrado en sus habitaciones. Subió de muy mal humor cuando se marchó la policía.

—¿Estaba bebiendo?

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí, sí, estaba bebiendo. Nos llamó dos veces para que le subiéramos más vino y *brandy*.

—¡Madre mía!

—¿Ha llamado alguien a los bomberos?

El hombre asintió de nuevo.

—Justo antes de salir todos, por el humo. Puede que la casa sea de piedra, pero está el revestimiento de madera de las paredes, las

cortinas, la tapicería… Todo empezó a echar humo y a arder como la yesca.

Maisie fue corriendo hacia el grupo congregado delante de la casa, que formaba ya una fila desde el grifo de agua de las cuadras. «Así lo han hecho en todos los incendios: los vecinos se unían para extinguir las llamas», pensó Maisie. En todos menos en uno. «No lo conseguirán. Jamás detendrán este incendio atroz.»

Miró de nuevo hacia la mansión, pasando por todas las ventanas con los ojos entornados por el humo, y vio a Alfred Sandermere de pie, mirando hacia la multitud, como en trance. De pronto cayó hacia delante y comenzó a deslizarse poco a poco por las hojas de vidrio.

La gente —londinenses, vecinos del pueblo y gitanos— pasaba los cubos de un lado a otro de la fila. Maisie estaba cerca de la casa, al lado del mayordomo, que señalaba hacia la ventana, y en ese momento Webb salió de la fila y empezó a correr hacia ella.

—¿Sigue ahí dentro?

Maisie asintió con la cabeza tosiendo.

—Sí, está en su habitación, en la primera planta.

El mayordomo explicó lo que había sucedido y señaló hacia las ventanas.

Webb contenía el aliento, con el rostro congestionado al comprender que era probable que Sandermere estuviera inconsciente, y que moriría calcinado si nadie lo ayudaba. Acto seguido se quitó la chaqueta y la camisa.

—No puedo dejar que un hombre muera así, no importa lo mucho que lo odie.

Paishey llegó corriendo junto a su marido, y mientras los demás miraban cómo se desnudaba de cintura para arriba y se mojaba el cuerpo con agua, Webb se volvió hacia ella.

—Tengo que encontrarlo. Dame tu chal.

Paishey se lo quitó, lo hundió en un cubo de agua y le envolvió el cuerpo con la tela chorreando. A continuación, Webb se quitó el sombrero. Maisie vio que Fred Yeoman, que se encontraba cerca, se tapaba la boca con la mano. Webb no perdió un segundo más. Tomó la mano de su mujer un momento y se lanzó a las llamas.

Nadie habló ni gritó, solo se oía el murmullo entre los vecinos a medida que Fred hablaba con unos y otros.

—¿Lo has visto? ¿No era Pim Martin?

—No quería decir nada, pensé que eran imaginaciones mías.

—Es clavado a Jacob.

—Era él, sé que era él.

—No puede ser él. Lleva años muerto.

El sonido incesante de la campana del camión de bomberos se oía cada vez más cerca, mientras los presentes esperaban a que Pim

Martin saliera de la casa en llamas del hombre a quien él mismo habría matado de haber podido. No se veía movimiento, solo las llamas elevándose y saltando de un piso a otro y, de vez en cuando, algún grito al oír la reverberación de una viga al caer en algún lugar de la casa.

—Van a morir los dos. Ha sido una locura entrar.

El camión de bomberos se detuvo con un chirrido, en la pintura roja se reflejó un nuevo estallido y las llamas que salían por el tejado. Maisie y el mayordomo hablaron con el bombero al mando mientras el resto sacaban las mangueras y se afianzaban bien en el suelo para no caer con el agua que salía con la fuerza de un cañonazo en dirección al corazón de las llamas. Paishey seguía esperando todo lo cerca que podía de la puerta por la que su marido había entrado. No lloraba ni se lamentaba, solo esperaba con los hombros hacia atrás, un centinela a la espera de que volviera su marido. Al poco, otros se unieron a ella, vecinos y forasteros, esperando a ver si el hombre al que conocían como Webb salía de aquel infierno.

—Oigo toser —gritó un bombero a su jefe.

Paishey lo llamó, lo primero que decía desde que había entrado en la mansión.

—Webb, vuelve, vuelve, Webb. Te estoy esperando, mi querido Webb. Te estoy esperando.

Y entonces lo vieron. Había perdido el chal, tenía quemaduras en el torso y chorreaba sudor negro. Se protegía los ojos con una mano y con la otra sacaba a rastras el cuerpo abrasado de Sandermere, agarrándolo por el cogote.

—¡Webb! —exclamó Paishey, la primera en ir hacia él, cuando este se doblaba por la cintura y vomitaba sin soltar a Sandermere hasta que Fred Yeoman le tocó en el brazo.

—Ya está, ya nos ocupamos de él. Ya está, muchacho.

Los hombres gitanos se abrieron paso entre la multitud para ocuparse de Webb, al que empaparon de agua y alejaron del humo y el calor del fuego para que pudiera respirar aire fresco. Dos bomberos subieron a Sandermere en una camilla y lo llevaron hacia atrás, cerca de Webb, que seguía rodeado por los demás gitanos al pie de la colina. Al poco rato se oyó otra sirena y apareció una ambulancia seguida por el médico.

Maisie se dirigió hacia el grupo de los gitanos.

—¿Está bien? ¿Qué tal respira?

Paishey la miró.

—Ya está a salvo, señorita. Respira bien y le curaremos las quemaduras. —Sacó del bolsillo de la falda un tarro de crema de un color verde oscuro—. El bálsamo de Beulah.

Maisie asintió con la cabeza consciente de que las personas que se

habían unido para combatir el fuego volverían a sus respectivas tribus, con los suyos. Se acercó entonces a donde estaban tratando a Sandermere.

—¿Puedo ayudar?

El médico la miró mientras sostenía una jeringuilla con la que se disponía a inyectar morfina a Sandermere, que expresaba su sufrimiento con gemidos llenos de mucosidad.

—Fui enfermera durante la guerra, en Francia.

—Bien, entonces habrá visto muchas quemaduras. Necesito que me ayude a mantenerlo estable para poder llevarlo al hospital de Pembury. Bien, manos a la obra. Mi instrumental y ese algodón.

El tiempo se contrajo mientras Maisie se lavaba las manos con desinfectante del maletín del médico, se cubría la boca y la nariz con una mascarilla y le extendía los instrumentos que necesitaba. Cogió una bola de algodón con unas pinzas y se lo pasó al médico, tomó otra y a continuación preparó las tijeras.

—Es como montar en bicicleta, ¿verdad que sí? Todo vuelve cuando uno lo necesita —comentó el médico arrugando la nariz para evitar que se le escurrieran las gafas, y Maisie alargó la mano y se las colocó bien.

Cogió el algodón sucio y le tendió las tijeras. Se acordó del sentido del humor y las bromas para contrarrestar la muerte mientras trabajaban en la Estación de Evacuación de Heridos. Y se acordó de Simon, de aquel último día que estuvo trabajando con él y de sus últimas palabras cuando empezaron a llover las bombas sobre la tienda mientras trataban de salvarle la vida a otro soldado: «Manos a la obra».

MÁS TARDE, CUANDO la ambulancia se marchó y los gitanos subieron por la colina de vuelta al claro, Maisie vio a Billy entre los londinenses que regresaban lentamente a sus casetas.

—Pensé que se había ido, señorita. Me alegro de verla.

—Yo también a ti.

—Menudo giro, ¿no cree? Ahí está Webb, mostrándoles a todos quién es en realidad. Tenía que haber oído lo que decían.

—Me lo imagino.

—Les aterroriza lo que pueda suceder ahora. Estaban hablando de reunirse esta noche en la posada. Quieren ponerse de acuerdo en lo que van a decirle cuando vaya. Porque saben que va a ir a por ellos.

Maisie se detuvo.

—Entonces iré yo también a la posada.

—Señorita, está agotada. Ya ajustará cuentas con ellos mañana, el

tema los atormenta desde hace mucho.

Ella negó con la cabeza.

—No, ha llegado el momento. Saben que es Pim, puede que lo hayan sabido todo el tiempo, si te digo la verdad, pero ahora tienen pruebas de ello. Y saben que tienen que pagar. Tienen que contarle a la cara lo que ocurrió.

FUE A SU coche y, tras limpiarse las manos y la cara con un pañuelo, arrancó y se dirigió hacia la granja. Condujo hasta donde pudo y después continuó a pie hacia el campamento gitano.

Webb descansaba al borde del claro, donde corría más el aire vespertino para que se le limpiaran los pulmones. Paishey estaba con él, sentada con su hijita sobre las rodillas, y la vieron acercarse. Maisie se fijó en que habían movido el carromato de Beulah a un lado, alejado de los demás, para poder albergar en el interior el ataúd con sus restos mortales. La perra estaba en los escalones y no se movió.

—Has sido muy valiente, Webb. Has puesto en peligro tu vida por un hombre que tienes todo el derecho del mundo a odiar.

Él asintió con la cabeza.

—No podía quedarme allí sin hacer nada.

—¿Estás herido?

—No tanto como parecía. Me he chamuscado la piel un poco y me duelen los pulmones, pero me pondré bien con el tiempo. —Miró a su mujer y a su hija, y otra vez a Maisie—. ¿Sobrevivirá?

—El médico dice que no tiene muchas esperanzas. Ha sufrido quemaduras graves por todo el cuerpo y hay muchas posibilidades de que se le infecten. Estará medicado durante muchos días, semanas, si es que sobrevive.

—A lo mejor fue una suerte que mi familia muriera. Que no sobrevivieran con todo ese dolor.

Se produjo un silencio entre los dos, tan solo se oían los relinchos suaves de los caballos que pastaban por ahí cerca y los ruidos de la cena que estaban preparando.

—Saben quién eres, Webb.

—Ya. El sombrero me ha ayudado y los años han producido cambios en mi rostro, aunque parece ser que me parezco más a mi padre de lo que yo pensaba, excepto por el pelo. He venido a trabajar aquí muchas veces y todos me han considerado un gitano más al verme.

—Es como ver a alguien que conoces en otro ambiente. No lo reconoces porque no esperas encontrártelo ahí.

Webb negó con la cabeza.

—Me pregunto qué pasará ahora —dijo tosiendo. El movimiento le hizo daño y se llevó la mano al pecho.

—Me ha parecido que tenía que avisarte de que van a reunirse todos los vecinos esta noche, en la posada.

—Ah, así que no saben qué hacer conmigo.

Maisie se levantó.

—Yo también estaré, Webb. Quiero oír lo que dicen y quiero que se expliquen, que cuenten lo que ocurrió la noche del bombardeo. Quiero oír su versión, igual que me lo contaste tú con tus palabras. —Se volvió para acariciar a un caballo que se había acercado en busca de alguna golosina y luego añadió—: Si te encuentras bien para bajar hasta la posada, a lo mejor tú también quieres oír su versión. Al fin y al cabo, forma parte de tu pasado.

Webb miró a Paishey, que le sonrió.

—Si estoy, estoy. No puede decirle más.

Maisie miró el carromato de Beulah.

—¿Cuándo la vais a enterrar?

—El martes. Hemos avisado y he ido a ver al párroco, el que viene al pueblo desde Horsmonden. La enterrarán en el cementerio de la iglesia, con mi familia.

—¿Y luego volveréis aquí para la ceremonia posterior?

Webb asintió con la cabeza.

—No creo que Sandermere vaya a venir a quejarse por que le chamusquemos un poco de terreno, ¿no cree?

MAISIE APARCÓ CERCA de la iglesia y observó a los vecinos que iban llegando, solos o por parejas, a la posada. Aunque no hacía frío, todos iban cubiertos como si el invierno se hubiera instalado en el pueblo y se les hubiera colado el frío en los huesos. Cuando llegaron aquellos a los que conocía, Maisie salió del coche y cruzó a la parcela de terreno baldío de enfrente. Ya no sentía el frío de aquella primera vez, el espectro de la noche trágica en que el dirigible llegó y los Van Maarten pagaron un precio extremo.

Se subió el cuello y se dirigió sin prisa a la posada. ¿Hacía la misma noche cuando el dirigible se posó sobre el pueblo con su monótono zumbido? ¿Llamaría la atención del enemigo alguna luz, tal vez las ascuas de la herrería, que lo convirtió en el nuevo objetivo? Aquel dirigible había llevado la guerra hasta aquel pueblo inglés, un lugar en el que algunos no podían dormir porque acababan de enterarse de que sus hijos habían muerto, muchachos de Kent que habían perdido la vida en tierra extranjera y ya nunca volverían a casa.

Permaneció un par de minutos fuera de la posada mirando a través

de los paneles de vidrio a los vecinos que iban llenando el salón, algunos sentados, otros de pie en el bar. Fred Yeoman apoyó los codos en la barra, la camisa remangada y un trapo en la mano que pasaba de un lado a otro de la superficie de manera inconsciente mientras hablaba. Un hombre que estaba sentado junto a la chimenea, rodeada de placas de latón relucientes de las que se usaban para decorar los arneses de los caballos, levantó la mano mirando a Yeoman y habló en voz alta a los presentes, tanto que hasta Maisie pudo oír lo que decía.

—Será mejor que empecemos ya, Fred. Tenemos mucho de qué hablar esta noche.

Maisie inspiró hondo, con los dedos en la manilla de la puerta un momento, y entró.

Al principio nadie se percató de su presencia hasta que una mujer miró para ver quién había entrado y Fred Yeoman levantó la cabeza dispuesto a servir otra cerveza. La mujer le dio un codazo a su marido, que se volvió, y al momento la algarabía cesó. El posadero fue quien rompió el silencio.

—¿Seguro que no prefiere quedarse en el salón de los huéspedes, señorita Dobbs?

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias, señor Yeoman. Pero sí me gustaría tomar media pinta de cerveza Harveys, por favor.

Se quitó la chaqueta en señal de que pensaba quedarse allí y miró a su alrededor. Un hombre que estaba al lado de la barra se apartó y le señaló el taburete. Ella inclinó la cabeza y se dirigió hacia la barra, y le agradeció que le cediera su asiento. Fred le puso delante una cerveza coronada de cremosa espuma, y Maisie dio un sorbo y se giró. Todos los ojos estaban clavados en ella, la forastera.

Dejó el vaso en la barra y miró de nuevo a los vecinos del pueblo, calculando una a una las palabras. No tuvo necesidad de elevar la voz. Los crujidos y la crepitación de la leña en la chimenea eran los únicos sonidos que acompañaban a su voz.

—Todos me han visto en el pueblo y saben que trabajo para la compañía que está negociando la compra de la hacienda Sandermere y la fábrica de ladrillos. Y a estas alturas también saben que me interesaban los delitos y sobre todo los incendios que han tenido lugar en el pueblo.

Todos guardaron silencio. Un hombre arrastró los pies por el suelo, y se encontró con una mirada de desdén por parte de su mujer, que se cruzó de brazos y se apartó de él. Maisie continuó.

—Heronsdene es un pueblo bonito y creo que son ustedes buenas personas. —Volvió a guardar silencio mientras elegía las palabras—. Pero los secretos no pueden guardarse eternamente.

En ese momento se abrió la puerta y Maisie tuvo la sensación de

que todos los hombres y mujeres presentes contenían el aliento al ver que el hombre al que todos antes del incendio conocían como Webb, el gitano nómada, entró en el bar. Maisie le hizo un gesto con la cabeza y sonrió, y acto seguido le tendió la mano hacia el sitio que se había quedado vacío a su lado. Nadie intentó salir de la posada. Nadie buscó una excusa para marcharse, nadie tosió ni emitió ningún otro ruido.

Webb se sentó junto a Maisie y miró a su alrededor, como si quisiera recordar cada una de aquellas caras y atormentar a cada uno de los vecinos del pueblo con su silencio.

—Decía —continuó Maisie en un tono bajo— que los secretos no pueden guardarse eternamente.

Webb carraspeó para hablar, pero le hizo un gesto de asentimiento a Maisie, que continuó dirigiéndose a los allí reunidos.

—Han venido todos aquí esta noche para decidir qué hacer con este hombre, a quien conocían como Pim Martin cuando era niño. Pertenecía a una familia que sabían que era de sangre holandesa hasta la noche del bombardeo de aquel dirigible, en la que les entraron dudas. ¿Ninguno de ustedes va a hablarle a este hombre de aquella noche?

Cayó sobre ellos el silencio. Y, de repente, una mujer empezó a sollozar y la señora Pendle trató de consolarla. Un hombre se levantó como si fuera a marcharse, pero otro lo detuvo poniéndole una mano en el hombro y haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Pim Martin fue a la guerra siendo un niño —continuó Maisie—. Luchó por su país, igual que los otros hijos de Heronsdene. Este hombre, que apenas tenía catorce años por entonces, fue testigo de la muerte en su forma más horrible. —Calló porque las palabras se le atascaron en la garganta mientras trataba de borrar las imágenes de la guerra de su cabeza—. Y cuando volvió a casa se encontró… con que no había nada. —Nueva pausa—. Así que lo preguntaré de nuevo. ¿Nadie va a hablarle a este hombre de aquella noche?

El silencio se mezclaba con algunos sollozos. Maisie se fijó en que la mujer se golpeaba las rodillas con los puños, como queriendo sentir algo en los miembros entumecidos.

El tal señor Whyte tosió, se quitó la gorra y empezó a pasársela de una mano a la otra.

—Cuesta trabajo hablar de lo que pasó…

Se le unió otra voz.

—Fue la locura. Nos volvimos todos locos y no sabíamos lo que hacíamos.

—No habría pasado si no hubieran matado a los chicos.

—O si Sandermere no hubiera estado borracho, cerdo mentiroso.

Empezaron a llegar voces a diestro y siniestro, como si todos los

presentes quisieran hablar al mismo tiempo, confesarse y recibir la absolución.

Fred Yeoman levantó la mano.

—La señorita Dobbs tiene razón. Tenemos que contárselo, y empezar por la mitad y hablar hacia delante y hacia atrás no es la mejor manera. Que alguien empiece por el principio, y, ya que estamos, puedo hacerlo yo, que para algo soy el dueño aquí. Pero dejadme que le sirva una cerveza a Pim antes, si no os importa.

—Webb. Puede llamarme Webb ahora.

El posadero asintió con la cabeza mientras servía una cerveza coronada de espuma y se la pasaba. Limpió la barra una vez más y después dejó el trapo a un lado, se agarró al borde y empezó a hablar, mirándose los nudillos blancos, y a continuación a Webb y al resto de la gente.

—Cuando te fuiste, después de que te llevaran al reformatorio, las cosas cambiaron en el pueblo. Perdimos a un montón de nuestros chicos, los primeros en 1915, luego varios en diferentes fechas, y luego una docena de ellos, todos a la vez, en el verano de 1916. Los telegramas llegaron durante la recogida del lúpulo. —Miró a Webb—. Seguro que te acuerdas de ellos: Derek Tovis, John Barham, Tim Whyte, Bobby Pickles, Sam Pendle, Peter Tillings, todos muertos el mismo día. Todos nuestros chicos.

Webb asintió con la cabeza.

—Me acuerdo de ellos, de todos y cada uno.

—La noticia corrió como la pólvora y fue como si los hubiéramos perdido a todos de golpe. En un pueblo pequeño como este significó perder a casi todos los muchachos.

El hombre se aclaró la garganta. Después, George Chambers, a quien Maisie había visitado, miró a Webb a los ojos y levantó la mano para pedir la palabra.

—Lo único que quiero decir es que nos llegó a todos aquí dentro —dijo golpeándose el pecho—. Era como si todos fuéramos un único corazón roto, todo el pueblo uno, y no sabíamos qué hacer. Cómo quitarnos… el dolor.

Maisie miró a Webb, sus dedos helados agarrando la cerveza, y temió que pudiera romper el vaso.

Whyte retomó el hilo de la historia.

—Entonces, aquella noche vinimos todos aquí. Ya sabes cómo se hacía, Pim, digo Webb, siempre hemos venido todos aquí a hablar de los asuntos del pueblo y a solucionar los problemas. El caso es que estábamos aquí, hablando de los chicos, preguntándonos cómo íbamos a superarlo. Y el joven Sandermere también estaba.

—Me negué a servirle, no solo por la edad, sino porque por cómo olía se notaba que ya había estado dándole al *brandy* de su padre —

comentó Yeoman.

—Tampoco es que le hiciéramos mucho caso por norma —continuó Whyte—. No es que nos mereciera respeto, como sí ocurría con su hermano, Henry, y su padre antes. —Negó con la cabeza y se tocó la frente—. Siempre estaba que si los hunos esto, que si los teutones lo otro, y al final nos lo pegó. Era alguien hacia quien dirigir nuestro odio, ya sabe.

Miró a su alrededor. Se sentía tan incómodo al hablar con tanta franqueza que se pegó a la pared como si quisiera desaparecer.

—Estábamos hablando de los chicos, de la guerra y los alemanes, cuando oímos el ruido —dijo Yeoman—. Era muy raro, una especie de zumbido amortiguado. Bill dijo: «¿Oís eso?». Sandermere salió dando tumbos del bar, miró hacia arriba y volvió corriendo y gritando: «¡Es un dirigible!». «No digas bobadas, muchacho, ¿cómo va a ser un dirigible? ¿A qué va a venir aquí uno de esos? Los hunos ya nos han quitado bastante.»

—Y entonces lo oímos —dijo otro hombre, que también se quitó la gorra para hablar mientras miraba a Webb atentamente, como queriendo que lo entendiera.

—La explosión —dijo Yeoman—. Más abajo, donde el herrero. —Tosió y se agarró el pecho—. Todos salimos corriendo y el fuego estaba descontrolado, pero alguien salió corriendo a llamar a los bomberos desde la cabina que hay en el pueblo de al lado.

Whyte retomó el hilo de la historia.

—Teníamos que hacer algo, así que fuimos todos a la herrería a apagar el fuego lo más rápido que pudimos, como hemos hecho hoy, que ardía en el granero de al lado. —Y mirando a Webb añadió—: Tu familia estaba en la panadería, hijo. Tu padre nunca venía a la posada, porque tenía que madrugar para encender el horno.

Webb tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Tenía los ojos húmedos, pero no apartó la mirada. No dijo nada, pero miró a su alrededor para ver quién seguía con la historia. Maisie se volvió hacia Yeoman, que tomó de nuevo la palabra.

—Pensamos que el herrero estaba muerto. Un par de personas habían ido a su casa, pero no contestaba, así que estaría en el granero. Siempre andaba haciendo alguna cosa en el granero. —Hizo una pausa y entonces agarró una botella de *brandy* de detrás de la barra y un vaso. Lo llenó, se lo bebió de un trago y lo volvió a llenar—. Entonces Sandermere empezó otra vez con lo de la venganza y las represalias. Y fue entonces y dijo en voz alta para que todos lo oyéramos… —Se volvió hacia Webb—. Lo siento, muchacho, lo siento mucho. ¿Seguro que quieres oírlo?

Webb asintió con la cabeza, alargando a continuación la mano hacia la botella de *brandy* y sirviéndose un poco en el vaso vacío de la

cerveza.

—Siga, señor Yeoman. Le escucho.

—Sandermere dijo: «Esos Von Martin han llamado al dirigible para que nos maten a todos». No dejaba de gritar y chillar que en realidad erais alemanes, que no erais holandeses, y que no os habían mandado a un campo de concentración porque tu padre había mentido. Decía que tu hermana Anna le había contado que vuestro verdadero apellido era Von Martin, no Van Maarten, y que erais espías. —Se tragó las lágrimas y los demás se apretaron aún más los unos contra los otros—. Y nosotros no pusimos en duda que decía la verdad, porque nuestros hijos estaban muertos y nuestro pueblo había sido bombardeado. No dejaba de gritar que había que ir a por ellos, que debían pagar con su vida. Cuesta… cuesta decirlo ahora, pero fue como si la locura se hubiera apoderado de todos nosotros. Ya no éramos gente corriente, éramos un único monstruo gigante, un animal furioso que quería atrapar al enemigo, porque tenía que hacerle pagar. Y dejamos que un chico borracho nos liderase con sus ideas indecentes y sus insultos, hasta el punto de que nos convencimos de que el enemigo merecía sufrir, y de que lo hacíamos por nuestros hijos y por nuestro pueblo.

—¿Y qué hicieron? —preguntó en un susurro Webb sin levantar la cabeza.

—El fuego estaba allí mismo, y nos ardía el corazón, así que salimos corriendo, una horda cargando con trozos de madera ardiendo del granero, una turba con Sandermere a la cabeza, todos corriendo en dirección a la panadería. Y lo peor es que tus padres habían salido a la calle e iban corriendo hacia nosotros para ver si podían ayudar en algo.

El hombre se tragó las lágrimas y se agarró la cabeza con las manos.

Whyte tomó de nuevo el hilo de la historia.

—Entonces vieron que íbamos hacia ellos y a Sandermere gritando: «¡Ahí están, el alemán y su mujer!». Jacob rodeó a Bettin con el brazo y se fueron hacia la panadería. Le gritaba a Anna, que acababa de salir para ver si podía hacer algo, que se metiera otra vez en casa, y se encerraron en la panadería. —Calló un momento para tomar aliento frotándose mientras tanto el pecho, como si los recuerdos lo hubieran dejado sin aliento—. No sé de dónde salió el queroseno, pero en cuestión de minutos la panadería estaba en llamas, y todos aullábamos como animales pidiendo la cabeza de la familia alemana que nos habían dicho que vivía allí.

La señora Pendle dio un paso al frente y tomó la palabra.

—Nos comportamos como el mismísimo diablo aquella noche —dijo en un susurro—. Era como si todas las cosas horribles que se te puedan pasar por la cabeza nos hubieran hecho enloquecer y no pudiésemos parar. Éramos unos asesinos, todos y cada uno de

nosotros, porque habíamos asesinado a una familia inocente. Da igual de dónde fueran, eran inocentes. Y estábamos avergonzados. Aún lo estamos.

Fred Yeoman retomó el relato una vez más.

—No sé cuándo volvimos a entrar en razón. La casa había ardido casi por completo cuando llegaron los bomberos, y los hombres que enviaron las autoridades no tenían ninguna pregunta para nosotros. El herrero había ido a las vías a recoger carbón para la fragua, no había muerto. —Se echó hacia delante para ponerle la mano en el hombro a Webb, pero no se atrevió—. Al día siguiente, todos pudimos ver lo que habíamos hecho. Ha sido horrible desde entonces. Unos cuantos se han ido a vivir a otra parte, pero cuesta hacerlo en un pueblo como este, donde conoces a todos y sabes que ahí está tu sitio. Nunca podremos superarlo, nunca. Cargaremos con esa cruz toda la vida y ninguno de nosotros dejará de oír los gritos cuando se vaya a dormir por la noche.

—Y al día siguiente nos enteramos de que te daban por muerto —dijo Whyte—. Y seguimos adelante con la mentira: una familia entera asesinada por culpa de la guerra. No tardamos en creernos nuestra propia mentira, aunque no pudiéramos olvidar aquel arrebato de locura, de enajenación, que se apoderó de todos nosotros. —Miró a sus vecinos, como desafiándolos a llevarle la contraria—. Más tarde comenzaron los incendios, uno cada año, alrededor de la época en la que se cumplía el aniversario del bombardeo del dirigible. Creíamos que el lugar y nosotros estábamos malditos, que el espíritu de Pim Martin había vuelto para llevarnos a la tumba y hacer justicia. Por eso no denunciábamos los incendios, porque sabíamos que teníamos la culpa de que se produjeran. Nos merecíamos la muerte, si vamos a eso.

El silencio envolvió toda la sala. Nadie se movió ni tosió, ni arrastró los pies por el suelo. Solo se oía el crepitar del fuego y alguna chispa que saltaba fuera de la chimenea.

El posadero fue el primero en moverse. Cogió dos vasos y los llenó de *brandy*. Empezó a hablar mientras servía.

—Y lo que nunca he llegado a averiguar, creo que nadie, en realidad, es por qué Sandermere estalló de esa manera. Se había dejado ver con Anna, estaba enamorado de ella, ¿por qué haría algo así? Nunca he llegado a saber si fue un impulso irracional o la bebida lo que lo llevó a hacer aquella acusación, lo que lo empujó a mentir y a matar, además. —Dejó la botella y miró a Maisie en busca de ayuda—. Y ha estado haciendo con nosotros lo que le ha dado la gana desde entonces, recordándonos que todos estábamos metidos hasta el cuello y que, si alguno hablaba, nos tacharían a todos de asesinos.

—Es que sois unos asesinos —dijo Webb rompiendo el silencio—.

Matasteis a mi familia, que eran buenas personas. Vinieron para formar parte de este pueblo, parte de todos vosotros, y los asesinasteis. —Suspiró y se bebió un trago de *brandy*—. Pero… —Hizo una pausa y miró a su alrededor, pasando por cada uno de los presentes—. Pero en estos días he comprendido una cosa, algo que aprendí de mi padre cuando era niño, solo que se me olvidó por el camino. He aprendido, o espero haberlo hecho, que la venganza solo se lleva más vidas, y que la vida que tengo ahora, mi mujer, mi hija, es demasiado valiosa para perdérmela por buscar la venganza.

—¿Nos perdonas? —preguntó alguien en apenas un susurro.

Webb negó con la cabeza.

—No me corresponde a mí hacer tal cosa. —Apuró la bebida y dejó el vaso en la barra con un golpe—. Lo de perdonaros es cosa vuestra. —Y volviéndose hacia Maisie añadió—: Beulah tenía razón. Dijo que usted me liberaría. Le doy las gracias por haber sido tan amable, con ella, conmigo y con mi pueblo.

Cogió su sombrero y salió de la posada por el camino que le iban dejando los vecinos del pueblo al pasar, cruzó la puerta y la cerró sin hacer ruido.

—No va a volver, ¿verdad, señorita Dobbs? —preguntó Fred Yeoman.

Maisie negó con la cabeza.

—Los gitanos se marcharán después del funeral de Beulah y no volverán. No suelen regresar a un lugar en el que ha muerto alguien del grupo familiar. Trae mala suerte.

—Me alegro de haber hablado con Pim. No puedo llamarlo Webb siendo la viva imagen de su padre, ahora que he podido verlo bien.

—Lo hemos hecho. Ya no es ningún secreto, le hemos contado lo que ocurrió, pero no por ello vamos a dormir mejor por las noches —dijo Whyte.

Los allí presentes volvieron a enmudecer, como si todos ellos hubieran ido a ver qué tal les sentaban los recuerdos y acabaran de darse cuenta de que siempre llevarían la culpa a cuestas.

Maisie se quedó pensativa un momento antes de volver a hablar.

—Piensen en lo que ha dicho Webb, que no hay que perder el tiempo con la venganza. No puedo ayudarlos a superar la vergüenza y el remordimiento, pero sí puedo hacerles una pequeña sugerencia.

—¿De qué se trata? —preguntó Fred Yeoman inclinándose hacia delante.

—Han dejado que el terreno se llene de malas hierbas. Por ley le pertenece a Webb, y, nunca se sabe, tal vez lo reclame algún día o puede que quiera venderlo. Trabájenlo. Manténganlo en buen estado. Murieron varias personas en él, merece estar bien cuidado. —Se bajó del taburete y le tendió la mano a Fred Yeoman—. Gracias, señor

Yeoman. Tengo que irme ya.

Los vecinos volvieron a apartarse para dejarla pasar y Maisie abandonó la posada. Permaneció un momento fuera y, mientras se subía el cuello, oyó los sollozos y los susurros de los vecinos en el interior. Regresó al coche y se detuvo junto al terreno en el que en otro tiempo estuvo la panadería donde Jacob y Bettin van Maarten habían trabajado para mantener a su familia y formar parte de una comunidad. Le pareció ver que algo se movía al otro lado de la parcela y se hizo a un lado, de modo que la luz de la lámpara que había sobre la verja de la iglesia iluminara la tierra. Las margaritas de otoño cubrían el lugar donde antes estaba la entrada de la panadería, el mismo lugar en el que habían fotografiado a Jacob Martin, el panadero, sosteniendo un pan con la forma del país que lo había adoptado y rodeado de banderas que ondeaban al viento.

POCO DESPUÉS ESTABA camino de Chelstone, pero se detuvo en el pueblo siguiente a llamar desde la cabina.

—B. T. Drummond.

—He supuesto que estarías ahí, esperando a que sonara el teléfono.

—¡Maisie Dobbs! Ya creía que te había tragado la tierra y me había quedado sin historia. Si llamas por lo del incendio, llegas tarde. Ya lo sé, la historia es mía y pienso ir en cuanto se haga de día con un fotógrafo.

—El incendio es parte del motivo de mi llamada. Tengo la exclusiva que esperabas, si te interesa, aunque no creo que vayas a poder imprimirla, pero una promesa es una promesa y te dije que te informaría.

Maisie oyó que la periodista abría su libreta.

—Muy bien, empieza.

—Es largo de contar, Beattie. ¿Nos vemos mañana antes de que vengas a Heronsdene? Podemos quedar en Paddock Wood si te parece bien.

—Muy bien. ¿A las nueve en la estación?

—A las nueve.

Dejó el auricular en la horquilla y regresó al coche. Cómoda mientras conducía, suspiró. Nadie, ni siquiera Webb, había preguntado por qué Alfred Sandermere se había mostrado tan deseoso, pese a su estado de embriaguez, de acabar con la familia holandesa. La omisión le había proporcionado cierto alivio. En su aprendizaje con Maurice, este le había advertido que debía tener cuidado cuando se exponían las verdades, y en ese caso concreto sabía que conocer la respuesta solo habría añadido sufrimiento a un hombre que ya había

perdido demasiado.

19

MAISIE LLEGÓ A casa de su padre tarde y cansada, con manchurrones negros en la frente, y el pelo sucio y pegado a la cara. Seguía oliendo a desinfectante y humo cuando sacó a duras penas la bolsa de viaje del coche y entró en la cabaña.

Frankie echó más leña al fuego y sacó la bañera de hojalata de detrás del lavadero, que dejó en el suelo delante de la estufa de carbón. En cuanto se calentó el agua, Maisie llenó la bañera mientras su padre iba a las cuadras, como todas las noches, a comprobar cómo estaban los caballos antes de dar el día por concluido. Abrió la portezuela de la estufa para que el calor de las llamas mantuviera caldeada la sala mientras se bañaba y se quitaba de encima el hedor del humo y las manchas de sangre descolorida de Sandermere que tenía en el brazo, por encima de la muñeca. Estaba exhausta, tenía los músculos del cuello y los hombros tensos y doloridos, y, aunque tenía ganas de volver a Londres, sabía que pasar un día recibiendo los cuidados de su padre le haría mucho bien. Se quedaría en Kent hasta después del entierro y la ceremonia de despedida de Beulah Webb.

Después de bañarse, Maisie se puso unos pantalones viejos de *tweed* y una de las gastadas camisas de franela de su padre; no se vestiría así para salir por Londres, pero era una ropa muy cómoda para estar en casa cuando iba a Chelstone. Cenaron conejo guisado con verduras y, más tarde, cuando empezaba a quedarse dormida en el sillón junto al fuego, su padre le tocó suavemente el hombro.

—Será mejor que te acuestes, cariño, estás demasiado cansada.

Y tenía razón. Debía madrugar para llegar a su cita en la estación de Paddock Wood con Beattie Drummond. Quería visitar a Maurice, pero había sido un día muy largo. Ya lo vería en otro momento.

AL DÍA SIGUIENTE por la mañana, Maisie recogió a Beattie en la estación y fueron a un pequeño salón de té. El sitio, construido con chillas solapadas como se estilaba en Kent, tenía los techos bajos con las vigas vistas y era muy agradable, con el mostrador a la derecha con todo tipo de bizcochos y pasteles para tentar hasta al apetito más saciado. Tenían tortitas, *scones* de queso y unas esponjosas tartas

decoradas con hojas de mazapán, y también bizcocho con pasas, bizcocho de malta y de nueces; tarta esponjosa de chocolate, bizcocho de grosellas y pasas, galletas de mantequilla, bollos rellenos y cuernos de crema, además de los pasteles de hojaldre rellenos de pasas, los favoritos de Maisie.

Se sentaron a una mesa en un rincón, junto a la ventana, y pidieron una tetera grande para dos y dos pasteles de hojaldre y pasas. Cuando la camarera ya se iba, Beattie pidió también una porción de bizcocho de malta.

—Me quedé en el periódico hasta tarde. No cené y no he desayunado. Me muero de hambre.

Cuando llegó el té y se repartieron los pasteles, se echaron hacia delante para hablar y Beattie abrió la libreta.

—No menciones mi nombre —dijo Maisie—. Y no cites palabras mías, ¿de acuerdo?

Beattie suspiró.

—Si eso es lo que tengo que prometer para conseguir mi historia, que así sea. Empieza por donde quieras.

Maisie bebió un sorbo de té y empezó a contarle la historia como si fuera un cuento infantil, describiendo a los personajes y sus sentimientos, sus miedos, sus amores, sus odios, sus debilidades y sus fortalezas. La periodista guardaba silencio mientras hablaba, interrumpiendo solo para hacer alguna que otra pregunta o para chuparse el dedo antes de regresar a una página más atrás, tras lo cual le indicaba a Maisie con la cabeza que podía continuar. Casi dos horas, una tetera y una porción de bizcocho de malta más tarde, Beattie se reclinó en la silla y negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de cómo voy a escribir esta historia —dijo con un suspiro.

Maisie se sirvió otra taza.

—En eso no puedo ayudarte. Lo único que puedo hacer es contarte lo que ocurrió.

Beattie volvió a pasar las páginas de la libreta sin dejar de negar con la cabeza.

—¿Y Anna estaba embarazada de Sandermere?

—Eso es lo que me contó su amiga —contestó Maisie bajando la cabeza.

—¿Y fue por eso por lo que mataron a su familia?

—A Sandermere le vino de perlas para quitarse a Anna de en medio.

—Pero en situaciones como esa en las que hay una madre soltera que no pertenece a la «clase correcta», los hombres como él no se preocupan, ¿no? Como mucho le dan algo de dinero a la familia, bueno, lo bastante como para que la chica se vaya a tener el hijo a otra parte y luego lo dé en adopción, lejos de su hogar, para no tener

que pasar la vergüenza de que el hijo de un hombre rico viva en una familia de clase inferior al lado del padre.

—No tengo más información, Beattie. Lo siento.

La periodista seguía negando con la cabeza.

—No, no, me has dado mucha, pero, como te digo, tendré que pensarme mucho qué hacer y que además sea algo que me distinga, antes de que lo haga otro.

—Nadie más tiene tantos datos, pero, esta tarde, gran parte estará en manos de Compton Company. No obstante, no tengo motivos para pensar que vayan a hacerlos públicos.

Beattie consultó el reloj.

—Será mejor que me vaya. He quedado con el fotógrafo en el tren a las once.

Maisie asintió con la cabeza y echó la silla hacia atrás.

—¿Vuelves a Londres hoy? —le preguntó Beattie mientras recogía su bolso y salía detrás de Maisie hacia la puerta.

—No, me quedo para asistir al funeral de Beulah Webb mañana.

—¿Mañana?

—Sí, la entierran en el cementerio de Heronsdene a las once.

—Eso sí que es una noticia. Un funeral gitano. ¡El pueblo estará a rebosar! Me alegro de haberte preguntado, porque, si no, no me habría enterado.

—Ya lo creo que sí, Beattie Drummond. Un terrier de las noticias como tú lo habría averiguado.

Maisie regresó a Chelstone. Quería ir a visitar a Maurice y, después, a James Compton, que estaba en Kent. La había llamado por teléfono a la cabaña de su padre para decirle que estaría en Chelstone Manor por la tarde para que le diera el informe final de la situación. Después tenía una conferencia con sus abogados para tratar el asunto de la hacienda y la compra de los terrenos a la luz del reciente incendio y su valor percibido actual.

Durante el trayecto fue dándole vueltas al hecho de que le había ocultado un pequeño detalle a la periodista; no se trataba tanto de que haber hecho una omisión flagrante como de dejar que la mujer sacara sus conclusiones. Al suponer Beattie que Sandermere era el padre del hijo que esperaba Anna, Maisie no había dicho nada que contradijera tal suposición. Hablando desde un punto de vista literal, la conclusión no era incorrecta.

Maisie aparcó el coche fuera de la cabaña y, como sabía que su padre estaría todavía trabajando, fue directamente a ver a Maurice, que la saludó con la mano desde el invernadero en cuanto la vio subir

por la rosaleda. El ama de llaves la acompañó hasta donde él la esperaba. Le agradó comprobar que tenía mejor aspecto, y no dudó en decírselo.

—Confieso que estaba ocupándome de ciertos asuntos cuando viniste el otro día, pero ahora vuelvo a ser el de siempre. A veces las preocupaciones del mundo hacen que uno se pare a pensar y se pregunte, sobre todo alguien que ya tiene una edad, como es mi caso, por qué la historia no será mejor profesora. —Extendió el brazo invitando a Maisie a sentarse a su lado delante de la hilera de ventanas desde las que se veía lo que parecía una mezcla de distintas tonalidades de verde y azul, allí donde los prados y los bosques se unían con el cielo despejado en la distancia—. Cuéntame qué ha pasado.

Por segunda vez ese día, Maisie relató los acontecimientos que habían culminado con el asesinato de la familia Van Maarten, consciente de que tendría que sumergirse de nuevo en el tema cuando fuera a ver a James. En ese momento, sin embargo, le dio a Maurice un informe completo.

—Entonces, ¿Anna no mantuvo relaciones con Alfred Sandermere?

—No las tuvo —contestó ella negando con la cabeza—. Algo no cuadraba en la historia que me contó Phyllis sobre que el hijo que esperaba era de Alfred, aunque estoy segura de que Anna le hizo creer que era así. —Hizo una pausa—. No la conocí personalmente, pero sé de ella lo suficiente como para no entender cómo una chica que estaba enamorada de Henry Sandermere, una buena persona según todos los que lo conocieron, podría arrojarse en brazos del hermano, Alfred. Reconozco que no tengo manera de demostrar mis conclusiones, pero estoy segura de que tengo razón.

—¿Qué crees que sucedió?

—Según su historial militar, Henry tuvo un permiso a principios de junio de 1916. Le gustaba mucho Anna, que según dicen era una belleza. Sospecho que cuando el joven alférez regresó de Francia, Anna se quedó prendada, y pasaron juntos algo más que lo que se tarda en comprar uno o dos pasteles en la panadería. Cuando se le terminó el permiso, Anna ya estaba embarazada. En julio, poco después de regresar a filas, un francotirador mató a Henry de un disparo. —Maisie suspiró—. Creo que Anna se asustó. Su hermano ya había causado muchos problemas en casa por culpa de un Sandermere y seguro que no quería angustiar a sus padres si podía evitarlo. Veía con frecuencia a Alfred, que la perseguía sin descanso. Le resultaba aún más deseable porque su hermano se había enamorado de ella.

—A pesar de pertenecer a distinta clase social.

—Sí, a pesar de ello. —Maisie hizo una pausa—. Creo que le dijo a Alfred que estaba embarazada. Tal vez hubiera querido que le pidiera

que se casaran. Apostaría a que le dijo a Alfred que iba a informar a sus padres de que llevaba en su vientre al bebé de su hijo muerto en la batalla.

—Y eso firmó su sentencia de muerte, aunque ella no lo supiera en aquel momento.

—No sé si Alfred lo sabría por entonces, pero no habría tardado en ver lo que eso significaba, la posibilidad de que su padre reconociera el derecho de aquel niño a llevar el apellido Sandermere, lo que dejaría a Alfred fuera de la línea sucesoria. Todos sabían que a Henry le gustaba Anna, y seguro que su familia se fijó en que habían pasado mucho tiempo juntos durante el permiso, lo suficiente como para enamorarse.

Maurice asintió con la cabeza.

—Y en tiempo de guerra es posible que esos padres hicieran la vista gorda con el asunto de que Anna perteneciera a una clase inferior, pues imaginarían que después de la guerra la diferencia de estatus los separaría, y cada uno volvería al lugar que le correspondía.

Maisie se sonrojó y apretó los labios, pero los ojos se le llenaron de lágrimas por lo familiar que le resultaba lo que decía Maurice.

—Sí, probablemente fuera eso lo que ocurrió —dijo limpiándose las lágrimas—. Alfred debió de pensar que sus padres, tristes por haber perdido a su hijo, obviarían esas consideraciones, la diferencia de estatus que mencionas, ante la perspectiva de que el hijo de su adorado hijo mayor creciera en la hacienda Sandermere, con una mujer hermosa y joven a la que podrían moldear, aunque no hubiera sido la mujer que ellos habrían elegido. O podrían haber adoptado al niño, reconociendo así su estatus. —Calló un momento al recordar la agresión a Paishey—. El estatus que iba aparejado al hecho de ser el heredero era crucial para Alfred. En ese momento era él quien ocupaba el lugar del popular y querido Henry, y no podía soportar la idea de perder lo que constituía su razón de ser.

—Y cuando explotó la bomba de aquel dirigible, Alfred vio, pese al estado de embriaguez en el que se encontraba, la forma de poner fin a una situación embarazosa, una inoportuna reclamación del apellido Sandermere.

—Sí. Una conmoción es capaz de insuflar energía incluso al cerebro más difuso.

Maurice asintió con la cabeza.

—Un caso interesante, Maisie. Estarás contenta de que se haya terminado.

Maisie dejó escapar una risa triste y se quedó pensativa un momento.

—Sí, me alegro de que se haya terminado, todo. Pero por lo menos he tenido la cabeza entretenida después del fallecimiento y el funeral

de Simon. Su muerte me parece lejana ahora, como si estuviéramos en el mar y se fuera desvaneciendo entre la niebla.

—Sí, el tiempo es extraño en ese sentido, ¿verdad? Te alegrará volver a Londres, seguro.

—Pero antes tengo que asistir al funeral de la mujer gitana mañana. Me iré a Londres después.

Permanecieron allí sentados en silencio un rato, cómodos con la calma y la soledad de su amistad recuperada. Maisie quería haberle preguntado por su trabajo, una o dos cosas después de oír los comentarios que le había hecho al llegar al invernadero, pero era consciente de que su reconciliación era frágil aún. Su secretismo —comprensible, ahora lo entendía— había sido el causante del conflicto entre los dos el año anterior. En ese momento, después de que el tiempo y el hilo del perdón los hubiera acercado de nuevo, fue Maurice quien empezó a hablar.

—En cierto sentido, los dos hemos estado ocupados con trabajos similares, Maisie. Nos preocupa, a mis contactos fuera de aquí y a mis colegas de Londres, la creciente frustración al otro lado del canal de la Mancha. La depresión en la que nos encontramos aquí, y que está haciendo estragos en Estados Unidos, está provocando que las personas den más importancia a lo que los divide que a las experiencias compartidas y los elementos de unión que ven reflejados en sus semejantes. En Alemania hay quien usa la discriminación para elevar sus ideas políticas, hecho que nos causa inquietud. Y también en el continente, en España, las injusticias amenazan con dar pie a una rebelión. Hay mucha gente, Maisie, y confieso que me encuentro entre ellas, que cree que la fortaleza de la paz que ahora vivimos tiene un límite y que temen que estalle una nueva guerra.

—Ruego a Dios que no llegue a tanto, Maurice.

—Pues ruega con ahínco.

El hombre observó el paisaje aferrándose con ambas manos a los brazos de su sofá, y Maisie alargó el brazo y le puso la mano sobre la suya.

MÁS TARDE, EN la biblioteca de Chelstone, Maisie informó cumplidamente a James Compton sobre el asunto que le había sido encomendado. Recapituló la información que ya le había dado y aportó nuevos datos que había averiguado en las últimas horas, que la llevaban a concluir que no habría más robos ni más incendios. Lo más probable era que Webb, o Pim van Maarten, no volviera a Heronsdene tras el funeral de la mujer que lo había adoptado.

—Bien, sabemos que Alfred Sandermere no volverá a cometer más

robos, ni en su propiedad ni en ninguna otra parte.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, claro, no te habrás enterado —dijo James inclinándose hacia delante—. Ha muerto esta mañana en el hospital de Pembury.

—Pobre hombre.

—¿Pobre hombre?

—Sí, perturbado y obsesionado de esa manera desde que era niño. Qué manera tan horrible de vivir… y de morir.

James se recostó en el sillón.

—No sé si yo puedo ser tan compasivo. Ese hombre era una carga, una amenaza. El pueblo estará mejor sin él y, odio admitirlo, pero nosotros también.

Maisie frunció el ceño.

—Pero yo creía que su muerte podría dificultar la compra de la fábrica de ladrillos y la hacienda.

James negó con la cabeza.

—Tras la muerte de Henry, su padre incluyó varias condiciones en el fideicomiso que permitieran a sus abogados llevar a cabo una venta dentro de la propiedad en caso de que algo le sucediera a Alfred, y era heredero único en el momento de su muerte, pues no tenía hijos. Básicamente, toda la hacienda está en venta en este momento y nosotros somos los compradores.

—¿Qué vais a hacer con la casa?

—Echarla abajo y solicitar permiso para construir casas nuevas en el terreno.

—Vaya.

—No me digas que eres de esos a los que no les gusta que se construyan casas.

—Pueden ser la ruina para la tierra.

—Nos dedicamos al negocio de la construcción, Maisie. Y tenemos una fábrica de ladrillos aquí mismo, que podrá optimizarse con inversión de capital y nuevas prácticas.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y los caballos?

—Vamos a venderlos. Todos menos uno.

—¿El castaño de Sandermere?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Soy hija de mi padre. Reconozco a un buen caballo cuando lo veo.

—Va a vivir mucho mejor, eso desde luego. Y voy a traerme al mozo de cuadras a Chelstone. Tu padre será su jefe. Seguro que le podrá enseñar mucho más de lo que ya sabe.

—Me alegro. Trata bien a los caballos. —Maisie hizo una pausa—. ¿Cuándo vuelves a Canadá, James?

—Dentro de un mes, más o menos. Tengo muchas cosas que hacer

aquí, pero confío en poder zarpar a principios de noviembre, no quiero atrasarlo mucho más. Esos condenados icebergs me ponen nervioso.

—Normal —dijo ella asintiendo con la cabeza y después se aclaró la garganta.

James la miró desde el otro lado del escritorio.

—Te conozco desde hace mucho, Maisie, desde antes de que muriera Enid. Y creo que sé cuando le estás dando vueltas a algo.

—Tiene que ver con lo que me dijiste el otro día sobre la expansión de Compton Corporation en Canadá y buscar a alguien que se ocupe de la seguridad de tu compañía en las oficinas de allí.

—Sí, está en nuestros planes. Tenemos que preparar la compañía para su expansión cuando la economía coja el ritmo suficiente para salir de la crisis actual, y el sorprendente crecimiento de la construcción inmobiliaria nos ayudará. ¿Por qué?

—Por mi ayudante, el señor Beale. Su mujer y él perdieron a su hijita a principios de año, y entre unas cosas y otras, quieren emigrar a Canadá para darles a sus hijos una vida mejor.

—¿Quieres ayudarlo, aunque eso signifique perderlo?

Maisie asintió con la cabeza.

—No lo están superando. Su mujer está cada vez más demacrada y sé que están ahorrando para el viaje.

James cogió la pluma y se puso a dar golpecitos con ella en la mesa.

—No va a ocurrir de un día para otro, eso te lo puedo decir ya. La economía sigue estando deprimida, así que, aunque haya hablado de una futura ampliación, no podemos precipitar acontecimientos.

—Entiendo —dijo ella mordiéndose el labio.

—Sin embargo, lo dejo aquí apuntado, y sé que tú respondes por él. ¿No se le daba bien la ingeniería de telecomunicaciones?

—Sí, fue zapador en la guerra. Lleva trabajando para mí dos años, de modo que comprende bien los asuntos relacionados con las investigaciones y la seguridad. Y, como él mismo te dirá, puede hacer lo que se le pida.

James asintió con la cabeza.

—Buena referencia, Maisie. Creo que podría tener un puesto para él dentro de uno o dos años. Se lo comentaré a las personas que trabajan conmigo.

Maisie sonrió y asintió con la cabeza.

—Gracias, James. No le diré nada para que no se haga ilusiones, pero te escribiré el año que viene para recordártelo.

—Muy bien —contestó él y extendió el brazo—. Supongo que me habrás traído la factura.

—Y el informe por escrito —respondió ella entregándole un sobre de papel manila.

James extrajo el contenido del sobre, miró el importe total de la factura y sacó el talonario de cheques del bolsillo interior de la chaqueta. Desenroscó el capuchón de su estilográfica de color gris y blanco que imitaba las aguas del mármol y empezó a escribir, tras lo cual utilizó un papel secante con mango de madera para secar la tinta.

—Aquí tienes. Buen trabajo. Estoy seguro de que la compañía volverá a contar con tus servicios.

Maisie tomó el cheque.

—Tengo curiosidad, James. ¿Qué va a pasar con el dinero de Sandermere? Debe de haber una fortuna.

—El padre especificó claramente que quería establecer un fideicomiso y el modo en que quería que se usara. Lo dejó todo muy bien atado para que nadie pudiera tocarlo, ni siquiera Alfred. Se construirá una escuela nueva en el pueblo que recibirá una generosa asignación anual para libros y material. Se creará también un fondo para conceder becas a aquellos alumnos con un futuro académico prometedor o con aptitudes musicales. Y habrá que establecer una provisión de fondos para realizar mejoras en el pueblo, aunque existen ya normas de protección que regulan que no se construya en exceso en High Street. No me sorprendería que vieras electricidad en todas las casas y las calles de Heronsdene en uno o dos años. Y, por supuesto, se establece también el estipendio para la iglesia habitual, para pagar las obras de reforma y el mantenimiento del monumento conmemorativo de la guerra. Después de lo que me has contado y teniendo en cuenta que Sandermere les amargó la vida a todos los vecinos, no sé si me parece el final perfecto o si en realidad esa gente no merece tantos lujos.

—Dejémoslo en que al final Heronsdene ha salido ganando.

EL OTOÑO EMPEZABA a acariciar los árboles y a agitar las ramas con una brisa fresca que hacía caer las hojas al suelo el día que Beulah Webb, la mujer de respeto de su tribu, recibió sepultura en el cementerio de Heronsdene.

Cuando Maisie llegó a Heronsdene a las diez y media, infinidad de carros llegados de todos los rincones que trataban de avanzar como podían, estrechaban la calle principal. La fila llegaba casi al cruce a la salida del pueblo. Algunos gitanos llegaban en viejos camiones balanceándose de un lado a otro por los caminos rurales, mientras que otros atravesaban a pie los campos procedentes de las granjas cercanas. Las mujeres estaban todas apiñadas, vestidas de negro riguroso, ni una chispa de color asomaba a su vestuario. Las normas en un funeral, como en muchas otras reuniones de gitanos, exigían

que mujeres y hombres se mantuvieran en dos grupos separados todo el día. Maisie empezó a oír los gritos y los lamentos por Beulah conforme se acercaba a la iglesia. Se esperaba que los presentes expresaran su duelo en voz alta, y el tono de los lamentos dependía de la relación que tuviera el doliente con el difunto. Paishey se encontraba rodeada por las mujeres, que la abrazaban mientras gritaba al cielo que le devolviera a Beulah.

Los vecinos observaban de pie en las inmediaciones, la mayoría desde la puerta de su casa, medio ocultos entre las sombras para disimular su presencia en deferencia hacia la multitud gitana. No proferían quejas ni murmuraban que se fueran de allí, ni los criticaban por ocupar la calle de aquella forma. Se había corrido la voz de que Pim Martin, el hijo del panadero, al que todos habían dado por muerto, era uno de ellos ahora, que aquella tribu nómada lo había acogido, y que la gitana a la que iban a enterrar era la mujer que lo había salvado. Conscientes de que estaban en deuda con él, la gente se había apartado y les habían cedido sus calles, además de haber retirado todos los carteles de «fuera gitanos» durante el tiempo que durase la ceremonia.

La multitud reunida fuera de la iglesia fue calmándose poco a poco y una o dos personas señalaron hacia la carretera. El sonido de cascos de caballos aproximándose a la iglesia reverberó en el silencio y poco después apareció el carro de Beulah conducido por Webb, vestido totalmente de negro y sin sombrero, con el pelo peinado hacia atrás. A su lado, con la cabeza apoyada en sus muslos, iba tumbada la perra de Beulah. Según llegaba a la iglesia, justo enfrente de donde en otro tiempo había estado la casa de su familia, y en la que habían muerto calcinados, los hombres se acercaron al carro para ayudarlo a desengancharlo, y uno de ellos se llevó al caballo de allí hasta después del entierro. Los lloros comenzaron de nuevo cuando bajaron el ataúd del que había sido el hogar itinerante de Beulah. Con Webb a la cabeza, los portadores del féretro unieron los hombros para repartirse el peso y entraron en la iglesia para la misa, tras la cual se llevaría a cabo el entierro. Recibiría sepultura junto a Jacob, Bettin y Anna van Maarten.

Maisie permaneció al fondo de la iglesia. Aunque sabía que los gitanos que no pertenecían al grupo familiar de Beulah cuestionaban su presencia, vio que uno de los que sí le hacía un gesto de asentimiento para explicarlo, y hasta pensó que tal vez dijeran que Beulah le había dado la bienvenida y que era mestiza, gitana por parte de madre. Al ver las vidrieras de colores, Maisie se acordó del entierro de su abuela. Cuando murió, su padre había informado de su muerte a una familia de gitanos de los canales, y ellos se habían ocupado de hacer llegar la noticia. El día del funeral, el río se llenó de

embarcaciones estrechas llegadas de todos los rincones para despedirla.

TRAS EL ENTIERRO, Webb enganchó de nuevo el caballo al carro de Beulah y condujo a todos los presentes hacia el claro, donde celebrarían un banquete a base de erizo guisado. Maisie atravesó las plantaciones de lúpulo ya cosechadas y vio a los temporeros londinenses esperando al pie de la colina para ver el cortejo, como habían hecho los vecinos en las calles del pueblo. Billy saludó a Maisie con la mano y se dirigió a ella a decirle hola, acompañado por Doreen.

—Acabamos de presentarle nuestros respetos a la chica joven. No queremos que sepan que hemos venido. La mayoría ha hecho ya las maletas para coger el primer tren de mañana hacia Paddock Wood, y subirse allí al tren del lúpulo hacia Londres.

—Webb se alegrará de veros. Me alegro de que os hayáis quedado.

Maisie miró hacia el prado donde pastaban los caballos y se fijó en que uno de los gitanos iba hacia ellos, los guiaba hacia una esquina y los ataba por el ronzal a una cerca para que no se movieran. Webb condujo el carro hasta un lugar apartado del claro y, al bajar y desengancharlo por última vez, miró hacia donde esperaban los temporeros. Permaneció en silencio un momento y al final levantó la mano en señal de agradecimiento por su presencia. Al ver la señal, los forasteros regresaron a las casetas a terminar de embalar sus pertenencias para el viaje de vuelta a casa, al ajetreo de la ciudad.

Paishey se acercó a Maisie, la tomó de la mano y la condujo al claro a sentarse con las mujeres y compartir el banquete funerario. A pesar de que estaba lleno de gente, hablaban todos en voz baja por respeto a la difunta.

Cuando terminaron de comer, y sin previo anuncio, los gitanos empezaron a dirigirse hacia el centro del prado, donde estaba el carro de Beulah. Un grupo de mujeres se quedó atrás, sacando las palanganas para fregar los platos, los cubiertos y las ollas.

Maisie buscó a la perra y se dio cuenta de que no estaba; de hecho, no había vuelto a verla desde el funeral. Webb no parecía preocupado mientras vertía queroseno alrededor del carro, en cuyo interior se encontraban todas las pertenencias de la gitana: ropa, loza, ropa de cama, sus cristales, su horquilla de zahorí y los últimos ramilletes de margaritas de otoño que había preparado para venderlos por las casas. Otro hombre se acercó con una rama ardiendo de la hoguera y se la dio a Webb, que la levantó para que todos la vieran y después la lanzó al carro con un grito de dolor. Maisie retrocedió ante la rápida combustión. Comenzó a levantarse la pintura del carro, los enseres

crujían y saltaban chispas a medida que las llamas lo devoraban todo.

Paishey le llevó a Webb su violín mientras todos contemplaban la hoguera. De nuevo, abrió el estuche con sumo cuidado y sacó el instrumento del interior forrado de terciopelo dorado. Se colocó el instrumento debajo de la barbilla, echó el arco hacia atrás y comenzó a tocar. Las conmovedoras notas se elevaron y el viento se las llevó hacia los campos y los caminos poco frecuentados que Beulah había recorrido sin prisa durante muchos años. Maisie contemplaba las llamas mientras Webb tocaba, mientras la melodía iba ganando intensidad y el ritmo cambiaba una y otra vez igual que la vida, de manera que, mientras el fuego saltaba y danzaba alrededor del carro, cada estribillo se convertía en un tributo a Beulah, desde la infancia hasta la vejez. Esa era la costumbre gitana, aquel era el fuego que marcaba el final de la vida, destruyendo todas las posesiones y todos los lazos con la vida terrenal. Al día siguiente, cuando el chasis de hierro se hubiera enfriado, los gitanos se lo llevarían para reutilizarlo. Una nueva casa ambulante nacería de aquellos restos, como el ave fénix renacía de sus cenizas.

Cuando las llamas se aplacaron, Maisie se despidió de Webb y de Paishey. No quiso quedarse demasiado allí. Era hora de volver a casa porque, lo cierto era que, aunque por sus venas corría un hilo de sangre de aquel pueblo nómada, sabía que no era uno de ellos. Era londinense y había llegado la hora de volver.

Regresó por el pueblo y se detuvo en la iglesia, donde, tal como esperaba, encontró a la perra con su dueña, tendida sobre la tierra recién removida y la inmensa cantidad de flores cubrían el lugar de descanso final de Beulah. Maisie se arrodilló junto al animal, que no se movió, sino que permaneció con el hocico apoyado entre las patas delanteras y los ojos muy abiertos, haciendo guardia.

—No puedes quedarte aquí, *chuquel*. Tu pueblo se va.

La perra seguía sin moverse, así que Maisie permaneció allí un rato acariciándola, acunada por los sonidos del pueblo: los pájaros en las alturas, un caballo conducido por alguien a lo largo de High Street, los niños que jugaban en los campos. Al cabo de un rato, la acarició una última vez y se acordó de aquella noche que el animal la había acompañado hasta su coche y la luna se le reflejaba en los ojillos con forma de diamante.

Cuando ya salía de Heronsdene, vio a Beattie Drummond con su libreta, entrevistando a Fred Yeoman a la puerta de la posada. No se detuvo a charlar. Volvía a casa.

Epílogo

A PRINCIPIOS DE noviembre, Maisie decidió que el ritual con el que le gustaba terminar una investigación, una forma de rematar el trabajo, llegaba con mucho retraso en el caso de Heronsdene. Entre tanto, el trabajo había ido llegando a buen ritmo, pese a que la crisis económica que asfixiaba al país no mostraba signos de mejoría, más bien al contrario, evidenciaba que la depresión iba en aumento. Las personas de cierto estatus podían mantener la ilusión de que las cosas no habían cambiado desde los arrebatadores días de principios de los años veinte, y el crecimiento de la construcción inmobiliaria continuaba desconcertando a los economistas. Pero, para los pobres, la vida se volvió aún más dura, las colas delante de las oficinas de empleo no dejaban de aumentar, los comedores sociales tenían dificultades para alimentar tantas bocas, las fábricas cerraban y el país estaba sumido en la desesperación.

Al desánimo se unió la búsqueda de un chivo expiatorio y los dedos señalaban hacia aquellos que no se parecían a la mayoría, personas a las que no se consideraba «de los nuestros». La marca personal de fascismo de Oswald Mosley se alimentaba del descontento, y a Maisie le parecía que la gente estaba empezando a meterse en su esquina del cuadrilátero, dispuesta a luchar. Así las cosas, no se permitía relajarse, sentía el peso de la responsabilidad que había asumido, no solo por su propia seguridad económica —como habían hecho muchas mujeres de su edad, que se quedarían solteras por culpa de una guerra que se había llevado a toda una generación de hombres jóvenes—, sino por el salario semanal que impedía que la familia viviera en la penuria. Solo cuando hubiera terminado con todos los asuntos urgentes que tenía encima de la mesa dedicaría un tiempo a reflexionar sobre los acontecimientos del mes que seguían causándole un hondo pesar.

—No vendré a la oficina en unos días, Billy. Tengo que redactar la nota final sobre el caso de Heronsdene para darlo por cerrado.

Billy asintió con la cabeza. Entendía la importancia que tenía esa parte de cada investigación para su jefa, y a su manera emulaba su forma de proceder al cerrar los casos que le dejaba llevar a él solo con una visita a los lugares que habían resultado importantes en la investigación.

—Entonces nos vemos el martes o el miércoles. Estoy muy ocupado

con el caso de la mujer que cree que el tendero le roba, ese del que la policía no quiere saber nada. Y está esa otra mujer que dice que alguien está chantajeando a su mejor amiga y que nos pagará por averiguar quién es.

—Buen trabajo, Billy —dijo ella al levantar del suelo el bolso y el maletín—. Solo espero que el tiempo aguante. Este sol es muy agradable, pero el viento se me mete en los huesos.

—Y también se lleva las hojas. ¿Ha visto la plaza? Parece que todas las hojas de Londres han venido a posarse encima de los adoquines.

Maisie sonrió cuando Billy le abrió la puerta.

—Si me necesitas, puedes dejarme el recado en casa de mi padre.

—Así lo haré, señorita.

SU PRIMERA PARADA no fue en Kent, sino en el mismo Londres: el colegio de St. Anselm. Permaneció dentro del coche observando desde el otro lado de la verja al cuerpo de cadetes del colegio —actividad extraescolar para aquellos que quisieran alistarse en el ejército algún día— desfilando en el patio. Pensó en el director y en la comparación que había hecho del colegio con un ejército en el que todos tenían que encajar y no causar problemas. Al ver a los chicos con sus uniformes y unas botas que parecían demasiado grandes para ellos, pensó en los muchachos que iban a la guerra siendo demasiado jóvenes —en todos los Pim Martin—, chicos a los que trataban como si fueran hombres cuando tocaba enfrentarse a la artillería. Tras escuchar al chico que iba al frente de la formación gritar: «¡Media vuelta!» una vez más, se incorporó al tráfico de la calle y se dirigió a ver a Priscilla.

Le abrieron la puerta de la casa de Holland Park justo cuando un grupito de niños pasaba corriendo por allí entre gritos de júbilo jugando a tú la llevas. Tarquin, que cerraba la ruidosa fila de niños que corrían como demonios, la saludó como hacía siempre, lanzándose a sus brazos y besándola en las dos mejillas.

—¡*Tante* Maisie, *tante* Maisie, mira! ¡Quédate aquí y mira!

Aún le faltaban los cuatro dientes delanteros. La soltó enseguida y subió corriendo las escaleras, pasó la pierna por encima de la barandilla y, agarrándose como si la vida le fuera en ello, se tiró por ella a gran velocidad hasta abajo y cayó de culo cuando se terminó la barandilla.

Sus hermanos y sus amigos habían subido también y se estaban preparando para tirarse de uno en uno.

—¡Bajaos de la barandilla ahora mismo! Mira que sois revoltosos. —Priscilla bajó y poniéndose en jarras gritó—: ¡Elinor! ¡Haz algo con estos monstruitos antes de que tenga que ocuparme yo! —Y a

continuación se volvió hacia Maisie con una gran sonrisa—. Es mejor que no vean que me estoy riendo, pero a mí me parece bastante divertido. Yo hacía lo mismo.

Elinor salió de una de las habitaciones de arriba y les dijo que tenían la merienda preparada en la sala de juegos.

—Vamos a la salita a tomar algo para adultos —dijo Priscilla.

Maisie aceptó una copa de jerez, mientras que su amiga se preparaba un cóctel.

—Douglas está con su editor esta tarde, por eso andan jugando a tirarse por la barandilla. Me atrevería a decir que Simon se tiró por esa misma escalera cuando era pequeño. —Miró a su amiga mientras se sentaba entre los cojines del sofá a su lado, cada una en una esquina. Priscilla se quitó los zapatos y enroscó las piernas a un lado—. Ponte como si estuvieras en tu casa —le ordenó, y enseguida añadió—: ¿Has visto a Margaret?

Maisie negó con la cabeza.

—La vi justo antes de que se mudara, había pensado en ir a Grantchester mañana o al otro. Pero la llamaré antes por si acaso.

—Le encantará verte.

—Sí, ya lo sé. Iré, lo prometo. ¿Qué tal se están adaptando los niños al nuevo colegio?

—¿No has visto la tribu que tengo ahí fuera? El colegio es conocido entre el personal diplomático, así que esto parece la Sociedad de las Naciones, cada uno hablando en su idioma, además del inglés, claro. Salen del colegio los viernes temprano y cada uno de mis hijos ha querido traer a casa a un amigo de los que están internos a pasar el fin de semana.

—¿Os vais a quedar en Londres?

Priscilla se encogió de hombros.

—No estoy segura. Tenía la intención de abrir la casa del campo para ir los fines de semana, pero ahora ya no lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—No he decidido si me gusta esto. A lo mejor no era tan buena idea traer a la familia a Inglaterra solo porque yo quería revivir mi infancia. —Se encogió de hombros—. Porque eso era lo que quería, ver a mis hijos hacer las mismas cosas que hicieron mis hermanos, como si de esa manera pudiera tenerlos otra vez conmigo. Pero el hecho es que mis hijos son quienes son, cada uno con su propia personalidad. Se han criado en Francia, en la costa, y los tres son diferentes. Aunque vayan a un buen colegio para ellos, puede que todos estuviéramos mejor allí, lejos de este país. Hasta Elinor quiere volver a Francia. ¿Sabes que la semana pasada me dijo que cuando iba a la escuela, se llevaban un azote por hablar entre ellos en galés? Los obligaban a hablar en inglés.

Maisie bebió un sorbo de jerez e iba a decir algo, pero Priscilla la miró con una gran sonrisa.

—Pero, mientras tanto, hasta que decidamos si recogemos los bártulos y volvemos corriendo a Biarritz, pienso aprovechar y verte más, para empezar. Creo que a lo mejor tendría que encargarme de ti, Maisie.

—Creo que me las apaño bien yo sola, gracias.

—¿Y qué pasa con Simon?

Maisie guardó silencio.

—Se ha ido, Pris. Y ahora creo, todavía más que antes, que la incineración fue lo mejor. Margaret tomó una decisión muy sabia y difícil. Se acabó. Por fin es libre.

—¿Y tú?

—No lo sé. No sabría decir. Era como si estuviera encerrado en una habitación en la que podíamos verlo, pero no hablar con él, como si estuviéramos atrapados en un vacío silencioso, aunque gritáramos.

—Pero tú no has gritado nunca.

—¿Y tú?

—Con todas mis fuerzas al otro lado del océano Atlántico, todos los días durante meses después de la guerra, después de que mis hermanos y mis padres murieran. Gritaba todo el tiempo.

—Vaya.

Las dos guardaron silencio, cómodas en su mutua compañía. De repente, Priscilla se enderezó y se acercó a Maisie.

—Casi se me olvida. Tengo una cosa para ti.

—¿Para mí?

—Sí. Los muebles que decidimos traernos llegaron la semana pasada. Menudo jaleo. Me va a costar volver a llevármelos. El caso es que he traído algo que te va a encantar. Quiero que sea mi regalo para tu piso nuevo, aunque llegue con un poco de retraso. Ordenaré que te lo envíen la semana que viene.

—¿Qué es?

—Ven a verlo.

Maisie la siguió hasta un rincón de la sala donde había un gramófono de pie en una caja de caoba con incrustaciones de arce.

—Douglas ha comprado uno nuevo y este no lo quiere nadie. —Se inclinó sobre él—. Mira, levantas esta tapa y pones el disco aquí. Se pone en marcha dando unas vueltas a la manivela y después sacas el brazo. Y aquí debajo hay un armarito en el que se guardan los discos.

—No tengo ningún disco.

—No te preocupes, también he pensado en eso. —Sacó un disco y lo puso en el plato giradiscos, después sacó la bocina y bajó la aguja hacia el surco—. Este es uno de los músicos favoritos de Douglas. Su música se oye por todo París y está muy solicitado en los *bals musettes*,

ya sabes, esos clubs de música pequeños. Es gitano, pertenece a los *manouches,* los nómadas que viven en carromatos a las afueras de París, y toca una música muy loca y original. Seguro que te va a encantar.

Y cuando las notas empezaron a salir del aparato, Maisie sonrió.

—Sí, tienes razón, me encanta.

MAISIE HABÍA RETRASADO el viaje a Kent hasta después de su clase de tapices del sábado. Y, una vez más, los colores y las texturas, las madejas de lana teñida secándose en los tendederos, estar con Marta Jones, que le había dicho, en confianza, que se estaba planteando recuperar el apellido original de su familia, le levantó el ánimo.

—Creo que se va a liberar algo aquí dentro, una pasión —dijo en un susurro poniéndose la mano en el pecho, y a continuación cogió la bobina que estaba usando Maisie y la movió para corregir un error.

—¿Y cuál es tu verdadero apellido?

—Marta Juroszek —dijo y sonrió al pronunciar la palabra, acariciando las sílabas con la lengua como probando un dulce nuevo por primera vez—. Sí, soy Marta Juroszek.

Y aunque Maisie estaba preocupada por su profesora, pues el país no parecía muy dispuesto a mostrar tolerancia hacia culturas lejanas, vio que era algo que le reclamaba el sentido de identidad, algo que necesitaba.

—Es un buen nombre, Marta, un nombre fuerte. Y es tuyo.

MAISIE SE ENCONTRÓ con una sorpresa cuando salió del estudio. Apoyada contra la pared dentro del edificio, junto a la puerta, la esperaba alguien.

—¿Qué haces tú por aquí, Beattie?

—Tu ayudante me dijo que estarías aquí. Me dijo que salías a las doce.

—Venga, vamos a dar un paseo hasta mi coche. ¿Cómo es que estás en Londres?

—Llevo aquí un par de días. Vuelvo hoy a Maidstone.

Maisie señaló el coche y abrió las puertas. Una vez sentadas, se giró hacia la periodista.

—¿Te acerco a Charing Cross?

—Te lo agradezco.

—Entonces, ¿has encontrado trabajo ya?

Beattie negó con la cabeza.

—No, me temo que sigo en el mismo sitio.

—Entonces, ¿qué te ha traído a Londres? ¿Has venido en busca de una exclusiva?

—No exactamente. He estado hablando con varias editoriales.

Maisie cambió de marcha para adelantar a un carro tirado por un caballo.

—Continúa.

La otra mujer se encogió de hombres.

—Sabía que no podía escribir la historia que me contaste sobre Heronsdene en el periódico. Me parecía que tenía un montón de tejido, pero me faltaba la máquina de coser y un patrón. Así que estuve devanándome los sesos hasta que encontré la solución, y decidí lo que iba a hacer.

—¿Y qué vas a hacer?

—Decidí que la periodista iba a pasar a ser escritora. Cogí la historia que tenía y la convertí en una novela, adornándola un poco, claro. Lo entiendes, ¿no?

—¿Y te la van a publicar?

—Me he dejado tres cartuchos de tinta y ocho uñas escribiendo los manuscritos que he enviado a tres editoriales y ¿a que no adivinas? ¡Creo que una me lo va a comprar!

—Enhorabuena, Beattie, es maravilloso. Y a lo mejor te ayuda a entrar en un periódico grande.

—No lo tengo muy claro —contestó Beattie negando con la cabeza.

—No lo descartes. Y siempre puedes seguir escribiendo novelas. Seguro que con tu trabajo habrás reunido «tejido» de sobra —dijo Maisie con una sonrisa—. Ya estamos. Charing Cross.

Beattie le dio las gracias por haberla llevado y por haber cumplido su promesa. Cuando la mujer cerró la portezuela del coche y estaba entrando ya en la estación, Maisie bajó la ventanilla y le gritó:

—¿Cómo se va a titular? Para reconocerlo cuando salga.

Beattie Drummond se puso las manos alrededor de la boca a modo de altavoz para hacerse oír entre el gentío que entraba y salía de la estación. Y después dio media vuelta y salió corriendo a coger su tren. El título se perdió en el tumulto. La única palabra que oyó Maisie fue «venganza».

HERONSDENE ESTABA TRANQUILO cuando llegó. Se bajó del coche, se cambió los zapatos por unas botas de agua, sacó el paraguas por si se ponía a llover y echó a andar hacia las plantaciones y el claro del bosque. Al rato vio a la perra de pie junto a la granja, que la

observaba con atención.

—*Chuquel*, ¿qué haces tú aquí?

La perra se le acercó al trote, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas, y se le pegó como si deseara sentir el calor humano.

—Deberías haberte ido con tu gente. —Maisie miró a su alrededor. El perro debía de haber reconocido el ruido del motor y la había seguido desde el pueblo—. ¿Quieres venirte conmigo entonces?

El animal echó las orejas hacia atrás, y Maisie se inclinó y le acarició el cuello. Siguió caminando hacia las plantaciones de lúpulo que estaban embarradas, por todas partes montones de tallos sin flores para quemar. Atravesó el bosque, el prado donde pastaban los caballos de los gitanos y subió por la colina hacia el claro. Todo estaba en silencio, el claro cielo plateado presagiaba tormenta.

El suelo ennegrecido indicaba el lugar en el que habían quemado el carro de Beulah y con él todas sus pertenencias, prueba de su paso por la tierra. Solo quedaba lo que se llevaba en el corazón. Maisie tocó el suelo mientras la perra lo olisqueaba y lo pisoteaba, y después se escabulló hacia el claro, como si alguien la llamara. Maisie la siguió, casi esperando oír a los gitanos, pero todo estaba en silencio, no había nada más que el sonido del viento entre las ramas y la luz que se reflejaba en la corteza de las hayas plateadas, amortiguada por los gigantescos robles. Caminó hasta el centro del círculo donde ardía la hoguera de la tribu acordándose de la noche que había bailado con las mujeres; el colorido y la energía de su celebración reverberaba en sus huesos junto con el violín de Webb, la caricia del arco sobre las cuerdas arrancando sonidos que nunca había oído y que tal vez no volvería a oír. La perra le rozó la mano con el hocico, como si supiera que ya no tenían nada más que decir o hacer en aquel lugar.

El animal se separó de ella al llegar al coche y desapareció entre los arbustos por un atajo que llevaba al pueblo, pero Maisie sabía que pronto volverían a verse. Aparcó junto a la posada y saludó a Fred Yeoman, que estaba barriendo la acera de la entrada de los huéspedes.

—Señorita Dobbs, creía que ya no volvería a verla.

—¿Cómo está, señor Yeoman?

—No me puedo quejar. Esto está muy tranquilo ahora, no pasan por aquí tantos viajeros.

Maisie asintió con la cabeza.

—Parece que va a haber tormenta hoy, ¿no? —Se volvió a mirar las nubes que se formaban a lo lejos y después miró al posadero—. Dígame, ¿dónde vive el perro de los gitanos?

El hombre dejó de barrer y se apoyó en la escoba.

—Un animal extraño. Pasa todo el tiempo con su dueña, duerme sobre la tumba como si la mujer fuera a levantarse y a salir andando en cualquier momento. La llamo a veces por las noches, le guardo un

poco de guiso y se lo pongo en un cuenco aquí, junto a la puerta. Ella se acerca, se lo come y vuelve a su sitio. Y lo más curioso es que parece que sabe que nos hemos portado bien con ella, porque, cuando salgo a la mañana siguiente, me encuentro una liebre junto a la puerta recién cazada, como si fuera su modo de pagarnos. —Se encogió de hombros—. Whyte dice que le va a hacer una caseta y la va a poner en la iglesia, pero se acercan noches frías y se va a congelar. Aunque supongo que estará acostumbrada.

Maisie miró hacia la iglesia.

—Sí, supongo. —Guardó silencio un momento—. Será mejor que me vaya. Deles recuerdos a los vecinos.

—Lo haré, señorita Dobbs. Ah, antes de que se vaya, baje a donde estaba la antigua panadería. Lo hemos adecentado un poco, ya sabe, por si vuelve algún día.

Se dirigió hacia la iglesia y se detuvo junto al terreno baldío. Habían quitado las malas hierbas, se habían llevado de allí los ladrillos que quedaban y habían plantado unos arriates de flores. Unos carteles de cobre indicaban dónde habían plantado bulbos y, al acercarse, Maisie sonrió. Según lo que ponían los carteles, en primavera aquel lugar se llenaría de tulipanes. Se volvió hacia la iglesia y se detuvo junto al monumento donde el nombre de Willem van Maarten seguía junto a los de los demás hombres y muchachos que habían perdido la vida en la guerra. Pensó en Simon y en los miles de jóvenes que habían regresado a casa heridos. «De ellos no se acuerdan», pensó. De esos que volvieron con vida a esperar, en algunos casos durante años, a que la muerte se los llevara, o de los que pusieron fin a su vida. Se subió el cuello del chubasquero y entró en la iglesia.

La perra estaba tumbada sobre la tumba de Beulah y movió el rabo al verla. Maisie se detuvo un momento delante de las tumbas de Jacob, Bettin y Anna, y vio que habían cambiado el nombre de la lápida. Ahora se leía Van Maarten grabado en el granito. ¿Había sido otro pequeño gesto de expiación por parte de los vecinos o habría pagado Webb para que se hiciera el cambio? Se arrodilló junto a la perra de la gitana y le acarició las orejas mientras le hablaba en voz baja y con tono cariñoso.

—No puedes quedarte, *chuquel*. No va a volver, se ha ido. Vamos, ya has estado mucho tiempo aquí. Ella no querría que te quedaras más.

Maisie se levantó y, aunque la perra no hizo ademán de imitarla, sí levantó la cabeza para que la acariciara.

—Voy a intentarlo una vez más, *chuquel*. Conozco a un hombre muy cariñoso que cuidaría de ti siempre, y creo que tú también podrías cuidar de él.

El animal seguía sin reaccionar. Maisie le dio una última palmadita

y abandonó la iglesia. Miró otra vez las nubes y echó a correr hacia el coche al notar las primeras gotas. Abrió la puerta cuando empezó a llover más fuerte y se sacudió las gotas del pelo mientras ponía el motor en marcha. Ya iba a salir, tras comprobar que no apareciera un tractor de repente, cuando vio que la perra corría hacia el coche. Se bajó y le abrió la puerta del copiloto. La perra se subió de un salto y se sentó como si aquel fuera su sitio.

—Bien, me estabas escuchando. Muy bien, *chuquel*, vamos a conocer a Frankie Dobbs.

Más tarde, sentada junto al fuego, Maisie observó a su padre mientras este leía la sección de las carreras del periódico con ojos entornados, a la luz de la lámpara de aceite. La perra estaba tumbada a sus pies, con la cabeza apoyada en los tobillos cruzados de Frankie. Había aceptado a su nuevo dueño, y, tras una pequeña vacilación inicial, su padre le había hecho un hueco en su corazón a la perra. Al mirarlo, vio que bajaba la mano y la acariciaba mientras pasaba las páginas.

MAISIE NO HABÍA vuelto a pasar por la casa que la familia Lynch tenía en Grantchester desde la fiesta que le hicieron a Simon en 1915. No muy segura de sus emociones, condujo con cuidado, repasando conversaciones y anticipándose a las preguntas que pudieran hacerle. Pero cuando llegó, Margaret le tomó ambas manos y le dio la bienvenida. La casa parecía más acogedora de lo que recordaba. Pensó que la juventud y el hecho de que hubiera permitido que la invitación la intimidara habrían conseguido que hasta una casa más pequeña pareciera una mansión a sus dieciocho años. El salón en el que había bailado con Simon era amplio, pero Margaret la condujo a una salita más pequeña que daba a los jardines.

Hablaron de Simon, pero no de su muerte. Margaret le contó historias de la infancia y la juventud de su hijo, de su deseo de ser médico y de su decisión de alistarse en el cuerpo médico del ejército británico en cuanto obtuvo el título. Después, las dos fueron a los prados, cruzando por la cerca que separaba el campo abierto de los jardines de la mansión. La luz de la media tarde era descolorida, granulosa a causa del vapor que se elevaba de la marisma, de manera que mirar a lo lejos era como observar una foto antigua.

Margaret eligió un punto bajo los árboles y permanecieron allí un momento. Después le entregó a Maisie la pequeña urna de peltre.

—¿Quieres hacer los…?

Maisie miró hacia arriba para calcular la dirección del viento. Desenroscó la tapa de la urna y, con una mano en el corazón, inclinó

la urna cuidadosamente y dejó que la suave brisa esparciera las cenizas de Simon.

TRAS COMPLETAR LA última visita y dar el caso por zanjado, Maisie se recostó en la silla delante de la mesa del comedor de su piso, cerró su cuaderno y colocó el capuchón de su estilográfica. Se apretó el puente de la nariz para relajar el cansancio y después se levantó y fue hacia la ventana. Era tarde, había oscurecido ya, y se frotó los brazos para entrar en calor mientras contemplaba la niebla densa que envolvía la calle. Se acordó del momento en que había esparcido las cenizas de Simon y volvió a pensar en la ceremonia en la que habían quemado el carro de Beulah. Casi podía oír de nuevo la melodía triste con la que había empezado a tocar Webb aquel día y cómo había ido cambiando el *tempo*, celebrando con cada canción un momento de la vida de la mujer gitana: su vitalidad de cuando era joven, su risa, su sabiduría, los campos que habían sido su hogar y los caminos rurales que había recorrido. Y se acabó; el duelo no se limitaba a los aspectos tristes y ensombrecidos por la pérdida, sino que también consistía en vivir con alegría la vida que debía continuar.

Acarició el contorno del exquisito gramófono que le había regalado Priscilla y, de repente, casi sin pensar, levantó la tapa y comenzó a darle vueltas a la manivela. Sacó su único disco, el de un gitano que se había hecho famoso en París, un hombre que había mezclado la pasión francesa con el bullicio de la fiesta gitana. Y cuando las notas del violín y la guitarra empezaron a reverberar por el salón, atravesando el silencio, Maisie sintió el ritmo en los pies, en el cuerpo, en los brazos, y se acordó de los gitanos moverse al ritmo de la música, golpear el suelo con energía al celebrar la vida.

Y allí, sola en su piso, Maisie Dobbs se puso a bailar.

Agradecimientos

A MI AMIGA Holly Rose, como siempre, por ser la primera en leer mi trabajo; tu lectura es la más importante. Te agradezco infinitamente tus comentarios siempre útiles y tu apoyo incondicional. Gracias.

A mis padres, Albert y Joyce Winspear. Gracias por vuestras maravillosas historias sobre lo que era bajar a recoger el lúpulo y darme todos esos detalles que han formado mis propios recuerdos de aquellos buenos tiempos. Y a los Webb, dondequiera que estén, por el regalo de la amistad a una pareja de fugitivos recién casados del Londres post Segunda Guerra Mundial que llegaron a Kent para empezar una nueva vida. Os recuerdan con mucho cariño y guardo como un tesoro los relatos que me han contado mis padres sobre vuestra amabilidad.

Como he hecho con novelas anteriores, doy las gracias de nuevo al personal de la biblioteca y el archivo del Museo Imperial de la Guerra, una fuente de información que ha demostrado ser realmente inestimable.

Gracias a John Sterling, Maggie Richards y al maravilloso equipo de Henry Holt en Nueva York; a Frances Coady y a todos en Picador, y a Roland Philips, Heather Barrett y al resto del personal de la editorial John Murray de Londres: gracias por vuestro apoyo y vuestro cariño por Maisie Dobbs.

A mi querida amiga, sabia mentora y fantástica agente, Amy Rennert. Gracias por tu apoyo, tus consejos y tu intuición. Es una suerte para mí trabajar contigo.

Y a mi marido, John Morell. Gracias por todo.

Notas

[1] *Game of conkers* en inglés es un juego tradicional en el Reino Unido e Irlanda. Se juega entre dos personas. Hay que introducir un cordón por la castaña y dejar que cuelgue en un extremo. Por turnos, los jugadores lanzan la castaña sujeta al final del cordón con la intención de golpear la castaña del compañero. Gana el que consiga partir la castaña del otro. (Todas las notas son de la traductora.)

[2] Personajes creados por Charles Dickens. Scrooge pertenece a *Cuento de Navidad* y Magwitch forma parte de *Grandes esperanzas*.

[3] Ambos son personajes de obras de Thomas Hardy, *Jude el oscuro* y *Tess, la de los d'Urberville* respectivamente.

[4] Denmark es Dinamarca en inglés.



Título original: *An Incomplete Revenge* © Jacqueline Winspear, 2009
© de la traducción: Ana Belén Fletes Valera, 2024

© MAEVA EDICIONES, 2024
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Imagen de cubierta: © Andrew Davidson

ISBN ebook: 9788419638663

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales

